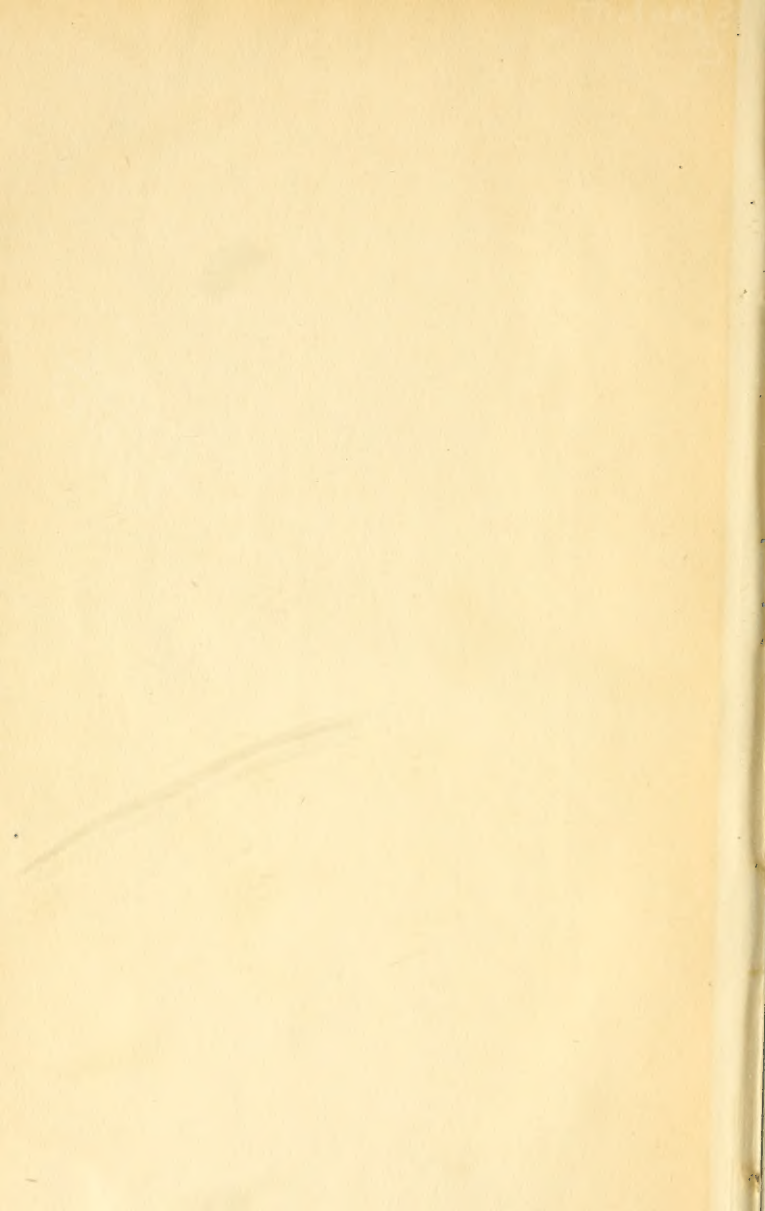


UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY





~~SpanLit~~
REVISTA HISPANO-AMERICANA

CERVANTES

Madrid, Enero 1919.

LIMINAR

156040
17/9/20

Al honrarme con la dirección de la sección literaria española las fuerzas espirituales que auspician esta Revista, ¿he de imitar a los académicos en el obligado y piadoso panegírico a los predecesores cuyos nombres, por lo general, necesitan de estas divulgaciones póstumas? Andrés González-Blanco, que hasta aquí dirigió esta sección, donde su ausencia será siempre lamentada, y que ahora nos deja para dirigir un gran diario—*La Jornada*—que abre pródigamente sus amplias páginas a la literatura, tiene una personalidad ya suficientemente definida en múltiples libros. Su nombre tiene una significación clara en nuestras letras. El que ahora le sucede, también tiene un sentido: el de la absoluta devoción a todo lo nuevo, sincero y personal. La Revista CERVANTES, cuyas páginas se prestaron siempre a ser moldeadas por las manos juveniles en todos los modelos, será ahora aún más dúctil y flexible

para las inspiraciones nuevas. La intención de un ultraísmo indeterminado, que aspira a rebasar en cada zona estética el límite y el tono logrados, en busca siempre de nuevas formas, será la que estas páginas adopten. Y la colaboración más juvenil—según los tiempos del espíritu—será la que en este edificio de arte hallará la mejor acogida.

* * *

Por lo demás, este anhelo de renovación es tan intenso, que por primera vez la juventud literaria, rompiendo el retraimiento de los cenáculos, ha dirigido a la Prensa el siguiente manifiesto, que han reproducido casi todos los periódicos:

“ULTRA

AP

60

C4

1919

enero—Un manifiesto de la juventud literaria.

abr.

Los que suscriben, jóvenes que comienzan a realizar su obra, y que por eso creen tener un valor pleno, de afirmación futura, de acuerdo con la orientación señalada por Cansinos-Assens en la interviú que en diciembre último con él tuvo X. Bóveda en *El Parlamentario*, necesitan declarar su voluntad de un arte nuevo que supla la última evolución literaria: el novecentismo.

Respetando la obra realizada por las grandes figuras de este movimiento, se sienten con anhelos

de rebasar la meta alcanzada por estos primogénitos, y proclaman la necesidad de un «ultraísmo», para el que invocan la colaboración de toda la juventud literaria española.

Para esta obra de renovación literaria reclaman, además, la atención de la Prensa y de las revistas de arte.

Nuestra literatura debe renovarse; debe lograr su «ultra» como hoy pretenden lograrlo nuestro pensamiento científico y político.

Nuestro lema será «ultra», y en nuestro credo cabrán todas las tendencias, sin distinción, con tal que expresen un anhelo nuevo. Más tarde estas tendencias lograrán su núcleo y se definirán. Por el momento, creemos suficiente lanzar este grito de renovación y anunciar la publicación de una Revista, que llevará este título de *Ultra*, y en la que sólo lo nuevo hallará acogida.

Jóvenes, rompamos por una vez nuestro retraimiento y afirmemos nuestra voluntad de superar a los precursores.

Xavier Bóveda.—César A. Comet. — Guillermo de Torre.—Fernando Iglesias.—Pedro Iglesias Caballero. - Pedro Garfias.—J. Rivas Panedas.—J. de Aroca.»

La parte de incitación inspiradoraⁿ que en ese manifiesto se me atribuye, me incita aún más — sin esa circunstancia, todo movimiento nuevo tendría mis simpatías—a auspiciar esas tendencias renovadoras, desde las páginas de esta Revista, mientras la hermana anunciada *Ultra* cumple su periodo

de gestación. Hasta ahora la nueva tendencia propulsora se ha manifestado exclusivamente en la Revista sevillana *Grecia*, cuyo nombre debe marcar un largo e interesante momento en los anales de las evoluciones literarias. Ahora ya el grito de unión está lanzado y todas esas tendencias que hasta aquí se denominaron con diversos nombres, pueden acogerse a este lema «Ultra», que, como dice el manifiesto, no es el de una escuela determinada, sino el de un renovador dinamismo espiritual...

R. C.-A.

LOS POEMAS DEL ULTRA

Desde la entrada del viaducto
ávido y quieto
lancé mi anhelo al otro lado
como una flecha aguda
que quedó clavada en los vientos
y dibujó esta palabra:—Ultra.
Muchos jóvenes siguieron su vuelo
y leyeron la osada palabra
que de las nubes hizo un lábaro.
Asombrados me preguntaron:
—¿qué quiere decir esto?
¿se ha de fundar un arte nuevo?—
Yo les dije:—¡oh, jóvenes!
El arte está en el tiempo:
ni nuevo ni viejo hay en él,
porque él es como el tiempo.
Mas nosotros hemos de ser jóvenes,
desnudándonos de nuestra piel,
en miles de primaveras.
Después de salir de los desiertos
donde nos hemos encontrado
a nosotros mismos,
hemos de asomarnos a las ciudades
con una mirada atónita y nueva
de ojos lavados en las cisternas.
Hemos de mirar a las cosas
como se contempla una cuna.

Nuestros brazos hemos de ofrecer
a todas las abejas voraces
para que se embriaguen jocundas.
Hemos de saltar atrevidos
sobre el reguero de los instantes,
como una mujer salta alegre
sobre el recuerdo de su himen.
Nuestra mirada se ha de fijar
taladrada y heroica
sobre esas perspectivas ilimitadas
sostenidas por columnatas de hogueras,
donde muchedumbres inmensas
se mueven a un guiño
de las estrellas que sonríen,
en cada punto del horizonte.
Hemos de asomarnos a la vida,
con un gesto resuelto
para que ella nos hiera
en todas nuestras venas henchidas;
hemos de sustentar su belleza
sobre nuestra frente
como un gran candelabro de más de siete brazos;
hemos de recibir en nuestros labios
los surtidores de sus luces.
Nos hemos de prometer a ella,
olvidados de todo,
de la madre y del padre
y de la casa en que nacimos,
aunque el corazón se nos salte de pena.
Al contrario de Ulises
¡Hemos de oír a todas las sirenas!
Hemos de buscar la verdad
y la nueva palabra intacta:
pasando a cada instante una mano

sobre la frente que se hace antigua
y quiere tornar a la escultura clásica.
Hemos de lanzar nuestro anhelo,
cada vez más allá,
hacia el límite que no se alcanza nunca,
pero que hemos sentido
y festejamos ya como una conquista.
Hemos de ser como hijos nuestros,
en cada instante que pasa;
hemos de vaciar nuestras venas,
como se escurre una colmena,
para llenarla nuevamente.
Hemos de seguir con nuestro pecho
el vuelo de nuestra mirada;
hemos de mirarnos temblando
en el espejo de las nubes blancas,
que pasan sin detenerse.
Nuestro camino serán los viaductos
que tiemblan sobre los abismos,
entre las colinas y las ciudades,
entre los desiertos y las muchedumbres,
ultras para todos los ojos,
que cruzan sus miradas
como cohetes encontrados
por encima de sus largas barandas,
—los viaductos que tiemblan
de su propia emoción, en la noche,
como si en ellos estallasen bengalas...
y que un día se elevaron audaces
con el vuelo de los ascensores...
Este es el sentido ¡oh, jóvenes!
de la flecha indeterminada
que lanzo más allá de las nubes
y de todas las columnas antiguas...

ELEGÍA DE LAS MADRES

Sobre las colinas del crepúsculo,
vi a las madres arrodilladas,
abiertas como cruces
ante las súplicas de los hijos que las imploraban.
Vi el dolor de las madres,
que se retorcían acongojadas,
más afligidas que los hijos,
más pobres que los hijos,
porque a ellas se les pide todo.
Vi el dolor inmenso de las madres,
culpables de haber sido diosas
una vez y haber dado
a los hijos la vida
y haber inclinado sobre sus cunas
una mirada llena de promesas
y unos senos que se desbordaban.
Los hijos se acostumbraron a mirarlas,
como a diosas, capaces de todo prodigio;
y ahora fijaban en ellas
sus miradas devoradoras,
capaces de secar los cauces de los ríos.
Se lo pedían todo
porque una vez les dieron la vida:
y ellas se retorcían acongojadas
miseras en sus pobres vestidos,
aun más pobres que ellos...
Habían agotado toda dulzura en sus bocas;
habían exprimido hasta la última gota
de sus senos, que pendían lacios;
habían exprimido hasta la última lágrima

de sus lagrimales henchidos
para calmar la avidez de los hijos
y curar las llagas de sus mil deseos...
Se habían despojado de sus zarcillos de oro
para ellos;
y de sus ajorcas de oro
y el viento entraba y salía
por sus orejas traspasadas.
De tal adorno se habían desposeído
hasta guardar tan sólo sus cabellos,
que eran las humaredas de la tarde:
Y ellos aun pedían más; engañados
por el nombre de madre y por la inmensa
promesa que leyeron en sus ojos
el día del natalicio:
por la inmensa abundancia fabulosa
con que durante tanto tiempo los nutrieron
sobre el regazo pródigo...
Aun les pedían más; y ellas, las tristes
se retorcían acongojadas
dejando ver el gran hoyo profundo
de su garganta enflaquecida
y evitando mirarles con los ojos
para que el gran amor de su mirada
no engañase a los míseros
y lo tomasen por una promesa.
En otro tiempo se lo dieron todo,
más ahora no podrían añadir nada
a la dádiva antigua:
no podrían repetir el milagro
del día del natalicio,
ni siquiera podrían
volverles a su vientre escurrido,
que por siempre se cerró para ellos,

como una celda cuyas puertas
se hicieron pequeñas detrás de nosotros...
En otro tiempo se lo dieron todo:
sus venas les colmaron de sangre,
con tendones ataron sus vísceras
para que no se relajasen:
con su soplo les formaron el paladar,
con sus manos cortaron el lazo
que les unía a ellas
y ya no pueden hacerles nada más.
Ya no podrían siquiera
restañar la herida por la que se desangran,
con sus labios como en otro tiempo,
porque es demasiado profunda
y el alma se les iría por ella;
ahora no pueden nada
por el pobre hijo mísero:
y en las colinas del ocaso,
se enternecen adoloridas,
traspasadas por la inmensa plegaria;
y se arrepienten de haber sido
diosas un día y de haber encendido
en el alma de los hijos la esperanza:
y míseras más que ellos,
incapaces de tomarles el alma
que les dieron
y absorber así su dolor
como en otro tiempo absorbían su sangre
en sus manos picadas por las abejas,
evitan el mirarles
para que no lean en sus ojos
dilatados por el gran amor
una numerosa promesa
y una vez más se vuelvan exigentes

contra su miseria...

Y así miran tan solo
el ocaso lejano
y el cielo que sus ojos
no consiguen abrir,
e imploran a las madres,
a las madres eternas,
las verdaderas madres
de las que ellos no son sino instrumento,
hijas también
que a los dolores prestaron su cuerpo,
por conocer la gloria sobrehumana
de la maternidad
y sentirse divinas...

Ahora ellas increpan a las madres
con su enorme silencio,
y en silencio les dicen,
con las venas hinchadas de gritos:
—¡oh, madres verdaderas, socorrednos;
tomad al hijo que nos disteis:
colmad sus mil deseos;
curadle sus mil llagas...

Vosotras, las verdaderas madres,
las todopoderosas,
de las cuales nosotras
solo fuimos las siervas
cumplidoras de vuestros designios.

Tomad al hijo ahora,
vosotras las intactas e ilesas,
que nunca por él sufristeis nada,
en vuestros cuerpos invulnerados
y sólo gozasteis la alegría
de ser madres.

Nosotras os prestamos
nuestros débiles cuerpos
para que en él tomase vida
vuestro maternal pensamiento:
nosotras nos desgarramos,
nutrimos al hijo vuestro
con toda nuestra sangre;
le miramos con el gran amor
que es como una promesa infinita,
nos mostramos a sus ojos infantiles
demasiado pequeños para abarcar nuestra imagen
como diosas omnipotentes;
porque vosotras hacíais
inmensa nuestra mirada.
Durante mucho tiempo nos ufanamos
de la gloria de ser madres,
de ser adoradas por los hijos,
que se contentaban con dones fáciles:
pero ahora nos lo piden todo
y sus plegarias nos desgarran
más que en otros tiempos sus manos
impacientes por asir la vida;
nos extenuan y agotan
y no podemos resistir sus ojos
que nos llenan de hoyos la carne.
Ahora nos arrepentimos
de haber sido diosas una vez:
y os restituímos al hijo,
llagado de deseos
al que ya todo se lo dimos,
y que clava en nosotras, miseras,
la mirada que sólo a vosotras,
madres universales
os debe herir:

al hijo cuya frente
ni siquiera podemos mirar
para complacernos en la semejanza,
por temor de ceñirla
con promesas que no podemos cumplir...

R. CANSINOS-ASSENS.

POETAS ESPAÑOLES

POEMAS

I

Con su llanto de rosas blancas,
el Invierno,
ha florecido los árboles
en una Primavera más tierna...

¡Qué suave la nieve
sobre los tejados dormidos!

Con su lluvia de pétalos blancos,
el Invierno,
ha rociado de estrellas
tus cabellos.

Amada,
todas las cosas hoy
sueñan
ruborizadas,
bajo sus vestiduras cándidas
esperando su fiesta nupcial.

II

Mientras el niño duerme, la madre,
inclinada sobre la cuna
mirando su sueño tranquilo,
inefablemente
sonríe...

Mientras el niño duerme
—el niño,
que cabe holgadamente en la cuna
tan pequeña—,
la madre, olvidada de todo:
de su vida miserable,
falta de amor y de cuidados
y sobrada de privaciones;
de su cuerpo, deformado y marchito
por una vejez prematura;
de su alma pura, hundida en su existencia
como en un río cenagoso,
olvidada de todo,
inefablemente
sonríe
y sueña...

Sueña la madre, mientras el niño duerme,
ser una de esas esposas castas,
dulces y tímidas,
que aguardan anhelantes la llegada
del esposo amado
para salirle a abrir, brindándole
en la más dulce bienvenida
la gracia fresca de sus labios;
y para conducirle

de la mano,
por las estancias soleadas y limpias,
hasta el cuarto,
tibiamente abrigado,
donde reposa el hijo,
advirtiéndole, dulcemente:
«¡Con cuidado!... No le despiertes.»

Mientras el niño duerme, la madre,
olvidada de todo
mirando su sueño tranquilo,
inefablemente
sonríe...

De pronto,
se alza sobresaltada de la silla
y condensa su espanto en un grito,
que no llega a salir
y se deshace en su garganta
y en sus mejillas lívidas.

Jurando,
tambaleándose,
entra el borracho en la estancia pura.

Entre la cuna y él, sin decir nada,
temblorosos los labios, contraídos,
se ha interpuesto la madre, decidida,
para que no despierte al niño.

III

Abre, amada, la ventana;
quiero beber la mañana
a tu lado.

Borracho empedernido,
mi cuarto bebe el sol a grandes tragos
por la ventana abierta, como un vino
espumoso y dorado.

¡La Primavera! ¡La Primavera
ha llegado!

¿Cantas, amada?

Canta un jilguero
en el alero
de un tejado.

¡La Primavera! ¡La Primavera!

Vestida de sol te quiero,
vestida de sol, mi amor.
Vestida de sol te quiero,
cantando como un jilguero
en una jaula de sol.

IV

¡Qué risa
aquella noche de feria
entre la muchedumbre, con la amada
que aún era dulce para mí
porque ignoraba mi amor!

La tristeza había huído de mi pecho,
como un pájaro asustado
de los gritos de la multitud.

Y una alegría inmensa,
una desconocida alegría,
se desbordaba en mí
y me hacía retozar
y reir de todo:
del chiquillo goloso, que comía
dulces polícromos de feria;
y del payaso, que desde un tablado
anunciaba la próxima función,
y del gracioso charlatán,
que embaucaba a los bobos
vendiéndoles sus drogas maravillosas;
y, sobre todo,
de los que paseaban con la novia,
chillando locamente cada vez
que los hacía encogerse el vértigo...

Todo me hacía reir, con una risa
fresca de agua de manantial.

Y la multitud, enloquecida,
gritando y atropellándose;

y los claros puestos de juguetes,
intensamente iluminados
para atraer las miradas de los niños;
y la amada, mirándolo todo,
muy abiertos los ojos verdes;
y las estrellas, sabedoras de mi amor,
guiñándome en promesa del secreto;
y la luna y la noche,
todo, todo me hacía reir,
con una risa loca,
cada vez más estrepitosa.

Y al alba ya, lejos de ella,
roto de los costados, aún reía
tambaleándome por las calles desiertas,
embriagado de risa.

*A los hermanos del
sábado y a los que, le-
jos de nosotros, comul-
gan espiritualmente en
nuestra misa lírica.*

Las noches de los sábados
el diván rojo del café
se hace lírico,
mientras en torno del mármol cándido
y del Maestro dulce
se agrupan ávidos y plenos
los divinos pescadores de perlas.
Como un poeta, que sólo los sábados
pudiese dar al aire sus melenas,
el diván rojo

grato como la noche maravillosa
se hace lírico, y sueña,
mudo como el discípulo más tierno,
todo encogido de timidez
—él, amplio y descarado
para las cocottes.
Se hace lírico, y sueña,
y discípulo de mejillas frescas
nos retiene prendidos de su gracia
atados a la noche
indefinidamente...
Y es como el vino rojo
que consumimos en la misa lírica,
al fuerte vino rojo
de nuestras libaciones de belleza,
el rojo vino que nos embriaga
y hace más viva nuestra sed de estrellas.

PEDRO GARFIAS.

Los poemas románticos del ULTRA

MI CASA

Si entra un burgués me dice:
«Su casa, poeta, es pobre.»
Perdone—le respondo—
señor, mi casa es rica.
Esa mesa, esa silla,
son, señor, por lo viejas,
muy dignas del respeto
de las casas antiguas.

«Si—dice—, pero, ahora
de otra forma se estilan...»
(Es verdad... Y otras almas
también se necesita.)
Cuando él se marcha
yo—todo se justifica
 viniendo de quien viene—,
de la necia visita
desagravio, contrito,
a la mesa y la silla.
Lagar—el gran planista—
la elogió: «¡qué sencilla
y qué buena y qué noble
es tu casa!» Se habita
ella sola; pues yo,
con la mesa y la silla,
soy, en ella, otro mueble
del que ella necesita.

AÑO NUEVO

Adiós, año viejo, adiós;
tu muerte no me emociona
ni me congratula. Yo
soy escéptico—lo sabes—
y no gozo si es que no
me satisface el suceso
(que es, casi siempre, el contrario
del que satisface a todos).
No comeré yo las uvas
clásicas, ni así, tampoco,
con tu muerte, veré al nuevo
niño, salir de las horas.
Todos sois iguales: todos

salís del vientre de Cronos;
todos tenéis igual cara,
al par que los mismos modos.
Por eso, año viejo, yo
no iré a tu sepelio, pues
pudiera que en el osario
cogiese un poco de polvo.
Y así me hundiré en mi casa,
o bien yo me iré a un café
donde, entre cristales, pueda
ver el desfile de toda
la gente que se divierte
porque tiene un año más,
aun cuando, dentro de pocos,
se ponga doce de menos.

¿QUIÉN, SEÑOR, ME PINTARA...

Ese azul del mosaico
talavereño, era
—ese azul tan antiguo—
mi azul «verdad».

El que
fingiera mi alma para
su cielo de poeta,
cuando yo hacía versos
al modo de Espronceda.
¿Quién, Señor, me pintara
el retrato de—Ella
en ese azul antiguo
que tuvo Talavera?

«CASO»

No hacer nada y tener en el cerebro «algo»
que quiere «hacerse» y no puede «hacerse» tampoco...
Pasan horas fugaces...

y más horas... más horas...

Muere el día...

El nocturno...

Al fin, se hace la noche.

Sólo yo estoy parado
sin «hacer»; aunque quiero
«hacer», y pugno y lucho
por realizar «ese» hecho.

INTERROGACIONES

Dios está en mí:

¿En mi conciencia?

No.

Dios está en mí:

¿En mi cerebro?

No.

Dios está en mí:

¿Está en mi cuerpo?

No.

¿Pues en qué parte mía está mi Dios?

¿Está en mi corazón?

¡Está en mi corazón!

¡Ah!, pues, entonces,

mi Dios no es otro que mi propio «Yo».

PINOS

Pinos... Pinos... Pinos...

Vuestro nombre, evoca,

venerables pinos,

una cumbre y una
larga caravana
de suaves y dulces
melenas verdosas.

Viejos compañeros del romanticismo
que os erguís, estóicos,
¡cuántos fenecidos
poetas os cantaron!

¡Viejos compañeros
de los poetas muertos!

¡Hierofantes dulces
de un más dulce arcano!

¡Dios os guarde, abuelos!

¡Paz a vuestros campos!

¡Paz a vuestros frutos!

¡Paz a vuestros ramos!...

(Mi espíritu planea:

¡Luz y Vida, hermanos!)

(Mi espíritu tiene,
pinos, vuestros años.)

XAVIER BÓVEDA

ORTOS LATINOS

I

ATARDECER

Cantaban las cigarras en los campos latinos
ebrias de sol, de brisas, de aromas y de vinos:

cantaban en las cepas que en aquellos vergeles
brindaban nueva sangre con nuevos moscateles.

Ardía el sol, cegaba. Como un cráter de fuego
al mismo girasol dejaba aquél sol ciego.

Flameaba el poniente sus rojos estandartes.
Disparaban sus flechas de sol a todas partes,

en aquel cataclismo, los rojos sagitarios
sobre la tierra ebria. Purpúreos estuarios,

vastas selvas ardiendo bajo un fuego del trópico,
islas de nubes rojas, ciudades de un utópico

país, donde había abismos inmensos y profundos
mares de apocalipsis donde brotaban mundos,

y allá, por el oriente azul, surgía una estrella.
en reino de satanes temblorosa doncella,

hasta llegar la noche, en que un Mediterráneo
de astros se desbordaba de un modo subitáneo...

II

AMANECER

Vuela una estrella de oro del arco de un arquero
y se pierde temblando entre el silencio y entre
la sombra luminosa, como un dardo viajero,
hasta llegar al mar, que tiembla como un vientre.

Sobre un meandro arde la antorcha de un lucero
y el río azul, ansioso de que en su reino entre,
el alma de una ondina le da de candelero
hasta que la mañana su claridad concentre.

¡Una palpitación de estrellas el nocturno,
de pájaros borrachos de músicas de Italia,
de pájaros despiertos al roce de un coturno,

o de un chapín de raso, o una alada sandalia,
mientras llega la Aurora entre el canto diurno
de sus alondras ebrias del vino de Castalia!

ADRIANO DEL VALLE.

Sevilla, 1919.

FRISO ROTO

Y el manto del siglo,
de este siglo de un sólo día
eterno, como un río de sangre
que va cegando rosas y pupilas...

Y los mares abiertos
por esquifes encastillados,
de proras desiguales y torcidas...
Rotos los picos de las estrellas,
pájaros de la noche...

Rotas las líneas
de los horizontes... Y las estatuas,
en sus bellezas únicas, extintas,
desfiguradas, como desnudos
de blancas mujeres recién paridas...
Y los cetros quebrados,
hechos astillas,
bajo las nubes lentas,
inflamadas de púrpura, que se agitan
y ruedan a las sombras, derramando
sobre el azul borroso
sus cabelleras negras y lisas...

Y las regias testas, coronadas
de claras lises, abatidas,
dobladadas bajo el peso
de las recias coronas de amatista,

y atadas a las colas
de los blancos caballos de Atila,
de cascos de oro
y de crines vibrantes a la noche infinita...

El manto del siglo
tendido a las campiñas,
a las llamas verdes de los mares
y a las ciudades sepultadas
en sus propias ruinas...

El manto «siglo veinte», recamado
de manos crispadas y de ciegas pupilas,
de castillos de acero,
de escudos de carne viva,
y al fondo el sol, un sol cansado
que marca una roja estría
de fuego y de sangre..
¡Europa, cómo el sol está encendida...!

PEDRO IGLESIAS CABALLERO.

EN EL CORAZÓN DE LA EPOPEYA

Visitando La Rábida

Desde los primeros albores de mi infancia, siempre que en la escuela sacábase a relucir la excelsa figura de Cristóbal Colón, mi corazón palpitaba de alborozo en el pecho. Sentía yo una cosa muy extraña, que no podía explicármela en aquella temprana edad en que las puertas de mi inteligencia estaban entornadas al raciocinio. Luego, un poco más tarde, cuando mis ojos hambrientos de cultura acariciaron revistas y periódicos, pude percatarme de que una fuerza desconocida, a la que no podía resistirme, hacía que me detuviera ante los epígrafes americanistas.

Las informaciones del Nuevo Continente tenían para mi joven y aventurero espíritu un incentivo supremo prometededor de bienandanzas futuras. Los nombres sacrosantos de sus libertadores llegaron a serme familiares cual si fuesen héroes de nuestra historia. ¡Amaba a América, como se ama a una prometida difícil y desconocida, porque sabía que era joven, hermosa y rica, como la creación de un poeta oriental! Me cupo la dicha de conocerla, oh, amigos; Améric

se me ofreció como un hada de leyenda fabulosa, deslumbradora, obsesionante, sublime... Ingenuo y romántico le abrí mi pecho, confesándole que antes de conocerla la había deseado en secreto, que estaba enamorado de ella como un paje discreto pudiera estarlo de una gentil princesa. ¡Nunca olvidaré la gentileza con la cual respondió a mi galantería por boca de uno de sus súbditos! Ello fué así: Recuerdo que en ocasión de encontrarme en la metropolitana capital de México, en torno de una mesa en animado coloquio con un grupo de aztecas, suscitó la conversación sobre la eficacia de la unión hispano-americana, por entender que de dicha alianza depende el porvenir de ambos pueblos. La epopeya del descubrimiento de América tuvo la culminación más unánime; la figura del lírico argonauta irradió nuestras almas. Cristóforo Colombo fué adorado por nosotros como el sol del Inca.

Uno de los *amigachos*, que en la apología de los hechos históricos había permanecido mudo como una esfinge, levantóse al fin de su asiento, y con la voz velada por la emoción, al mismo tiempo que mostraba un relicario que pendía de su cuello, habló y dijo: —En verdad, amigos, que la magnitud de los hechos ha elevado nuestros corazones a una altura paradisíaca; España y América, por un momento de serena y diáfana cordialidad, se han comprendido, se han perdonado y se han amado; pero he aquí, oh ibero amigo, cómo ama a la madre fecunda este pobre indio; ¿acaso alguno de vosotros conoce La Rábida? Yo he visitado aquel sagrado monasterio, y como recuerdo

imperecedero de aquella jornada, conservo arcilla arrancada por mis propias manos del pie de la Cruz, donde seguramente imploró Colón la ayuda de Dios para realizar su empresa gigante y atrevida.

El relicario donde conservara la tierra bendita, corrió de mano en mano como una antorcha triunfal; para mí tuvo el raro prestigio de un amuleto taumáturgico. La lección de Patria que el mexicano me diera, dejó en mi alma un indeleble sedimento de nostalgia y de remordimiento, porque yo desconocía el sitio de donde partieron las carabelas gloriosas; aquello fué como si me dijera: —Español, no desdeñes tu Patria, venera y visita los lugares inmortales.

* * *

Héme aquí, como por obra de encantamiento, en una clara tarde de invierno, en la fértil Andalucía, en la carretera que conduce a Puerto de Palos de Moguer. La típica manola que nos conduce se detiene a la entrada del pueblo, frente a una iglesia gótica. —Aquí fué donde se leyeron las Pragmáticas—nos dice uno de los amigos *ciceroni* que me acompañan.

El carruaje, una vez contemplado el edificio, reanuda su marcha por la calle principal de Palos; pero observo que a los pocos pasos se detiene nuevamente. ¡Una nueva sorpresa me espera! —La casa de Alonso Niño—musitan a mi oído.

La emoción de tanto venerando recuerdo empieza a conmoverme; pero la tarde es eglógica y el sol luce con inusitado brillo en el horizonte...

Palos lo dejamos atrás, con sus casas albúreas y su cielo de *azur*.

A nuestra vista está el Monasterio de Santa María de La Rábida, en lo sumo de una prominente colina, circundado de alegres viñedos, de pinares que exhalan un perfume balsámico y de tomillos y rústicas flores. Ante la Cruz, he dado gracias y he pedido indulgencia, porque he debido llegar hasta allí como un peregrino, polvoriento, muerto de sed y de cansancio, con el bordón enguirlaldado; ni siquiera mis rodillas han tocado la tierra por temor a la crítica de mis acompañantes. ¡Oh, prosaísmo de nuestros tiempos!

Pero por mi mente ha pasado de una manera fugitiva la sombra de Colón, envuelta en un resplandor de gloria.

He recorrido el Monasterio, que se encuentra en restauración y por lo cual ha perdido mucho de su pristino carácter. Hay pinturas murales, de buen gusto, en deplorable estado de conservación, en la capilla; un patio enarcado, semejante a un acueducto, del más puro y sencillo estilo gótico, donde convergen las celdas que antaño ocuparon los franciscanos.

En la parte alta se encuentra—según opinión del conserje—el auténtico refectorio; pero una vez arriba observo que esta parte es muy posterior al siglo xv, época en que se construyera el citado edificio, que sólo se componía de un cuerpo; así es que, todo cuanto voy viendo después, apenas si me interesa por no ser de la época. Al pasar por la necrópolis he notado

un característico olor pútrido, no obstante hacer siglos que no se practican enterramientos.

¡Desde uno de los miradores he contemplado el paisaje: de un lado, la inmensa llanura, colmada de pámpanos que retoñan, y de otro, el mar, el mismo mar donde estuvieron ancladas *La Pinta*, *La Niña* y *La Santa María*! Mis sentidos se embriagan de luz mirando en derredor, del oro del sol, del verde de los pinares y viñedos y del azul infinito del cielo y del mar. ¡He llegado a comprender, y hasta sentir, el *éxtasis de la luz* de que nos habla D'Annunzio en *La Gioconda*, siguiendo con mi vista una *pareja* pesquera, cuyo velamen simula las alas de un arcángel!

* * *

En la tierra de los Pinzones, en Moguer, los amigos que me acompañaron a la inolvidable excursión a La Rábida, han extremado su galantería llevándome a las Clarisas, donde he admirado las esculturas yacentes de alabastros de los Portocarrero; la superiora de dicho convento me mostró, con una sonrisa amable, la cabeza del Bautista en una bandeja de plata, que sin duda ha de ser obra maestra de un artífice del Renacimiento italiano.

Del pueblo moguereno, que es de lo más pintoresco y feudal que pueda decirse, conservaré siempre una eterna gratitud: Moguer es un hidalgo empobrecido.

ISAAC DEL VANDO-VILLAR

CUENTOS ESPAÑOLES

LA ROSA DESHOJADA

La blanca flor tiene sus pies en lodo,
y en el placer hay melancolía.

RUBÉN DARÍO.

Fué un noviazgo ingenuo, de noches de luna y de «tuyo hasta la muerte».

Uno para el otro fueran el primer amor. Se querían con una exaltación romántica de novela.

Ella, María Luisa, tenía una flexible elegancia de palma pascual, y su palabra era armoniosa y acariciante.

Tenía una belleza fragante, de juventud, de rosa abierta, de manzana roja.

El era casi un niño. Un adolescente enfermo de sueños y loco de amor.

Ya sentía en sí el lento martirio de aquel hierro enrojecido...

Ya sentía el cansancio de ser un escogido, y sus pupilas, enigmáticas flores de la noche, estaban rodea-

das de las ojeras profundas, que tenían el encanto de violetas dolorosas o el prestigio de unos labios amoratados por la muerte...

* * *

¡El martirio lento y bárbaro, maldito e inefable de la sensibilidad!

¿Para qué tenemos sensibilidad?

Ella nos hace envejecer y nos hace más tristes entre los amigos fraternales.

Y ella nos hace crear con un íntimo dolor «esas cosas tan tristes que algunos llaman versos».

Nos hace sentir la extraña armonía interior, encendida en las cenizas de nuestra propia alma.

Sensibilidad, maldita como una vampiresa, inefable como una paloma, que vienes a anidar en nuestro espíritu, ¿para qué vienes a nuestro espíritu?

¡Oh, la inconsciencia y el no sentir! ¡Oh, el no tener alma nunca!

Somos eternamente un cadáver doliente, sin el optimismo auroral.

* * *

El estaba envenenado de sensibilidad.

Quería a María Luisa con unción mística unas veces y otras ardorosamente.

En altísimos versos le había dicho su iniciación.

Para ella, sólo para ella, había creado infinitos versos dolorosos y apasionados.

Muchos se los enviaba, y entonces María Luisa le decía:

—Pero si yo no soy tan bonita ni merezco tanto... ¡Qué loquiño estás!—y eran sus palabras una amorosa reconvención.

Cuando le hablaba de besos o de caricias, se sonrojaba... Y quedaban los dos en silencio.

Aquel loco amor adolescente, de noches de luna, de «no te olvida» y de «tuyo hasta la muerte», duró muy poco tiempo.

El, demasiado egoísta, por quererla mucho, de los demás que recogían las sonrisas de María Luisa, un poco frívola y banal. Y por un fútil motivo hicieron que reñían.

Después él marchó muy lejos, a la ciudad soñada, a conquistar la gloria efímera.

Llevaba consigo todo el amor acendrado a la vieja ciudad mística y un amor romántico por aquella novia que había puesto un pasaje sentimental en su adolescencia prematuramente triste.

Había envejecido sobre los libros, como un Fausto joven.

Le dolía la frente.

Si caminaba mucho, sentía un gran cansancio.

Y en los instantes pesimistas del crepúsculo, un doloroso hastío de todo.

Su alma, sin ilusión, ni amor, ni ideal, era como un erial, como páramo sin flor.

Si cuando tenía la juventud comprendiese que la gloria era «eso» — una vida maldita y errante y un dolor eterno—, él no hubiera soñado tanto...

Pero las barcas van tras la ilusión del horizonte.

Y quisieran ir más allá...

* * *

Le pesaba la vida sobre los hombros.

Su amargura acerba era más grande en la soledad de la noche.

Estaba enfermo de nostalgia, de demasiado amor, de un no sé qué, que no comprendía ni adivinaba.

El candor de su vida lejana le hacía sonreír levemente.

Pensó en marcharse a la ciudad mística, rodeada de paisajes de sol.

La madre, resignada y buena, lo acogería como al hijo pródigo, que vuelve miserable y pobre, sin sus tesoros de ilusión.

* * *

¡Hacia tanto tiempo que había pasado por aquellas llanuras!

Eran las llanuras malditas de Castilla. Eran las tierras sembradas de sol. Las tierras rojas y duras, sobre las que había caído el anatema: «¡Sobre ti no nacerá flor ni ornamento!»

Eran las llanuras estériles, sobre las que se erguían las milenarias ciudades de lodo.

Al pasar, en el tren, pensativo, adivinando el alma de aquellos paisajes áridos y eternos, frunció el ceño con un gesto fosco.

Sólo con un ceño duro o con un rictus se puede contemplar a Castilla.

Nunca nos harían sonreír las llanuras estériles.

* * *

Los amigos de otro tiempo no lo conocían. Entre ellos era un extraño.

Volvía viejo y cansado.

La madre, resignada y buena, y los hermanos jóvenes, sabían de sus triunfos clamorosos, que a él le costaran tantas luchas.

Sólo para ellos volvía rodeado de nimbo.

Los amigos, o aquellos que tan sólo conocían su nombre, habían ido olvidándolo poco a poco.

La ciudad mística, en el retorno, tenía para él un encanto nuevo de ciudad desconocida.

Recorrió los viejos paseos de acacias donde paseaban los retirados y los niños cantaban; las calles, oscuras y silenciosas, queriendo reconocer los lugares amados e inolvidables, donde él había soñado tanto.

Los alrededores, donde se había sentido optimista al ponerse ante los paisajes maravillosos.

Recorrió la ciudad milenaria.

Cada recuerdo de su adolescencia le daba una nueva alegría.

Después la madre y los hermanos jóvenes, al llegar a la casa, le rodeaban cariñosos, con un contento infinito.

Así, rodeado de los que bien le querían, él sentía algo nuevo en sí, como una insólita floración de su juventud.

* * *

Una tarde, yendo por una de aquellas calles miserables y pobres, oyó una voz conocida, una vez de otro tiempo:

—Don Pascual.

Volvió la cabeza. Era una mujer que llevaba un niño, gordo y rubio, en los brazos.

Conocía aquella mujer, sin recordar de dónde.

Con un acento humilde le dijo:

—Non me astrevía al verlo pasar. Me pareció que era vosté... ¿Non me recuerda? ¡Ay, Don Pascual, cuánto tiempo pasó!

Mientras ella le hablaba, él quería recordar.

Siguió contando ella:

—¡Cuántas cartas le tengo llevado para la señorita!

¡Ah! Era la criada de María Luisa, la que le llevara las cartas, los regalos y las palabras de amor para la novia...

La pobre, como si estuviera interesada en aquel amor, llevaba con alegría los mensajes, hablándole a María Luisa en su favor.

Al reconocerla, recordó las líricas efemérides lejanas.

—¡Hola, Manuela! ¿Y la señorita?

Fuera la primera persona que había traído hasta él el recuerdo amado.

Ya era en su alma un recuerdo vago, demasiado esfumado.

Había pasado muchas veces por la calle donde de adolescente dijera promesas románticas, y para él no tenía encanto alguno, como si hubiese perdido la memoria del tiempo feliz.

Para él la rúa Traviesa era una calle desconocida de una de esas ciudades muertas que había encontrado en sus peregrinaciones.

Pero ahora la criada le recordaba el amor apasionado.

—¿Y la señorita? Di...

—¡Cuántas veces me hablaba de usted la pobre! ¡Si viera qué bonita estaba, así de luto, cuando tuvo la desgracia de morirle la madre! La pobre, era una santa... Cuando yo me casé fué mi madrina. Después, del niño. Le puso un nombre... su nombre. Le quería de verdad.

—¿Y dónde está?—Pascual González tenía la cabeza inclinada.

—Trasladaron a su padre a un pueblo de muy lejos. No recuerdo bien. Es un pueblo de cerca de Madrid.

—Di, mujer, di. ¿Hace mucho tiempo que marchó?

—Hace mucho tiempo. Un año o dos. Cuando se marchó, ¡cómo lloraba la pobre! Yo no tenía palabras para consolarla. ¡Ay, Don Pascual, a usted le quería de verdad! Un día que fuí a verla estaba llorando sobre un libro. Me dijo que era de usted. Yo no lo creía. ¿Es de verdad?

—Si, mujer, sí.

—Pues como le decía... Usted fué muy malo en dejar en olvidanza a la pobre. Y eso que la cortejaban. ¡Ay, eso sí!

Pascual González seguía con la cabeza inclinada.

Ahora comprendía que María Luisa no era tan frívola y banal, que lo había recordado muchas veces...

La buscaría para volver a urdir el antiguo amor.

Quizá María Luisa, pensando en él, habría envejecido como las rosas blancas...

¡Oh, pobre amor sin esperanza!

Cuando de nuevo atravesaba las llanuras yermas, no le parecían tan desoladas.

Y es porque si nos acompaña la canción de la ilusión al caminar, el horizonte lejano es bello y el desierto maldito florece en un divino espejismo...

Llevemos ilusión al caminar.

Y él llevaba esa ilusión, ilusión grata, esa fe y esperanza de encontrarla un día...

En algunos momentos era, más bien, una inquietud dolorosa, una duda secreta, una incertidumbre inefable.

¿Dónde podría encontrarla?

No buscaba él a aquella mujer por haberla amado en otro tiempo, ni porque su recuerdo hubiese hecho el milagro de encender la nostalgia, ardiente como una brasa, en las cenizas de su alma.

La buscaba, porque ella era la encarnación de la

posible felicidad, porque era ilusión aún, porque sería un remanso de amor en su vida desbocada y árida, porque era su vida futura.

* * *

La silueta de las casas negras, de las torres levíticas, de las murallas, destacábase en el cielo.

Aquella ciudad tenía un gesto implorante.

Era como un santo en penitencia, de hinojos en la tierra, mirando eternamente al cielo.

Estaba asentada en una lejana colina, siluetada en el claro y puro añil.

Mientras caminaba hacia ella, la ciudad iba agrandándose y solemnizándose las piedras antiguas.

Al acercarse acentuábase en ella aquel gesto místico que tenía desde la lejanía.

Sentíanse las campanadas de voces graves y profundas. En los intervalos había un silencio que pesaba sobre todas las cosas y que se hacía más martirizante en aquel ambiente negro.

Los viajeros que llenaban el coche del hotel provinciano, comenzaron a hablar del viaje. Si otra vez tardara menos el tren, si la parada del túnel, si la máquina, si el carbón...

(¿Qué deseo es éste de llegar más pronto y de contar las horas que tardamos en llegar?)

Pascual González, ensimismóse contemplando la polvareda que dejaba el coche destartelado en la carretera, a cuyos bordes había unos álamos secos.

Después el coche comenzó a ir más despacio. Las

herraduras de los caballos daban un sonido metálico al hacer fuerza sobre las baldosas de la calzada.

Al poco tiempo pasaban por una de las puertas de la ciudad, sobre la que había un santo de piedra en una hornacina labrada en la piedra antigua.

* * *

Aquella era la ciudad sin nombre, la ciudad romántica y milenaria que no existía ya.

La ciudad muerta bajo el cielo bárbaro.

Porque toda la ciudad tenía esa quietud de la muerte.

Y era toda ella negra de pátina. Bajo la lluvia era tan negra como las ruinas donde han caído los anatemas de los siglos y de los rayos.

Y el sol, sobre las piedras negras, sólo hacía el milagro de darles un suave tono gris, y un dorado antiguo, ya borroso y desconchado.

¡Ciudad muerta!

Siempre aquella color trágica bajo el cielo obsesivo lleno de nubes de plomo que pesaban sobre el espíritu.

Y en aquel ambiente negro, el silencio inacabable y eterno, y la quietud paralítica y esa soledad inquietante...

1

Las ciudades de barro hacen a los espíritus más fuertes, más duros, más energéticos.

¡Cómo nace en estas almas duras nacidas en la llanura, en el corazón de las ciudades de barro, la flor sencilla e ingenua del misticismo!

2

Las ciudades pétreas pesan sobre el espíritu.

Y, sin embargo, no es esa imposición mística de las ciudades de tierra.

Dan un sentido más sensual y más litúrgicamente pagano de las cosas.

3

Las ciudades que anidan junto al mar como las gaviotas, son aventureras y emigrantes inconscientemente.

Es por ver el mar todos los días; por ver el mar que en el horizonte nos hace adivinar la cariciosa curva del mundo, porque quisieran volar también como las gaviotas.

4

Y las ciudades de fábricas son optimistas a pesar de irse ahornando.

Es un optimismo y una alegría dinámica, que no cesa nunca, como los ríos que tienen siempre agua y que da el sol del oro..

Pascual González miraba insistentemente a todas las mujeres que pasaban.

¡Ya llevaba tres días mirando a todas las mujeres y a todos los balcones!

Nada había encontrado aún.

Buscó en todas las iglesias, él, ¡que ya no sabía persignarse!

Dió varias vueltas en un paseo, uno de esos paseos que consiste en subir y bajar, subir y bajar a la sombra de unas acacias tísicas.

Todo al son de una banda municipal, que tenía una voz bronca y recordaba las bandas de las aldeas.

¡Y todo por buscarla! ¡El que nunca había aguantado las sencillas tonterías provincianas!

Cada día que pasaba le daba más ánimo para encontrarla por fin.

Le dijeron que la encontraría *allí*, y *allí* la encontraría.

* * *

Era una larga calle oscura y arcaica.

Siguió por aquella calle pobre y sucia, tejiendo como una maravillosa tela de Penélope, la armonía de los versos.

Iba solo.

En la calle había un cantar, amargo y doloroso:

Las estrellitas del cielo
y las arenas del mar,
se parecen a mis penas
en lo largas de contar...

Había tal amargura en aquella copla, humilde y ardiente, que él la oyó emocionado.

De pronto, vió sentada a la puerta de un prostíbulo, una mujer pálida y fina.

Era la que lloraba el cantar.

El crepúsculo derramaba sus violetas y sus sombras lentas.

El, la observó tristemente. Se miraron a los ojos.

Ella bajó la cabeza y comenzó a llorar...

Se conocieron. Ella...

Y le contó con voz pausada, llena de desilusión y de amargura:

—Mi padre enfermo, mi única familia, y yo sola..

Un amigo de él, un viejo caduco y repugnante, nos visitaba.

Llegó un día en que no tuvimos qué comer, ni para médico ni para medicinas.

Yo, sin saber qué hacer, lloraba.

Cuando venía el viejo a vernos, yo fingía, pero un día me dijo:

—Ya sé cómo estáis... ¡Si tú quieres!

—Si quiero yo, ¿qué?

Y me miraba con unos ojos... Yo le tenía miedo.

No comprendí aquella mirada hasta el fin...

Era un viejo pequeño, barbudo, repugnante y zambo.

Otro día insistió:

—Hoy tendrá que ir para el Hospital tu padre. Ya sabes... ¡Si tú quieres!

Y chasqueaba los dientes y me miraba...

Yo le tenía miedo.

—Vendrán por él hoy mismo. No puede morir de hambre.

Mi padre dormía.

Yo, entonces, le imploré, con los brazos en alto:

—¡Que no vengan! ¡Que no vengan!

—No vendrán, si tú quieres—me dijo misteriosamente.

¡Que no vengan por él! ¡Que no vengan por él!

De repente, me cogió por el talle con sus brazos peludos y me besó en los labios.

¡Qué asco!

Mi padre despertó y vió aquello.

Quiso retorcerse, erguirse, y en un estertor cerró los párpados...

Entonces, el viejo me agarró y me echó sobre un catre.

Yo lloraba y gritaba, frenéticamente.

Estaba sola. Nadie me oía.

Allí dejé de ser lirio y de ser rosa...

El viejo se retorció, se engarabataba su cuerpo, como en un ataque de epilepsia, babeando...

¡Qué horror!

Quisiera tener garras para arrancar los ojos a aquel sátiro lúbrico.

Después el viejo salió con una sonrisa satánica en el rostro, mientras yo me arrastraba de dolor...

¡Cómo abracé y besé a mi padre!

Y besándolo me quedé dormida.

A la media noche desperté. La lluvia era música en la pobre ventana de nuestra bohardilla. No había estrellas.

Mi padre estaba frío como si fuese de piedra.

... Y después... el Hambre, un día y otro día, y la Lujuria de los hombres, como dos sombras negras tras de mí...

* * *

El, oyó aquella historia desgarradora, en silencio.

María Luisa bajó la cabeza tristemente, llorando.

Y él le dijo:

—Vente. Vente conmigo.

—Eres muy bueno, pero yo ya no soy aquella...

—Para mí serás siempre pura y celeste, como en nuestra juventud...

—No, ya no soy aquella... Mis besos en tus labios serán fríos y helados. Así mis besos en tus labios ardientes.

Si mis brazos cansados te acariciasen y abrazasen, creerías que eran caricias y abrazos vendidos, siendo por amor...

Así, mis abrazos y caricias.

Mis pupilas tienen la tristeza de los otoños y mi voz desfallece, sin eco, y ya siento el cansancio de la muerte...

—Vente conmigo. Yo te redimiré. Estás purificada por el dolor.

—No puedo ir. A tu lado seré siempre un estigma.

—Vente.

—No puedo ir. Pronto sería para ti una desilusión. Cuando te quise, era yo lirio y rosa; ahora, soy una pobre rosa deshojada que arrastran los vientos...

Del interior venían los gritos, las carcajadas y los cantares de una orgía plebeya.

—Vente conmigo. Tengo celos de todos los hombres. ¡Oh, no importa que seas una rosa deshojada! Llenarás de un aroma de recuerdo las páginas estériles y áridas de mi vida... ¿Si estás para mí llena de ilusión, no serás como en aquel tiempo? Vente... ¡Qué bello es ir recogiendo las hojas que se han ido deshojando sobre el remanso claro e irlas besando una a una y sentir al besarlas aquel divino perfume lejano!

CORREA-CALDERÓN.

INTROSPECCIÓN ULTRAISTA

El Peligroso Silenciarío

—Siempre el obscuro comienzo, siempre el crecimiento, la vuelta íntegra del círculo,

La cumbre siempre y el derumbe final, para resurgir fatalmente. ¡Imágenes, imágenes!

WALT WHITMAN.

Fué al promediar la jornada de su intenso vivir, cuando—mi raro camarada Juan Rodrigo, destacado en mi recóndita galería de figuras espiritualmente teratológicas y sugerentes—se sintió cruentamente herido por psíquico y lancinante desgarramiento, a la ocre videncia acerba de su epótico y asolador influjo fatalista de Silenciarío.

Antes, al transitar en comunismo homuncular execrable, ya tuvo la sospecha en insinuación de su avasallador imperio esotérico por cómo a su aparecer pacífico e irremisible en los núcleos cordiales, transmutábase los cálidos efusivismos irradiantes de sono.

rosidades, en gelideces disgregadoras y opacidades ambiguas, disociantes, corrosivas...!

Así, al advenir rotundo, en exterioridad intimal dislacerante de su imperativo poderío disolvente, dióse rauda a desentrañar rememorativamente la raigambre y génesis evolutiva de la imbibición endosmósica y circundamiento periférico del Silencio—aquel Silencio inefable que rimaba en su enoémica iridiscencia con el que tan voluptuosamente había paladeado en *Le trésor des humbles*, de Maeterlinck, y en *Sartor Resartus*, de Carlyle y en *Le pelerin du silence*, de Remy de Gourmont—en su vida isomorfa, y el modo cómo en el álveo de su solitariedad pudiera haberse incubado henchido de aquel magno potencialismo.

* * *

Y con sus pupilas buidas avizorativamente emproadas hacia la lejanía extinguida, y su cerebro desvertebrado en una suprema contorsión regresiva, y su energética intelectual acumulada al ímpetu evocativo, lanzóse al ángulo reflejador de su existencia pretérita, en vértigo de asir, por sobre la nimiedad episódica, los rasgos inconexos de su aciago silenciamiento aflozados en el estuario de su apolínea exantrópia...!

Así revió su figura ténue esfuminarse en su cuitada niñez hasta el advenir de su pletórica adolescencia. Allí, al lanzarse avido de saciamientos livianos por entre las gregueriescas camaraderías letificantes, enardecido por desorbitaciones cascabeleras y cópulas suxultativas, ya vislumbró cómo por sobre su apari-

cional sonorosidad cerníase grisácea una ventolina de hermetismo, espaciadora de afinidades eurythmicas...

Después evocó fugazmente la etapa de su más áurea juventud, en que libre de todo vínculo enojoso por el élego truncamiento de su exigua familia, rehuyendo el hiriente contristamiento prematuro, y propulsado por su tan amada y temida sombra fantasmal de solitariedad hermética, no hesitó arrojarse a la fosa del connubio sedante. Tras la rápida ahuyentación de su amada fugaz recayó en su desorbitamiento vital, deviniendo náufrago inconscio en las cisternas caliginosas, saturadas de orgasmales febriscencias paróxicas...

Y en el hito epiceno limitrofe de su obsedente psicosis devastatriz columbró más allá de la estuosidad sensorial aberrativa que le maniataba, el extenderse infinito de la órbita irradiante de su enigmático luminarismo ahuyentador, que dondequiera que esplendía, hasta en el vórtice de cordialidades en ignición, irradiaba destalleos divergentes saturados de eléctrico maleficio. Así, aun por muy arraigadamente que las fibras afectivas y eróticas horadasen los estratos vinculares, se truncaban y soterraban éstos, al aparecer adheridas inextiparble e invisiblemente a su figura indiferenciada, como unas vestes fatídicas, las sombras maléficas expansoras del hermetismo opaco, dissociador y silenciario.

He ahí por qué durante los desenlaces de solitariedad en que se obstinaba tras etapas de circuitos afe-rentes, siempre se le aparecían en sus raptos de obsesiones visionarias alucinantes, pléyades innúmeras, en

teorías fantasmagóricas de humanos imprecativos — como en una feérica alegoría alucinatoria de Odilón Redón — anulados en las ondas miriápodas de su hermetismo disolvente, que glisaban desfilantes maldiciéndole y estigmatizándole como homicida incógnito...

* * *

Cuando ya desbordaba en su adámica psiquis dolorida y desvirgada por el enoema gravitante de ese misterioso y divino desdén que — al decir del libertario Vargas Vila — simboliza el Silencio, y cuando ya iba a poseerle el vértigo de lanzamiento al légamo viscoso de los renunciamientos estípticos, surgió subitánea, como una llamarada revivificadora, la figura ungida de eurythmia y de encantos feéricos de la Mujer-Afin — antípoda de las otras mujeres, que acéfalas y agemmadas le repelían empavorecidas — en impetu de rima mayestática, por su nexitud ultraista y triunfal: Y poseídos ambos recíprocamente de cotangencial espiritualidad — ella también advenida de prematura viudez reedificadora — forjaron el proyecto de un enlace libérrimo prelúdico de su iluminado ofrendamiento frutal...

Más he aquí que, cuando él al fin iba a desligarse de todo su aciago pretérito nebuloso, creyendo evaporado su alucinante influjo, y extirpada su paronaía monoideísta a lo Ribot cuando, iba a divorciarse de sí mismo y se preveía enhiesto, viril y transmutado le acometió súbita y mortífera la visión maléfica del resurgir arrollador silenciarío, ahora en su misma ór-

bita afectiva, y propulsando la ahuyentación inexorable de su amada al culminar las primicias de sus ardorosas ofrendoras...

Fué tan hosco, lancinante y desolador este fatídico claror augural que, a pesar de su lucha por evanescerlo de su cerco sensorial, no hubo de conseguirlo y sí sólo en su culebreante obsesionamiento se desorientó definitiva e inacesiblemente.

Después, para exacerbamiento de su pungente psicopatía, y en su consciente atracción visual de lo Por Veni dramatizado, columbró en perspectiva de meridiana y acerba diafanidad, caso de no renunciar al connubio, y tras el fatal resurgir de su hermetismo disolvente, la rápida extinción de efusividades, la inexaurible distanciación de su amada, y el hallarse a sí mismo vencido y exangüe, en su estuario de perenne solitaria...

Así, en un eléctrico erguimiento de su volición sinusoidal, en un ímpetu rotundo de amorosidad, extraño en su nebuloso antropocentrismo, y, extenuado obsesivamente por el «pathos» hialino de la truncadora predestinación, decidió huir, huir fugaz y enigmáticamente hacia árticas colinas ultratelúricas derramando en el éxodo árduo para matizar cruentamente su tránsito, las últimas gemmas silenciarias de su iris discente joyel...

GUILLERMO DE TORRE.

Madrid, 1917.

LA NOVÍSIMA LITERATURA FRANCESA

La nueva estética.

EL POEMA SITUADO

Todo lo que existe está situado. Todo lo que está por encima de la materia está situado; la materia misma está situada. Dos obras están desigualmente situadas, ya por el espíritu de los autores, ya por sus artificios. Rafael está por encima de Ingres, Vigny por encima de Musset. La señora de Y... está por encima de su prima; el diamante está por encima del cuarzo. ¿Consiste esto, acaso, en las relaciones entre lo moral y la moral? En otro tiempo creíase que los artistas eran inspirados por los ángeles y que había diferentes categorías de ángeles.

Buffon ha dicho: «El estilo es el hombre». Lo cual significa que un escritor debe escribir con su sangre. La definición es saludable, pero no me parece exacta. Lo que es el hombre es su lenguaje, su sensibilidad; hay razón para decir: «Expresaos con las palabras que

os son propias.» Es un error creer que eso sea el estilo. ¿Por qué querer dar del estilo en literatura otra definición que la que tiene en las diferentes artes? El estilo es la voluntad de exteriorizarse por medios elegidos. Generalmente se confunden, como lo hace Buffon, lengua y estilo, porque pocos hombres necesitan un arte de voluntad, es decir, el arte mismo, y todo el mundo anhela humanidad en la expresión. Las grandes épocas artísticas, las reglas del arte enseñadas desde la infancia, constituyen cánones que dan un estilo; los artistas son entonces los que, pese a las reglas seguidas desde la infancia, encuentran una expresión viva. Esta expresión viva constituye el encanto de las aristocracias y es el del siglo xvii. El siglo xix abunda en escritores que comprendieron la necesidad del estilo, pero no se atrevieron a descender del trono que su afán de pureza edificara. Se crearon trabas a expensas de la vida (1). El autor, luego que situó su obra, puede usar de todos los encantos: lengua, ritmo, musicalidad e ingenio. «Cuando un cantante tiene la voz bien impostada, puede entretenerse en hacer gorgoritos.» Para comprenderme bien comparad las familiaridades de Montaigne con las de Aristides Bruant o los codazos del periódico de perra chica con las brutalidades de Bossuet zarandeando a los protestantes.

Esta teoría no es ambiciosa; tampoco es nueva; la teoría clásica lo que yo modestamente recuerdo. Los nombres que cito no los saco a relucir para golpear a

(1) El poema en prosa ha de ser, no obstante las reglas que lo estilizan, de una expresión libre y viva.

los «modernos» con la maza de los «antiguos», son nombres incontestables; si citara otros que yo sé, acaso tiraseis el libro, lo que no deseo. Quiero que lo leais, no de una larga sentada, sino a menudo; hacer comprender es hacer amar. No suelen estimarse más que las obras largas; pero es difícil conservarse mucho tiempo hermoso. Puede preferirse un poema japonés de tres versos a la «Eva» de Peguy, que tiene 300 páginas; y una carta de Madame de Sevigne, llena de ventura, osadía y holgura, a uno de esos novelones de antaño compuestos con retazos hilvanados, que pretendían haber hecho bastante para la presentación con haber obedecido a las exigencias de la tesis.

Mucho se ha escrito acerca del poema en prosa desde hace treinta o cuarenta años; no sé de poeta alguno que haya comprendido de lo que se trataba y consentido en sacrificar sus ambiciones de autor a la constitución formal del poema en prosa. La dimensión no significa nada para la belleza de la obra; su situación y estilo lo son todo.

La emoción artística no es ni un acto sensorial ni un acto sentimental; si no fuera así, la Naturaleza misma bastaría a dárnosla. Existe el arte, luego es que responde a una necesidad; el arte es propiamente una «distracción». No me equivoco; esta es la teoría que nos ha dado un maravilloso pueblo de héroes, de poderosas evocaciones de medios en que se satisfacen las legítimas curiosidades y aspiraciones de los burgueses presos en sí mismos. Pero hay que dar a la palabra distracción un sentido aún más amplio. Una obra de arte es una fuerza que atrae y absorbe las fuer-

zas disponibles de quien a ella se llega. Hay en esto algo parecido a un matrimonio y un aficionado desempeña aquí el papel de la mujer. Necesita que una voluntad haga presa en él y lo retenga. La voluntad desempeña, pues, en la creación, el papel principal; el resto no es sino el cebo por delante de la trampa. La voluntad no puede ejercitarse sino en la elección de los medios, porque la obra de arte no es más que un concierto de medios y llegamos en lo tocante al arte a la definición que he dado del estilo; el arte es la voluntad de exteriorizarse por medios elegidos; ambas definiciones coinciden y el arte no es más que el estilo. Consideramos aquí al estilo como la realización de los materiales y como la composición del conjunto, no como el lenguaje del escritor. Y concluyo que la emoción artística es el efecto de una actividad pensante hacia una actividad pensada. Me sirvo a regañadientes de la palabra «pensante», porque estoy convencido de que la emoción artística pesa en cuanto el análisis y el pensamiento interviene; una cosa es hacer reflexionar y otra dar la emoción de lo bello. Equiparo el pensamiento con el cebo de la trampa.

Cuanto mayor sea la actividad del sujeto, tanto más aumentará la emoción dada por el objeto; la obra de arte ha de estar, pues, alejada del sujeto. Por esto debe estar «situada». Podría verse en estas palabras la teoría de Baudelaire sobre la sorpresa; esa teoría es algo grosera. Baudelaire comprende la palabra «distracción» en su sentido más ordinario. Sorprender es poco, hay que «transplantar». La sorpresa hechiza y estorba la creación verdadera; es nociva como todos

los hechizos. Un creador no tiene derecho a ser encantador sino después, cuando la obra está situada y estilizada.

Distinguimos el estilo de una obra de su situación. El estilo o voluntad crea, es decir, separa. La situación aleja, es decir, excita a la emoción artística; se conoce que una obra tiene estilo en que da la sensación de lo cerrado; se conoce que está situada en el ligero embate que nos da y también en el margen que la rodea, en la atmósfera especial en que se mueve. Ciertas obras de Flaubert tienen estilo; ninguna de ellas está situada. El teatro de Musset está situado y no tiene mucho estilo. La obra de Mallarme es el modelo de la obra situada; si Mallarme no fuera engolado y de oscuro, sería un gran clásico. Rimbaud no tiene estilo ni situación; tiene la sorpresa baudelairiana; es el triunfo del desorden romántico.

Rimbaud ha ensanchado el campo de la sensibilidad, y todos los literatos le deben gratitud; pero los autores de poemas en prosa no pueden tomarlo por modelo, porque el poema en prosa, para existir, ha de someterse a las leyes de todo arte, que son el estilo o voluntad y la situación o emoción, y Rimbaud sólo conduce al desorden y a la exasperación. El poema en prosa debe evitar también las parábolas baudelairianas y mallarmeanas si quiere distinguirse de la fábula. Ya se comprenderá que no considero como poemas en prosa a los cuadernos de impresiones más o menos curiosas que de cuando en cuando publican los compañeros que tienen dinero de sobra. Una página en prosa no es un poema en prosa, aunque en

ella se encuentren dos o tres hallazgos. Consideraría como tales a dichos hallazgos presentados con el necesario margen espiritual. A propósito de esto, pongo en guardia a los autores de poemas en prosa contra las piedras preciosas demasiado brillantes que atraen la vista a expensas del conjunto. El poema es un objeto construido y no el escaparate de una joyería. Rimbaud es el escaparate de la joyería, no la joya; el poema en prosa es una joya.

Una obra de arte vale por sí misma y no por las confrontaciones que de ella puedan hacerse con la realidad. Decimos ante el cinematógrafo: «¡Qué bien está!» Ante un objeto de arte decimos: «¡Qué armonía! ¡Qué solidez! ¡Qué corrección! ¡Qué pureza!» Las adorables definiciones de Julio Renard se vienen a tierra ante esta verdad. Son obras realistas, sin existencia real. Tienen estilo, pero no están situadas; el mismo encanto que les da vida las mata. Creo que Julio Renard ha hecho otros poemas en prosa además de sus definiciones; no los conozco; lo lamento; es posible que sea el inventor del género, según yo lo concibo. Por el momento considero como tales a Alysio Bertrand y al autor del «Libro de Monera», Marcelo Schwob. Ambos tienen estilo y margen; es decir, componen y sitúan. Le reprocho al uno su romanticismo «a la manera de Callot», como él dice, que llamando la atención sobre los colores demasiado violentos vela la obra misma. Por lo demás, él mismo ha declarado que consideraba sus fragmentos como los materiales de una obra y no como obras definidas. Le reprocho al otro el haber escrito cuentos y no poemas, y qué

cuentos. Preciosos, pueriles, artísticos. Sería posible, sin embargo, que uno y otro escritor hubiesen creado el género del «poema en prosa» sin saberlo.

MAX JACOB.

Septiembre 1916.

* * *

Las líneas que anteceden constituyen el prólogo puesto por el autor a su libro *Le cornet a Des*, segunda edición, París. Les he traducido porque tienen el valor de un manifiesto literario y definen un género cultivado en poesía por los novísimos «creacionistas» como Reverdy, Cendrars, Huidobro y otros. Max Jacob tiene, además de esta obra, las siguientes: *Saint Matorel*, novela. *Euvres burlesques et mystiques de Frere Matorel mort au convent de Barcelone*, poemas con comentarios. *Le siege de Jerusalem*, drama. *La Cote*, colección de cantos célticos inéditos; *Les Alliessont en Armenie*, poema. De *Lo Cornet a Deu* he traducido algunos fragmentos publicados en la revista *Grecia-Sevilla*, 1919. Max Jacob es uno de los principales propulsores del nuevo movimiento literario de Francia. Nació en Bretaña, y, según dan a entender algunos poemas suyos, es de origen israelita.

R. C.-A.

de qué camposanto de héroes
han levantado el vuelo esas cruces
para cantar la gloria de sus muertos.

El día de la victoria
cantarán todos los pueblos,
y los mares
se cambiarán en miel.

Soldados,

cañones.

Un globo arroja un ramo de flores.

Los marineros lejanos,

los marineros color de pipa vieja
cantarán de rodillas sobre las olas.

El Sena fluirá lleno de flores

y sus puentes

serán también arcos de triunfo.

VIBRAN LAS CIUDADES Y LOS TAMBORES,

y cuando llegue la noche

caerán las estrellas sobre la muchedumbre,

y después,

en lo más alto de la Torre Eiffel,

yo enciendo mi cigarro

para los astros en peligro.

Allá lejos,

en el límite del mundo,

alguien canta un himno de triunfo.

VICENTE HUIDOBRO.

París, 1916-1917.

(Del libro *Hallali*.—Madrid, 1918.)

(R. C.-A. Traduxit.)

REALEZA

(De Arthur Rimbaud.)

Una mañana hermosa, en un pueblo apacible,
una mujer y un hombre—delirios de grandeza—
soñaban con ser ricos y con una realeza
que era acaso motivo de diversión risible.

En una plaza pública, con gesto inconfundible,
de soberbia inaudita y alzando la cabeza,
gritaba ella (trasunto de espléndida belleza):
«¡Quiero ser Reina!»—era su obsesión imposible.

«¡Yo quiero que sea Reina!»—gritaba él asimismo;
y hablaba—de un delirio quizá en el paroxismo—
de hondas revelaciones que tuvieron sus almas.

¡Y fueron al fin Reyes una mañana entera,
en que hubo colgaduras y reía la primavera;
y una tarde que fueron por jardines de palmas!

EDUARDO DE ORY.

GALDÓS ANTE SU ESTATUA

Bajo las frondas amables del Buen Retiro, entre la fortaleza de un eucaliptus y la gracia primaveral de un almendro, blanco, sereno y armonioso, como un poema de mármol, semicubierto por una gran bandera española, se alza el monumento que va a ser inaugurado.

Poco a poco, en compactos grupos, van llegando los miembros de la comitiva oficial; muchos literatos, artistas, rostros que nos son conocidos, ya que son de personas que lograron penetrar hasta el fondo de nuestra alma con la inefable emoción de la belleza; y, sobre todo, el pueblo, el verdadero pueblo de Madrid. Todo está dispuesto ya; el acto va a comenzar; pero a alguien se espera...

De pronto, se oye un rumor como de fronda, que viene del lado del paseo de coches. En éste, frente al sendero que conduce al monumento, se ha parado el carruaje de gala del Municipio, y de él ha bajado un anciano, que es recibido casi en brazos por los señores de la Comisión ejecutiva y por muchísimos concurrentes, que se agitan y apretujan, ansiando estrecharle, besarle la mano o siquiera contem-

plarle de cerca. El anciano es alto—todos cuantos pensamos y hablamos en español, aun sin haberle visto, lo conocemos—; anguloso; la noble frente cargada de altos pensamientos, se inclina un tanto; unas gafas defienden los ojos tristes, los pobres ojos que semicegaron «fatigados de tanto ver»; bajo un bigote gris, casi blanco, en la comisura de unos labios marchitos, se sostiene un puro apagado; una blanca bufanda de seda se envuelve a su cuello, y un largo y grueso gabán le cuelga de los hombros, en pliegues como de túnica. La marcha del anciano entre la multitud es lenta y difícil, tardando aquél algún tiempo en salvar la corta distancia que media entre el paseo de coches y el lugar en que está emplazado el monumento. Por fin, llega a éste, y al ocupar D. Benito Pérez Galdós el sitio que se le había preparado frente a su propia estatua, un ¡Viva Galdós! sale de todos los pechos y llena el espacio con el clamor de una ovación.

A los compases solemnes de la Marcha Real, el Alcalde de Madrid descorre el velo que cubría el monumento. Ya están el hombre de piedra y el hombre de espíritu y materia frente a frente. Comienzan los discursos, y el acto continúa con el ceremonial de esta clase de solemnidades. Pero lo grandioso, lo verdaderamente único del momento, es el diálogo mudo y sublime que se entablaría entre esos dos hombres.

El de piedra—acierto rotundo de un escultor joven y genial—está sentado en un gran sillón que, sostenido por dos leones, se alza sobre un sencillo basamento de dos cuerpos, en uno de los cuales se leen estas palabras: *Galdós. Episodios Nacionales. Novelas Españolas Contemporáneas. Teatro*. La cabeza, en la que el parecido, con ser lo

de menos, es sorprendente, es noble y plena de vida: esa frente piensa y es la misma que aquella de la cual, en raudal generoso, brotó la epopeya novelesca de toda una raza; aquellos ojos, que escrutan en lo arcano, son los mismos que semicegaron después de haber visto más allá de las cosas, más allá de las almas; aquellos labios plegados en rictus doloroso, son los mismos que bebieron amarguras y destilaron piedades; las manos, que se trenzan sobre las rodillas, son manos creadoras en las que palpita un espíritu inmortal. Sobre las piernas, para evitar detalles prosaicos y angulosidades que hubieran acaso comprometido el conjunto destruyendo la pura euritmia de sus líneas, el escultor ha echado una manta, resolviendo así, estética e inteligentísimamente, muchos problemas de técnica. La estatua tiene vida y parece animada por un secreto espíritu, que corre y se difunde al través de la piedra inerte. Y ese espíritu es un espíritu creador, potente y lozano, que no puede ser otro que el espíritu del padre de la novela española contemporánea.

El maestro está, como decimos, sentado ante su propia estatua. Está abstraído, como en un éxtasis, los pobres ojos enfermos velados de lágrimas de emoción. Sigue el coloquio entre los dos hombres; coloquio profundo y formidable, que ningún psicólogo fuera capaz de traducir, desentrañando toda la sutil grandeza de su significado.

Al Galdós viviente y al Galdós de piedra rodea una multitud heterogénea, en la que nuestra imaginación cree ver a los héroes de la epopeya galdosiana. Allí, en los antiguos y señoriales jardines del Rey Felipe IV, en el acto de glorificar a su creador y rodeando su estatua, están, en espíritu, los sublimes marinos de Trafalgar y los héroes popula-

res de Madrid y Zaragoza, de Gerona y de Cádiz; las falanges triunfadoras de Bailén y los Arapiles; los degenerados cortesanos de Carlos IV y los hijos de San Luis; Gabriel Aracil y Juan Martín, el Empecinado; Gloria y Doña Perfecta; la triste Marianela, mostrando su carita llorosa entre las ramas de un laurel; la familia de León Roch y Fortunata y Jacinta, el Doctor Centeno y el amigo Manso, Torquemada, la de Bringas, Angel Guerra y Leré, el tío Pito e Ido del Sagrario, Orozco, José María Cruz y Victoria, *la loca de la casa*; Nazarín, Halma, el León de Albrit y sus nietas, Pedro Minio, Casandra, la Marquesa de San Quintín, Electra y Mariucha, Bárbara, Paulina, Celia, Sor Simona... Es una multitud abigarrada; los personajes de todo un siglo, arquetipos de toda una raza, los que se agrupan en torno a su creador, agitando ramos de laureles. En tanto, éste se ha transfigurado, en la apoteosis de un nuevo Tabor: de su frente irradian resplandores, como los de la frente augusta del divino Dante; su vulgar gabán es manto patricio, en el que se arrebujá en actitud estatuaria para recibir el homenaje definitivo de los hijos de su genio. El cuadro es mágico; la escena única, sobrehumana; y todo ello se desenvuelve en un luminoso ambiente de idealidad.

Esto es lo que vió nuestro espíritu soñador y propicio a toda exaltación. Pero la realidad es otra; y, como realidad, también es bella. Hela aquí:

Una vez descubierta por el Alcalde la estatua, Serafín Alvarez Quintero, el comediógrafo insigne, ha subido a uno de los escalones del monumento, y con ademán amplio, gesto emocionado y gentil prestancia, pronuncia un bellísimo discurso que, como quinteriano, es brillante, sentido, efusivo, exento del terrible lugar común.

Luego, el Alcalde dice que Madrid recibe y conservará el monumento a Galdós como una reliquia sagrada. Hace, con gran acierto, un fervido elogio de la obra madrileñísima, española, universal, humana del maestro; y, en nombre del pueblo, besa la mano creadora de D. Benito Pérez Galdós.

El momento es de una honda e imperecedera emoción.

Las aclamaciones a Galdós se suceden sin interrupción y se prolongan, acompasadas por el gorjeo de los pájaros, que tornan líricas las frondas acogedoras del Buen Retiro.

Ahora se procede a firmar el acta de la inauguración, siendo la del propio Galdós la primera firma que en ella se estampa.

Entonces irrumpe entre la concurrencia y se presenta ante el maestro un emocionante grupo de niñas ciegas, que pone en manos de D. Benito un ramo de flores, que éste besa, tembloroso.

El acto, tan sencillo como conmovedor, con vistas a otros tiempos, a los tiempos clásicos en que se sabía glorificar en vida a los genios, ha terminado. El pueblo de Madrid, después de haber escrito esta página bella y honrosísima en su historial de pueblo culto, comienza a dispersarse. El maestro ha conseguido, no sin trabajo, volver a tomar su coche, y en él se dirige a su domicilio—el morisco y diminuto hotelito del barrio de Argüelles—, seguido por el pueblo, que continúa aclamándole.

Antes de que D. Benito Pérez Galdós llegara a su carruaje, el cronista, que consiguió ir muy cerca del maestro, pudo tomar respetuosamente una de sus manos y poner en ella un mudo beso conmovido.

Entre el público que se dispersaba, echamos de ver a un

jovencillo endeble y pálido, de ojos de fiebre, que, terciada de sus hombros una capa y cubierta su melenada cabeza con un chambergó de amplísimas alas, maquinalmente, tan conturbado estaba, estrechaba las manos que se le ofrecían, correspondía a los abrazos que le prodigaban, pronunciando entrecortadas frases de agradecimiento. Era el gran escultor Victorio Macho, inspirado autor de esta obra admirable que, sin profanar las puras líneas del bloque granítico, expresa, de manera pasmosa, perpetuándolos, el espíritu y la labor ingentes del genio español de nuestros días; y, generoso donante de su creación al pueblo de Madrid: desde un principio declaró que no percibiría ni un céntimo por su obra, y que la cantidad colectada en brevísimo tiempo por la Comisión ejecutiva, compuesta de ilustres literatos, sólo se aplicaría a cubrir los gastos de material, para que así fuera de todos el homenaje.

... Al fin, la multitud de concurrentes acaba por abandonar el parque; y entre la fronda nemorosa y sonante, naufragando en la penumbra de un crepúsculo invernal preciosamente breve, queda solo el hombre de piedra, como un blanco símbolo de la perennidad del arte. Desde lo alto de su sitial, verá pasar a las generaciones: la pareja de enamorados, la eterna pareja que va y viene del fondo de los siglos, pasará hacia el porvenir, sonámbula de su divino ensueño; los niños vendrán enguirnaldados de la mano y jugarán al corro, ante la efigie del viejo abuelo; y esos niños se tornarán hombres y viejos, a su vez. Y todos pasarán, en el devenir inacabable de la vida... Pero ese hombre y su obra no pasarán...

CÉSAR E. ARROYO.

Madrid, enero 1919.

Poetas Hispano-americanos

YO

I

Formando marco a mi arrugada frente,
mustia a despecho de mis pocos años,
se encrespa el pelo, que los desengaños
encanecieron prematuramente.

La lente de un monóculo, indiscreta,
bajo la ceja llevo colocada,
única nota *chic* en mi afeitada
cara de *tenorino* de opereta.

De mi corta nariz las anchas fosas
se dilatan y encogen voluptuosas
ante la Venus de sin par belleza,

y malas hembras y escritores sabios
dejaron en el borde de mis labios
un desdeñoso rictus de tristeza.

II

Me asomé a las ventanas del misterio,
un mal amor llenóme de amargura
y disfrazo con risa y con locura
la ridícula pena de ser serio.

En lucha abierta con mi mala suerte,
supersticioso y con la fe perdida,
vivo, con gran desprecio de la vida
y un espantoso miedo de la muerte.

Y al pensar en mi infancia y mi inocencia
quiero nacer de nuevo y mi existencia
detener por un raro sortilegio

en medio del camino, en la pradera,
en un jardín de plena primavera
con pájaros, con sol y sin colegio.

FELIPE SASSONE.

(Peruano).

LIMA, CIUDAD DE CAMPANAS Y DE CAMPANILLAS

(Del libro de crónicas, en
preparación, *Una Lima que
se va.*)

No hay nada tan evocador como el vibrar de una campana. Nada hay que suspenda el ánimo tanto como escuchar, cuando se dialoga con la propia alma, el toque de una campana remota. En los caminos, sobre el circundante y sordo rumor de la naturaleza, cuando la tarde cae y hasta el silencio tiene una como íntima musicalidad que adivinan las almas sedientas de armonía, el toque lejano de la campana de la ciudad llega envuelto en un maravilloso acorde poético. Sobre la paz rural del sendero pone el alma sonora de la urbe que, a la hora del crepúsculo, cuando el oro solar dora los campanarios, se eleva como una exorción, como una esperanza, como un anhelo pío e infinito, o como una resignada queja después del miserable ajetreo cotidiano. Y escuchada así la campana

cuando la ciudad queda a lo lejos, adquiere un lírico encanto, que es como la sonora rehabilitación de la carcelaria sordidez urbana. Acuden inevitablemente entonces a la memoria los divinos versos del Dante:

... eche lo novo peream d'amore
punge seode squila di lontano
che paia il giorno pianger che si more...

Cuánto hacen pensar y sentir las campanas, los sonoros bronces que el fervor religioso creara, cuando se adivinó, en aquel florecer del verdadero romanticismo, que la música era lo más íntimo, lo esencial y profundo de la existencia. ¡Descubrámonos ante aquellos días lejanos en que el alma ardiente de los ascetas, pudo intuir que sobre el silencio recatado de los templos austeros, ricos por dentro como los grandes espíritus selectos, debía quedar vibrando la mística plegaria en la sonora llamada de los campanarios!... Y fueron por ello, sin duda, las ciudades devotas por excelencia, las que inventaron aquellas inefables armonías, que según cuenta la fama, suspendían los ánimos, elevándolos con su espiritualidad musical a regiones superiores.

Las campanas en Lima.—Recuerdos de una tradición colonial.

Fueron las campanas en Lima, las principales notas ruidosas de la ciudad en medio de la modorra colonial. Traídas por los españoles conquistadores, care-

cieron de aquellas armoniosas delicadezas que los bronces tienen en otros países, hechas muchas de ellas a base de la popular ofrenda y de la merced aristocrática, gastáronse en su fundición, según relata la leyenda, joyas y barras de oro, pero carecieron de armonías complicadas. En cambio tuvieron significación genuína y llenaron durante siglos la crónica del Virreinato. Casi no hubo suceso importante consignado en los infolios, que no fuera anunciado bulliciosamente por las campanas, y tanta importancia adquirieron, que preguntado en cierta época un viajero por lo que se hacía en Lima, respondió en una suprema síntesis: «Repicar y quemar cohetes.»

Lima fué, durante la colonia, una ciudad muerta. Hasta que llegó el pomposo tiempo de las calesas, el único ruido urbano fué el de las campanas. Desde el alba hasta el crepúsculo vespertino, el único rumor era el de los templos que convocaban a los fieles. Un auto de fe provocaba un repique, toques de agonías y dobles sonoros; la llegada del *cajón* de España se anunciaba con un desatentado repicar de todas las campanas, si acaso había nacido algún infante real, y cuando allá, en la Metrópoli moría algún deudo cercano del Rey, seis meses después, tañían melancólicamente los bronces de esta ciudad. Todos conocían así lo que había ocurrido, por la historia resonante de las campanas. Festejos y duelos, ceremonias civiles y religiosas, buenas y malas noticias, todo se anunció con jubilosos o tristes toques. En las parroquias y en los conventos la profesión de campanero gozaba de gran prestigio; y se explica, porque era el campanero una

especie de periodista, a su modo, que sabía antes que el vulgo los sucesos dignos de anunciarse.

Como no existían entonces más periódicos que las lacónicas reimpresiones del *Aviso de Madrid*, las campanas fueron las mayores chismosas de la ciudad. Tal era su importancia que se acostumbraba hacerlar vibrar cuando el Señor Virrey pasaba por alguna plazuela. Sabían así los vecinos cuándo el representante de Su Majestad visitaba algún barrio. Es de estas épocas la tradición *Virrey hereje y campanero bellaco*, que nos ha contado D. Ricardo Palma. Un campanero que cayó en falta al no rendir los honores de su campanario al paso del Virrey por la plaza de San Agustín, y que se disculpó achacando a la herejía del linajudo señor el silencio de sus campanas, mal creyó vengarse de los ramalazos que sufriera, anunciando a media noche al barrio entero que el Señor Virrey pasaba, seguramente de galanteo. Calcule el lector el alboroto que se armaría en Lima. Ciudad tranquila en la que, sonadas las diez de la noche, nadie se atrevía a salir a las calles, seguramente se alarmó con el gozoso campaneó que fué motivo de larga murmuración e infinitos comentarios. Refiere el tradicionista que pasando el tiempo, el campanero, que era duro de mollera, fué perdonado por el Virrey, quien le sirvió de padrino en su primera misa, milagro que obtuvo por la protección de quien le hizo azotar una vez por silencioso y otra vez por vocinglero...

Durante tres siglos todo se anunciaba por medio de las campanas, y como la religiosidad era fanática e imponderable, Lima no fué, desde las cuatro de la

mañana hasta las seis de la tarde, desde el *maitines* hasta el *angelus*, sino una constante oración metálica, argentina y rítmica, que ascendía sin tregua a las alturas.

Los diversos toques.—La campanilla del Viático

Hasta hace diez años hemos vivido aquí acostumbrados al repique de las campanas y conocemos de memoria los diversos toques. Los trasnochadores distinguen inconfundiblemente el toque repetido y como debilitado de las campanas de los conventos, llamando a la cuatro de la mañana. El llamamiento a misa es también único, característico, y todos, aunque sea una vez en la vida, se han emocionado ante el toque vespertino del *angelus*, que inspirara el famoso cuadro de Millet y que diera ocasión a Bello a escribir aquellos hermosos versos, que todos por primera vez leyéramos en la *Mantilla segunda*:

«Ve a rezar, hija mía, ya es la hora
de la conciencia y del pensar profundo...»

Pero el tañido que sólo se escucha hoy en muy raras ocasiones, tan repetido antaño, es el toque de agonías. El cronista recuerda haber alcanzado, muy niño, en su parroquia, el lúgubre son de agonías por un vecino de su barrio y recuerda también el comentario de la antigua servidumbre de su casa: «Están doblando por D. Fulgencio, anoche le dieron el *Santísimo*, y cuentan que en la madrugada comenzó con las bo-

queadas.» Y en su exaltada imaginación infantil el grave resonar de las campanas se dilató largamente, como un anticipo de lo irremediable... Hoy sólo en los pueblecitos, aún en los cercanos a Lima, subsiste la piadosa costumbre que significa, sin duda, el afectuoso e íntimo trato del cura con sus feligreses. Antiguamente, cuando alguna persona entraba en agonías, todos los del barrio aguardaban el toque mortal, y cuando comenzaba a doblar solemnemente la campana, sabían que un alma se escapaba de su mísera envoltura.

Otro típico tañido era el de *ánimas*, a las ocho de la noche. Las amas contaban a los niños cuentos terro-
ríficos mientras la campanilla de las ánimas tintineaba fuera temblorosamente...

Los sacristanes gustaban de jugar con las campanas y los muchachos de los barrios soñaban en ser algún día campaneros de sus parroquias. Cuando se trataba de alguna fiesta grande en que había que *repicar gordo* y todas las campanas se echaban a vuelo, el sacristán campanero necesitaba la ayuda de los chiquillos que se disputaban encarnizadamente el honor resonante de repicar en Cuasimodo o en los días gozosos de la Pascua de Resurrección. Entonces el toque era un desconcertado repicar de todas las iglesias, un desenfrenado afán de hacer ruido. Recuerda el cronista cómo bullía toda su sangre de niño ingenuo y feliz cuando el Sábado de Gloria vibraba vocinglera e íntegramente el campanario de su antigua parroquia.

Cierta vez, y a escondidas, como quien hace una gran *mataperrada* por su amistad con un Inter viejecito, se permitió el cronista subir al campanario y ver

algo para él sagrado y casi inaccesible: las campanas mudas, las viejísimas cuerdas y las huellas de golondrinas, lechuzas, *gallínazos* y palomas. Algo superior a sus fuerzas le impulsó a tocar la campana chica, aquella que hace el *din* de acompañamiento, alegre y agudo (remedo del contraste que hay en las cosas todas de la vida), al grave *don* de la campana mayor. Entre los más dulces recuerdos de su niñez vive imperecederamente esta fresca y sencilla remembranza. Casi conteniendo la respiración cogió la cuerda, la movió con temor al principio; luego, con brusca fuerza y cuando el primer son se escapó tímidamente de la torre, sintió que por todo su ser corría una onda inexplicable de alegría y agitó ambos brazos saboreando cómo sobre su cabecita inocente se desataba un raudal milagroso de sonoridades. Y creyó que todos deberían distinguir y reconocer como inconfundible aquel toque soñado tantas veces, que para él resonaba único, como que en él puso la eclosión de un alma apenas rozada por la vida. Han pasado muchos años y en su espíritu envejecido prematuramente, la admirable emoción de aquel contacto no se ha vuelto a repetir

La llamada de la campanilla del Viático, sacudida por un *mataperro*, que también servía para las cosas de Dios, infundía peculiarísimo respeto. Llamaba y percutía con desesperación como voz de socorro, antes de que saliera de la parroquia la larga y ondulante procesión de cirios, y adquiría después no obstante su agudo son un tono severo, cuando el muchacho, a la cabeza del cortejo, la hería a intervalos.

La seriedad y la tristeza en su retinir consistían en la lentitud que le daba cierta percusión apagada de largo ritmo, que parecía como si se detuviera y ya no fuera a repetirse... *Tilín... Tilín...*

La campanilla en los hogares.—La campana que anuncia los incendios.—El esquilón del basurero.

Las casas en Lima eran antiguamente como grandes tribus patriarcales de largas mesas, a la hora de las comidas siempre llenas de deudos y relacionados. Raro era el hogar que tenía pocos comensales y por ello, sin duda, se usó hasta hace muy poco—son contadas las que aún conservan la costumbre—llamar por medio de una campanilla a las horas de almorzar y de comer. La severidad de algunos jefes de familia llevó este toque al extremo de significar que quien no acudía inmediatamente a su llamada, sufría el bárbaro castigo de quedarse sin alimento. Cuando se pasaba a determinadas horas por cualquier barrio de Lima, se escuchaba el repique desatentado de las campanillas caseras que llamaban agudas y continuas. La costumbre tenía significación moral: significaba el respeto al hogar doméstico y también—¡oh, tiempos suntuosos ya distantes!—que en aquellos días comían juntos en mayor número los miembros y allegados de una familia. Era la época de las largas y vinculadoras *sobremesas*. Hoy, por lo general, salvo honrosas excepciones, las mesas están desiertas en los hogares, porque cada cual come *a su hora* y hay restaurantes con música y es muy correcto y muy *chic* aquello de comer fuera del calor hogareño..

No hay limeño que no conozca el toque que anuncia un incendio. Sugestión del espíritu o realidad de la misma llamada de socorro, el hecho es que a media noche produce una impresión extraña y trágica el toque de la campana de alarma. Cuando el incendio es de magnitud, tocan también las grandes campanas de los templos y el limeño conoce por esta circunstancia la gravedad del siniestro. Pero, es la campana de la Bomba Lima, que obsequió a esta Compañía de bomberos D. Enrique Meigggs, la típica e inconfundible campana que atemoriza en la noche. Todos conocen perfectamente de dónde viene el sonido y lo que significa. Los que despiertan a media noche con el llamamiento, se revuelven malhumorados en el lecho y a veces tornan al reposo; pero si acaso el son característico de la campana de la Catedral rompe el silencio nocturno, es casi imposible que no se incorporen y, agitada la respiración, no vigilen, avizorando en la sombra, como si temieran que el resplandor siniestro se colara al dormitorio. Y la verdad es que cuando San Pedro, San Agustín, La Merced, Santo Domingo y la Catedral anuncian que hay incendio, es porque sobre la ciudad se extiende, como un castigo celeste, una gran mancha roja, en la que como asombradas, más pálidas y parpadeantes que nunca, asoman, compasivas, las estrellas... Y debe ser grave la sensación del campanero—cuántas veces un fraile filósofo—al sacudir con vehemencia, desde la altura, la ronca y lúgubre campana, mientras sus ojos no se apartan de la llamarada amenazadora.

El esquilón del basurero tiene vida reciente; es

modernísimo y anuncia el paso del carretón ruidoso y hediondo donde se almacena la cotidiana basura de todos los hogares. Su sonido es descompasado, como si se ajustara a su ínfimo objeto. Resuena en las tardes, a la hora vespertina, y evocador como es el sonido, trae a quien lo escucha asociaciones olfativas, incómodas y desagradables. Agita sin gracia el esquilón, con cansada y brusca actitud, un indio de faz vulgar y triste y su tintineo burdo se mezcla al chirriar del pesado carromato. A su llamada acuden los sirvientes con sus latones llenos de desperdicios, que martirizan las narices, mientras taladran los oídos el pausado crujir de las pesadas ruedas, el rajado tono del esquilón y el escandaloso rodar de las latas en la bulliciosa calzada. Sin embargo, tiene su significación. Trae por asociación extraña y pintoresca al recuerdo, la visión de la carroza de los muertos de los hospitales, y hace recordar la repugnante vulgaridad y la triste descomposición de todas las cosas humanas.

Todos conocemos aquel alocado repique...

A veces, a las seis y media de la tarde, parece que se volvieran locas las campanas de la Merced. Todos los habituales pasantes de la Unión, conocen, de seguro, aquel inarmónico y desordenado repicar de las campanas desconcertadas. Ignora, eso sí, el cronista, la verdadera causa; si es un triduo o una novena lo que se anuncia. Los transeuntes tienen que gritar para entenderse. Parece que alegres chiquillos se en-caramaran al campanario y agotaran por *mataperrada*

todas las campanas; y cuando el son repetido continúa, cada vez más alto y más agudo, siente quien lo escucha una irresistible y enfermiza necesidad de gritar; ni más ni menos que cuando pasa algún carretón de aquellos chillones y altos que ruedan agresivos y pedados sobre nuestros empedrados pésimos. Quizá esta necesidad de gritar sea una defensa, por aquello de *similia similibus curantur...*

Las campanas libertadoras y las campanas revolucionarias.

Quien se entretenga leyendo periódicos viejos, se encontrará siempre en las descripciones de los sucesos importantes con un párrafo inevitable en el que se lee: «Se echaron las campanas a vuelo.» Lima había acostumbrado desde la Colonia repicar por todo. Y las campanas, que eran en su inmensa mayoría de la época del Virreinato, como lo atestiguan todavía marcas y fechas, sirvieron a maravilla a la causa libertadora. Cuando San Martín entró en Lima, las campanas de la Catedral dejaron oír sus sonos majestuosos y vibrantes. Cada suceso favorable a la causa de los patriotas se festejó con repique general. Además, cada vez que se necesitaba convocar al pueblo se hacía sonar la *María Angela*, y las escaramuzas, los combates, las hazañas de los patriotas se festejaban con los mismos bronces que se echaron a vuelo cuando nació un real infante o sanaba de grave dolencia algún Monarca de las Españas.

Bolívar entró a Lima entre un sonoro repercutir de campanas, y las batallas de Junín y de Ayacucho tuvieron la lea de todas las ruidosas torres de la capital. Cuando San Martín concluyó de proclamar la fórmula de nuestra independencia, acaeció otro tanto. Por eso las campanas, las mismas campanas coloniales, expresando con sus sonoridades las nuevas almas, se convirtieron en voces de libertad y de reivindicación. Por desgracia, los bronces no saben enmudecer cuando los hombres, indiscretamente, quieren hacerles resonar, y aquellas campanas gloriosas sirvieron luego para todos los revolucionarios, los malos y los buenos. Ya se sabía por la vocinglería de los campanarios cuándo había un mitin, un pronunciamiento militar. Salaverry, Gamarra, La Fuente, Vivanco, Castilla y otros retumbantes caudillos cuando quisieron y lograron ser Jefes Supremos, lo anunciaron a la ciudad por medio de las campanas, lenguaraces y versátiles como viejas chismosas. La primera alianza que buscaba un jefe revolucionario era la de los campanarios. Cuando había un combate en las calles de Lima se sabían, como si se tuviera activísimo servicio de corresponsales, los diversos avances de las fuerzas rebeldes. El cronista recuerda que, cuando la revolución de Piérola, el año 1895—fecha que marca una era en nuestra vida social—se quedaba boquiabierto, ante la infalible ciencia de una viejecita que conocía todas las campanas de Lima y las percibía entre el estruendo del tiroteo: «Los pierolistas están en San Pedro; ya tomaron Los Huérfanos; ya están en Santa Teresa.» Mucho tiempo después, hombre hecho, pudo ex-

plicarse el cronista la razón de esta sabiduría. La viejecita que conocía el son de cada campanario, sabía muy bien que a los revolucionarios les importaba tomar las torres, no sólo como posiciones estratégicas, sino como medios de convocar al populacho. Después, al revisar periódicos antiguos, se ha encontrado frecuentemente con que la costumbre era antiquísima, y se anotaba como resonantes méritos las capturas de las torres por Don Fulano, Don Zutano y Don Perencejo.

Generalidades y lugares comunes.

La campana, aparte su significación poética y filosófica, digna del canto y de la reflexión madura, la campana de los troveros populares, aquella que inspira la musa fresca de las llorosas cantinelas en que se habla de la cuna y de la tumba,

cuando por mí estén doblando
no preguntes por quién muero...

aquella campana ha tenido en Lima una significación mucho más vasta todavía. Además de las de *la vela* y de *la gloria* del cantar español, la campana de los virreyes, de los arzobispos, de los inquisidores, de los galeones que venían de España, sirvió también la causa de los libertadores, acompañó a los caudillos y en los tiempos heroicos y legendarios, en los tiempos en

que no había Prensa diaria, ni *cultura moderna*, ni filosofía barata, representó un capítulo pintoresco de nuestra vida. Hoy, en verdad, se está haciendo cargante la campana. Apenas conserva la significación que en todas partes tiene. Y es lástima que, desaparecido su aspecto genuino de cronista único de la ciudad, no se intente hacer armoniosa, como las de ciertas ciudades europeas, en que cada cual tiene su son, su acorde musical sugestivo y peculiar.

La campana de los colegios debería ser menos rajada, menos insulsa. Sólo posee la significación menuda que el estudiante le da al salir del colegio o en las horas de recreo, o en el fatídico instante en que, al volver apresurado la esquina, le anuncia que llegará tarde y que será castigado. La campana del colegio no debe ser tan monótona, tan profundamente desagradable. Las mismas campanas de la ciudad, si fueran más musicales tal vez despertarían con el tiempo una más alta y dignificadora disposición de las almas. Si desde que aquí repercuten los bronces hubieran tenido artística armonía, tal vez la *psiquis* de nuestro pueblo sería más elevada y habríamos tenido mayores poetas y mejores músicos. No faltará quien crea exagerada la doctrina; el cronista la cree sencillamente cierta. Basta pensar en el tesoro evocador de una campana que dice a las almas cosas inefables, para comprender que si se les añadiera un adarme de musicalidad artística la sugestión sería incalculable.

Lima va perdiendo aquella alma sonora que le dieron sus campanarios. Suenan hoy, pero casi nada significan; ya no se compenetrán con la vida del pueblo;

dicen lo que hay de constante, de general, lo que todos sabemos y sentimos por ser humanos, sin necesidad de ser limeños. Y es, en verdad, triste decirlo, pero las campanas significaron en Lima, cuando Lima era una ciudad de campanillas...

JOSÉ GÁLVEZ.

Correspondiente de la Real
Academia Española.

LUIS ANDRADE

Dos palabras.

(Prólogo del libro *México en España*, que acaba de publicar, con gran éxito, la *Editorial Hispánica*.)

Acabo de experimentar la agradable sorpresa de serme presentado por el Sr. D. Juan Manuel Celis, que ha hecho la travesía del Océano en su compañía, el joven y famoso escritor mexicano Sr. D. Luis Andrade, quien trae el propósito de estrechar lazos con nosotros e intercambiar ideas de arte y de orientaciones de raza.

Le acompaña una íntima colección de fotografías con soberbios retratos de las más altas personalidades políticas de México, personalidades que tuvimos el honor de conocer y tratar durante nuestra visita a aquella sugestiva nación, y con este motivo tuvimos una pura fiesta de corazón, dedicando horas de honor y gloria al Estado Mayor de la intelectualidad mexicana, a sus cultos estudiantes, a sus poetas, a sus críticos, a sus héroes.

Nunca agradeceré bastante al Sr. Andrade el desfile de figuras queridas que ayer hizo pasar ante mí.

Hay una juventud en México, de una complexión tan particular, que nos llama mucho la atención, y entre la cual ocupa lugar preferente D. Luis Andrade, y está modelada, a la vez que por los libros y por las aulas, por una bélica conmoción nacional.

La revolución mexicana ha creado este hombre nuevo. No sólo son cultos y sensibles, y matizados de sentimientos, sino que a la vez que llevan impresas en las manos la lomera del libro, llevan la cazoleta de la espada.

Traté a muchos de una cultura asombrosa. Tienen originalidad, puntos de vista sorprendentes, no desconocen ningún matiz moderno en todos los órdenes de cosas, y en medio de ese exquisito modelado de hombre y de caballero, se esconde el luchador que desprecia la vida, el combatiente pronto a revelarse tan generoso como ilustrado.

Esta visión humana yo no la conocía antes de tener la altísima gloria de ir a México.

D. Luis Andrade (conferencista, escritor, poeta, orador, autor dramático y periodista), constituye arquetipo en esta especie y es un interesante palimpsesto vivo que contiene en sí restos y signos de antiguas escrituras de su historia. Es el perfecto exquisito y el perfecto batallador, el reflejo feliz de su raza antigua y el cerebro acabado de troquelar. Cuando con palabra amplia y emoción hermosa nos describe episodios de su tierra, la cultura no oscurece las detonaciones y el fragor de su discurso. Posee los relieves de las luchas de su patria de tal modo, que no oímos su historia; la vemos, la palpamos.

Herederio Andrade de la grandeza remota de una civili-

zación que tuvo su fin con Cuauhtemoc, y formado también por la civilización europea que hizo su iniciación con Cortés, posee, como la juventud mexicana, un ser doble en su interior y los sedimentos de dos razas. Un mexicano por eso es más complejo que cualquiera otro tipo de hombre nacido en la América española, porque muchos Estados nuevos del otro lado del Atlántico, no tenían por genealogía, cuando el descubrimiento, más que el historial indio, marcadamente analfabeto, mientras que cuando llegaron nuestros héroes a las puertas del nuevo Continente, el viejo México, de una longevidad inmedible, poseía una civilización secular, tenía sus Estados, se regía por Códigos propios, legislaba según sus sistemas y poseía los signos y caracteres originales que aún lleva, al través de los siglos, como una marca perenne.

Pues los herederos de aquellas fuentes remotas de cultura, los que llevan la etnografía moral de aquellas edades, y después, sobre sus sedimentos, han acumulado las cristalizaciones de Europa, tienen, seguramente, otro *plasma espiritual* más complejo, más profundo y más matizado que los hombres de ayer y de mañana. Y ésto es lo que yo veo en Andrade y en el plantel de hombres sobresalientes de México, alma nacional como una especie de fondo de caracol encantado, donde van a resonar y a vivir todos los rumores de la Historia.

Además, el corazón de Andrade tiene mucho de girasol de sangre que mira tiernamente hacia España, y se impregna de su luz, y se queda mirando a las puestas de sol de nuestra raza. Viene a escribir un libro generoso titulado: *España en México y México en España*. Con los brazos de par en par, debemos recibirle.

Sirvan estas modestas palabras de humilde saludo al hombre que tiene en su palabra y en su pluma el milagroso poder de borrar rencores, de desvanecer odios, de acercar las ideas y de enlazar, con gracia y talento de juventud, los corazones.

SALVADOR RUEDA.

Madrid, 15 de enero de 1919.

CRÓNICA ROMÁNTICA

Era una barca blanca...

Toda ella era tan deliciosamente sonrosada, que fingía una frágil muñequita de mayólica; su cutis, sus labios, sus uñas, su traje y la transparencia de sus medias; y era tan seductoramente locuela, que parecía una adorable mariposa.

—Mire usted, amigo mío—modulaba sonriendo—, a veces soy dueña de unas inquietudes tan extravagantes, que me doy miedo; por ejemplo: hoy quisiera ser bugambilia, desgranarme en flores y deshacerme en aromas; sentir el beso vaporoso de la brisa, jugar con un rayo de luna y acariciar con mi suntuosa cauda episcopal los rizos del lago, tan suave, tan tenuemente como el roce halagador de una ala de paloma.

Yo reía y mi sugestiva compañera de barca, rompía jadeante con los remos el agua azogada y un plural reguero de diamantes se moría en la tremante estela.

Y ella seguía soñando, haciendo mohines cuajados

de gracia y luciendo el donoso atractivo de sus dientes de fiesta.

—No, mejor quisiera ser gaviota, tender las alas y extraviarme en lo azul, o garza, con mi plumón muy nítido y mi cuello muy largo, y formar un nido de amor en la espesura; en fin, salir de esta monotonía gris, dejar de ser yo, ser estrella, ser rosa, como quería ser la princesa de la «Sonatina», de Darío...

Mi compañera de barca era raramente exquisita; por fortuna, a estas gentilísimas mujeres, el Padre Olvido viene a desvirtuar un poco sus caprichos; si no se morirían de anhelos, y por lograr sus hipéresticos deseos son capaces de todo, absolutamente de todo.

Princesas ha habido que dejan su elegante alcoba azul, tibiamente perfumada y que, en busca de una vida nueva, se largan bonitamente con un bohemio de melena lacia y de corbata loca. ¿No recuerdan ustedes la ruidosa fuga de aquella gentilísima Clara Ward? Clara Ward, princesa de Caraman-Chimay; tal vez fatigada de la nobleza, de la vida de salón y fastidiada de las siempre iguales caricias del augusto compañero, prefirió nuevas emociones y simpáticamente trocó su egregio marido por un violinista zín-garo, que se llamaba ¿cómo se llamaba? se llamaba Rigo; y después, cínicamente, cambió a Rigo, prefiriendo al mozo que la servía...

¿Casos clínicos? Yo no sé, ni sabría tampoco llamar a esas refinadas, «Bribonas», como las nombran sin ningún asomo de galantería, los cronistas de París, sólo porque después de cometer un crimen o una es-

tafa aristocrática, en la prisión usan para dormir preciosas camisas ornadas con encajes caros, y a las cinco de la tarde toman té con pastas ricas.

Hay un consuelo para ellas, la mayor parte de estas sensitivas «bien», son tan tornadizas, que hay momentos que quieren ser perla y momentos que sueñan ser flor. Todo lo olvidan.

Ya veréis; hoy interrogué a mi sonrosada compañera de barca:

—¿Recuerda usted, amiga mía, aquel paseo en el lago, cuando usted remaba y quería ser bugambilia, gaviota o garza de cuello largo y de nítido plumón?

—Sí, mi amigo, lo recuerdo: era una barca azul...

—No, amiga mía, recuerde usted bien, no era una barca azul, era una barca blanca...

GUILLERMO JIMÉNEZ.

(Mexicano.)

NOTAS HISPANOAMERICANAS

Juventud Hispanoamericana

La Juventud Hispanoamericana se reunió en el Ateneo con objeto de constituir el Consejo de Administración que ha de regir a dicha Sociedad y proceder a la elección de las Secciones que componen el Comité de trabajos. El Consejo de Administración quedó constituido de la siguiente forma: consejeros, D. Cristóbal de Castro, D. Fernando López Monís, señor marqués de Villabrágima y señor Conde de Santa Engracia; presidente, D. Vicente Gimeno; vicepresidentes, D. Rafael M. de Labra y D. Tomás Domínguez Arévalo; secretario general, D. José Luis Pando Baura; vicesecretario, D. José de la Vega; tesorero, doctor Moreno Zancudo; contador-administrador, D. Luis Ortiz de Rozas; secretario de actas, D. Leocadio Martín Ruiz, y bibliotecario, D. Juan Ignacio Luca de Tena.

El Comité de los trabajos quedó dividido en las siguientes Secciones:

Primero. «Asociaciones españolas en América»: presidente, D. Rafael María de Labra; vicepresidente, D. José

Serrán; secretario, D. José de la Vega, y vocales, D. Leocadio Martín Ruiz y D. Luis Ortiz de Rozas.

Segundo. «Bellas Artes»: presidente, don José Francés; vicepresidente, D. Manuel Falla; secretario, D. Rafael Benedito; vocales, D. Julio Romero de Torres, Julio Antonio y D. Miguel Salvador.

Tercero. «Literatura»: presidente, D. Alberto Ghiraldo; vicepresidente, D. Antonio de Hoyos y Vinent; secretario, don Juan Ignacio Luca de Tena, y vocales, D. Wenceslao Fernández Flórez, D. Ramón Goy de Silva y don Rafael Calleja.

Cuarto. «Ciencias hispanoamericanas»: presidente, doctor Moreno Zancudo; vicepresidente, Sr. Rey Pastor; secretario, doctor Rodríguez Vera, y vocales, doctor D. Manuel P. Petinto, doctor Sanz de Grado y doctor Calvín Redondo.

Quinto. «Emigración».

Sexto. «Propaganda y publicidad»: presidente, D. Carlos Navarro Lamarca; vicepresidente, D. César E. Arroyo; secretario, D. Rafael Maroto.

Séptimo. «Importación y exportación»: presidente, señor marqués de Villabrágima; vicepresidente, D. Carlos Merino Sagasta; secretario, D. Enrique Moret y del Arroyo.

Octavo. «Periodismo».

Noveno. «Sección jurídico administrativa»: presidente, señor conde de Santa Engracia; vicepresidente, señor conde de Limpias; secretario, D. Luis Ortiz de Rozas.

El nombramiento del Sr. Gimeno para la presidencia del Consejo de Administración de la Juventud Hispanoamericana ha sido recibido con la mayor satisfacción por todos los elementos que componen dicha entidad, que reconocen en él, además de sus muchos méritos, su actividad y

el entusiasmo que guía sus propósitos. El nuevo Consejo de Administración ha sido acogido con generales simpatías.

La Juventud Hispanoamericana se propone difundir, por España y las naciones americanas de idioma español, la conveniencia mutua de una alianza espiritual y económica: establecer el intercambio intelectual y comercial entre dichas naciones y la nuestra por medio de revistas, periódicos, folletos, libros, conferencias, viajes, Asociaciones, Congresos y Tratados y cuantos otros les sean posible; crear una «Oficina Hispanoamericana» de información, consultas, administración y publicidad; intervenir, por una actuación pública constante, en los problemas hispanoamericanos, alentando toda iniciativa que tienda a resolverlos con eficacia. Para desarrollar estos propósitos, la Juventud Hispanoamericana se inspira en el moderno espíritu de asociación y federación, constituyendo su Junta central en Madrid y en provincias y en las naciones hermanas cuantas Juntas locales pueda examinar.

AMÉRICUS

“EL ESTUDIANTE”

DON ANTONIO MARIA SEGOVIA

Algunos datos para la biografía de este ilustre
madrileño.

En el primitivo Madrid, en el barrio clásico y más característico de su recinto, centro entonces del movimiento de la vida comercial y cortesana, conservando aún el esplendor de la corte de los Felipes; no obstante las infinitas luchas políticas y las grandes complicaciones exteriores e interiores a que dieron lugar los hombres que fueron Gobierno y ocuparon altos puestos; en la calle de Calatrava, la que, como hoy, comenzaba entonces en la de Toledo, antiguamente denominada de Mancebía, e iba a terminar en la de los Santos, y en una modesta casa, frontera a la antigua quinta y parador de D. Luis Monroy de Calatrava, de quien tomó el nombre la calle, nació el día 29 de junio de 1808 un ilustre madrileño, D. Antonio María Segovia Izquierdo Herrera y Ansaldo;

casa que, para resultar aún más típica, ostentaba en su fachada una imagen que representaba el Santísimo Cristo de las Maravillas, por haber sido en otro tiempo propiedad de las monjas conocidas por este título. En este antiguo cuartel de la Villa, donde se encontraban el hospital de Beatriz Galindo, la iglesia de la Vera Cruz o de Nuestra Señora de Gracia, el convento de las monjas Franciscas de la Concepción, los célebres paradores del «Galgo», de «San Isidro», del «León de Oro», el famosísimo del «Dragón», y de cuyo paraje salían los ordinarios y diligencias para los sitios reales de El Escorial, Segovia y La Granja, así como toda clase de galeras, carros y carricoches, se encontraba la iglesia de San Andrés, donde fué bautizado nuestro señor Segovia.

Su padre se llamaba Fernando, y era Doctor en Filosofía y Leyes, graduado en la Universidad de Granada; fué Relator del Tribunal Supremo de Justicia, como su progenitor lo había sido del de Indias. Cuando los franceses invadieron a España, después de haber contribuido a la defensa de Madrid, emigró a Cádiz, donde estaba el Gobierno legítimo. Allí siguió desempeñando su plaza hasta que, a la vuelta del Rey Fernando VII, libre de su cautiverio en Francia, regresó a Madrid, donde pronto fué destituido por su significación liberal. Sin embargo, como gozaba de tan buena reputación, no tardó en conseguir, con el apoyo de un hermano suyo llamado Antonio, que era anticonstitucional, el ser nombrado (1815) Corregidor de Mancha Real, provincia de Jaén. En 1820, promulgada la Constitución, quedó a poco ce-

sante. Regresó a Madrid y pronto le hicieron Juez de primera instancia de Utrera, en Sevilla, y después de Cieza, en Murcia.

En 1823 se estableció el Gobierno absoluto; y a poco, por el influjo de sus hermanos, volvió al antiguo puesto de Mancha Real; de aquí pasó a ser corregidor de Los Pedroches, de Córdoba, y allí murió de una apoplejía fulminante el 6 de diciembre de 1825.

Veamos cómo hace el retrato de sus padres el propio D. Antonio María en unas noticias genealógicas de su familia:

«Para hacer el debido elogio de este queridísimo
»padre mío, necesitaría llenar muchos pliegos. Me li-
»mitaré a decir que estaba adornado por el cielo de
«todas aquellas virtudes y buenas prendas que hacen
»al hombre amable, estimable y respetable, no faltán-
»dole otra cosa que cierto barniz brillante, sin el cual
»el verdadero mérito queda siempre obscurecido.

»Era de muy pequeña estatura, pero fornido y de
»complexión robusta. En su persona acaso no tenía
»otro defecto que la cortedad de talla, y el pelo, que,
»aunque negro y fuerte, era lacio y se le caía pronto.
»El color era claro y sonrosado; ojos hermosos, aun-
»que por temprana cortedad de vista, como todos sus
»hermanos, necesitó muy temprano lentes y después
»perpetuas gafas. La frente, despejada; nariz, aguile-
»ña; boca muy bonita, con labios rojos y finos; la bar-
»ba, fina, pero muy espesa y bien repartida y le lle-
»gaba hasta los ojos. Tenía todo el cuerpo literalmen-
»te cubierto de vello muy fino; el brazo, musculoso;
»la pierna, muy bien hecha; la mano y el pie, capaces

»de dar envidia a una doncella por lo perfecto de la
»conformación, la blancura y lo sonrosado de la tez
»y la acanutada regularidad de las uñas. No era ágil
»para los ejercicios corporales, pero tenía una fuerza
»muscular prodigiosa. Era de ánimo esforzado y de
»un valor físico que rayaba en temeridad, de lo cual
»vi muchos ejemplos, y con esto, tan opuesto al uso
»de las armas, que jamás creo había manejado nin-
»guna.

»Como fenómeno curioso, diré de él que su cuerpo
»exhalaba una natural fragancia incomparable, de
»manera, que la almohada sobre que había reclinado
»la cabeza o la ropa que se desnudaba parecían como
»perfumadas con ricas esencias, prueba de su buena
»salud y de su mucho aseo, pues en la limpieza era
»extremado. Y al mismo tiempo había en su traje
»cierto desaliño; además que desdeñaba todo lo que
»era adorno de la persona, nunca le vi ponerse sorti-
»jas, ni cadenas, ni corbatas, ni chalecos de lujo. Era
»pausado en el andar y en sus ademanes, pero para
»hablar tenía viveza, y tanta gracia y donaire, de eso
»que los franceses llaman *sprit*, que la menor cosa en
»su boca hacía reír a cualquiera: sólo él era el que no
»se reía. Tenía tono particular para el mando, y la
»autoridad era en él como cosa natural. Muchas veces
»le vi dar órdenes a los delincuentes de irse a la cár-
»cel, y ellos iban; tal era su prestigio.

»Donde D. Fernando María Segovia mandaba, no
»había robos, ni violencias, ni estafas, ni fraudes; bien
»que esto le granjease no pocos enemigos. Porque en
»un proceso le pareció haber dado una providencia

»injusta (en Mancha Real), él mismo la anuló y se
»condenó a sí propio en las costas. Los escribanos de
»su Juzgado andaban siempre descontentos, porque
»como los tales engordan con los enredos y dilaciones
»de los pleitos, llevaban muy mal que mi padre tran-
»sigiese tantos y abreviase todos. Su pureza era exce-
»siva, y ni admitía regalos ni aun de los amigos ínti-
»mos; así es que siempre vivió y murió pobre. Comía
»mucho, pero no bebía casi vino y jamás licores. Era
»algo poeta y músico y tocaba la guitarra con primo-
»rosa delicadeza. De sus composiciones poéticas, to-
»das ellas ligeras y de circunstancias, nunca quiso im-
»primir ninguna.

»Mi madre, doña Antonia Izquierdo y Ansaldo,
»formaba un gran contraste con su marido. Nació en
»Madrid, tuvo una educación muy descuidada en
»cuanto a conocimientos; pero, sin duda, recibió bue-
»nas lecciones y ejemplos de virtud y de modestia,
»porque yo la he conocido muy joven todavía y de
»buen parecer y jamás he visto en ella la menor ac-
»ción reprehensible, ni sombra de ese vicio general de
»las mujeres que solemos bautizar con el nombre
»francés de coquetería. No era bonita de cara; pero
»tenía buenos ojos, un talle airoso, y era muy regu-
»larmente conformada. Se vestía bien y sus modales
»eran finos. Amaba apasionadamente a su marido y a
»sus hijos. Era de genio demasiado vivo, cualquier
»cosa la apuraba; se irritaba a la menor contradic-
»ción, veía peligros donde no los había; soñaba con
»riesgos imaginarios; el menor contratiempo la afligía
»profundamente, y de nada se alegraba, porque aun

»en los sucesos más prósperos siempre encontraba un
»punto de vista funesto. Así pasó una vida agitada y
»atormentada siempre.»

Poco es preciso variar el retrato que antecede del padre de «El Estudiante» para que el lector pueda formarse idea de cómo era este madrileño, honra del pueblo que le vió nacer; tan sólo son: la estatura, puesto que «El Estudiante» era mucho más alto, y su complexión, pues era enjuto de carnes, circunstancia esta que le permitía ser mucho más ágil que su padre; en todo lo demás era un retrato de aquél; buen corazón, mucha honradez, liberalidad y generosidad sin tasa, talento y gracia, pues era de imaginación muy viva. Pasó algunos años de su niñez con su abuela paterna, doña María de la Concepción Herrera, a quien debió su primera educación; señora ésta que tenía mucho talento, alcanzando gran reputación de mujer instruída, cosa extraña en aquella época; estuvo siempre rodeada de hombres doctos, magistrados, obispos e inquisidores que gustaban de su trato y conversación, y que acudían diariamente a su magnífica casa de la Carrera de San Francisco, por ser su marido Relator del Consejo de Indias, cargo de grandísima importancia entonces.

Siguió luego sus estudios en Cádiz, Granada y Madrid, por causa de las vicisitudes por que pasó su familia, debidas a las revueltas políticas de aquel tiempo, dedicándose más tarde a la carrera diplomática, después de haber estudiado con gran provecho Filosofía y Leyes; fué diputado a Cortes, Cónsul en Singapooore, Nueva Orleans y Santo Domingo; represen-

tó a España, en misión extraordinaria, en las célebres Conferencias Sanitarias de Constantinopla, y fué vocal de la Junta directiva de la Asociación Española para la reforma de los Aranceles de Aduanas, entre otros muchos cargos que desempeñó.

Su principal ocupación fué siempre cultivar su entendimiento y su fecundísima imaginación y sagaz crítica para aprovechar el de los demás; siempre deseoso, ansioso de ampliar y multiplicar sus ideas, estudió los pasados siglos recogiendo el espíritu de ilustres varones, conversó con ellos en su propia lengua, con lo que enriqueció la suya; recorriendo todas las literaturas, obtuvo los materiales útiles lingüísticos extranjeros y nacionales para aumentar el tesoro del habla nacional. Dotado de una feliz organización para poder amar lo bueno, lo hermoso y verdadero en todo, disfrutaba también de una fecunda facilidad para expresar su pensamiento, agradar a los demás hombres, instruirlos, adoctrinarlos y servirlos deleitándolos.

Distinguióse, además, el Sr. Segovia por su corrección académica, su estilo ameno y jovial y su castizo lenguaje. Fué un felicísimo imitador de Larra, en sus artículos satírico-políticos. Hablaba correctamente francés, inglés e italiano, siéndole también familiares el latín, el griego, la antigua lengua de los brahmanes, el sánscrito y el hebreo, y fué uno de los más hábiles y expertos taquígrafos de su tiempo. Perteneció también a la redacción del *Diario de Sesiones*, del Congreso de los Diputados. Era muy aficionado e inteligente en música, y aunque no con

gran maestría, tocaba con exquisito gusto el piano. En política figuró siempre como monárquico-liberal, y en sus numerosos escritos descifróse con el seudónimo de «El Estudiante» y el de «El Cócora». Falleció en Madrid el día 14 de enero del año 1874, en el edificio de la Academia Española, entonces establecida en el núm. 26 de la calle de Valverde. Don Manuel Tamayo y Baus, que fué el sucesor de «El Estudiante» en aquella docta casa, al dar cuenta de los académicos fallecidos desde 1871 a 1875 en la Memoria de este último año, decía entre otras cosas: «Segovia, »gramático y filólogo, escritor castizo, de inteligencia »pronta y aguda, de singular expedición, de urbano »y siempre tempestivo donaire...»

En 27 de febrero de 1845 fué nombrado individuo de número de la Real Academia Española, y en febrero de 1847 de la de Bellas Artes.

El Sr. Segovia contrajo matrimonio en esta Corte con D.^a Ana Cabañero y Retamosa, el día 7 de septiembre de 1833. Esta señora era hija de D. Tomás, licenciado en leyes, guardia de Corps, gentilhombre de Su Majestad y administrador del Buen Retiro, en cuya parroquia, donde vivía en casa que a la suya daba el Rey, casó su hija. La señora de Cabañero era granadina, de espléndida belleza, talento y gracia natural, cualidades que hacía realzar aún más su esmeradísima educación; muy buscada en la buena sociedad y en los salones célebres de su época, y en el bullicio de la Corte figuraba siempre, y llamábanla familiarmente *doña Anita*; conservó hasta en los últimos años de su vida el don de gentes, y su hermosura y

gracejo ingénuo. Vivió muchos años en París, y el saloncito de su casa del Faubourg Saint Honoré, número 195, fué punto de reunión de cuantos españoles fueron por entonces a la capital de Francia que representaran algo en el mundo de las Artes, de las Ciencias y en el de la buena sociedad. Murió en Madrid el día 2 de enero de 1890, el mismo día que el inolvidable Julián Gayarre.

En la Exposición de retratos de mujeres españolas, organizada por los «Amigos del Arte» en 1918, figuró uno debido al pincel del eminente artista D. Vicente López, de *doña Anita*, que llamó poderosamente la atención de los inteligentes y aficionados por la belleza del modelo y la admirable ejecución del pintor.

«El Estudiante» vivió en aquel tiempo, que será siempre glorioso en los anales literarios de España, en que apareció la aurora espléndida del romanticismo, y aparecen «Fígaro», cuyas donosuras se ríen aún y su azote aún duele; el «Don Alvaro», del Duque de Rivas; «El Trovador», de García Gutiérrez; los «Amantes de Teruel», de Hartzenbusch, y surge al borde de la tumba de un *Juvenal* que empezaba a florecer, del malogrado Larra, la romántica figura del autor de «Don Juan Tenorio».

¡Llor a los Giles, Roca de Togores, Pastor Díaz, Vegas, Peñalveres, Ochoas, Esproncedas, Segovias, Escosuras, Quirogas, Madrazos, Mesoneros Romanos y tantos otros, que sería imposible citar en un artículo de periódico, y que florecieron en aquellos días en que vivió «El Estudiante»! Trabajó éste mucho y puede

afirmarse que su nombre figuró en los infinitos periódicos y revistas que se publicaron en la Corte desde el año 1833 hasta su muerte, y su nombre se registra en cuantas manifestaciones literarias de alguna importancia ocurrieron por entonces en el Liceo, el Ateneo, las Academias o las famosas reuniones literarias que se celebraron en casas particulares, como fueron, entre otras, las del Marqués de Molins, de Escosura y del escultor Piquer, en la calle de Leganitos, que construyó en su propia casa un teatrillo muy lindo, que aún conocimos nosotros.

De todas estas tertulias, la principal, por la calidad y número de personas que la componían, fué la del Marqués de Molins, en su salón del piso bajo izquierda, de la casa número 28 de la calle del Prado, a las que Hartzenbusch llamaba «treguas dulces de afanosas» tareas, de acalorados debates políticos, y aun de pesadumbres domésticas»; pero que fueron siempre palenque de ingenio y capítulos interesantísimos de la historia literaria de aquellos ya muy lejanos días.

Por lo común, la época de estas reuniones literarias era en fiestas de Navidad. Para celebrar la de 1851 se hizo una especie de certamen, en que veintiún poetas contestaron al soneto invitatorio de Molins, con otros en que se repetían los mismos consonantes. Glosólos luego el Marqués en octavas y se improvisaron, además, nuevos sonetos de varia índole, a pesar de la identidad de la rima, en tan amena reunión. En 1853, siendo Molins ministro de Marina, la fiesta de Navidad tomó la forma de un expediente gubernativo. Iniciólo Bretón de los Herreros, con un memorial, que luego

corrió por informes, trámites, extractos, consultas y notas, admirable por el ingenio, gala de pensamientos poéticos, festivos unos y serios otros; pero todos ricos en belleza, que a tanto se presta. En 1854 la fiesta anual tomó la forma epistolar y las numerosas cartas fueron todas contestadas por Molins, ausente por causa de la revoluciód. En 1856 las infinitas composiciones ofrecidas al Marqués fueron por éste coleccionadas en un tomo titulado «Las cuatro Navidades», cuya edición se hizo en la Imprenta Nacional, y entregada luego a la Junta de Damas de Honor y Mérito, y vendida en provecho de la Inclusa de esta corte. En este tomo, lujosamente editado, figuran 43 escritores de los más notables, y en él se publicó de «El Estudiante», una carta en verso y en esdrújulos en jeroglíficos, dibujados admirablemente por don Federico de Madrazo, correspondiente a la Navidad de 1853, en la cual aceptaba la invitación a la comida del Marqués y anunciaba a éste su viaje a Nueva Orleans, para donde a la sazón estaba nombrado Cónsul.

En la Navidad de 1857, la *justa poética, el epistolario*, la *Guirnalda poética*, llegó a ser periódico, con el título de «El Belén», del que sólo se publicaron dos números, uno la noche del 24 al 25 de diciembre, y otro, poco después, reimprimiendo en 1886, Molins, las composiciones contenidas en las dos ediciones citadas y algunas otras «que no cupieron ni en una ni »en otra, por llegar tarde a la redacción», en un precioso tomito impreso en la imprenta de A. Pérez Du-brull. En este

- «Dulce periódico,»
- «Moral, civilizador,»
- «Divino y humanitario,»
- «De placer y de aflicción,»

según el señor Marqués de Molias, cuyo precio en venta fué de dos reales, escribió «El Estudiante», la revista del año de 1857.

La Navidad de 1859 la festejó esta tertulia historiando nuestra guerra con los moriscos cantando las glorias de nuestros bravos soldados en el «Romance-ro de la Guerra de Africa». Finalmente, en 1862, Ventura de la Vega dió lectura a la reunión de su obra «La muerte de César».

El señor Segovia, como aquéllos inolvidables varones, dejó diseminada la labor inmensa de correcta y concienzuda critica y todas sus obras casi perdidas; por eso es muy difícil, hoy, analizarlas y comentarlas. Así como Figaro tuvo, como enemigo literario, a Bretón de los Herreros, quien en su comedia «Me voy de Madrid», alude a Larra, por su viaje a París, ausencia que supone motivada, entre otras causas, al desprecio de una mujer, causa que no es cierta; «El Estudiante», sin que sepamos la causa, encontró el suyo en la Secretaría de la Academia Española, don Antonio Ferrer del Río, de cuyo talento siempre hizo el señor Segovia grandes elogios, comentando muy favorablemente la mejor de sus obras, que fué la historia de Carlos III; sin embargo, este correcto escritor, en la suya «Galería de la literatura Española», en la página 317, dice, entre otras cosas, lo siguiente de Segovia:

«Falta en sus obras imaginación y sentimiento: cada uno de sus artículos es un laborioso parto; zurce palabra a palabra y forma un período en buen castellano; derrama una gota de veneno para que haga el oficio de chiste; si no lo consigue, todo artículo suyo se cae de las manos por insulso...»

Don Antonio María de Segovia fué nombrado individuo de número de la Real Academia Española en 27 de febrero de 1845, siendo entonces la recepción de sus miembros un acto privado, hasta el año 1847, en que empezaron las sesiones públicas, leyendo el nuevo Académico un discurso, al que contesta el Director o un miembro de la Corporación, comisionado al efecto. Los discursos anteriores a la época citada fué propósito de la Academia publicar en sus Memorias, «aquéllos que por el interés del asunto y la manera de tratarle, parezcan más dignos de la atención del público», ignorando si el de «El Estudiante» fué o no publicado.

Al ser nombrado en 27 de junio de 1865 Director interino de la Academia Española el Marqués de Molins, dejó éste vacante la plaza de Censor, siendo propuesto para dicho cargo el señor Segovia, confiriendo aquel, no obstante, al Conde de Cheste. Formó parte de la «Comisión de Diccionario», de la que fué presidente accidental; de la «Comisión de Gramática», en cuya edición de 1870, gracias a sus gestiones, aparece incluída la *Prosodia* castellana «nunca publicada por la Academia Española»; tomó parte muy activa en la publicación de un «Compendio», de un «Epítome de Analogía y Sintaxis» y de un «Prontuario de Orto-

grafía», adaptados a los diversos grados de enseñanza; en el «Compendio» aparecía, formado con la inicial de los primeros párrafos del libro, el nombre de Antonio María Segovia.

Fué este Académico el décimo primer Secretario perpetuo de la Academia Española, desde la fundación de ésta en 1713, electo en 4 de diciembre de 1873 por fallecimiento de su más íntimo amigo, don Manuel Bretón de los Herreros, y a quien había sustituido accidentalmente desde 1869.

La firma de «El Estudiante» figuró en numerosísimos trabajos en los siguientes periódicos, que se pamos:

Año 1833.—*Semanario Crítico*, Madrid.

1834.—*El Artista*, periódico literario fundado por D. Federico Madrazo, en unión de su cuñado D. Eugenio Ochoa y del Conde de Campo Alange.

1836.—*El Jorobado*. Fueron redactores también de este curioso periódico, que se publicó desde 1.º de marzo a 10 de agosto, Ramón de Castañeyra, Juan López Peñalver y Manuel Valdés.

1836-40.—*El Mundo*, diario del pueblo. Madrid. Imprenta T. Jordán.

1838.—*Nosotros*, periódico satírico, político y literario. Madrid, imprenta A. Cubas y en la de *Nosotros*.

1838-42.—*El Correo Nacional*, periódico diario monárquico constitucional. Madrid, imprenta de la Compañía Tipográfica y en la de *El Correo Nacional*.

1838 39.—*Abenamar*, capricho periodístico satírico. *El Estudiante*, ambos imprenta Compañía Tipográfica.

1839-40.—*El Piloto*. Madrid, imprenta T. Jordán.

1860.—*El Cócora*, «revista de flaquezas humanas, escrita por una Sociedad de sabios tan modestos como bellacos y dedicada a la gente mordaz, risueña y maleante». Madrid, imprenta de Galiano.

En una noticia autobiográfica de D. Juan Valera, escribe lo siguiente: «... A mi vuelta de París, en la primavera de 1860, vino a buscarme Segovia (El Estudiante) para que con él escribiese una revista satírico-literaria titulada *El Cócora*, donde, en efecto, escribí bastante, y él y yo encorramos a todos los literatos ramplones o a los que tales creíamos. Nunca había estado tan lejos de la política, a pesar de [ser Diputado y de la oposición. Segovia y yo pensamos escribir y publicar juntos una colección de cuentos, y pusimos manos a la obra o, mejor dicho, la puse yo, escribiendo la introducción y un cuento que imprimimos, formando la primera entrega del primer tomo, pues el «Florilegio» había de tener muchos. Pero ni Segovia ha escrito nada, ni yo tampoco, y la entrega primera está sin publicar, esperando la segunda. A *El Cócora* también le dimos muerte, más que por falta de suscripción, por pereza.»

1865.—*El Progreso*, revista quincenal de Ciencias, Letras y Artes.

1869.—*El Boletín Oficial del Ayuntamiento de Madrid, Ilustración Española y Americana* y, finalmente, en *El Tiempo*, *El Correo de las Damas*, *El Español*, *El Correo Nacional*, *El Semanario Pintoresco Español*, *El Museo de las Familias*, *La América*, etc.

Sus obras dramáticas fueron, entre otras:

La embajadora, ópera en tres actos, ejecutada por

primera vez en Madrid en el teatro de la Zarzuela, en septiembre de 1858, letra de Scribe y Saint-Georges, música de Auber. En una advertencia al que leyere en el ejemplar de esta obra dice «El Estudiante», entre varias cosas: «... el autor de L'Ambassadri-ce, impone la obligación de respetar el texto musical tan escrupulosamente como se ha hecho en la presente traslación a nuestra escena de aquella ópera cómica francesa... La traducción libre, libérrima, o el arreglo, como dicen ahora, de la parte dialogada, me ha presentado también un gran escollo... La escena y el dúo con que da principio el segundo acto, son de letra y música enteramente originales.»

¿Cuál de los tres es el tío? Comedia original en un acto y en prosa, estrenada en abril de 1851. La acción en 1826, cerca de Granada.

El Peluquero en el baile. Pieza cómica en un acto, imitada del francés, 1840. La escena se supone en Madrid. El ejemplar que conocemos, del editor Boix, tiene la siguiente nota: «Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representación se autorice con la supresión hecha.—Madrid, 28 mayo de 1867.—El Censor de Teatros, Narciso S. Serra.—Queda hecha la supresión marcada por el señor Censor.»

Trapisondas por bondad. Comedia en un acto, sacada de una pieza cómica de Marc-Michel y Albert Maurin. La escena en Madrid. Representada por primera vez en el teatro del Príncipe, el día 20 de agosto de 1842.

Vida prosaica. Comedia en un acto, imitación de la

que escribió en francés Mr. Octave Fenillet con el título de *Le Villaje*, estrenada en el teatro Variedades, el día 22 de enero de 1861. En el ejemplar va precedida la obra de una carta lacrimatoria dirigida a Ventura de la Vega, en que se explica que la obra fué dada a la estampa por deseo de éste y del escultor Piquer; que fué muy mal representada y mal presentada por una compañía dirigida por Arjona, y que al liquidar el autor sus *Derechos*, con la empresa, «tuvo »que poner encima *¡diez y siete reales!*»

En la primera escena tiene esta obra la siguiente acotación:

«Nota.—Esta pausa durará hasta que haya dejado »de hacer ruido el último tonto de los que llegan tarde.»

El gorro de dormir. Pieza cómica en un acto, traducida libremente del italiano, estrenada en 11 de febrero de 1868.

Además escribió las siguientes obras, de las que no tenemos datos ciertos relativos a la fecha en que fueron representadas: *La abdicación de una Reina*, *La Gramática*, *Don Pacífico*, *A un cobarde otro mayor* y *Las aventuras de un ahogado*.

Otros trabajos especiales y concienzudos de «El Estudiante», fueron:

«Los anónimos, los anonimistas y los anonimados», que vió la luz en el número 33 de *La Ilustración Española y Americana*, de 1873, cuyo trabajo crítico fué el último.

Contestaciones a los discursos de D. Antonio Arnao, sobre el tema: «Del drama lírico y de la lengua

castellana como elemento musical», y de D. Manuel Cañete, cuyo asunto fué: «Paralelo de Garcilaso, Fr. Luis de León y Rioja».

«Manual del viajero español, de Madrid a París y Londres». (Madrid, 1851; 8.º, con grabados.)

«Una esquila de un ateo», artículos publicados en la revista titulada *La defensa de la Sociedad*, Madrid 1872.

«Cervantes nueva utopia», de cuyo trabajo dice el Sr. Fernández de los Ríos en su guía de Madrid: «aceptando el malogrado escritor D. Antonio María Segovia una de las mejoras que propusimos en nuestro libro «El futuro Madrid», publicó en el B. O. del Ayuntamiento, de Madrid, de 10 de mayo de 1869, y reimprimió en un folleto, un curioso proyecto para formar en este sitio (enlace de la Florida y la Moncloa con la Castellana), una nueva población de casas de campo consagrado a la memoria de Cervantes, donde pudieran establecerse los hombres científicos, los literatos, artistas, labradores y menestrales.»

«Cobden, hombre práctico». A la muerte de Ricardo Cobden, célebre economista inglés, la Asociación Española para la reforma de los Aranceles de Aduanas, publicó como homenaje de respeto y cariño aquel sabio maestro de la Liga de Manchester, un libro en mayo de 1865, en que figuraban artículos también de Luis María Pastor, Moret, Figuerola, Sanronia, Santiago Diego de Madrazo, Conde de Ripalda, Orense, Gabriel Rodríguez, etc., etc.

En el Boletín de la A. E., en su año primero, tomo

I, correspondiente al mes de junio de 1914, se publicó el trabajo «Neologismo y arcaísmo», de donde son los siguientes datos:

«Las dos notas que siguen y el informe que las
»acompaña pertenecen a la castiza y elegante pluma
»de D. Antonio María Segovia, uno de los más ilus-
»tres individuos que tuvo esta Academia» (su fecha 5 de diciembre de 1859).

Este trabajo fué debido al acuerdo de la Academia, de publicar un «Diccionario de Neologismos», y en él dice el autor: «explicar el objeto de éste es fácil».

...esta obra debe tratar a fondo del vicio llamado
»*Neologismo*; catalogar las voces y locuciones nueva-
»mente introducidas, historiarlas, clasificarlas de ad-
»misibles o innecesarias; aconsejar la formación de las
»primeras; explicar la oportuna sustitución de las úl-
»timas, etc., etc...»

Terminaba el informe... «Todavía se atreve la Co-
»misión a sugerir otras dos ideas, aunque sin darles
»carácter de proposición formal. La primera, que el
»proyectado libro no llevase título de ³Diccionario,
»sino el de «Tratado de neologismos», o mejor acaso
»*del neologismo*. La segunda, que una vez impresa la
»obra, se presentase al Ministro de Instrucción pú-
»blica, proponiendo que recomiende su estudio a las
»oficinas públicas, a las escuelas de las enseñanzas
»segunda y superior y a otros establecimientos ofi-
»ciales. Lugares son todos estos en que ha cundido
»el contagio; justo y conveniente sería que la próvi-
»da solicitud del Gobierno les señalase el específico.»

«El Estudiante» colaboró con gran entusiasmo en la

celebración de unas conferencias dominicales para la educación de la mujer, que se celebraron en el Paraninfo de la Universidad, organizadas por su Rector, en el año 1869, e inauguradas en 21 de febrero por D. Fernando de Castro. En ellas explicó varias sobre «Nociones de la ciencia económica» y otra sumamente notable, en 14 de marzo de aquel año, en la que trató de «El lujo». Pero cedamos la pluma a doña Concepción Arenal, quien en una obra suya da cuenta de esta conferencia en la siguiente forma:

«... El Sr. Segovia subió a la tribuna después, y
»citó, con merecido elogio, a todos los señores que le
»habían precedido en aquel lugar con motivo de las
»conferencias, manifestando que no todo había de ser
»brillante y elevado y florido, y que las señoras ha-
»bían de permitir que allí se hablase también en tono
»humilde, y hasta familiar, como él iba a hacerlo,
»sirviendo como de conveniente sombra para que re-
»sultasen más los efectos de la luz. O la modestia del
»Sr. Segovia llegaba hasta un punto inverosímil, o
»quiso añadir la sorpresa a las varias y agradables
»impresiones que nos produjo su escrito, más propio
»para brillar entre los más brillantes, que para real-
»zarlos por el contraste de sus pálidas tintas.

»El Sr. Segovia tomó por asunto de su escrito «El
»lujo», y nunca hemos visto mejor seguido el difícil
»precepto de instruir deleitando. Dijo muchas verda-
»des, y dado que el auditorio era, en gran parte, fe-
»menino, algunas podían parecer algo aventuradas;
»pero todas fueron recibidas con aplauso; ni era po-
»sible otra cosa, presentándose ataviadas con tal pri-

»mor de lenguaje y tanto chiste [y gracejo.. Y copia-
»mos la definición del lujo, que nos parece notable:
» *Gasto superfluo e improductivo, sostenido por mera os-
»tentación o desproporcionado a los recursos de quien le
» costea.* »

Y como término a este largo escrito, del que diría, sin duda alguna, «El Estudiante» que era preciso traducir al castellano, y «Fígaro» que era extraño haya pasado a escribir sin saber leer, lo que resulta en mengua del maestro que me enseñó, mencionaremos algunas anécdotas, que podrán dar mejor idea al lector, mucho mejor que nuestra torpe pluma, de la manera de ser de «El Estudiante»:

Era el Sr. Segovia muy español y muy madrileño; pero, no obstante su españolismo, jamás fué aficionado a *la bárbara diversión de los toros*.

Cierto día, un criado muy sordo que tenía regresó más tarde que de costumbre a su casa; molesto ya de esperar al sirviente el Sr. Segovia, sentóse a la mesa y se dispuso a cenar; a los pocos instantes llegó aquél, todo jadeante y sudoroso, y penetrando en la habitación donde su amo se encontraba, pretendió excusar su tardanza, y dando grandes gritos, como si el sordo fuese éste, y con ademanes de alegría y gran entusiasmo, refirió que su tardanza había tenido por causa el gran escándalo promovido aquella tarde en la Plaza de Toros por lo pésimo de la corrida, hasta el punto de haber roto el público los asientos y haber arrojado al redondel los pedazos, prendiéndolos fuego después.

» El Estudiante», al escuchar tal relato, cogió fuer-

temente de un brazo al criado, fué con él, sin soltarlo, a la cocina, tomó un trozo de carbón de encina, y escribió en una de las paredes con grandes caracteres: «¡Pues es usted un animal, y puede marcharse en este mismo instante de mi casa.» Lo que así sucedió.

Lamentábase de continuo Segovia de los gritos de los vendedores ambulantes y de lo mal que comúnmente pregonaban la mercancía, circunstancia ésta que en más de una ocasión proporcionó a «El Estudiante» algunos disgustos. Un día en que se encontraba de peor humor que de costumbre, al pasar de mañana por la plazuela de Antón Martín, escuchó pregonar a una mujer y a un hombre que conducían un gran cesto: *¡Tubos a rial y medio, pantayas a dos riales!* Oído por «El Estudiante» fuese donde aquéllos habían hecho alto, y cortésmente y procurando disimular su enojo, trató de explicar a los vendedores cómo debían vocear en castellano el nombre de los objetos que vendían. Tomáronlo aquéllos a chacota, y los muchos argumentos empleados por el Sr. Segovia en pro de su pretensión fueron contestados con chistes y risas no del mejor gusto; aglomeróse la gente al vocerío, formaron corro, y el público, siempre bullicioso y alegre de aquel barrio, proporcionó al Sr. Segovia una gran rechifla, aumentada, mucho más, cuando uno de los espectadores que le reconoció exclamó en alta voz: ¡Es «El Estudiante»! ¡Es «El Estudiante»!, con cuyos gritos arreció el rebullicio, que terminó por la huida del causante del alboroto.

En una ocasión en que se encontraba enfermo,

asistíale por la noche su hijo mayor, quien al ver al enfermo tranquilo trasladóse a la habitación inmediata, que era el despacho-biblioteca de «El Estudiante», y con objeto de pasar mejor las horas de la madrugada, púsose a escribir en su mesa; notó el enfermo la ausencia, y fijándose en un espejo que reflejaba la imagen de su hijo, preguntóle qué era lo que escribía con tanto interés que se le veía pensarlo mucho antes de trasladar al papel su pensamiento. Respondió su hijo, tímidamente, que con objeto de pasar el rato escribía unos versos dedicados a las palomas que tan útiles eran en la guerra franco-prusiana, según había leído aquella misma noche en los periódicos. Admiróse el padre de la respuesta del hijo, y como si este hecho, unido a su voluntad de hierro, hubiese sido la mejor panacea para alivio y curación de sus males físicos, incorporóse en el lecho, acomodóse sentado como mejor pudo, y pidiendo las cuartillas escritas las examinó detenidamente, frunciendo el ceño desde el comienzo de su lectura, terminada a los pocos instantes con exclamaciones poco favorables para su autor, al que reprendió cariñosamente por su osadía y temeridad, y pidiendo recado de escribir en pocos minutos, trazó su débil mano una de sus mejores composiciones poéticas, sobre el mismo asunto, titulada: «La paloma mensajera».

Al salir una tarde de su casa, durante el período republicano del año 1873, tomó un coche de alquiler en una parada que había próxima a la Academia, penetró en el coche antes que el auriga llegase de la puerta de una tienda de vinos donde se encontraba,

cerró la portezuela y esperó a que viniese aquél. El auriga, viendo ocupado el carruaje, introdujo la cabeza por la ventanilla con el sombrero puesto, y sin quitarse de la boca la humeante pipa (advertimos al lector que «El Estudiante» detestaba el tabaco) y con expresión de júbilo, exclamó con bronca voz: ¿Dónde vamos, ciudadano?

Miróle «El Estudiante» entre admirado y colérico, contestándole con el sombrero en la mano. ¡Usted a la m... y yo a otro coche!, saliendo precipitadamente por la puerta contraria a la en que se encontraba el auriga, que quedó admirado de esta *falta de fraternidad e igualdad* del parroquiano.

Se ensayaba una de sus obras en un teatro de Madrid. La primera actriz tenía que exclamar en una de las escenas más culminantes de la obra un ¡ay! de dolor; desde el primer día luchó «El Estudiante» por hacerla comprender cómo debía pronunciar la exclamación y la expresión del rostro que debía acompañar; pero la artista no conseguía complacer al autor, no obstante sus buenos deseos y las mil repeticiones que de tal escena se hacían todas las noches; desesperado el señor Segovia, llegó, al fin, el ensayo general, sin haber conseguido su objeto. Poco antes de la exclamación, y sin ser notado por la actriz, colocóse cerca de ella y esperó el momento para hundir en su brazo la punta de su alfiler de corbata; al sentir el dolor aquélla, volvióse airada, exclamando entonces «El Estudiante» con gran entusiasmo: ¡ese!, y no otro, es el grito que yo decía a usted todas las noches, pide la obra.

Finalmente, citaremos otra anécdota, que por haber

sido protagonista el que esto escribe, nieto de «El Estudiante», no olvidó jamás. Era en época de ferias. Una de las tardes en que, según costumbre, visitábamos al abuelo mis hermanos y primos, al retirarnos, nos acompañó hasta la escalera, preguntándonos dónde pensábamos ir; contestamos todos, según costumbre en los niños, a un mismo tiempo, que a las ferias; pareció bien al abuelo tal decisión, y sacando unas monedas del bolsillo se las entregó al criado que nos acompañaba, con el encargo de feriarnos lo que cada uno quisiere; preguntó luego uno a uno el empleo del dinero que le correspondía, quedando satisfecho de las respuestas de los mayores; pero al llegar el turno al más pequeño, dijo éste muy alegre: «yo, abuelito, compraré *albellanas*... ¡Y aquí fué Troya! Oírlo «El Estudiante» y retirar de manos del sirviente el dinero entregado, fué cosa de un momento, ordenándole, además, que más tarde fuese por nosotros, pues aquel día y por orden suya, quedábamos sin ferias ni paseo. Después de ver cumplida su orden, nos condujo de nuevo a su despacho, donde durante tres horas nos explicó la razón de por qué el fruto sabroso del avellano se llama avellana y no *albellana*, añadiendo varias veces que un nieto de un Académico no podía hablar mal el castellano.

¿Qué diría de nosotros «El Estudiante», si nos leyere, y si escuchase alguna conversación de nuestros días, aun de aquéllos que se llaman *intelectuales*?

.....

EDUARDO M. SEGOVIA.

Enero, 1919.

ARTES PLÁSTICAS

La estatua de Galdós.

A la derecha del paseo de coches del Retiro, muy cerca de la Rosaleda, en un bello rincón, amable e íntimo, del bosque, ha erigido Victorio Macho la estatua de D. Benito Pérez Galdós, el patriarca de las Letras españolas y el único héroe literario, a la manera carlynniana, que aún queda vivo en el mundo para que se le consagre el culto debido a su grandeza universal.

Victorio Macho ha sabido percatarse del alto valor del maestro, ha sabido adentrarse en el espíritu gigante del creador, y ha inmortalizado la venerable figura con todo lo que tiene de humana y todo lo que en ella misma hay de inmortal.

Sin teatralidades, sin efectismos, con una soberana sencillez, Victorio Macho ha reproducido en piedra a Galdós, eliminando aquellos detalles que por su carácter material y accesorio pudieran empequeñecer la obra, y destacando con todo vigor, con verdadero ímpetu pasional lo sustantivo, lo característico, lo representativo, lo que hay de simbólico y de eterno en el hombre.

Precisamente en esta obra se rectifica el concepto escultórico que desde 1850 viene triunfando en nuestro país por una lamentable ceguera general que ha traído por consecuencia la ruina y el descrédito de las artes plásticas nacionales. En la estatua de Galdós no se ve la vana lucha del escultor por obtener la copia exacta y fidelísima del natural. Victorio Macho no ha querido darnos la visión vulgar, habilísimamente lograda, del genial escritor; su propósito fué mucho más noble y amplio. Artista antes que escultor, es decir, antes que tallista, lo que él quiso ofrecernos, ofrecer a la memoración de las generaciones, es el Galdós intelectual, lleno de bondad y misticismo; pero de un misticismo diferente al religioso: su misticismo es pagano, humano; un misticismo que no es simplicidad moral ni perturbación del sistema nervioso: un misticismo que es amor a la Humanidad, disculpa de sus errores y perversidades, compasión de sus miserias y dolores y deseo de mejorarla. Y ese es el Galdós que nos detiene en el Retiro, pocos pasos más allá del ridículo monumento a Campoamor. ¡A cuántas consideraciones invita esta vecindad! Para aquellos que no tengan extraviado u obliterado el sentimiento artístico, se les presenta ocasión de poder apreciar contemplando el monumento a Campoamor y la estatua de Galdós cómo se pone en ridículo la memoria de un insigne poeta, y, cómo se immortaliza, con qué sencillez y majestad, a un varón egregio, anciano y casi ciego, que es la gloria más alta de la literatura contemporánea. Para poner en ridículo al poeta, un escultor labró mármoles a porfía, acumulando figuras, detalles y arrequives con una vulgaridad aplastante; para immortalizar al que ya es inmortal en sus obras, otro escultor, joven y bizarro, no ha tenido necesidad de

más que apliar cuatro bloques de piedra, tres de granito, para la base, y el cuarto de piedra dorada de Lérída, para la estatua.

No ha querido hacer creer a la gente que la piedra iba a convertirse en el Galdós de carne y hueso que con su bufanda de lana al cuello y su bastón de ciego ha visto diferentes veces por ahí; no ha querido tampoco engañarle con falsas alegorías ni pintorescas escenas de adorno, que distraigan y subdividan la emoción. El bloque está allí en todo su volumen, hablando de su perennidad. De él se destaca solamente cuanto es indispensable para darnos la impresión solemne del gran pensador e insigne artista. Parece que Galdós, abstraído, recluso en su mundo interior, más vasto que el mundo objetivo, con un gesto de suprema bondad y las manos óseas y grandes—manos de apóstol—cruzadas beatíficamente sobre las piernas, asiste, mejor dicho, preside los avatares de la vida, sentado en un trono en cuyos lados se siluetean dos decorativos leones de traza arcaica. Un viejo almendro le sirve de foro, y le da guardia un erecto y secular eucalipto. No hay hieratismo en la figura. Su actitud no puede ser más natural. Es la actitud familiar de quien ya está más allá del Bien y del Mal. Esa misma ausencia de efectismo infunde a la obra la emoción intensísima que de ella se desprende, una emoción que embarga y arroba y nos hace sentir la sublimidad de lo que ya ha escapado a las luchas y mezquindades mundanas.

Retrato maravilloso por su raro parecido, tiene además esa fuerte y ruda suntuosidad de los dólmenes y monumentos prehistóricos.

Parece como que Victorio Macho, ante los narcisismos

y virtuosismos a que se entrega la mayor parte de los artistas contemporáneos, creyendo que en eso estriba lo genial, ha querido dar una prueba de masculinidad. Su obra equivale a una afirmación categórica de español y de hombre, que por su novedad en este ambiente de claudicaciones y eufemismos, de mentiras y concesiones, para algunos resulta impropia y extraña, como sonaría la voz de un hombre que viniese de hablar con los cielos y los montes, los árboles y los ríos, entre una sociedad de afeminados.

Es la primera estatua que artísticamente honra a Madrid. Por fin, Galdós ha encontrado quien sepa rendir el homenaje debido a su genio.

Al concebir de tal modo la estatua y modelarla con tan intensa emoción, al haber sabido interpretar la personalidad del glorioso novelista de forma tan grandiosa, Victorio Macho ha demostrado que es, además de un escultor de raza, un soberano artista.

Los que subscribieron cantidades para la erección de esta estatua, han de sentirse orgullosos por la realización que su idea ha tenido, y por haber deparado la ocasión de que Madrid contase con la primera obra de arte que le enaltece.

Octavio Pinto.

El joven pintor argentino que en la pasada Exposición que celebraron los pensionados de la nueva Residencia de paisajistas, creada por feliz iniciativa de Mariano Benlliure en el monasterio del Paular, obtuvo un franco y halagador éxito, acaba de darnos una nueva prueba de sus excelentes

dotes pictóricas, prueba que, por otra parte, nos permite formar un juicio exacto de su arte.

En los cuadros que presentó en la Exposición citada vimos bellas cualidades que no acababan de definirse; y es que el pintor tropezaba con un obstáculo importantísimo: la contrariedad del ambiente. Hijo de tierras cálidas, temperamento vehemente y apasionado, amante de la luz cruda y los colores enteros, por fuerza había de sentirse extraño ante un paisaje de tonalidades frías, suaves y melancólicas, o de desamparadoras tristezas; frente a un paisaje de matices tenues, donde la armonía del color se resuelve siempre en un ritmo de grises, que es como el compás dirigente de la total orquestación.

Sin embargo, logró que su nombre se destacase y la crítica le eligiese como uno de los más distinguidos expositores. Elogios sinceros obtuvo por parte de todos, o por lo menos, de aquellos que mayor autoridad disfrutaban en materias artísticas. Y esos elogios, que velaban y contenían los defectos nacidos de la lucha del temperamento contra la esquiva Naturaleza, hoy pueden hacerse con toda libertad, porque en los cuadros que acaba de exponer en el Ateneo están perfectamente expresadas las cualidades que le adornan.

Su arte pertenece al movimiento moderno que nació al calor del impresionismo francés; pero no como una continuación sin carácter ni acento propios, sino como una derivación por completo desligada de todo vasallaje. El artista tiene su manera particular de ver y de expresar dentro del orden general de ese gran movimiento que ha revolucionado la pintura y destruido el espíritu escolástico, el odioso academismo, que esterilizó tantas energías.

Esta plausible independencia, que es el secreto del triunfo, que es el contenido de toda personalidad, pues sin ella no existe valor verdadero, queda patentizada también en los asuntos de los cuadros. Mucho se ha pintado sobre Marruecos; existen mil recetas para componer un cuadro sobre cosas marroquíes, y sin embargo, el Marruecos que Octavio Pinto nos ha presentado, no tiene parentesco; responde a la visión y el sentimiento propios del artista.

Los cuadros, como indica el título, «Impresiones de Marruecos», no son más que anotaciones rápidas de la realidad, hechas sin ninguna preocupación; el pintor ha querido enseñarnos el Marruecos que ha visto y le ha impresionado: las escenas, los tipos, el ambiente, la luz, en la inestabilidad de las horas fugaces y destructoras. No ha mentido un solo instante por buscar un efecto: fiel a la realidad, ha procurado robarla todos sus encantos de vida. Por eso sus cuadros nos agradan tanto.

De todos los pintores americanos que han desfilado por Madrid, es el argentino Octavio Pinto quien más positivos méritos atesora y de quien con mayor justicia se puede asegurar que es un artista digno de aplauso y de admiración.

BALLESTEROS DE MARTOS.

UNA CONFERENCIA

En el Salón del Círculo de Bellas Artes y Ateneo de Bilbao, dió una conferencia muy notable sobre «Los dibujantes humoristas», el distinguido periodista D. José Iribarne.

Comenzó el conferenciante por fijar lo que en su opinión es el verdadero concepto del humorismo, forma jovial y sutilísima de interpretar en sentido irónico las pasiones del hombre a través de la moral privada y de la moral pública.

Dijo que la forma irónica no fué nunca patrimonio de los pueblos famélicos, en los que una buena comida decide las más de las veces si se ha de mirar al porvenir con buenos o malos ojos.

Las ideas negras han sido legadas a las actuales generaciones por los famélicos de antaño. En nuestros artistas y en nuestros poetas se observa que no son de buen origen; que su sangre y su cerebro conservan restos del pasado, recuerdos de antecesores débiles y oprimidos, según se hace visible en sus obras.

Recuerda, a este propósito, cómo los griegos—cuya fortuna era de origen antiguo—tuvieron un cerebro penetrante y cómo la sangre circulaba por sus venas asemejándose a un vino claro, produciendo obras en las que había radiaciones de sol, sin colores sombríos.

Nosotros—añadió—no podemos aspirar por ahora a tal

perfección; tenemos que aguardar a que se corrijan nuestros instintos.

Hablando de la hostilidad que se suele mostrar hacia el humorismo, manifestó que no aparece justificada en la mayoría de los casos; pues si bien es cierto que todas las cosas de la existencia no deben tomarse a broma—porque el hábito de la chacota envilece los caracteres—, no debe tampoco caber duda de que la jocundidad y el buen humor son patrimonio de los pueblos civilizados. El hombre primitivo, el que vivía en constante lucha con sus semejantes, con las fieras y con las inclemencias de la Naturaleza, seguramente que no sintió germinar en sí la idea de lo cómico.

A continuación abordó «el humorismo en el dibujo», diciendo que en España tiene éste un abolengo por demás ilustre en don Francisco de Goya, de quien trazó una semblanza breve y compendiosa.

Afirmó que en «Los crapichos» del inmortal aragonés está la ejecutoria del más grande humorista y costumbrista que existió en el mundo.

Estudió luego «la caricatura» y dijo que es un género de arte moderno europeo, al cual tuvo su definitiva cristalización con el desenvolvimiento de las ciencias y las industrias. Cuando el progreso encontró los medios de reproducir y multiplicar las obras de arte por medio de la litografía y de la imprenta, entonces fué el momento en que la caricatura halló su plena manifestación.

Después fué moldeándose y adaptándose al espíritu de las diferentes épocas, obedeciendo a un espíritu de crítica y difusión de ideas, realizando una labor social educadora.

Extensamente pasó revista a los principales humoristas

españoles que sucedieron a Goya, desde 1808 hasta el momento presente.

El conferenciante, como complemento a su estudio acerca del desarrollo alcanzado en nuestro país por la expresada modalidad artística, se ocupó de su desenvolvimiento en el extranjero, especialmente en Francia e Inglaterra, citando, entre otros nombres ilustres, los de Hogar, cuyo talento humorístico tuvo un objetivo eminentemente moralizador; Gillray, que dejó una profunda huella, orientando a sus compatriotas por el verdadero camino de la caricatura; John Doyle, Landsser, Hablot, Browne, autor de «La Historia Cómoda» e ilustrador de las novelas del gran Dickens; el correcto dibujante Caldecott, Furnis, Reed, Wilson y Harrison.

Respecto a los franceses, dijo que el primer documento en el que se da claro testimonio de la caricatura, apareció en 1565. En el siglo XVII, Callot fué el más renombrado caricaturista, el cual tuvo en su existencia numerosos rasgos que le hermanan con Goya.

A continuación siguió el movimiento político francés, bajo los reinados de Luis XIII, Luis XIV y Luis XV, en que los artistas satíricos tomaron parte activa.

Manifestó que la revolución vino a exaltar en Francia el furor humorístico. Los artistas más radicales se complacían en dibujar las caricaturas más sangrientas contra el trono, la religión y la nobleza.

Bajo el Imperio de Napoleón las sátiras de los dibujantes decayeron visiblemente, para reaparecer con nuevos bríos en el reinado de Luis XVIII, que fué el monarca más implacablemente caricaturizado.

Terminó su informe acerca de los humoristas franceses

semblanzando someramente a Damier, colaborador de «El Charivari»; a Juan Pedro Dantan; «Chan», hijo del conde de Noé; «Bertall», que, en colaboración con Gavarni, hicieron «El Diablo de París»; Chevalier, Nodar, Baric, Carjat, Gill, Léandre, Veber, Forain, Guillaume y otros.

Terminó desmintiendo la afirmación hecha por algunos escritores de que la caricatura ostentó e hizo gala de un sentido conservador y retrógrado, pues en todas las épocas los dibujantes humoristas tuvieron gestos de rebeldía contra las iniquidades sociales y contra todo aquello que significó una rémora para el progreso moral y material de la humanidad.

El Sr. Iribarne fué calurosamente felicitado por la selecta concurrencia que acudió a escucharle, y por nuestra parte felicitamos también al distinguido escritor por su documentada disertación, en la que patentizó su cultura artística y su atinado sentido crítico

MÚSICA

Paderewski.

«El Comité Nacional polaco en París ha reconocido oficialmente el Gobierno de Paderewski, y ha sido confirmado por este Gobierno como representación para todos los países aliados y asociados.»

La Polonia libre va a vivir su ideal, que fué el insatisfecho de tantos artistas esclavos, y al independizarse entrega, según vemos, su Gobierno al más genuino representante de Chopín, que es quien simboliza sus sufrimientos agudizados por refinada sensibilidad, que llega hasta librar su independencia espiritual en el refugio de sus creaciones soberanas, que contienen depuradamente lo más esencial de su raza.

Fué la ausencia en él inspiradora de su genial visión y en ella se le dieron los cantos de su pueblo, que expresó en su propia modalidad. Llevaba en sí la más alta soberanía, la que a ninguna otra puede someterse ni rendirse, esa esencial que impone el espíritu nacional sin entender de fronteras; pero la llevaba en dolorido, en peregrino de constante nostalgia, de delirios de ensueño, y ese mismo renun-

ciamiento de posesión venció a su naturaleza, que sucumbió víctima de su propio genio.

Parece revivir ahora en los actuales momentos de historia en que sus creaciones cumplen una finalidad en algo apartada de la estética, que es la suya esencial; y, con perfecto instinto, sus compatriotas dan el mandato de Gobierno a su más fiel intérprete.

Paderewski ha velado siempre el mismo ideal y lo ha propagado por todo el mundo con argumentación razonada y con la sugestión de su poder expresivo, con que alentaba los ensueños del divino autor de las baladas.

Fué hace ya años, cuando vino a Madrid, siendo yo un muchacho que por entonces estudiaba el piano con mi insigne maestro Tragó, quien me presentó al mágico intérprete; yo, algo azorado, pero con la confianza que al mismo tiempo nos da la presencia comunicativa de un espíritu de alta superioridad, le expresé mi admiración de verdadero culto, devota, y le entregué una modesta cantidad que me diera el honor de contribuir al monumento que por su iniciativa habría de levantarse a Chopín en Varsovia. Entonces él me dijo cariñosamente: «Usted, joven, es de mi misión; siga elevándose por la comprensión de los genios privilegiados, y reciba de mí este recuerdo», dándome un retrato suyo dedicado. «En bou souvenir». Le estreché la mano, y con un contento de legítima vanidad, fuí a sentarme entre otros artistas que le acompañaban y con los que hablaba finamente y con gran ingenio. «Las obras de Chopín—decía—son las mías, las de mi intimidad, las que se me dan en toda su verdad, sin lucha ni dificultades.» «¿Qué obra pianística es para usted la más difícil?—le preguntó Tragó. Y sin vacilar respondió: Los «Estudios Sinfónicos»,

de Schumann; ¡tienen tanto que expresar! La expresión del nuestro (Chopin) es más de superficie, es del alma, pero es toda el alma polaca; lo suyo aparte, está en las armonías originalísimas como sus refinamientos de aristocracia, pero a los polacos artistas se nos manifiesta con absoluta claridad. En cambio, Schumann, ni a los suyos, porque ven en sus creaciones las más sutiles complicaciones y complejidades de un espíritu superior muy profundo y muy desequilibrado. Nada más arbitrario que la comparación hecha entre los dos, que a ninguno favorece.»

Después habló con sincero elogio de su impresión sobre nuestra España, y volvió a sus tristezas y a sus afanes por su patria.

«Majestad, soy polaco,» fué la frase que le alejó de su país, porque en ella se vió un agravio al Imperio ruso, y como director de sus destinos vuelve a Polonia para darle toda su vida, su genio de artista y su talento de hombre de Estado.

CARLOS BOSCH.

A TRAVÉS DE LAS REVISTAS

Pretendemos hacer de esta Sección que hoy inaugura CERVANTES, esperanzadamente, un amplio espejo giratorio que, transparente en su lámina intacta, con la absoluta ecuanimidad del cristal, los diversos acacimientos y las varias transmutaciones de índole preferentemente literaria e hispano-americanista que vayan asomando su faz a las páginas de nuestros colegas. Sin acogernos a una exclusiva metodización sistemáticamente reseñadora, y tendiendo siempre a hacer destacar con relieve ante los ojos curioseantes del lector aquello que intersticialmente pueda cautivarle, estimulándole a las pesquisas directas, nos proponemos glosar los artículos y matices más sugerentes, reproducir fragmentariamente otros, y en último término dar un «compte rendu» cinematográfico, en la memoranda y transcripción de sumarios. Esperando tener en breve en nuestra Redacción la visita de publicaciones de análoga índole y formato a la nuestra, con predilección las que allende los mares, en las Re-

públicas Sub-americanas, sientan sus anhelos hacia España, enviamos a todas ellas nuestro cordial saludo.

* * *

Cosmópolis. Núm. 1. Enero 1919.—El espíritu andariego del admirable «chronigueur» Gómez Carrillo, fatigado sin duda de sus pintorescas andanzas, e iniciando su ocaso viajero, se aquieta ahora en España, y para hacer fecundo su remanso, funda esta revista mundial, que muy certeramente rotula *Cosmópolis*.

Bien nutrida y presentada, con una base de firmas prestigiosas españolas y extranjeras y orientada ideológicamente hacia Francia y las demás naciones latinas, se ha revelado *Cosmópolis* en su primer número como una magna revista española, capaz de proyectar en sus páginas, al igual que el *Mercure de France*, en París, las facetas mundiales más interesantes en sus diversas zonas políticas, ideológicas, estéticas, etc...

Avaloran el primer número muy varias colaboraciones sugestivas. B. Argente y E. Endériz, disertan sobre temas políticos. Antonio de Hoyos y Gómez Carrillo representan la literatura española. José Francés, Cansinos-Assens, M. Machado y José Zamora, recogen diversas manifestaciones del año último en sus aspectos del Arte, de la Literatura, del Teatro y de la Moda.

Y entre la franja de traducciones resaltan las figuras francesas de Apollinaire, Reinach, Martiel y Mousset, que firman trabajos de crítica. Encontramos

además agradables páginas inéditas de Wilde, Maeterlinck y D'Annunzio. Y finalmente una cinematográfica sección de las «Figuras del día», en las que aparecen retratados Clemenceau, Wilson y Rostand, por las plumas de Bernstein, Viviani y Lavedan.

Un afectuoso saludo a *Cosmópolis*, en la seguridad de que sabrá seguir respondiendo, con su amplio criterio seleccionador, a la simpatía con que ha sido acogida.

Nuestro Tiempo. Diciembre 1918.—El último número de esta talluda publicación inserta, entre otros varios originales de actualidad, una «Semblanza» de Rasputín, trazada por S. Cubillo, y un estudio crítico sobre «Fernanflor», y los albores del periodismo moderno, que firma A. González Blanco.

Estudio. Enero 1919.—La nutrida revista barcelonesa de este título, contiene la conclusión de un amplio estudio sobre Eça de Queiroz, debido a A. González-Blanco, uno de sus más tenaces difundidores en España. Unas «Impresiones de Arte», por el cronista oscense R. del Arco, y la traducción de un bello soneto de Verlaine, que firma Matilde Ras.

Hispania. Núm. 3. Tercer trimestre de 1918.—Ha alcanzado ya su tercer número la revista *Hispania* que, editada por el Instituto de Estudios Hispánicos, de París, se viene publicando desde 1918. No hay elogios suficientes que tributar a la benemérita acción que realiza en el corazón de Francia difundiendo obstinadamente la cultura española, interpretando los rasgos de conexión entre ambas naciones y dando al aura universal los verdaderos prestigios de nuestra joven literatura. Dirigida por el joven literato peruano Ventura García Calderón, sabe orientar sus sumarios hacia la masa de intelectualidad severa que en Europa se aplica a la difusión de altos anhelos. Así, el número 3, encierra interesantísimos originales en que inquietos espíritus franceses como Mrs. Martinenche, Palmer, Ibáñez de Ibero, Miomandre y Sáix, comentan temas españoles con un puro amor fraternal. Aparecen, además, varias páginas traducidas de nuestros escritores A. Insúa, Rafael Altamira, M. de Unamuno, M. Azaña, M. Abril y Ramón Gómez de la Serna, con un apasionado estudio sobre este último que firma el fino espíritu mexicano de Alfonso Reyes.

HÉCTOR.

EL TEATRO

.

Enero, en este año que llega lleno de interés, es un Museo de la producción dramática europea. Limitándonos a España y a lo que de fuera de España nos han dado a conocer en los teatros madrileños, nuestra labor, a causa de la excesiva producción teatral, ha de limitarse a unas sencillas líneas de impresión.

Del teatro extranjero hemos visto una comedia rusa, *Sol de la aldea*, y un drama italiano, *El santo*.

Sol de la aldea es una interesante comedia, basada en sanos principios éticos, desarrollada con diafanidad y sencillez de procedimientos, de finos matices dramáticos, de caracteres claros y de un estimable valor ideológico. Es original de J. Cordine.

El santo, del famoso dramaturgo italiano Roberto Bracco, es una producción vacilante, sin más característica que el corte de la escuela italiana, y en la que su autor ha intentado reflejar un misticismo extraño, sin conseguir otra cosa que la condenación del misticismo.

Roberto Bracco, sin ser tan lamentable como Nicomedi, no llega a la altura de Fogazzaro en *El santo* ni a la sugestión dramática de Rusiñol en *El místico*. Emplea el

efectismo escénico sin reparos, y su drama se desarrolla en patéticos tonos casi constantes y en plan melodramático. El diálogo guarda una modesta pulcritud literaria y la pobreza de ideas es evidente. El drama intenso que alguien pretende ver en *El santo* queda oculto en la misma nebulosidad que el estado espiritual de sus protagonistas. ¿Hay algo más extraño, más incongruente, más quebradizo, que aquella Anita, que cambia sus sentimientos con una facilidad asombrosa, como si el hipnotismo de la palabra del Padre Florencio tuviese aquellas fuerzas ocultas del oscuro dominio? Anita—que además está completamente desdibujada—no puede ser nunca tal como la creó el dramaturgo, un tipo central. Por eso el drama no palpita, ni siquiera surge, y sólo queda el interés artificioso con que el comediógrafo rodea al Padre Florencio.

A nuestro modo de ver, en *El santo* hay un solo momento de verdadera belleza. Es en el acto tercero. El Padre Florencio se da cuenta de que ha conducido a Anita inconscientemente por los caminos de una vida ascética y mística, y se considera responsable de que aquélla no haya sentido las puras emociones de la vida terrena y se cree culpable de la desdicha de su hermano Julio, porque Anita no cree en la posibilidad de realizar el amor que éste la ofrece. Entonces la palabra del Padre Florencio es cálida, sentida, honda, razonada, somera y persuasiva. Es, de idea y de forma, lo mejor de *El santo*.

La construcción de la obra es admirable en los actos primero y tercero y vulgar en los restantes.

Del teatro español la mejor obra estrenada en este mes es, sin duda, *Cobardías*, de D. Manuel Linares Rivas.

Nosotros hemos creído siempre que Linares Rivas es un

comediógrafo capacitado para abordar los temas claros que ofrece la vida moderna, aquellos temas que pueden ser tratados por un talento de clara percepción y desarrollados por un temperamento dramático de hábil expresión. El triunfo de *Cobardías* se debió únicamente a estas plausibles cualidades del insigne autor.

Linares Rivas conoce, como nosotros, la serie de comedias modernas que encierran idéntico tema que la suya. En el teatro francés y en el inglés, tan propicio a estas ideas fundamentales de las diferencias de condición social, las citas serían innumerables y vulgares por el abuso de su empleo. Pero Linares Rivas ha tenido el acierto extraordinario de enfocar el aspecto interesante y hasta nuevo del tema. Las dos escenas finales de la obra colocan a *Cobardías* por encima de aquellas obras del teatro extranjero de que hablábamos al principio.

Hay en *Cobardías* un carácter: el de Joaquín, trazado con la firmeza y el arte que no encontramos en la anterior producción de Linares Rivas. Esto es lo más notable de *Cobardías*. Su noble protesta contra aquellas cobardías espirituales, que dejan continuar el triunfo de las injusticias de una cobarde sociedad, tiene un profundísimo alcance ideológico, de todo punto digno de alabanza. A nuestro juicio, es lo más hondo de Linares Rivas.

Cobardías, pues, es una comedia admirable, menos artificiosa y más sincera que las anteriores del mismo autor, con un noble pensamiento, expuesto con gallardía y acierto, con tipos diáfanos y reales, con un interés escénico lógico y natural. El éxito fué unánime y entusiasta.

Con la comedia en tres actos *Viejas leyes* se han revelado dos dramaturgos; D. José Tellaeche y D. Antonio Navarro,

La primera producción de un comediógrafo ofrece siempre un alto interés. Es la revelación. Nada tan sugestivo como el anuncio de una revelación.

Viejas leyes descubre, ante todo, en los Sres. Tellaeche y Navarro el verdadero temperamento dramático de los escritores castellanos. Encontramos después una plausible sobriedad literaria, una firme seguridad en el trazado del tipo fundamental de la comedia y un ambiente exacto y un justo colorido. El mayor acierto de *Viejas leyes* está en el tipo central. En este tipo vibra el honor castellano con toda la pureza de la tierra heroica, con toda la intensidad que hallamos en los dramas calderonianos, con toda la rectitud con que lo siente Pedro Crespo.

Viejas leyes demuestra que sus autores poseen un clarísimo concepto del arte del teatro.

En el teatro cómico hemos tenido *Un drama de Calderón*, juguete cómico, en dos actos, de D. Pedro Muñoz Seca y D. Pedro Pérez Fernández.

La solución de este *puzzele* teatral—con los componentes a la vista, «juguete»..., «Muñoz Seca»..., «Calderón».., «drama»...—es la palabra astracán.

Sin embargo, en esta nueva obra de Muñoz Seca y Pérez Fernández, hemos creído ver algunos rasgos de ingenio que no hemos logrado hallar en su anterior producción. El acto primero, por ejemplo, está a la altura de los vodeviles de Hannequin y Veber; el corte de las escenas y el plan del acto guardan el *desequilibrado equilibrio* del género y la gracia es abundante, en algunos momentos espontánea y natural.

Los zánganos es un sainete en tres actos de los señores Asenjo y Torres del Alamo, en el que predomina el ingenio y la observación,

Asenjo y Torres conocen todos los resortes de la vida madrileña de un modo absoluto. Por eso su dinámica es menos falsa que la de otros comediógrafos.

Torres y Asenjo intentarán un día escenificar la vida y hechos de algunas figuras madrileñas que ofrecen una gran sugestión; algo parecido a lo que acaba de realizar en Francia ese demonio artístico que se llama Guitry escenifican en cinco minuciosos actos la vida de Pasteur.

EDUARDO HARO

POLÍTICA

EL DESCONOCIDO

(IMPRESIONES DE LA PRIMERA NOCHE DEL NUEVO AÑO)

Mediada la noche, el desconocido ha llamado a nuestra puerta, y los doce aldabonazos, sonoros, pausados, pudiéramos decir solemnes, han sido otros tantos golpes de sangre en nuestras sienes, otros tantos violentos latidos de nuestro corazón sobresaltado.

¿Y por qué sobresaltado si hay lumbre y pan en el hogar, y paz en el espíritu, y llevamos en la frente un sueño que ha de hacerse esperanza en la aurora del nuevo día y ha de ser realidad cuando el sol funda la nieve de los caminos y ponga flores y luz en nuestra senda?

Sin embargo, la duda nos asalta, la zozobra nos invade, el sobresalto se apodera de nosotros cuando este viajero de los senderos nevados se detiene ante nuestro hogar; cuando este peregrino de la noche helada llama a nuestra puerta y nos pide hospitalidad. ¿Quién es?

¿Qué pretende? ¿Qué nos trae? ¿Qué se nos llevará? Es el desconocido. Todo lo podemos esperar de él, y de él podemos temerlo todo.

Pero no es de bien nacidos, ni de españoles, negar albergue al caminante que lo demanda en esta triste noche de invierno, en la que hay lobos hambrientos y sin guarida arrastrándose por el monte, y hombres sin pan y sin hogar vagando por la ciudad envuelta en la niebla.

Nuestra mano ha temblado al descorrer el cerrojo de la puerta, cerrada con fiero y humano egoísmo ante las miserias y las pesadumbres ajenas, y hemos dicho, entre resignados y generosos: —Adelante, viajero de los nevados senderos, peregrino de la noche helada... Quienquiera que seas, adelante.

Y el huésped ha penetrado en nuestro hogar y en nuestro espíritu, embozado en un jirón de niebla, y nos ha tendido su mano, y nosotros, cobardes, la hemos rechazado, en la duda de si nos ofrecía dádivas o si buscaba, para arrancárnosla, nuestra felicidad.

Porque hubo un tiempo en que como hoy, mediada la noche, franqueamos la entrada a uno de estos viajeros desconocidos, y le abrimos con alegría y confianza, y hasta le recibimos en fiesta, como a un amigo, como a un hermano. Y convivimos con él en el amor y la esperanza, y en él depositamos nuestra fe, y le ofrecimos nuestras energías, y le hicimos depositario de todas nuestras ilusiones y de todos nuestros anhelos, y el ingrato nos pagó llevándose lo que más queríamos, lo que era nuestro consuelo y nuestra alegría...

Desde entonces dudamos; desde entonces temblamos

ante el desconocido que llama a nuestra puerta en la triste y helada noche del invierno.

¿Quién será el viajero de hoy, el de esta noche tan medrosa, el de esta hora de misterio? Puede ser un ladrón y puede ser el emperador de la Dicha, que uno y otro son peregrinos que viajan al azar por las sendas de la vida. Puede llamarse Amor, o Dinero, o Ilusión, o Trabajo, o Hambre, o Abundancia, o Dolor... ¿Quién sabe!... Sólo sabemos que es el Desconocido; pero como nos inquieta darle este nombre, porque él es la duda, el temor, lo incierto, le llamaremos Esperanza.

Es lo mejor. Esperanza de que no ha de faltarnos el pan, ni la lumbre, ni la energía, ni la fe, ni la ilusión para poder hacer realidad de este sueño que llevamos en la frente. Esperanza de que han de vivir los hombres en el amor de la paz. Esperanza de que el sol de un día, cuya aurora ya apunta, ha de convertir en flores las nieves de las sendas y en frutos las nieves de los campos. Esperanza de que nuestra España ha de ser grande y fuerte; de que el luminoso azul de su cielo sólo ha de empañarse con el humo de las fábricas. Esperanza, en fin, de que hemos de ser dignos del nombre de españoles, única riqueza que nos queda, única gloria que nos resta, legado de honor y virilidad que es todo nuestro orgullo y puede ser nuestra salvación.

Viajero de las nevadas sendas; peregrino de la helada noche; huésped de mi hogar humilde, quienquiera que seas, bien venido. Corresponde con amor al amor que te brindo, ya que siendo tú el Desconocido te he dado un dulce nombre, prometedora de todas las venturas,

aunque puede ser origen de todos los desengaños; y si acaso me traicionases, como aquel otro viajero que una noche triste y fría llamó también a mi puerta, déjame, al menos, como aquél, el dulce recuerdo de la dicha perdida; ese recuerdo que es amor y consuelo y tiene la belleza y el perfume de una alentadora esperanza...

Pero antes de tu partida, ya que el Tiempo guió tus pasos hasta mí; ya que la vida encadenó nuestras existencias, siquiera sea brevemente, hagamos en amigable consorcio, en franca camaradería, la jornada que el Destino nos impone.

Y lleguemos juntos allí hasta donde las ambiciones de un patriota puso sus sueños de regeneración, hasta los mismos horizontes que dora la luz de un amanecer que ya se filtra por los resquicios de la puerta que con tan gallarda generosidad te fué franqueada.

Seamos buenos amigos, excelentes camaradas. Préstame tu rosario, peregrino; el rosario de tus días. Sus cuentas irán resbalando por mis sueños, para que éstos puedan contar una a una las ambiciones satisfechas.

Tengo fe en ti, quiero tenerla; necesito tenerla. Por eso te llamo Esperanza; y, sin embargo, ¿quién sabe?... Hasta ahora, eres el Desconocido...

JOAQUÍN AZNAR

EL MUNDO MORAL

Se debate con gran apasionamiento la cuestión de las responsabilidades de la guerra. El problema, demasiado complejo, no admite una solución simplista. Los pueblos que han ensangrentado a Europa durante más de cuatro años, escribiendo las páginas más brutales y más heroicas de la Humanidad, se acusan mutuamente con prolijas argumentaciones. Ninguno quiere echar sobre sus hombros la terrible responsabilidad de la catástrofe.

Y en realidad, no es cosa fácil entre la complicada madeja de intereses morales y materiales puestos en juego, llegar a una conclusión clara y rotunda. La Entente acusa al militarismo alemán; Alemania culpa a Serbia y a Rusia y al ideal francés de la *revancha*; los socialistas de la Internacional proclaman que el capitalismo es el causante de la guerra... No hay manera de trazar una orientación positiva que nos dé la medida exacta de las responsabilidades que corresponde a cada una de las grandes potencias beligerantes. Porque la guerra no es un producto alemán, ni un producto francés, ruso o británico, sino la consecuencia natural y lógica de todas las ambiciones reunidas; la explosión de un instinto salvaje que perdura a través de los siglos.

Pero hay en este asunto de las responsabilidades

un aspecto que ensancha los horizontes ideales de los pueblos. En otras guerras, la responsabilidad sólo ha tenido un interés de crítica histórica; era un trabajo encomendado al historiador; no tenía el sentido que ahora se le ha dado. El vencedor imponía la ley, sin preocuparse de los problemas morales planteados por la guerra, y el vencido sometíase por fuerza y acariiciaba tres indomables sentimientos: la humillación, el odio y el deseo de *revancha*. Nada más. Hoy no se quiere hacer la liquidación de la guerra sin depurar las responsabilidades. Ello supone un positivo progreso del sentido moral.

Esta preocupación mundial puede encerrar un sedimento de apasionamientos y rencores. Pero véase cómo ningún pueblo puede aceptar la responsabilidad de haber desencadenado la guerra. La energía con que todos, incluso los más culpables, rechazan esa responsabilidad, demuestra que el mundo moral, tan olvidado siempre que sonaron los clarines guerreros para imponer la ley del más fuerte o del más bárbaro, avanza por el camino idealista y quiere conquistar, para el porvenir, posiciones inexpugnables. Acaso el ideal no se realice plenamente; pero habrá dado un paso gigantesco.

El socialismo, esa nueva fuerza que se incorpora a los modernos Estados, trae a la vida internacional una corriente de gran amplitud renovadora. Su fracaso en los momentos supremos en que podía decidirse la guerra o la paz, rompió transitoriamente los vínculos internacionales de sus organizaciones. La idea universalista de los que quieren borrar todas las fronteras

para no reconocer otra patria que la Humanidad, se encerró, vencida, en los límites del nacionalismo tradicional e histórico. Subsistieron las fronteras erizadas de cañones formidables.

Pero actualmente el socialismo recobra su dinámica internacional, afirma su organización, pone en contacto a los hombres de todos los pueblos y aspira a establecer vínculos irrompibles. La Conferencia de Berna, a la que asisten socialistas españoles, estudia concienzudamente los problemas de la guerra y de la paz. Y aunque la cuantía de las responsabilidades ha quedado aplazada, por su complejidad en las primeras sesiones, los congresistas están realizando una labor muy interesante. Es la evolución hacia ese mundo moral que se ha forjado en la guerra más terrible que vieron los siglos. Es un intento de progresión idealista. El proceso es lento y penoso, pero hay sembrada una semilla muy fecunda, que puede florecer a la proyectada Liga de las naciones.

Acerca de este punto—uno de los famosos 14 puntos del programa de Wilson—, la Conferencia de Berna ha expresado una gran desconfianza. Se cree posible, y según se ha expresado el socialista francés Cachín, que la Liga preparada en París por los representantes de las grandes Potencias, sólo sirva para satisfacer los voraces instintos del capitalismo victorioso. Mientras el capitalismo domine, existirá la amenaza de la guerra. Por eso la Liga de naciones—tal ha sido la opinión expuesta por Mac-Donald, socialista inglés—no debe tener su lazo de unión en los Gobiernos, sino en los Parlamentos; ha de ser, en fin, una

sociedad esencialmente democrática, no una concepción burguesa, no un instrumento diplomático. Análogos recelos sobre la eficacia de la Conferencia de París han mostrado otros caracterizados socialistas, entre ellos el bárbaro Kurt Kisner.

Es interesante en determinados puntos la actitud de los mayoristas alemanes. Así, por ejemplo, aceptan como programa ideal el desarme completo. Es justo reparar los daños causados.

Los pueblos invadidos durante la guerra tienen derecho a exigir esas reparaciones; pero no deben pensar en la venganza. Se aspira, pues, a establecer un principio de justicia que ejerza pleno dominio en el porvenir. El pasado puede estar lleno de gravísimos, de funestos errores, de tremendos fracasos políticos, de inicuas violaciones del Derecho. ¡Oh, las responsabilidades, las debatidas responsabilidades de la guerra! Pero es necesario formar el mundo moral del porvenir para que la catástrofe no resulte estéril.

Hay algo consolador en todo esto que se ventila a la hora de la paz. Acaso muchos de los idealismos proclamados por los defensores de las nuevas democracias, no cristalicen nuevas democracias no tan pronto como quisieran los hombres de buena voluntad. No está aún domada la ambición de los pueblos. No es labor sencilla la de armonizar todos los intereses. No es fácil destruir definitivamente la semilla venenosa de futuras revanchas. Sin embargo, esa preocupación de un mundo mejor, nunca sentida tan hondamente como ahora, ¿no revela una transformación evidente en el espíritu de las nacionalidades?

Podrán subsistir las pasiones, los anhelos imperialistas y absorbentes, los manejos de la plutocracia contra el dominio democrático; pero, al menos, existe una fuerza ideal y avasalladora que traza imperativamente el nuevo Derecho y señala la nueva orientación internacional. Al menos, se busca la responsabilidad individual y colectiva del crimen de la guerra para aplicarle la debida sanción. Al menos, se aspira mediante un proyecto de Liga de naciones, a la supremacía de la razón sobre la fuerza. Al menos, se concede una mayor importancia; una importancia decisiva, mejor dicho, al mundo moral.

Y es que después de tantos horrores, después de tantos crímenes, fruto del instinto brutal y atávico de la guerra, la Humanidad ha sentido el fervoroso deseo de corregirse. Tal vez no lo consiga del todo; pero algunas conquistas se harán en favor de la causa del progreso humano, y la guerra no habrá sido una barbarie estúpidamente inútil.

ENRIQUE HERNÁNDEZ-CARRILLO.

ORIENTACIONES DE LA POST-GUERRA

I.—La guerra pasada (aun en el ambiente vibra un eco triste de trágicos dolores) marca una Era nueva en la Humanidad, estremecida sangrientamente durante esos enormes y bárbaros años en que las águilas rojas de la devastación levantaron su vuelo asolador, batiendo sus alas macabras con un ritmo atroz, como impulsadas por temblores de muerte...

Y el mundo entero, pretéritas ya las estridencias épicas y funerales de las inmensas batallas gigantes, se ha sentido conmovido interiormente por una sublime y dominadora aspiración de paz que sea una fecunda y consoladora reparación. En el seno de esa paz, una nueva guerra surge: la de las Ideas.

Es en la entraña de los pueblos vencidos donde un clamor se eleva triunfante, con la fuerza resonante de la Justicia. Y las almas piden esa Justicia. Y las almas luchan por esa Justicia.

Y la sombría tristeza infinita de los pueblos vencidos se inunda brillantemente de la luz auroral con que lo baña todo ese sol eternamente joven y rojo, victorioso y magnífico, que es:

El Sol de las Revoluciones.

Yo siento que mi alma se hace amplia y alegre, con una alegría serena y fuerte, al conocer la vitalidad resurgente de los pueblos que han sabido sacudirse, en el momento

doloroso de la derrota, el yugo sofocador y liberticida de los Césares soberbios y los Emperadores *vaudevillescos* de las huídas grotescas. Me complace ver esas reivindicaciones. Me satisfacen esos destronamientos y ese derrumbarse de las coronas y de los cetros, y el ocaso de las púrpuras de los mantos imperiales. Yo amo todos esos fracasos de la Soberbia, rendida y muerta a los pies de la Razón. Y digo interiormente mis cantos y mis himnos al triunfo violento y solemne de las Democracias. Una nueva Era adviene...

Y.. en el cielo luminoso del Porvenir se adivisan, augurantes y anunciadores, los ignividentes resplandores de las altas transformaciones sociales.

Todo cambia: La Sociología, la política y la Ciencia... ¿Y?

¿Y el Arte?

.....

II.—He aquí que se ha pensado muy poco en el porvenir del Arte, que ha de evolucionar, indiscutiblemente, impulsado por las mismas influencias bélicas que han determinado el devenir de otras muchas manifestaciones vitales de la actividad humana.

Es innegable la eminencia de esa Evolución, apoyada por una ineludible necesidad histórica y biológica, que es: la ley del Progreso.

¿Será revolucionaria esa evolución? ¿Será lenta y calmada? Sólo podemos determinar su carácter ateniéndonos a un módulo de celeridad. En este sentido creo yo que no cabe dudar en la impetuosidad renovadora que ha de tener el Arte del Porvenir, que comience su Vida estética, imponiendo una gran marcha evolutiva a todos los valores tenidos antes como fundamentales.

Claro es que al producir yo esta evolución de los valores

establecidos, me refiero tanto a los valores técnicos como ideológicos, sobre todo porque concedo la misma importancia al pensamiento artístico como a su expresión realizada. Y no creo que pueda existir ese pensamiento *sensiblemente*, si no existe un medio adecuado de expresión que le revele.

Sin embargo, es muy de suponer que la influencia bélica se ejerza más inmediatamente sobre las concepciones ideológicas del Arte. Y que las formas técnicas vayan renovándose así que sea necesaria su revisión, y aún su sustitución; para llegar a hacerlas interpretativas de los valores nuevos que se hayan introducido en las concepciones artísticas.

¿Cuáles pueden ser esos valores nuevos? En realidad, y siempre, puede notarse la sucesión histórica de los principales momentos de la Vida artística de la Humanidad, que el estado de las ideas filosóficas, contemporáneas a esos momentos, ha ejercido una influencia decisiva y completa.

No cabe pensar que pueda ocurrir ahora otra cosa distinta: Y sería también un grande error de miopismo cerebral no ver claramente *la decisiva fuerza que ha de ejercer la transformación político-social* de ahora, en las influencias múltiples que determinan los cambios de la ideología estética contemporánea y del Porvenir. Tenemos fijados ya dos elementos, de un valor enorme, para la producción de la marcha que pueda seguir el Arte del Porvenir:

a) Primero.—Los valores filosóficos.

b) Segundo.—Los valores sociales.

El último período filosófico se ha caracterizado esencialmente por una inmensa quietud mental. Por una fiebre intensa y enardecida, que ha llevado hasta las entrañas del Pensamiento el estremecimiento efervescente de un vuelo de Ideas, impulsadas por el soplo vivificador de un irrisis-

tible y como misterioso Deseo de penetrar siempre *más hondo*, eternamente *más allá*.

Nuestros pensadores han sentido la necesidad de revisar los valores filosóficos anteriores a ellos (más inmediatamente anteriores) y de crear tras esa visión una nueva filosofía...

Y se ha llegado, efectivamente, a un concepto de idealización de la filosofía (Williams James Bergson): Idealización. Dada la índole de esta contienda universal, inmensa y devastatriz, que ya es pasada, puede suponerse que esa Idealización, que es nota fundamental del Pensamiento contemporáneo, se haga ahora más ferviente y calurosa..., más... *ideal*.

De todos los *hechos* que encierra la Guerra ha de brotar necesariamente un mundo de *ideas*.

Es también muy probable que surja una nueva filosofía del Dolor, naciente tal vez de la caricia pálida y triste de los recuerdos de los días que fueron trágicos, y que esa Filosofía se hermane a una esperanza de calma futura y tranquilidad vecina en una fecunda y bella era benéfica de paz.

Y he aquí ya un hipotético valor, fijado como determinativo de la índole del Arte que se presiente. El valor filosófico.

* * *

Valor social.—El proceso contemporáneo de las Revoluciones se determina por una acentuación cada vez creciente de su carácter social. Ultimamente el carácter político queda casi totalmente anulado. Estamos próximos a una nueva organización social.

¿Medios para llegar a ella? Hasta ahora se ve claramente que los pueblos se han lanzado a la conquista de sus reivindicaciones justísimas por la violencia estridente de hondas conmociones revolucionarias. He aquí los hechos. Fácil es deducir que esos hechos originarán un mundo de ideas y modernos valores mentales que necesariamente habrán de influir en el Arte.

No damos otra extensión a esa influencia. Ni otro sentido. No queremos decir que el Arte se haga popular. Es peligrosa esa popularización, muy próxima siempre a convertirse en populachería. El Arte es un producto de inteligencias superiores educadas en un medio de Aristocracia del Talento. El Arte es un producto de Genio. Y el Genio no es nunca popular. Es solitario y majestuoso. Como los dioses.

Hablábamos de los valores sociales como elementos de sugestión. Desde este punto de vista, sólo ahora nos interesa esta cuestión.

Aparte de estos apuntes, nos proponemos hacer un estudio más detenido del aspecto estético de las cuestiones sociales. Allí hablaremos con mayor amplitud. En tanto, queda ya fijado el valor de las transformaciones sociales como influenciativas del Arte, en cuanto esas transformaciones son hechos que necesariamente han de engendrar estados mentales colectivos *esencialmente nuevos*.

* * *

He ahí el valor numérico del Arte del Porvenir. Del Arte post-bélico: El valor de novedad.

El pasado ya no puede gravitar sobre las modernas con-

cepciones estéticas con una fuerza directriz. Sólo puede servir como elemento de sugestión. Hoy es una necesidad psicológica caminar vehementemente con una impulsión irruptiva hacia las rutas que nos conduzcan a horizontes luminosamente esplendorosos e inexplorados, y llevar con nosotros, en esa excursión maravillosa, la esperanza de lo grandioso, el fervor de los inmensos ensueños, el enfiebrimiento de las ilusiones adolescentes y el deseo acuciador de penetrar con un espíritu auscultante hasta las grutas mágicas y encantadas del País sublime e ignorado que se llama lo Desconocido.

Nuestra Edad nueva no puede sentir ya las obras clásicas como representativas de ideales clásicos. Acaso quedan supervivientes únicamente valores técnicos y nada más. Pero hasta esos valores hay que revisarlos. Es un imperativo, así, que se siente de un modo intenso en el espíritu enardecido de todos aquellos jóvenes que seváticamente caminan por las nuevas rutas del Arte, llenos de la visión profética y clara de sus valores futuros de Posteridad.

* * *

¿Quiere esto ser una anatematización de lo que hay de bello en el Arte pretérito? ¿Acaso puede haber alguien que lo piense? Esto no es una anatematización. Ni una condenación. Esto es, simplemente, caminar por sobre las tumbas. (¡Invitación sublime del inmenso poeta: del Poeta!)

¿Esto es una condenación, una abominación? No.

Nadie como nosotros siente el amor de lo primitivo. Pero hacemos una nueva interpretación de ese primitivismo, tendiendo, innovadoramente, a futurizarla.

En cuanto a los valores establecidos, no los acatamos.

Y decimos: Contra las murallas del tiempo, gigantescos rompeolas inmensos, todas las cosas pasadas como un mar embravecido y tempestuoso irán a estrellarse. Pasó aquello que ha sido sublime y ha sido grandioso y que corona las olas insurrectas de espumas albísimas y puras y radiantes, eso pasa por encima de las rocas que el tiempo levanta, y se eleva en una ascensión imperecedera hacia el cielo eternamente luminoso de la Inmortalidad.

Llegaremos a una conclusión: Sólo perdurará lo que por sí sólo tenga derecho a perdurar.

JUAN CHABÁS Y MARTÍ.

Madrid, 1919.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

CERVANTES

Madrid, Febrero 1919.

EL SALMO DE LOS HERMANOS

En el silencio de la casa, en esta soledad, en que nos hemos recluso como los que se encierran en un hipogeo para morir, los dos solos, pálidos y taciturnos supervivientes de una larga familia, los dos solos ante el silencio torvo de los espejos como dos degollados, pienso en los tiempos en que la casa estaba llena de risas y de respiraciones y mis ojos se anegan en llanto, ese llanto que nubla las cosas como una humareda.

¡Oh, casa! que en otro tiempo estuviste tan llena como cualquiera otra y que hoy apareces tan vacía ante estas dos sombras taciturnas, ¡oh, casa! sobre ti debía llorarse como sobre las ruinas de Jerusalem, y tus turbios espejos deberían reflejar cabelleras sueltas y senos mutilados.

En medio de la noche, un alto grito debía herirte en el corazón de tu silencio, ¡oh, casa! que sólo guardas bocas cerradas y frentes fruncidas.

Y del corazón de tu duro silencio debería brotar un lamento continuo, semejante al que brota del corazón no más duro de las fuentes de mármol.

En la casa vacía nos hemos quedado solos ¡oh hermana!, esquivos ante las cosas esquivas; y en nuestra soledad, sobre todas las cosas, deberíamos formar un arco perenne con nuestros brazos unidos sobre nuestros cuellos, un arco semejante al que forma un antiguo acueducto sobre la tierra desolada.

Nuestros labios deberían unirse en toda hora, nuestros labios castos y duros de solteros; y deberían unirse también nuestros cuerpos, de costado, como se unen dos columnas que se desploman.

Y abrazados, en esta casa, que la soledad hace tan grande, deberíamos verter, uno sobre otro, toda la ternura de nuestros duros corazones hasta sentirnos plenos y colmados.

Y sin embargo, uno frente a otro, ante la soledad y ante los recuerdos, estamos celosos y llenos de desconfianza; y bajo el peso del pasado, tenemos el aire mudo y conturbado de las cariátides.

Nuestros ojos se esquivan mutuamente y nuestras bocas se cierran aún más voluntariosas cuando nos miramos; y nuestros corazones se esconden como niños avergonzados ante nuestra clara mirada mayor.

Y uno frente a otro, ante los espejos que nos acechan y ante la casa que nos implora, estamos mudos e impasibles, con nuestras manos encogidas y nuestros labios bien sellados.

* * *

En nuestra diáfana soledad, el misterio de nuestra diferencia, de tu alma de virgen pura y fría, me angustia y me conturba y sella mis labios cuando están más llenos.

Adivino con una claridad terrible, no obstante nuestra fraternidad, toda la oculta hostilidad de tu alma de virgen, todo el secreto rencor de tu virginidad estéril hacia este hermano que no puede henchir tus senos de una dulzura maternal ni colmar la avidez de tus sueños que se abren en ensenada.

Siento el callado rencor de tu intacta juventud virginal, espinosa como una zarza hacia mi amor inútil; y al través de tus claras miradas, puras y serenas, como frías luces cenitales, no obstante nuestra fraternidad, yo adivino ¡oh, hermana! y siento clavados sobre mí todos los dardos de tu alma enemiga.

* * *

Aunque tengamos, pura hermana, los mismos ojos y los mismos cabellos, una diferencia se yergue entre nosotros para separarnos; y por eso estamos uno frente a otro taciturnos y esquivos.

Tu virginidad, semejante a los setos no florecidos, tu virginidad acre, y dura, y ávida, a pesar de ti mis-

ma, se encrespa contra este amor inútil del hermano, y en las noches fragantes se alzan contra él seguramente tus senos alargados y agudos.

Y sin que tú lo adviertas, ¡oh, hermana casta y pura! contra mí, en primavera, se alzan como contra un secuestrador, tu juventud marchita y tu corazón sin compañero.

* * *

A tu lado yo siento claramente toda la hostilidad de tu alma diversa, no domada por ninguna dulzura.

Tu juventud, que no ha sufrido ningún yugo, es tan dura como la de un varón, y yo la siento junto a mí, vana e inaccesible, llena de una soberbia silenciosa como la de las mujeres desconocidas.

Cuando estamos frente a frente, en el silencio de nuestra soledad, diáfana como los fanales que revelan y aíslan, tu cuerpo inaccesible, tu casto cuerpo de hermana, que nunca ha de humillarse bajo mi costado, tu cuerpo lleno de enigmas, conturba toda mi ternura y me hace retener mis caricias, ¡que sólo serían alegrías terribles!

* * *

¡Oh, hermana, llena de toda la dureza de las vírgenes!, a tu lado yo estoy turbado y cohibido, como ante una extraña.

Tu cuerpo inmaculado, liso y sin surcos como un desierto, tu altivo cuerpo no humillado, llena la casa

de frialdad e intimida mis pensamientos como un suelo demasiado limpio en el que no se aventuran los pasos; tu estéril virginidad, enrollada como un mes de marzo, no basta a colmar nuestra casa, y a tu lado, mi corazón de huérfano y de célibe echa de menos la ternura lactescente, la vasta dulzura y los círculos de abundancia que esparce en torno suyo una mujer desflorada, por cuyos senos han brotado las cataratas de la maternidad.

* * *

Tu alma pura de virgen no puede comprender mi corazón viril, que sigue caminos tan diversos.

El enigma de los hombres está cerrado para ti ¡oh, casta! que no has sentido aun una mano viril sobre tu cadera y mi vida para tus ojos puros es tan borrosa y turbia como el reverso azogado de un espejo: tú sólo puedes tener para el hermano una compasión pura y helada como la que se siente por un hombre llagado.

Tú no puedes arder en el hervor de mi corazón masculino, y sobre mis congojas y mis angustias debes pasar con tus plantas ilesas y ligeras.

* * *

Ante ti mis angustias viriles deben callar sobrecoídas; deben callar para no herir tus oídos sólo tras-pasados por el aro de los pendientes.

Para tu corazón virginal, mi dolor de hombre, mi dolor acre y desgarrado, no tiene palabras, y mi

íntima amargura debe desangrarse por otra herida que la de mis labios.

Tus claros ojos de virgen me hieren sin querer y esquivo tu mirada avergonzado como se esquivan los espejos en la madrugada cuando se traen revueltos los cabellos.

* * *

Cuando vuelvo a casa, desgarrado por la crueldad de las mujeres desconocidas, esquivo ¡oh, hermana! tu presencia, lleno de rubor. Para tus claros ojos virginales yo debo ser una impureza indigna de ser lavada en el río de tus lágrimas.

Tu alma de virgen debe sentir un instintivo desdén hacia este hermano, que ha gustado el amor de las cortesanas y ha sido como una de ellas entre sus brazos.

Y tu duro corazón virginal, no reblandecido por los ungüentos del amor, debe sentir por mí la misma lástima severa que por una hermana extraviada que se maceró en los pudrideros nupciales de la media noche.

* * *

Tú no puedes comprender toda la ternura malograda que hay en el fondo de mi concupiscencia, ni toda la amargura que acibara nuestros placeres de hombre sin amor.

Tú no puedes comprender toda la tortura de nuestros corazones veleidosos ni hasta qué punto envidia-

mos la paz de las castas hermanas que se reservan para un amor único.

En la media noche, cuando mi llegada te desvela de tu segundo sueño y me sientes pasar como una sombra furtiva en la obscuridad, mientras tú acaso me imaginas hastiado de placeres, no sabes ¡oh, hermana! qué cansados traigo mis pobres pies y qué estrellas tan frías han hollado en su camino.

* * *

Cuando alguna vez me nombras, lo haces de un modo tan patético, que me incita a sollozar.

Este nombre de hermano se convierte en tus labios en algo lamentoso y doliente y hablas de mí como de un hombre extraviado o como de un enfermo sin remedio.

Desde lo alto de tu pureza tú me miras, con una grave caridad igual a la que se siente por un desconocido, y al través de tus claras palabras me veo a mí mismo, como a ese hombre triste que pasa solitario y perdido por el plenilunio congelado de los grandes espejos.

* * *

Para mí tienes los gestos tradicionales de la compasión; sabes arreglarme un lecho blando y ponerme tierra mojada en una heridilla; y buscar por toda la casa un poema extraviado.

Cuando estoy enfermo, sabes caminar por la casa

sin ruido y yo te siento entonces hablar con voz queda a las amigas y preparar cuidadosa el amargo remedio. Y retener las puertas que rechinan.

Un día, tú también sabrás cruzar mis manos rígidas y también hablarás con voz queda a las amigas y llorarás también cuando veas salir por la puerta abierta de par en par esa sombra en que nos convertimos.

* * *

Tú eres buena ¡oh, hermana! Y yo no puedo mirarte sin que se me nublen los ojos.

Pero a tu lado, virgen de áridos senos, yo me siento tan sólo como en la soledad: mi corazón de hombre no puede abrirse a ti completamente.

Entre nosotros dos ¡oh, hermana! entre nosotros dos no puede haber otro lazo carnal que el lazo obscuro y olvidado de nuestro nacimiento; toda gran ternura se haría entre nosotros monstruosa y así tenemos que ser uno para otro dos sombras esquivas o dos claridades, frías y lejanas de una misma noche de invierno.

* * *

Para mí tu ternura, tu gran ternura, la que un día brotará extravasada de tu corazón para un esposo, está vedada por completo, y en sus aguas serenas, mi imagen curvada, no mis labios, es la única que puede hundirse.

Si tus entrañas se hubiesen desgarrado, como las

de tu madre, si fueses una mujer de senos maduros, tú podrías envolverme en la dulzura de tu maternidad y yo me haría un pequeño bajo tu costado.

Aún si fueses una mujer desflorada, si el amor te hubiese herido en el costado, y hubieses probado como yo el acre bocado de la carne extraña, entonces, iguales en el dolor y el desencanto, hermanos entonces verdaderamente, podríamos fundir en un solo llanto, largo y claro, nuestro desengañado asombro.

Q

Pero ante ti ¡oh, virgen! yo me siento tan sólo como los verdaderos solitarios; como los que no tienen ni siquiera una hermana y sólo sostienen en sus hombros la propia cabeza triste y fría.

Y soy como esos hombres absolutamente solos entre los cuales me siento alguna vez. Mi alma está tan vacía como las tuyas y mis ojos se tienden tan voraces y humildes como los suyos, hacia las mujeres grandes y plenas.

Igual que ellos busco el refugio de las multitudes y enteramente sólo, en medio de la noche, me alargo fugitivo del silencio y el hielo de esta casa, hacia los faros rojos de los harenos.

Mas tú también huyes con el pensamiento de la casa que no puede ser un hogar y en la que nunca se mecerá la cuna de un niño.

En el silencio de la casa y en tu quieta actitud, tú aguardas el paso de un desconocido para entregarte a él, y en la espera desesperada languideces.

Y me muestras la cara adusta de la mujer dura y enemiga para todo el que no ha rendido su costado, ni ha colmado sus senos, llena de ceño para las mujeres y para los hombres dulces y tímidos; soberbia y altiva, para todo el que no le ha hecho sentir sobre su espalda el peso de una ancha mano varonil. Y que junto a la madre o el hermano aguarda, silenciosa y tenaz, con sus senos tendidos, ciega para todo lo demás la llegada del hombre desconocido que ha de engrandecer su cintura y ha de soltar el nudo de su primer velo.

* * *

A mi lado tú aguardas a ese hombre, callada y vigilante, y aunque no digas nada, yo lo comprendo bien.

Para él ornas tus manos y trenzas tus cabellos, y angustiada en tu espera, al lado de este hermano cuya ternura te retiene, desearías ser más sola para aguardarle en tu soledad como en un bosque.

A mi lado estás como los que van a emprender un viaje y van reuniendo las mejores cosas; y guardas tu ternura contenida para el desconocido con el mismo gesto avaro con que las mujeres que amamantan defienden sus senos delicados y henchidos.

* * *

¡Oh, hermana! Un día sentirás la dura pisada del

que aguardas y marcharás tras él, sin mirar hacia atrás, hacia la sombra en que yo quedaré definitivamente solo, encogido y lloroso.

Ese día el amor habrá triunfado sobre la piedad y tu destino de mujer, tu destino nuevo y resplandeciente, te llevará lejos de mí; y desde entonces, ante la nueva claridad de tu vida, yo seré una figura tan antigua como la tarde de invierno.

Ese día, después de la madre muerta, la teoría de las mujeres que la vida da generosamente a los hombres, se habrá acabado para mí, y en esta casa no andarán ya plantas ligeras y suaves, y como una nueva orfandad definitiva, lloraré tu pérdida ¡oh, hermana! que fuiste la última en el coro de las intercesoras.

* * *

El temor de ese día llena mi ternura de esquivéz y temo amarte a ti como se teme amar a una viajera.

Pero tú también temes a la desconocida, a la que un día pudiera ocupar tu puesto junto a mi tristeza, la mujer extraña hacia la que mi corazón de hombre tiende en la alta noche.

Tú también temes a la intrusa, a aquella que habría de entrar en la casa con un duro ceño y una frente erguida y a cuyo lado—hermana del esposo—tú habías de estar como humillada con tus pequeños senos y tu juventud tan lisa no arada nunca ni por esa uña que hace dolorosa y ambigua una caricia de varón.

* * *

¡Oh, hermana! Tienes el recelo de la intrusa, de la que podría desposeerte, y buscas en mis ojos las sombras de las mujeres que me aman.

Y así los dos, en el silencio de esta casa, somos semejantes a los que viven en los faros, y ante el espejismo de las sirenas, esquivan el mirarse.

Así somos nosotros en esta triste casa que guarda nuestras dos áridas juventudes, y por la amargura del amor contenido, estamos hoscos y callados como dos mensajes cuyo sentido no se corresponde.

Una misma tortura devora nuestros dos corazones, y ante mis ojos de varón y ante los tuyos de virgen, un único fantasma se levanta—¡el de una mujer de grandes senos!

R. CANSINOS-ASSÉNS.

POETAS ESPAÑOLES

NEO-LIRISMO

ESTRELLA DE LOS VIENTOS

Ya no soy cazador de quimeras...
Ahora soy cazador de elementos...
Ya no busco la estrella polar.
Si llevo en mi frente la voluble ESTRELLA
DE LOS VIENTOS
la Rosa del Aire, del Cielo y del Mar...
¡Envidia de los girasoles celestes!...
Imán y espejuelo de ESTES Y OESTES
de vientos e ideas del NORTE y del SUR.
¡Me pondré las Cuatro Alas Cardinales
y podré lanzarme en vuelos triunfales!

REGALOS

No tengo monedas,
mendigo;
pero te doy
todos los hilos telegráficos
que hay desde aquí a París,
córtalos y serás rico...

Y si eso no te basta,
te regalo también
todas las minas
inexploradas...
¡AH!...
y todas las arenas de oro,
en el fondo de los ríos olvidadas...

Y, si aún quieres más,
puedes coger las perlas
que hay en el mar...

También te regalo
todos los buques que han naufragado...
¡VETE CON DIOS, MENDIGO!...

SÉ QUE HAY...

Sé que hay faunos
y ninfas,
tritones y sirenas;

pero están en LA SELVA ENCANTADA
y en LA MAR SECRETA...
¡Y cuesta la entrada
UNA ESTRELLA!...

EL SOL ESTÁ PRISIONERO...

El sol está prisionero
en las telarañas
que tejó el invierno
entre los hielos...

Pero en mi hogar late el fuego
que heredé de Prometeo.
El lo dejó PARA ENCENDER
ESTRELLAS...
Pero yo CALIENTO MI CALDERO...

¡Cerrad la puerta,
que no entre el viento!...

El agua está encerrada
en mi caldero
¡y no la temo!...

VEN, NIÑA MÍA

Ven, niña mía,
no te importe estar desnuda,
también lo están las diosas...

Sólo se visten las reinas,
que no son tan hermosas...
Y si están enjovadas
yo te daré un collar de estrellas...
Te pondré un manto de nubes...
Te regalaré una diadema,
en la que sea la luna
la mayor perla...
De un río te haré una banda,
mejor que de plata y seda...
y por carroza tendrás
toda la tierra...
Te daré las más bellas ciudades;
te regalaré las más frondosas selvas.
El sol será tu paje,
y mi amor
te hará olvidar las penas...

PARA ENTRAR...

Para entrar en la tumba
hay que dejar las alas a la puerta...
¡Sólo en alas del sueño
nos es dado volar a las estrellas!...
Pero el sueño es el hada
de la vida...
¡y en la muerte no reina!...

Para entrar en la tumba
hay que llevar atados pies
y manos,
¡DECIR ADIÓS A LA ESPERANZA ALADA!

y hacer causa común con los gusanos...

¿Y después?

Ver cómo el corazón nos abandona

¡el que fué la escarcela de la vida!...

¿Y después?

¿QUIEN VOLARA DESPUÉS CON NUESTRAS ALAS?

PLEGARIA DE NOVICIA

(1918)

¡Veinte millones de hombres
jóvenes, apasionados
y viriles,
entregados a la muerte insaciable
en la guerrera orgía!...

¡Y yo, aquí, sola,
sola con mi virginidad,
en una paz más fría
que la paz de la tumba!...

¡Veinte millones de hombres
jóvenes, ardientes y viriles!...

¡Oh muerte, hazme tu prisionera!

¡Oh muerte lujuriosa,
llévame en tu cortejo
de esclavas!...

¡Más que vivir en una celda,
estéril,
quiero acostarme para siempre
en el lecho fecundo de la tierra!...

DARÉ TODAS LAS ESTRELLAS

Y bien, yo sé que ha de llegar
un día,
ola de mi existencia,
que ha de traerme el alma
náufraga,
que mi alma espera
con fe ciega...
Entonces,
daré todas las estrellas
de mi ilusión,
¡POR UNA SOLA ALMENDRA!...

SILENCIO

(Esta poesía pertenece al libro que con el lema *Silencio*, fué premiado por la Academia de la Poesía, en la sesión inaugural verificada en el Ateneo de Madrid el día 6 de noviembre de 1911, bajo la presidencia de SS. MM.)

—Estoy solo,
solo, sobre esta fría altura
y ante el Espacio inabarcable...
Pero hay alas,

alas en torno mío...

alas secretas...

¡ALAS!...

Yo sé que este silencio

es el resumen de todos los ruidos...

Veo en el mar,
trazada,

UNA ESTRELLA DE ESTRELLAS... OESTE ESTE

Mil barcos,
de distintos puertos
por mil diversas rutas,
llegaran, fatalmente,
HASTA UN MISMO NAUFRAGIO...

Unos eran veleros
otros eran remeros,
otros tenían fuego en las entrañas
y músculos de acero...

Veo agitado el aire
de temblorosos círculos
de voces silenciosas...

Son las ondas sonoras
del etéreo lago,
formadas al caer de las palabras...

Me figuro que soy un cero, entre unidades;
un eje, un polo, un centro...

Me figuro que soy un pararrayos,
firme en el más audaz de los galayos...



Me figuro que soy como una antena,
porque hasta a mis oídos
llegan todos los ecos de todos los ruidos...

¡Qué insondable silencio,
qué emoción!...

Me figuro, Dios mío,
que en el mundo no late
más corazón
¡QUE EL MÍO!

GOY DE SILVA.

PAROXISMOS EMOCIONALES

INVOCACIÓN A LAS PASIONES

Pasiones: dueñas sois del mundo;
que vuestro poderoso Imperio,
cada vez más fuerte y fecundo,
se afirme: que ensanche el misterio
de su imán vigoroso... Activo,
que vuestro Imperio se apodere
de todo lo grande y lo vivo,
¡y que lo agrande y lo supere!...
Que se exalte vuestra energía

hasta la multiplicidad
más inconcebible y bravía,
sobrepujando a la Verdad...
Acogednos en vuestro abrazo
que Todo lo abarca y lo ciñe...
Sujetadnos con vuestro lazo...
¡Que nuestra alma se abra y se aníe,
sin conocer y sin pensar,
y que convierta en el vivir
 el sufrir
 en gozar!...

LA AGONÍA DEL PAISAJE

Todo lloraba sin lamentos:
calladamente, resignadamente...
La tristeza era fría y torpe
y rota...
Moría un dolor quieto e inalmo...
Vibraciones imperceptibles
de agostado silencio
corrían en cruzadas direcciones
como exorcismos desparramados...
La sombra
se diluía en sí misma y se fecundaba,
con el negro polen de la soledad,
en rencores...
Los árboles
se desnudaban hasta de su corteza
en actitudes de incontenida angustia...
No había flores.

La tierra se agrietaba
en trágicas y horribles muecas...
Sobre las turbias aguas del lago,
unos cisnes negros inverosímiles
morían inesperadamente
sin cantar...

LOS VIEJOS

Como nevadas montañas,
los viejos de cabelleras y barbas blancas
reposan en la linde del camino.
Se abrazan
unos a otros
y lloran... Pero no saben amarse.

Tiemblan...
Se lanzan miradas interrogantes...
Se asustan de sí mismos,
y más aún de la juventud;
pero se engríen,
y piden la limosna del respeto
injustificado.

En sus cobardes titubeos,
se llenan de ira
y se encaran con todo,
insultantes e intransigentes.

Luego, vuelven la vista hacia sí mismos
y sonríen sarcásticamente

con cierto sadismo incontenido
—lo único que sintieron y no olvidaron.—

Estos son los viejos
que no supieron llegar a viejos
ni, siguiendo las teorías de Nietzsche,
morirse.

VISIÓN ULTRATRASCENDENTAL

No sé de dónde venía
la luz—¡tanta luz!—Cegaba,
y al mismo tiempo dilataba
la vista, y encendía
miradas en las cosas...

Crecían mis emociones,
súbitas y portentosas,
como si varios corazones
se estremecieran y paralizaran a intervalos
dentro de mi ser,
y pusieran deslumbradores halos
en un rápido e interminable amanecer...

Y me veía Yo siendo la Causa
de Todo lo Increado que surgía,
tras cada breve pausa,
muy cerca y muy lejos de la lejanía...

Creaba el Día eterno

pleno, maravilloso y exaltado
que abarca el Universo Ilimitado
en todo lo Interno y lo Eterno!...

¡Pero yo dormía el sueño del que nunca se despierta!...

CÉSAR A. COMET.

RECUERDO LÍRICO DE UNA FIESTA EN EL GUADALQUIVIR

A MARÍA DE LOS ÁNGELES CASTRILLO,
MARQUESA DE VILLAVERDE

En vuestro verde campo voy
a poner hoy
un madrigal;
mi corazón
quiere que os dé la sensación
de una amapola en un trigel,
de una estrella en el cielo vespéral.

A MARAVILLAS GARCÍA Y BRAVO FERRER

Para ti que supiste una tarde gloriosa
despertar en mi espíritu mi pasada alegría;
para tu rostro hermano de la rosa

y para tu cuerpo que es de Andalucía
he soñado estos versos. He querido
que mi palabra
abra
un nido
dulcemente
en tu memoria,
donde ese día de gloria
palpite eternamente.

INVOCACIÓN AL GUADALQUIVIR

Guadalquivir,
esta tarde van a ir
unas mujeres gloriosas
a dejar llenas de rosas
con sus mejillas
tus frondosas
orillas.
¡Vibre el corazón de plata
del laúd;
que una alegre serenata
embriague de emoción
el corazón
de esta florida juventud!

ASÍ FUÉ LA FIESTA

Iba la proa del navío
desviando airosamente

la corriente
del Gran Río.

Sobre la falda
esmeralda
de la orilla,
la fronda
parece una blonda
de mantilla.

A nuestra espalda
la luminosa Giralda
se eleva sobre Sevilla.

Gelves esconde su blancura
entre la húmeda verdura
de un jardín primaveral.
(El alma sueña con Herrera
y con la dulce quimera
de un viejo idilio ducal.)

Bajo el ocaso enrojece
el agua móvil del río;
la seguidilla florece
en la cubierta del navío.

¡Corazón de Andalucía
que se rompe locamente
embriagando el ambiente
de ruidosa alegría!

En los árboles la brisa
deja un crujido de seda;
bendita tú, fresca brisa,
que haces despertar la risa
de esta fragante arboleda.

En el horizonte,
detrás del verde monte,
el rubio sol se escondía
en una nube escarlata;
la blanca luna parecía
en la estela que el navío
iba dejando en el río
una serpiente de plata.

A RICARDO LEÓN, DE LA CASTA DE HIDALGOS

Ricardo León,
corazón
de la aristocracia
del gay decir español,
sed bien hallado
en esta tierra de la Gracia,
del vino dorado
y del sol.

(Antes
cuando,
honrando
el habla de Cervantes,
vuestra alma soñó *Alivio de caminantes*,
no os hubiera hablado de vos;
pero ahora,
como ante Dios
un alma pecadora,
mi alma bohemia
tiembla ante vos,
que sois de la Academia...)

¿Cómo queréis
a esa Castilla
seria
si habéis
visto a Sevilla,
que es el alma de Beria,
y que triunfalmente guía
a nuestra madre Andalucía
en este despertar
optimista y fecundo
del viejo espíritu español
para llegar
a ser, como antes, sol
de todo el mundo.

A PACO BLÁZQUEZ BORES

Para tu corazón que, como el mío,
admira sobre todo a la mujer,
te envío
este recuerdo de un atardecer
que en el cristal del Río,
bajo las acacias
de la ribera
se miraron las Gracias
del solar sevillano.

Hermano,
ahora que empieza el Verano
te envío esta canción de Primavera.

JOSÉ MARÍA ROMERO.

Sevilla.

DÍA DE HUELGA

(CRÓNICA RIMADA)

DE MADRUGADA

Han enarenado las calles
para que no caigan los caballos.
(Las autoridades se previenen
contra los sociales entusiasmos.)

Esta noche no dan las tahonas
ese vaho amable de sus hornos.
No se oyen de las rotativas
las trepidaciones de colosos.

Y grupos de obreros que no tienen
hoy que levantarse con el alba,
hacia el aguardiente y el morapio
van a los tabernas suburbiarias.

Bajo sus paraguas, al salir
de algunos cafés los empleados,
piensan: —Si mañana no hay tranvías,
¿cómo llegaré a mi Negociado?

MAÑANA GRIS

Pertinaz, la lluvia colabora
en la obra de la policía:
contra los obreros, aún pacíficos,
Dios descarga sus fusilerías.

Tiene cierto aspecto de domingo
la ciudad. Hoy no abre sus tiendas
el comercio... por si hubiese algo.
(Es una medida de prudencia.)

Por disposición gubernativa,
corcovados van los guardias; forman,
bajo sus capotes, las culatas
de las carabinas sus jorobas.

¿Dónde van las gentes? No hay cafés,
ni bares, ni cervecерías...
Van—somos así—a ver piafar
las patrullas de caballería;

y a los barrios bajos, por si ha dado
la Guardia civil alguna carga...
¡Oh, la masa neutra siempre pone
tal refinamiento en ver desgracias!

Aparte de cierta hostilidad
fisonómica de las calles,
la vida circula por las venas
de la ciudad, normal como antes.

Los burócratas van en tranvía;

los capitalistas van en coche
o en automóvil, y a pie, como siempre,
poetas y obreros: los ex hombres.

ESQUIROLS

Deambula un mendigo con su prole
—siete hijos y la compañera;—
éste, por las muestras, de seguro,
como padre nunca está de huelga...

Y una obrera va, riendo, del brazo
de su novio, aire de estudiante.
(No obstante el progreso, hay dos factores
que no huelgan: el Amor y el Hambre.)

ÚLTIMA HORA

No ha lucido el sol. («Un esquirol
enemigo de nuestro elemento»,
he oído decir a un socialista
de buena fe en la Casa del Pueblo.)

—¿Qué ha pasado? Nada. Un candealista
muerto, apuñalado en una tahona...
—¡Esta lluvia!... ¡Ah, Madrid no tiene
la organización que Barcelona!...

Obscurece. Hay alguna fiebre
en las rúas, ya llenas de obreros.

Dios, que es un elemento de orden,
intensifica el aguacero.

Se dispersan las tumultuarias
energías que exaltó Verháeren...
;La lluvia es un bello disolvente
de los entusiasmos populares!

JUAN G. OLMEDILLA.

IMPROMPTU

Hay que ser un poco desequilibrado;
un tanto orate, algo propenso a lo irreal.
En estrecha alianza de cerebro y estómago,
exaltemos la insigne función del ideal.

Señores:
Es demasiado modesto razonar;
el volatín mental parece más selecto.
Por ello, prescindamos de toda sensatez
y démonos al diablo, al delirio y al verso.

La mecánica lógica, sólo para sujetos
apreciables, no nos conturbe aún.
;La amapola berneja de las prados vesánicos
no florece en el tiesto del sentido común!

II

RIMAS DE OTOÑO

En el paisaje frío, la llama del sol arde,
sobre las hojas secas, sobre los verdes setos,
el otoño murmura sus dolientes secretos
en la cadencia rítmica y sensual de la tarde.

Nada muere en la esencia sutil del Universo;
ni la forma ni el fondo, lo vital ni lo inerte.
Pues aun lo que parece extinguirse en la muerte,
renace en el pantágrama, en el lienzo, en el verso.

Todo tiene un sentido a los ojos del hombre:
el silencio nocturno y la risa del día.
Proyectando en el seno de su clara armonía,
anhelos prodigiosos y saudades sin nombre.

El espíritu eterno, igualmente reparte
la inquietud del misterio en todo cuanto crea.
Cifrando el eucarístico enigma de la idea,
en la clave simbólica y divina del Arte.

III

FRIAMENTE

Siento una gran desesperanza;
aprecio una gran desesperanza...
Un desplome interior.

Alguna vez
me mezclo en los goces de la multitud;
pero cada vez
me alejo más,
más y más, de la multitud.

Es muy hostil, acre,
la soledad de la multitud.

¿Iniciaciones?
... Quizá serán
caminos nuevos del corazón;
rodeos, regresos,
quién sabe qué, oasis de paz.
Pero
es triste, es triste, alejarse de él,
del mundo ajeno
suyo y
tan nuestro.

ANTONIO ESPINA GARCÍA

POEMAS MODERNOS

EL HUMO DE LOS HORNOS BESSEMER

Es un bello penacho de plumas
el humo de los hornos Bessemer...
Pero yo he auscultado pechos tísicos...
¡El humo de los hornos Bessemer!

La chimenea es una torre
grande como la de Babel
que se levanta por encima
de la altura de la de Eiffel.

Cuando el viento no resuella
más alto que el alto monte
y no puede barrer de humo
y dejar limpio el horizonte;

el pueblo se siente apresado
por estos gases sulfurosos,
y tose con sus bronquios miles,
y tiene epitetos biliosos.

Pero el cobre se calcina
y en un mar de oro se convierte,

y mientras, se va hundiendo la mina,
y en los pechos se ausculta la muerte...

PAISAJE DESDE LA BOMBA CORNILL

Desde lo alto del depósito
del agua de cementación,
adonde se convierte en cobre
el hierro y hasta el corazón,

desde esta altura en que corre
el agua como un torrente de berilo
y en que se escuchan estos sútoles
en medio de un solemne sigilo,

se ven los ríos azules que se pierden
entre la gris pirita,
el monte de óxido de hierro
y la hilera de vagonetas que pita.

Oh el agudo chillido de los rails
y de las ruedas sin aceite...
Es un ruido que es un dolor físico,
mezcla de angustia y de deleite.

La torre de ladrillos, cuadrilonga,
de los hornos; afirmación moderna
con el airón guerrero de plumaje
color de ópalo noble... Y la galerna

que ruge dentro del taller oscuro...
y el circo de la corta... Lucha cruenta

del hombre con la piedra fuerte...
¡y una agonía lenta!

EL PUEBLO SIN CAMPO

Pueblo sin árboles, tus hombres
que salen con sus linternas
de horadar el hierro sagrado
del vientre de las cavernas,

¿cómo podrán sentir sin árboles,
¡oh! pueblo negro, y sin iglesias,
el amor con estas feas mujeres,
instintivas como bestias?

¿Cómo tus hombres, pueblo negro,
como tú, negros de carbón,
podrán sentir al salir al día
ternura en el corazón?

Al cielo lo tapa el humo.
Teñidas de sangre las aguas van.
Sin árboles, sin ríos, sin cielo
y sin belleza, ¿qué sentirán?

Pobre pueblo sin árboles,
en espera de una explosión,
o de que se hunda el suelo
• de que los aplaste un terrón...

LA CONTRAMINA

Luz azul de sulfato de cobre.
Hay en la tierra un fuego de entraña palpitante.
El aire es húmedo y salobre,
estíptico y asfixiante.

La tromba de aire inútilmente llena
de oxígeno las grandes galerías.
Nunca podrá seguir a la barrena
que horada el cuarzo con sus fuertes encías.

El agua corre en ríos verdes y azules... ¡Cuánto
llanto, cuánto tierno llanto,
corre por este agua azul y verde,
que zumbando se acerca y cantando se pierde!

¡Cuántos hombres héroes entraron
y cuántos no salieron, o se fueron
a la gran contramina adonde hallaron
a todos los que nunca más volvieron!

Las vagonetas chillan en los rieles.
Los hombres llevan en su carne desnuda
rocío ardiente, y en su boca hieles
de una rabia interior muda.

Ningún ergómetro podrá medir la fuerza arrolladora

de estos titanes que empujan las masas de mineral.
Los músculos crujen y hay una sonora
exclamación al arrancar.

Los pectorales y los biceps duros
como granito pulimentado,
bajo los lacios pelos oscuros,
y este hombre bajo el vagón combado,

parece un Hércules en un trabajo inmenso,
un Vulcano fundiendo el rayo alado,
un fuerte arquero con el arco tenso.

Los ascensores traen y llevan a estos
cíclopes a las grandes galerías.
Todos van con su lámpara y sus cestos
llenos de comidas frugales y frías-

Estos hombres vinieron de las regiones,
aluvión impotente contra el río que los trajo,
y quisieran ser águilas, o condores, o halcones...
¡y mientras más anhelan, se hunden más abajo!

Río de hombres, río de sangre, río de oro,
tonel de las Danaides inextinguible,
mina de un áureo tesoro
tan dorado como terrible...

Los Bessemers esperan tu piritita cobriza
para hacerla en el fuego metal rojo y candente,
y en el puesto, esperando tu tesoro, se iza
una bandera azul en un barco valiente.

Río de hombres, río de sangre, río de oro,
magno tonel de las Danaides, cuánto
odio sangriento cuesta tu tesoro,
¡y cuánto hambre, y cuánto llanto!

ROGELIO BUENDÍA.

CUENTOS ESPAÑOLES

A ras de tierra.

Allí, junto a la tapia derruida del huerto y casi al borde del amplio sendero, nació una margarita solitaria, sin acertar cómo le sucedió el milagro. Pero cada día prendían sus raíces con mayor pujanza en el generoso regazo de la tierra que la despertó a la vida. Y cada día era más perfecta aquella íntima unión.

Nutrida y confiada, la margarita se erguía sobre su grácil tallo liso y redondo, cuyo verde matiz agrisado iba oscureciendo su ternura, y sintió bullir la savia vital que la tornaba lozana, cimbreante y vigorosa. Así triunfó del loco viento de marzo, que la sacudió, rabioso de no poderla arrancar de cuajo a su seguro amparo u obligarla a danzar por los campos, al son de su gaita silbante y desacorde, o voltearla rudamente a los charcos, como esos trozos de papel y las cosas desprendidas que levanta él a su paso vehemente.

Así también se entregó, estremecida, a la breve

violencia de las lluvias abrilneas, y, tremante y feliz, gozaba las caricias del sol en sus pétalos mojados e impolutos... del sol, cuyos besos en el alba tiernamente le desplegaban su corola, cuando quedó definitivamente desvanecido el peligro de la noche negra que obliga a resguardarse el corazón a las florecillas solitarias.

Y era cada vez más verdaderamente «la pupila del día»—como dicen de ella los ingleses—y cada vez más linda, por virtud de sus blancos pétalos llenos de luz, y su áureo corazón, henchido por la bravura del sol y aromado por toda la dulzura de la tierra. Era perfecta ya en su hermosura, exquisita en su fragancia... sólo que para aspirarla así, tan trémula de vida, hubiese sido menester tenderse a ras de tierra.

Mas, para eso, los que caminaban por el sendero—atajo que conducía a la carretera—iban siempre demasiado apresurados, e ignoraban su blanca presencia aislada entre las briznas de la hierba. En cambio, ella hubiese querido ser tan alta que hubiese podido mirarlos a los ojos y tocar la curva de sus labios rojos, y rozar así esa maravilla gesticuladora y andante que se le semejaba el género humano. Y al oír rumor de gentes seguía empinándose en su tallo entre la franja verde que orilleaba el camino, toda aguijoneada por la curiosidad y ansiosa de ser querida.

Pero únicamente dos mujeres la miraron unos instantes. La primera una morena de ojos tranquilos y serena apostura, la miró bondadosamente y tejió luego, en su casa, un cuento de hadas para su niño, donde figuraba la humilde florecilla como soberana del

césped, como gran señora por su valentía, tan patética, tan individual y solitaria. Y la segunda, casi una niña todavía, acostumbraba cruzar por aquel huerto abandonado y escalar la tapia derruida, para sentarse luego en las piedras tumbadas en la hierba y cubiertas ya de líquen... y esperar. Muy cerca se hallaba entonces de la margarita; pero desviaba de ella su rostro anhelante, su cuerpo, terso como un arco dispuesto a lanzar su dardo.

Era menuda y blanca. Sus ojos semejaban el cielo azul; sus dientes, los mismos pétalos, simétricos y puntiagudos de la flor, prendidos entre finísimos corales, y como su corazón, eran de oro sus cabellos ondulados. Cual ella, también era grácil, cimbrena y bella... con la beldad de la pureza y esa tibia fragancia que exhala de su regazo la tierra.

Por aquel ángulo del muro adonde dirigía la niña sus miradas, solía aparecer el hombre que ella esperaba. Era joven y moreno, y llegaba con tal ímpetu, que se diría le empujaba un fuerte vendabal. El se arrodillaba a las breves plantas de la amada, como si adorase a una madona; la besaba dulcemente en los párpados, entre las rubias cejas, en los labios. Y después, caminaban despacio, muy despacio, en dirección al sol declinante, y nunca les vió regresar la margarita. La intimidaban ya las sombras alargadas que la cercaban, y la obligaban a esconder el tesoro de su corazón bajo sus pétalos doblados.

Una tarde fatal hízose larga la espera para la joven. Vino con los ojos arrasados en lágrimas, desordenados los cabellos, demudado el rostro y lleno de suspiros

el tierno corazón. Y cuando, al fin, vislumbró a su amado, púsose a temblar, y, roja como el coral, ni aun levantó los párpados para mirarle.

El se acercaba con paso tardo y renqueante. Su faz, tan morena y alegre otras veces, tenía un color cetriño, una mirada cejijunta, contenida y rencorosa. Silenciosamente cogió por la muñeca a la niña, con un gesto tan violento, que la levantó sobre los pies. La ciñó a su pecho en un abrazo estricto, tan duro y tan cruel, que ella, gimiendo, creyó desfallecer. Y así, abrasándola con la hoguera encendida de sus ojos y su cuerpo, hablóle quedo, ronca la voz apasionada e insegura en el decir:

—Dame ya tu contestación. Por última vez te la pido. Por última vez, nena de mi alma... piénsalo... por última vez... Tu amor me hechiza, me calcina, me condena, me consume... pero me desespera la casta glaciudad de tu cuerpo, tan pequeño y adorable, tan frágil y sin resistencia... que pudiera tronchar entre mis manos como una barra de cristal. ¡Pero, te juro que, como hay un Dios en el cielo, he de fundir y quebrar tu glaciudad si no me contestas de una vez para siempre! ¿Es sí... o es no?

—Es... no—gemía ella, entrecortada la voz por el apremiante abrazo—; es... nunca; ¡óyelo y suelta! Antes... ¡oh, antes morir!

—¿Y sólo eso me contestas?—preguntó él, incrédulo e irritado—. ¿Sólo eso sabes decirme de tu gran amor... tú... tan pura y tan cruel? ¡Tú, mi niña idolatrada, por quien daría toda la sangre de mis venas, el aliento de mis pulmones, mi vida entera! Y me di-

ces: ¡Antes morir! Pero... ¿eres divina o diabólica, que te atreves a decirme... eso? ¿Realmente prefieres... *eso*? Mírame... respóndeme...

Estaba lívido, desencajado. Su boca se contraía convulsivamente, la lumbrere en sus ojos sombríos tornábase desmandada y frenética. Sacudíale su apasionamiento, como la tormenta sacude al árbol, como él sacudía a aquella mujer, con rabia y dolor. Y los ojos sobre sus ojos, los labios sobre sus labios, sorbiéndole su aliento, bebiéndose sus lágrimas, besando sus suspiros y estrechándola más íntimamente y sin piedad, gemía con sorda pena:

—¿Es posible que prefieras la muerte... a darme la dicha, tú, que estás ya en todas las fibras de mi sér y later en mi corazón y en las ansias de mi alma? ¡Tú... tan pequeñita... tan satánicamente clara y despiadada! ¿Di... di... quieres más bien morir?

—Sí... sí...—dijo ella jadeante—; eres bár... baro... y... atroz... ¡No te quiero así!...; quiero... ¡libertad!!... ¡Suelta, te digo! Deja...

Brilló un acero en el puño, que súbitamente elevó él sobre ella, y que, al caer sobre su tierno pecho, se hundió en él como si ansiase pulverizar aquel pobre corazón. Y todavía, entre las mandíbulas, cerradas y tirantes, bisbiseaba él:

—Cumpló tu deseo. ¡Ahí tienes la libertad... y la muerte...!

Aflojó de pronto su abrazo y la niña, soltándose blandamente del aprieto, vino a caer, sin ruido ni protesta, sobre la tierra, a ras de la margarita...

El sol, que inflama hasta las más distantes nubeci-

llas, tocaba ya en el horizonte. Desde la carretera lejana, se oía el chirrido de un carro tirado al lento paso de sus bueyes, y el canto de un mozo rizaba el aire, cargado de olores y de frescura. De las ramas del huerto caían las primeras hebras de la sombra que envolvería a la noche en su fina red. La hierba crujía suavemente en derredor de la margarita... y ella, estremecida, contemplaba absorta el misterio caído a ras de ella. Estaba tan cerca a los azules ojos de la niña, atónitos y abiertos, que veía las incontables rayitas negras de sus iris; tan cerca... que un mechón de su pelo la anegaba entre sus ondas, semejante a un río de oro; tan cerca... que creyó oír manar la sangre tibia bajo el acero reluciente, y sentir conmoverse su corola por el trabajoso alentar de aquel pecho. Y ¡ay!... tan cerca... que una mano blanca, al crisparse convulsa, arrancó a la margarita de su sostén, para dejarla caer sobre aquel lacerado corazón... y todos sus pétalos inmaculados tiñéronse de carmín... y su trémulo suspiro fué a repercutir en el sollozo que desgarró la garganta de la niña.

Después... la fugitiva esencia de la flor y el alma libertada de la mujer, confundidas en la brisa, rozaron con ternura la frente del pobre loco, que lloraba junto a la humilde planta despojada y al frágil cuerpo exánime... a ras de tierra...

CARLOTA REMFRY DE KIDD

LA «PENA NEGRA»

CUENTO

Desde la ribera del río, María Jesús clamó:

—¡Rafaé!... ¡Rafaé!...

El eco devolvió la voz, aguda y clara, en la medrosa serenidad del atardecer.

Olía a hierbabuena. El cielo aparecía limpio y suave, mansamente azulado. La naciente luna dejó caer su clara luz sobre el campo, acariciándolo. Suavemente se derramaba sobre el oscuro uniforme de los olivos; sobre los rastros maculados, que abrillanaba; sobre el río, dormido.

Las casas estaban fronteras al río. Las dos achataadas, las dos parvas, las dos silenciosas y humildes. A uno y otro lado del río, aparecían tal como dos lirios de blancura mate, descompuesta. En los ortos adquirían una mácula de ensombrecida melancolía. Por las claras mañanas eran dos notas alegres, de suave ternura. Bajo las noches enlunadas eran azules. La mancha verde intensa de los olivos, les prestaba gallarda severidad, y como en una verde cuna las aco-

gía, cuando el sol doblaba la loma y el río las arrullaba mansamente.

Las dos viviendas pertenecieron a D. Miguel de la Cruz. Cuando D. Miguel de la Cruz era poderoso, rufián y pendenciero, fueron albergue de zagales, de rateros y de viandantes pedigüños. Ahora que don Miguel tenía el pelo cano, la mirada torva y la escarcela sin blanca, aquellas malas viviendas abriéronse, como los honrados portillos, generosos al dueño, para prestarle el calor de sus paredes.

De la brava dehesa del *Tarajal*, muestra eran estas dos casitas albas del caído poderío de D. Miguel de la Cruz, despilfarrador y generoso, que hubo de derrochar su oro y su fantasía entre la gente de faldas, a la que profesó gran devoción. Ahora que la juventud ya no le encendía la sangre, hasta hacerla arder en rojas llamas de lujuria, compartía su derrota en una de estas humildes viviendas, con la última querida que soportó su liviandad.

Este D. Miguel de la Cruz, de gesto imperativo y de carácter agrio, fué un poderoso califa, lego en Humanidades, licenciado en todas las picardías y doctor en todas las caricias. Cuantas veces hizo florecer el rojo penacho de su pasión, dió al vergel de la vida una blanca flor de histeria, que se deshojó en los hos-

pitales, en los garitos o en las mancebías. Cuando el caudal de D. Miguel cayó en manos mercenarias, ya había traspasado aquél la empinada cumbre de los sesenta y ajado en flor la vida pasional de Sole, dramática mujer morena—botín de la última francachel—garrida y pasional. Y he aquí cómo el desenfreno de este imperativo califa se avino a compartir el recatado hogar con Sole, en la sosegada casita, lejos de las gentes, mansos como pedigüños y al solo arrullo de María Jesús, cuyos cascabeleros veinte años eran la flor y fruto de aquella paradójica unión.

María Jesús tenía los ojos anchos y grandes, negros y profundos, altivos y francos, diabólicamente femeninos. Fragante y loca, se hizo al bronco abrazo de la brava Naturaleza, que le brindó todo su fruto en una larga primavera de halagos. Como todas las mujeres pasionales, se enamoró solo una vez, hasta arraigar dentro del pecho aquella intensa espina, de modo que dió flores de pasión y de sangre.

Rafael se llamaba el mozo que la cautivara y era un zagal gallardo que guardaba indómitos potros en la dehesa del *Tarajal*, a la margen opuesta del río, en la apuesta casita silenciosa.

Rafael era un mozo gallardo, rudo y sencillo. Era dócil «porque sí», sin más razón que la que da el trato con gente hosca y desabrida que manda «porque sí» y que no aprendió otra cosa que a mandar. Cuando él pudo mandó también. Como no conoció

otro mundo que el que circundaba la dehesa, creía de buena fe que allí terminaba todo o que allí nacía todo para no continuar.

María Jesús y Rafael se conocieron y se amaron: se amaron con la ternura de las flores, con el ímpetu de la sangre virgen, con el atavismo de una superstición.

Esta loca saña de amar y de sentir al modo de las bestias, era en María Jesús y Rafael algo brutal e imperativo, fuerte y salvaje, que asienta sus raíces en la viva roca y muestra sus rojas flores en lo alto del corazón. Amar a lo burgués hubiera sido para ellos ininteligible. Quintaesenciar la forma hasta hacer de cada palabra una melodía, hubiera pasado para ellos como el amor de las estrellas. En sus largos silencios estaba su mejor poema.

Desde la ribera del río, María Jesús clamaba:

—¡Rafaé!... ¡Rafaé!...

Y Rafael aparecía, sin pronunciar palabra, tal como macho en celo al cálido reclamo de la hembra.

Sus coloquios eran mansos, cálidos, perfumados de ternura y de pasión.

Sole acechaba en la sombra estos coloquios. Aun recios sus brazos, aun rosado su vientre, aun encendido el corazón, también ansiaba morder el fruto verde y se retorció en espasmos de dolor y lujuria. La hembra triunfaba de la madre en un sarcástico pero franco gesto de rebeldía. La raza mora, pasional y morena, había dejado en la garrida hembra un sedimento bastardo, pero ácido y fuerte...

Desde la ribera del río, María Jesús clamó:

—¡Rafaél!... ¡Rafaél!...

Era entrada la noche; como todas las noches Rafael acudió, pero esta vez otros brazos apresaron su cuello, otros labios mordieron los suyos, otro cuerpo se estremeció bajo su cuerpo... Sole había conseguido gustar el fruto verde...

La tragedia se izó en la sosegada casita del *Turajal*. D. Miguel no permanecía ajeno a estas bárbaras inquietudes que ponían un hálito de terror sobre la vivienda. María Jesús parecía desaparecer de la casa, como en una huída inexplicable y vergonzosa, justificada y rebelde a un tiempo. Cuando María Jesús sintió cómo se le clavaba en el corazón la espina de los celos, ya había en su vientre germinado, sazonado y fértil el maduro fruto del hijo. Ahora, le asaltaban nuevos ímpetus de vida, claros deseos de perder aquel horizonte monstruoso y deshilvanado, y sobre el corazón le apuntaron blancas alas para volar.

Contrariamente, en Sole renacían ímpetus de vida, fuertes nostalgias de lo soñado y un anhelo impetuoso de ser como la frágil tierra que pisaba, como la rosa roja de aquellos crepúsculos que la entristecían, como la piedra viva de aquella dehesa, como el Sol que azotaba sus lomos, como el viento que la daba gratos aromas, como el río que la arrullaba. Eran ansias de liberalidad, de rompimiento con aquel estado convencional y fatídico que la arrastraba a una des-

confianza absoluta de sí misma, a un supremo cansancio, a un supersticioso dolor.

Sole y María Jesús se odiaban desde un fatalismo desolador.

Rafael habíase deslumbrado ante el espléndido festín carnal. Ahora eran las noches ensombrecidas y oscuras las que le brindaban el regalo de alguna de las dos hembras. Fauno, hecho a escasas caricias, agradecía el regalo, y ponía una nueva apostura en cada nuevo fruto de posesión. Y sorteaba las citas con fortuna.

El fuerte Sol de junio, como el bravo león de la raza, sacudía su áurea melena sobre los ubérrimos campos del *Tarajal*. Y triunfaba sobre todas las cosas, derramándose sobre el río, quebrando sus aguas, sobre las rocas vivas, tal como sobre bestias adormidas, encendiendo sus verdes rosales, refulgiendo sobre la blanca carretera como sobre una cinta de plata.

La puerta de la casa está entornada. En el portal, sentado en un viejo sillón, está D. Miguel. Caen su barba cana sobre la alba camisa que luce como un blanco sudario. D. Miguel tiene los ojos entornados, tiene las manos cruzadas sobre el pecho. Como está recatado, la lengua de sol que entra por el portón quiere lamerle los pies. En la casa todo es paz. Es medio-

día. El campo, sopor y fatiga, sólo da una impresión de cansancio. De vez en vez la música de una esquila lenta y rumorosa. D. Miguel alza la cabeza, abre sus ojos grises. Su pasado le inquieta y siente cómo la fatiga le sube a la garganta, le reseca los labios, le anubla los ojos. Sole ha puesto sobre su vida la última brasa de deshonra, la última apostilla. Siente el dolor de los heridos y el orgullo de los que no claudican nunca. Siente asco por Sole y asco de sí mismo. Y todo el fuego de su odio se apaga con el chorro frío de este frío cálculo... Romper de una vez sería apretar la argolla que le une a Sole, argolla deleznable, frágil, de indignidad, pero, al fin, la última. Cuando los brazos de Sole no se tiendan a su cuello, no encontrará otros brazos amantes. Sólo sus besos podrán encender, con indeciso temblor de fuego, sus caducos labios. Ahora alza sus ojos hacia aquella estrecha vivienda, y la vivienda le muestra, descarnada, fría, inquietadora, la ruina de su orgullo y de su corazón...

Desde la ribera del río, María Jesús clamó:

—¡Rafaél!... ¡Rafaél!...

El campo, en la noche, daba una sensación descolorida de pena, de terror, de cansancio, de muerte. No eran ninguna y eran todas a un tiempo, estas voces de la fatalidad, las que flotaban en aquel oscuro ambiente vacío de sentido y vacío de luz. Cantaban los grillos porque era primavera y porque era noche. Su monótono canto era una estridencia más que ate-

nazaba el corazón de María Jesús. Y por segunda vez clamó:

—¡Rafaé!... ¡Rafaé!...

Y Rafael no contestó.

A solas, por entre la yerba fresca y olorosa, tateando la ribera del río, María Jesús anduvo hasta alejarse. Bien que conocía palmo a palmo el terreno, pero la amargura le había subido a la garganta, asfixiándola, a los ojos cegándoselos, al corazón haciéndosele sangrar. Fuerte voluntad para todos los embites de la suerte, ahora se mostraba llena de un fatalismo desolador. En su mente se agrupaban los héroes de todos los cuentos fantásticos escuchados en la adolescencia al calor de la humildosa fogata. Eran las informes sombras de los olivos, era el revuelo de un ave, era el mismo aire que soplaba menos sutil, menos dulcemente, y le inquietaba hasta hacerla temblar. Junto al tronco de un viejo olivo descansó. La noche, en su cerrada obscuridad, lejos de descifrarle aquellos antojos fatalistas, los acrecía y multiplicaba. Su indócil temperamento pasional se erguía. Y eran entonces sus pensamientos dulces y su corazón latía más tiernamente. Se le ofrecía su humildosa existencia llena de absurdidad. Y se rebelaba contra estas existencias deshilvanadas, sin nexo de idealidad, sin una raíz, sin un germen de vida. No podía ser su propia madre la que le había engendrado el corazón y la que ahora clavaba en él un dardo de muerte. Pensaba en que no basta parirnos y hacernos el cuerpo si luego al corazón se le deforma, se le oprime, se le mata. Aquella no debía ser su propia madre porque no era

la madre de su corazón.. Sobre aquel suelo feraz había crecido, aquellas flores de aquellos rosales le habían perfumado, y el canto de aquellos pájaros que la despertaban todas las mañanas, le habían infundido su ternura. Un día Rafael había cogido aquella flor. Y aquella flor era de Rafael, del primero que la cortó del rosal. Y sentía nacer, vagamente, un medroso rencor hacia su propia madre, que no era rencor, que era odio inquietador, vago. deshilvanado también como su existencia...

Cuando percibió, estridente, un ruido seco. Después un grito pavoroso. Luego otro ruido seco... Todo esto la llenó de angustia, de profundo terror...

Más tarde María Jesús, convulsa, llegaba a la blanca casita. Junto a la entornada puerta una débil luz. Junto a la luz el débil cuerpo de D. Miguel. Don Miguel está apoyado en el umbral, convulso, desfalleciente. Alza la cabeza, y al ver a María Jesús, brillan en sus ojos las lágrimas. Y abre los ojos desmesuradamente y exclama:

—¡Hija mía de mi alma!

Tras la humildosa casita, sangrientos, destrozados, se retuercen los salvajes cuerpos de Soledad y de Rafael.

Don Miguel de la Cruz, el fuerte mayorazgo don Miguel, había puesto la última apostilla a su audaz existencia de macho...

JUAN SOCA,

NUEVA VIDA

I

El doctor Valerio era un corazón de oro, y en el hospital le querían sus enfermos tanto, que muchos veían alargar tranquilos la convalecencia por no perder al buen doctor.

Parecía imposible que tan tosca figura y carácter tan apático entrañase alma tan buena y ciencia tan cabal.

Porque el doctor Valerio, con su figurilla escueta y amojamada de viejecillo curtido, y aquella cara huesuda, rapada, llena de surcos, mirada penetrante y viva, no predisponía de modo alguno en su favor.

Y más, cuando aproximándose al enfermo *nuevo*, con frases bruscas, le interrogaba, y escudriñando la dolencia, fruncía el ceño y ensartaba una filípica sin término.

Para él, siempre tenía el enfermo la culpa de su estado, o, cuando menos, de su displicencia y abandono.

—Y tú—decía encarándose con alguno—, ¿por qué no has venido antes? Ya estarías curado. No os acordáis de mí hasta que no podéis andar. ¡Llevadme este pícaro a la cama, y que pase otro!

Entraba una mujercilla consumida por la fiebre y las privaciones.

Entonces el doctor llegaba al paroxismo de su exaltación.

Interrogaba a la enferma:

—¿Con que tienes que lavar? ¿Con que tenías que mantener a tu marido, en vez de venir a curarte? ¡Merecías ir al cementerio en seguida!

—Señor, mi esposo no tiene trabajo.

—¡Buen gandul será! Pues él y tú tenéis la culpa de que te encuentres así... Y te mueres, te mueres sin remisión. ¡Estás muy mala!

Al día siguiente, al pasar visita, se aproximaba a la pobre mujer, y sus frases eran distintas: la conso laba cariñosamente y la daba esperanzas, mejor, seguridad de que curaría.

—¿Y mi pobre marido?—se atrevía a murmurar.

—No te preocupe eso; no le falta nada.

Y, efectivamente, el pobre hombre recibía socorro, cuyo origen no averiguaba.

II

En la sala de San Nicolás ingresó un anciano, enfermo del pecho, por quien el doctor Valerio sintió desde el primer momento predilección especial.

Dramas íntimos de familia le habían reducido a la miseria más espantosa, y vióse obligado a ingresar en el hospital.

Al principio guardó el incógnito, avergonzado de

su triste sino y de la Humanidad, a la que tanto bien había hecho, y que ahora le abandonaba.

Para el doctor Valerio bien pronto el misterio fué aclarado. Inspiró tal confianza al viejo, que le contó su historia

También era médico, y cuando pronunció su nombre, abrió el buen doctor la boca, asombrado. Tenía delante a uno de los médicos más sabios, cuyo renombre fué en un tiempo universal.

III

El doctor Valerio no desconfiaba de la curación de su compañero. Era un caso gravísimo de tuberculosis, ante el cual la ciencia se cruzaba de brazos; pero tuvo una idea diabólica para salvarle.

Digo diabólica porque bien advertían todos en el hospital que en aquel hombre sereno, algo inusitado, preocupaba sus facultades hasta el extremo de haberle escuchado dar grandes voces en su gabinete de estudio, después de cerrar voluminosos libros de medicina, que devoraba con fruición.

—¡Intentaré la operación!—le oían exclamar—. Daré nueva vida a ese hombre y un mentís a esta ciencia rutinaria.

Corrió a ver a su enfermo.

—Amigo mío, tengo que operaré a usted; no le diré el modo; ese es mi secreto. ¿Confía usted en mí?

En la mirada del doctor había algo de locura, algo que sugestionaba con invencible poder.

—Confío en usted, y me pongo en sus manos. ¿Tal vez intenta usted las inyecciones directas al pulmón? Todo es inútil. Moriré.

—No le he de decir mi sistema; bien estudiado lo tengo; me basta con su confianza para intentar...

Salió corriendo, excitado, y al pasar la puerta, fijó su mirada profunda en el enfermero, un vigoroso mozo, joven y sano, que dormía en un rincón, bien ajeno al pensamiento del sabio.

—¡Este es mi hombre!—murmuró, y acercándose a él, sacó una cinta y le midió el cuello, [saliendo de puntillas de la sala.

—¡La medida del cuello es exacta a la del otro! Ahora, ¡que Dios me proteja!

IV

Los siguientes párrafos están tomados del informe que escribió el doctor Valerio para la Real Academia de Medicina:

«... Este caso, queda demostrado, es incurable; cuando más, podría, según digo, alargar la existencia del enfermo un mes; sus pulmones se hallan consumidos, y empleando el sistema indicado, llegará la muerte inevitablemente. Mi enfermo se muere porque su cuerpo está consumido, mas su cabeza privilegiada podría vivir mucho. El cerebro no envejece. ¿Por qué no hemos de implantar esa cabeza en un cuerpo sano, robusto, capaz de arrostrar los embates de la naturaleza? ¿Por qué a ese cuerpo que muere no hemos de

dar una cabeza obtusa, ignorante, cerebro incapaz de ser útil a sus semejantes? Corregir las obras de Dios comprendo que no es dado al hombre, pero cambiar una vida angusta, dedicada a la ciencia, por otra indiferente para sus semejantes, es obra nuestra.

»Además, yo he hallado el hombre que ha de cambiar su cabeza con la de mi enfermo, y a ese hombre no le sacrifico; a mi vez le regalo mi cuerpo.

»Cuando la operación esté hecha, y el *ingerto vital* consumado, *quiero* que mi cuerpo se sustituya por el del enfermero de la sala (sujeto por mi elegido para la implantación): es decir, el cuerpo del tuberculoso pasará, a su vez, a ser el mío. Reconozco en mi enfermo un sér más inteligente, más útil que yo, y sacrifico mi vida por él y por la Humanidad doliente.»

Seguían en el manuscrito los detalles de la *sencilla* operación.

Empezaría por cloroformizar a ambos, paralizando después la circulación momentáneamente por un método novísimo, que allí explicaba. Después, y una vez cortadas las dos cabezas, haría el cambio deseado. Detallaba en la Memoria el modo de unir sólidamente los vasos arteriales y venosos. Después, bien cosidos y firmes los tejidos del cuello, procedería a devolver su movimiento al corazón, mediante una corriente eléctrica, y la operación quedaría realizada.

Si fracasara—terminaba diciendo—, si alguna imprevisión mía fuera causa de que no volbiesen a la vida, yo, como reo de asesinato, me quitaré la mía. Entre el instrumental necesario, pondré el revólver para que la ley se cumpla por mi misma mano.

V

—¡Que suban a mi enfermo a la sala de operaciones! He de operar de noche, y me basta para ayudarle el enfermero de la sala. ¡Que suba también!

Un compañero suyo quiso objetarle.

—¡Repito que me basta! Es una operación sencillísima, y yo mismo he preparado el instrumental necesario.

A media noche, entraba el doctor Valerio en la sala de operaciones, trémulo, conmovido. Algo gritaba en su conciencia que el intento era imposible, mas la ceguedad de su locura acallaron los escrúpulos.

El enfermero, cuando le vió entrar solo, y cambiar la levita por la blusa de operar, quedósele mirando asombrado.

—¿Va usted a operar solo?

—Sí, hijo mío; prepárate, que te necesito. ¡Valor! Y dos lágrimas surcaron su amarillento rostro.

Se acercó al enfermo. Dormía penosamente, y bien pronto quedó cloroformizado.

—Vas a asistir—empezó a decir, encarándose con el enfermero—a una operación que jamás presenciaste. ¿Sabes qué vamos a hacerle? Pues, hijo mío, ¡vamos a cortarle la cabeza!

El enfermero dió un grito, y huyó hasta la puerta; pero se hallaba cerrada; y el doctor Valerio, cambiando de táctica, en vista de que la presa se le escapaba, prosiguió:

—Ven aquí, imbécil; ¿no comprendes que eso es

una broma? Quiero decir que no es aún la ocasión de operar; está mal cloroformizado y vamos a empezar de nuevo. Duerme, entre tanto, si quieres.

El pobre enfermero no las tenía todas consigo; se tumbó en una butaca, pero con los ojos medio cerrados, no perdía un movimiento del doctor.

Vió al poco rato, cuando le creyó dormido, que se acercaba a él cautelosamente y le aplicaba el cloroformo a las narices.

Estuvo a punto de coger al doctor por la cintura y estrellarle contra la pared, mas pudo tanto la curiosidad, que fingió al punto los adormecedores efectos del cloroformo, cosa en él sencilla por lo mucho que había visto administrarle.

Mas luego, cuando le vió tomar un cuchillo de amputaciones y acercarle a su cuello, saltó de la butaca, y sujetándole los brazos, gritó:

—¡Con que quiere usted cortarme la cabeza a mí también—. ¿Eh?

—¡Suelta, bandido!--gritaba el pobre doctor--. Suelta, imbécil; sólo quiero tu cuerpo por unos días; luego te daré el mío. ¡Suelta, canalla, estúpido! ¡Déjame operar!

Y se retorció en el suelo, siempre con el cuchillo, atenazado por aquellas manos vigorosas.

A las voces, acudió gente, se derribó la puerta, y pudieron evitar que el doctor Valerio muriese a manos del enfermero. Porque lo que éste decía luego:

—Si tardan un poco más, *le hago daño*. ¿Pues no se había empeñado en cortarme la cabeza?

VI

Hace poco, me enseñaron al infeliz doctor Valerio en el Manicomio de X.

Se acercó a mí, sacó una cinta y me midió el cuello muy gravemente. Después volvió a echarse en su rincón, exclamando:

—¡Es inútil que busque otra cabeza! ¡Aquella, aquella de aquel imbécil era la que yo necesitaba!

Seguramente, con aquella cabeza no se hubiera vuelto loco:

JOSÉ BRISSA.

CARTA ABIERTA

PARA EL ILUSTRE CRÍTICO GRAMATICAL
D. ANTONIO DE VALBUENA

Muy distinguido señor:

He leído en la revista *Cosmópolis* su artículo titulado «Crónicas gramaticales», en el cual trata de fijar la verdadera y genuina forma de la palabra *redor* y *alredor*, según usted quiere que se diga, y *rededor* y *alrededor*, según manda la Real Academia Española; y como yo aspiro a ocupar una poltrona en la doctísima corporación, acudo, como buen paladín, en su defensa, aunque convencido de que defiendo una mala causa.

¿Qué cuáles son mis méritos para aspirar a tamaño honor? Francamente, ninguno; pero por esta misma razón aspiro, pues si yo tuviera los méritos de usted, tan lejos estaría de mí el conseguirlo como mis manos de tocar la luna.

Vamos, pues, al asunto.

Ante todo, pienso que para escribir esta réplica he debido esperar a que usted termine su tesis, pues en ella nos ha dejado pendientes de lo que usted sabe

sobre la etimología de dicho nombre; pero yo, la verdad, no he podido dominar mis nervios—¡cualquiera aguarda un mes en estos tiempos de automóvil y aeroplano!—, y aquí me tiene usted dispuesto a blandir la lanza en este torneo en favor de mis futuros compañeros, y para ver el modo de sacar del purgatorio de la duda a esos dos pobres vocablos.

Empiezo por confesar que tiene usted sobradísima razón en lo que escribe sobre la procedencia que la doctísima corporación atribuye a las expresadas palabras; nada de *ruedas* ni de *rodajes* puede ser el origen de *redor* o *rededor*; pero vaya usted a poner trabas a la imaginación en esto de las etimologías; más gordas y más frescas las he visto en diccionarios, que gozan de mucho crédito, donde se afirma que la palabra *cigarro* trae su origen de *cigarra*, nada menos que por onomatopeya, es decir, por semejanza entre el ruido que se forma con el papel al liar el tabaco y el que hacen, cuando vibran en el canto, los élitros de la simpática holgazana de la fábula (véase diccionario etimológico de Roque Barcia)... ¡que tal!, como si no estuviera en los diccionarios latinos el verbo *cingo is-ere*, que significa ceñir, y que muy bien pudiera dar origen a esta palabra, ya que lo que se hace con el papel es ceñir el tabaco, cosa que también se hace con las mismas hojas, cuando el cigarro es puro; además, si de *lego-is* viene legajo, ¿por qué de *cingo-is* no ha de venir cigarro?

Mas dejémonos de tales disquisiciones, que no merecen la pena de apuntarse, y vamos al asunto. El nombre *rededor* y el adverbio *alrededor*, indudable-

mente traen su procedencia del verbo latino *redeo-is ire* compuesto de *eo-is-ire* y de la preposición de composición *re*, llevando por ley de eufonía interpuesta una *d*, para evitar el hiato; este verbo significa dar la vuelta, hacer un rodeo, como puede verse en este verso de Virgilio. Egloga IX.

Titire, dum «redeo», brevis est via, pasce capellas.

Titiro, mientras vuelvo (de aquí cerca) o mientras doy la vuelta, apacienta mis cabrillas. Así, pues, del supino de este verbo, *reditum* se derivan los nombres castellanos *rédito* y *reditor* convertido en *rededor* por eufonía.

El primero de ellos significa dinero, que se va devolviendo a cuenta de otro, que se tomó a préstamo; el segundo, cosa que rodea o da la vuelta a otra, y ambas absolutamente conformes con el significado del verbo, que les da origen, así como el adverbio *alrededor*.

Vea, pues; el Sr. Valbuena, por qué usaron estos vocablos, tal como deben usarse, Ambrosio Morales y el padre Mariana, y por qué la doctísima corporación, a quien critica, por esta vez al menos, no se ha equivocado, no obstante haber obrado a tientas.

Cierto que puede decirse *redor* y *alredor*, por sin-copa, como decimos Navidad por Natividad, pero no por otra cosa... a menos que en su artículo venidero no pruebe que está en el limbo, quien tiene sumo gusto en ofrecerse de usted affmo. y admirador

q. e. s. m.,

UN ACADEMICO EN CIERNES.

CUENTOS HISPANOAMERICANOS

MATERNIDAD

Rincón en un saloncito de ventanal acristalado, abierto a un jardín, en cuyo centro eleva una fuente su hilo finísimo de agua sin llegar a las copas de los árboles, inquietadas de vez en cuando por el viento de otoño. María Luisa está sentada en un diván; es muy delgada: pero su cuerpo, que apenas ocupa un rincón del mueble, parece llenarlo todo a causa de la bata de encajes. Frente a ella, con aire cohibido, está Beatriz: su traje modestísimo contrasta con el lujo del aposento. Al principio el diálogo es entrecortado, falto de confianza... Sólo cuando las primeras sombras borran los tapices en las paredes y las vitrinas agoviadas de búcaros ricos y costosísimas naderías, el coloquio se va haciendo más cálido, y se llena al fin de alma y de dolor cuando las dos mujeres, invisibles casi una para otra, son sólo dos pobres seres rodeados de tinieblas.

MARÍA LUISA.—Siéntate tranquila... Estás como un poco asustada.

BEATRIZ.—Sí... He perdido la costumbre de sentarme en un salón tan rico, tan...

MARÍA LUISA.—(Sintiendo rubor de su riqueza.) ¡Oh!... El bienestar material va y viene y en el fondo da un poco igual... o por lo menos a mí me lo parece, quizá por egoísmo... No puedes figurarte cuántas veces me he acordado de ti... La vida es peor que una tempestad: separa, rompe... y apenas si cada una tiene tiempo de ocuparse de otra cosa que de sí misma... ¡Quién iba a pensar! ¿De modo que no te ha ido bien en la vida? Cuéntame, cuéntame.

BEATRIZ.—¿Para qué quieres saber penas? Yo también pensé muchas veces en ti, pero en mí no tiene mérito, porque era desgraciada... Me daba reparo venir a enturbiar tu felicidad con mi historia... ¡Si vieras que dudé muchas veces antes de escribirte! Llegué a pensar hasta que no me recibirías... Perdóname.

MARÍA LUISA.—Oh, Beatriz, ¿y por qué? Bien sé que no basta haberse sentado en el mismo banco de la escuela para seguir juntas el camino o para encontrarse sin indiferencia en las encrucijadas; pero tú y yo no fuimos sólo dos condiscípulas vulgares. ¿No te acuerdas? ¡Cuánto he echado de menos en ésta riqueza aquellos días claros del colegio! Toda la vida era un misterio para nosotras. Tú no sabías lo que iban a perder tus padres ni yo lo que iba a heredar de mi madrina. Vivíamos de nuestra juventud, de nuestra esperanza, y tú eras más fuerte que yo... ¡Cuántas veces me defendiste!, contra las mayores primero, y des-

pués contra aquellas murrias que me entraban sin saber por qué y que me daban una gana infinita de llorar, de sentirme bien desgraciada... ¡Qué fuerte, qué tranquila eras tú!... Todas te admiraban porque tu padre era banquero e iba a verte en coche; yo te admiraba, sobre todo, por tu fuerza y tu tranquilidad. Ya ves... Siempre, al pensar en ti, el recuerdo de aquella fuerza me daba un poquito de envidia.

BEATRIZ.—La vida me ha roto... La miseria es igual a la gota de agua, y el ver sufrirla a seres queridos, a seres que vinieron a la vida por nuestro placer, por nuestra imprevisión...

MARÍA LUISA.—¡No digas eso!

BEATRIZ.—He pasado muchas penas en la vida.

MARÍA LUISA.—Menos mal, no te quejes... Muchas penas, al cabo, deben distraer. El alma se desperdiga en ellas... Mientras que yo...

BEATRIZ.—¿Tú penas? ¿Puedes decir tú que tienes penas?

MARÍA LUISA.—Una sólo... Una sólo que ha ido poco a poco tomando la forma de mi alma.

BEATRIZ.—Serán una especie de lujo más como eran aquellas del colegio... Todos los domingos te iban a ver, te llevaban flores, bombones que nos repartías a todas, cintas, estampas con santos siempre nuevos y resplandecientes... Eras tan feliz que tenías como una sombra de vergüenza... y te inventabas aquellas melancolías, aquel llorar sobre tu muñeca de ojos azules.

MARÍA LUISA.—¡Pobre muñeca! ¡Cuánto daría por que no se me hubiera roto!

BEATRIZ.—¿Lo ves? Tu alma sigue siendo infantil...

El temor a la monotonía te hace fingir desdichas, cuestión de claroscuro... Mira estas manos que tú me celebrabas tanto... Bueno, no puedes verlas... Tocarlas, sí... Son callos producidos por los más rudos trabajos; callos que antes de salir en la piel mortificaron la vanidad de mujer criada en casa rica. ¡Y si siquiera hubiesen puesto a mi nena a cubierto de las necesidades! Pero no, todo se fué perdiendo: ilusiones, belleza, hasta el espíritu de clase, por ganar apenas un solo día a la miseria, que en vez de volvernos la espalda iba reculando pasito a paso, siempre de cara a mis esfuerzos. Después del suicidio de papá y de mi mal paso... ¡Uno de esos malos pasos que se volverían a dar siempre!

MARÍA LUISA.—(Que ha seguido el hilo del pensamiento propio.) Tus callos se pueden al menos mostrar... Mientras que mi mal, que es también mal del cuerpo, no puede yerse... Es más profundo, mucho más profundo e irreparable.

BEATRIZ.—Pero, ¿tú estás enferma? ¿Tienes algo? Todo en tu cara parece salud; siempre fuiste menuda... ¿No será aprensión? A ver, dí...

MARÍA LUISA.—¡Aprensión! ¡Si no es siquiera enfermedad!... Algunas amigas hasta me han felicitado... En mis relaciones de mujer mimada por la suerte, según crees tú, mi dolor inmenso encontraría difícilmente credulidad... Es preciso haberme visto acariciar aquella muñeca de ojos azules para comprenderlo... Tú viniste casi ruborosa de tus fracasos, de tus vestidos modestos, pobres... ¿crees que no lo noté? Pues enderézate, boba, y mírame de igual a igual, o, mejor

aún, protégeme como en la escuela, porque sigues siendo más fuerte. Tu pena es mezquina si la comparas con la mía... ¿Cómo no sonreír ante esos callos que proclaman tu abnegación y ante ese mismo tropiezo del cual te levantaste maltrecha, engañada, envilecida socialmente, ¡pero con una hija!

BEATRIZ.—Una hija sin padre.

MARÍA LUISA.—Bah... ¿Y tú corazón? Así podrás sentirla más tuya... Mientras encallecen tus manos para alimentarla, eres el padre; cuando te levantas de la máquina para ir a la cuna, eres tú... Tuya sola es la hija... Sus sonrisas no tienen necesidad de compartirlas... En tu buhardilla, que no necesito conocer para envidiarla, hay, por pobre que sea, algo que jamás podrá alegrar mi casa: un llanto que repercuta en tus entrañas, una risa que sea como ventana abierta hacia el cielo... Tu vida mala, la darás con gusto porque sean dulces los días suyos... Mientras vayan saliendo tus canas, irá ella creciendo, haciéndose mujer, y serás como tú misma mejorada, embellecida... Como si te miraras en un espejo milagroso... Mientras que yo... Yo acabaré en mí para siempre, para siempre... Perdóname el que sea mucho más desgraciada. Tal vez debí callar.

BEATRIZ.—No te entiendo bien... Quizás mis trabajos manuales me hayan embrutecido... Me parece vislumbrar algo... ¿No eres feliz en tu matrimonio? ¿El no es bueno? ¿Acaso quiere a otra o tiene fuera de casa alguna de esas cosas que no importan mucho, y sin embargo, mortifican? Puedes hablarme como yo te hablé a ti.

MARÍA LUISA.—¿El? ¿Qué me importa él! Todas esas

cosas que pasaron, que tal vez pasan todavía, ni siquiera me afectan. De mi matrimonio, al desvanecerse el amor, que no había sido mucho, porque a él sólo me llevaba mi idea de siempre, no fui desgraciada. Cada infidelidad embota sus mil puntas contra mi esperanza de lograr mi fin. Será—me decía yo—tiene que ser... Y ni sus desvíos, ni su fatiga, ni la indignidad de mendigar lo que quizá necesitaba para otras, me hacían cesar de ser amante cuando nos quedábamos solos. A veces, después de uno de esos días de tedio en que apenas se cambian las palabras precisas, llegaba la noche y yo lo esperaba despierta, temblorosa, inflamada de fe. ¿Qué habrá pensado él en esas noches tras las cuales seguía todo un mes de quietud, de afanoso esperar que se frustraba siempre, siempre? Tú no puedes imaginarte el bochorno de cada nueva tentativa... Mientras lo esperaba frío el cuerpo, hasta con una honda repugnancia de que mi dicha hubiera de venir así, pensaba en mi vida anterior y mi recuerdo tropezaba a veces contigo e iba luego hasta mucho más lejos... hasta una muñequita de cabecita y brazos de porcelana y de cuerpo de trapo relleno de aserrín... La quise tanto como a aquella de biscuit, la de ojos azules, como quise después a otras, como quise sin amor de hermanos a mis dos hermanitos que lavé y vestí mil veces mientras las criadas cruzadas de brazos me decían: «¡Qué señorita ésta! El día que sea mujer y tenga un hijo se volverá loca.» Aquello era más fuerte que yo; sentir la cabecita dormida en mis brazos me producía una dicha inefable, algo de beatitud, un placer muy serio, muy hondo... y todas las noches, antes

de dormirme, pensaba: «Cuando yo sea mujer y tenga una muñeca viva, bien mía, para quererla, para no dejarla sola como mamá me deja a mí, para tener siempre mi vida sobre la suya toda débil como una lucecita que pueda apagarse al menor soplo... Pero hablo demasiado, ¿te aburro?

BEATRIZ.—No, no.

MARÍA LUISA.—Sí, esta ansia mía de siempre es tan grande que no puedo expresarla en palabras... ¿Cómo es tu hija? ¿Tiene ojos azules?

BEATRIZ.—(Con un rubor parecido al que antes tuvo María Luisa al hablarle ella de su riqueza.) Más bien grises.

MARÍA LUISA.—Con muchos puntitos dorados en el fondo, ¿verdad?

BEATRIZ.—Sí...

MARÍA LUISA.—No te dé pena... Me da casi gusto sentir envidia. ¡La he sentido tantísimas veces! De niña, de joven... Porque ni los vestidos, ni los bailes, ni los enamorados me importaban tanto como el hijo, mi hijo, ¿entiendes? Hace poco, en una visita de caridad, entré en un caserón de vecinos... Una mujeruca iba a dar a luz y le llevábamos pañales, gorritos, fajas... Yo no sabía todavía mi desdicha, y a pesar de eso... tenía, qué sé yo, un presentimiento... Hablamos en la escalera con otra mujer que nos pedía para un tullido, y de pronto llegaron gritos desde arriba, gritos desgarradores. Yo debí ponerme muy pálida... y eché a correr... y mientras corría recuerdo que toda mi alma estaba agostada, igual que por un fuego, por la envidia de aquel dolor de dar un ser al mundo... A

veces pensaba: ¿Será que no soy bastante cariñosa? Y me volvía mansa, tragaba las ofensas, los desprecios; adulaba las manos siempre esquivas, descalzaba sumisamente los pies siempre rápidos cuando se iban hacia la calle... ¡Todo inútil! Y un día, al fin, una de esas amigas que nos traen en nombre de la amistad, viva y cobijada en su propio regazo, la serpiente que nos ha de morder, me trajo la terrible nueva: «¿Sabes que tu marido ha tenido un hijo con la prójima?»... «¡Bah! —le dije yo abriendo el alma a la última esperanza—, vete tú a fiar con esa clase de mujeres. A lo mejor es una artimaña para retenerlo... para sacarle unas cuantas pesetas... Que se las lleve en buena hora.» Y ella, entonces, soltando el veneno en la herida: «No, esta vez es verdad; me han dicho que es su vivo retrato... Hasta el lunar de encima del bigote parece que lo ha sacado el angelito.»

BEATRIZ.—¡Pobre María Luisa!

MARÍA LUISA.—¿Ves como soy más pobre que tú?... Aquella noche no dormí... El vino muy tarde... Yo sentí su cuerpo, junto al mío, reposar feliz... Y cuando entonces no maté, es que no mataré nunca... Estaba encogido... parecía más pequeño... y por instinto aun maternal, subí el embozo para abrigarle... Muy tarde, muy temprano mejor dicho, se me ocurrió una idea que realicé dos días después... ¿Te imaginas? Me puse el vestido de una de mis criadas y salí, venciendo mil obstáculos por la puerta cochera... Ya tenía yo vista en el periódico una consulta de las más apartadas... Durante dos horas esperé mi turno, entre otras mujeres que hablaban de cosas vulgares o de cosas terri-

bles... Yo temblaba de ansiedad, temblaba tanto, que una pobre menestrala que hasta entonces no había hablado, me dijo: «No esté así, yo le cedo mi turno que es ahora.» Sin el temor a descubrirme, le habría dado algo, mi cadena de platino olvidada en el cuello, por aquel minuto de ansiedad que me quitaba caritativamente... Acababa de salir una muchacha de vientre abultado. Y entré; la vista del médico, de aquel brillar de instrumentos, de aquellos cuadros horribles colgados en las paredes, me sobrecojió y tardé mucho en reaccionar. Al cabo, comprendiendo la imposibilidad de fingirme zafia, puse un billete sobre la bandejita donde el doctor recibía las dos pesetas de cada consulta, y reforzando mi mentira, le dije: «Sólo vengo a una cosa, doctor... A que usted me diga si estoy o puedo estar embarazada.» ¿A qué descubrirte toda la vergüenza del reconocimiento, casi desvanecida, con la ansiedad infinita de saber? Fué uno de esos cuararrugas; el esqueleto se curva un poco... Y después el hombre, con ojuelos ladinos, creyendo darme la impunidad para sabe Dios qué abominables correrías, me aseguró con estas palabras que no olvidaré nunca: «No, hijita, la Naturaleza ha querido hacer y para siempre lo que yo no me hubiera arriesgado a hacer ni una sola vez... Puede usted marcharse tranquila y también correr tranquila por el mundo, que por mucho que corra jamás le saldrá a la cara, o adonde sea, como a esa infeliz que acaba de marcharse.» Yo salí automáticamente... No sé cómo llegué aquí, cómo me desnudaron; sé sólo que la doncella me encontró desmayada en el tocador y que, al despertar, el mundo me pareció otro, sin ob-

jeto. ¡Todas mis ansias, toda mi vida eran estériles, igual que el cuerpo donde habían vivido!... Si siquiera no creyese en Dios, me habría suicidado; pero ya te he dicho que no sirvo para matar... ni aun a mí misma... Soy joven y tal vez me quede aún una vida larga, de sufrimiento, sin posibilidad de llenarla con nada, porque yo, que en nada tuve la juventud ni el lujo, ni el amor, ¿en qué voy a tener lo demás? Desprecié las flores y no puedo coger el fruto. Soy como una mujer maldita.

BEATRIZ.—¡Qué mal repartido está todo el mundo! Oyéndote he olvidado casi mis penas y me ha dado vergüenza de haber venido a molestarte... ¡Si siquiera pudiera consolarte algo!

MARÍA LUISA.—Con hablarme así ya me consuelas. Me parece que las demás mujeres deben sentir desprecio por mí.

BEATRIZ.—¡No digas eso!

MARÍA LUISA.—Sí... Oye, para que veas si están trocados nuestros papeles. Soy yo quien quiero pedirte un favor...

¿Me lo harás?

BEATRIZ.—(Vivamente, con toda el alma.) Sí, sí.

MARÍA LUISA.—Tráeme a tu hijita mañana... Tráemela esta noche si puedes

BEATRIZ.—¡Oh!...

MARÍA LUISA.—Ya verás cómo la sé cuidar. ¡No se me caerá como la muñeca de ojos azules! Algunos ratitos me la podrás dejar y...

BEATRIZ.—No, María Luisa; no.

MARÍA LUISA.—¿Por qué? Has comprendido que

quería hacerme la ilusión de que es un poco mía y no quieres dejármela... Yó haría igual...

BEATRIZ.—¡Ojalá pudiera yo dártela y ojalá pudieras hacerte esa ilusión!... Pero no te la harás y sufrirás más viéndola... ¡Es tan linda!... Sí que tiene los ojos azules.

MARÍA LUISA.—¿Sufrir más? Ni eso es ya posible, Beatriz. Sufriré igual... Además, ¿qué me importa no ver un niño, si despierta y dormida me parece oír como si viniera desde el otro mundo el gemido del hijo que debió ser mío, para mi cariño inútil, para mi vida inútil?... ¡Tráemela!

Ya es muy de noche. Se oye ruido; es un criado que pregunta desde la puerta:

CRIADO.—¿Quiere la señorita que encienda la luz?

La voz de María responde aceleradamente:

MARÍA LUISA.—¡No... no! Váyase.

Si el criado hubiese encendido sin avisar, habría visto a dos mujeres trémulas, casi de rodillas, con las manos juntas y los ojos llenos de lágrimas.

A. HERNÁNDEZ CATÁ.

(Cubano).

Poetas hispanoamericanos

Paisaje familiar.

En la plaza del pueblo, mientras llega el tranvía
Que me vuelve a Caracas a vivir otro día
De inútiles afanes y de satisfacciones
Etímeras, me siento bajo un árbol sombrío,
Y lejos del suplicio de las indiscrecciones
Escucho en el silencio otro silencio: el mío.

El Avila presume de titán que reposa
Después de haber blandido la maza ponderosa;
Y envuelto en la neblina que su cúspide incienso,
En los dioses hostiles diríase que piensa.
A veces imagino que tiene el firme anhelo
De tocar con su frente la bóveda del cielo,
Y a veces me figuro que tiene el singular
Capricho de ser isla, contra el viento y el mar.

De pronto, en el silencio del paisaje nublado
Asáltame un recuerdo: es un tigre el pasado.
¿Quién su garra invisible no ha sentido en el pecho?

El pasado es un tigre que siempre está en acecho.
«Recordar es vivir», maestro, nos dijiste,
Pero también, maestro, vivir es algo triste.
En el reloj del tiempo las horas de alegría
Son menos que las horas de angustias y de penas,
Y tienen los recuerdos una amarga ironía
Que emponzoña las vidas más puras y más buenas.
¡Yo sé quién ha vivido tres siglos de agonía
En un minuto apenas!

Ahora corre el carro entre cañaverales,
Y las manchas a trechos de floridos rosales
A la vera del tren,
Efunden en la zona de los vientos rurales
Un aroma de ensueño, de cariño y de bien.
¿Cómo viviera el hombre sin una fresca palma
En el camino, sin un perfume y una luz?
En plena sombra el alma
Y el espíritu en cruz.
¡Gracias, naturaleza,
Que siempre en lo más negro del áspero camino
De la existencia pones la flor en la maleza,
El agua en el peñasco y sobre el cardo el trino!

La acequia del plantío dulcemente borbota,
No obstante que su lira sólo tiene una nota;
Vierte el sol en el valle su fúlgido tesoro
Y el valle es de esmeralda y el Avila es de oro;
Saludan el naciente fulgor de la mañana
Los pájaros cantores, y lentamente emana
Del campo una ternura arcádica de idilio.
Pos estos bosques pasa la sombra de Virgilio.

Ya entrando en el suburbio dominan las miradas

Los sauces, las palmeras, las cúpulas sagradas:
Caracas fuerte y bella, fabril y soñadora,
Despierta a las primeras caricias de la aurora,
Y envuelta en el orgullo de sus radios galas
Sonríe como Venus y piensa como Palas.

Suspiro, sin embargo, por la paz de la aldea
Cuando gana el tranvía la postrera estación...
La ciudad es la idea,
El campo la emoción.

ANDRÉS MATA.
(Venezolano.)

El poema de las Estaciones.

PRIMAVERA

Todo es olor,
todo es impulso.
¡Qué vino más sabroso corre en las venas
de tu cuello desnudo!
Fíjate, amada mía,
cómo huele todo.
La tierra cobra suavidades de carne
y transparencias de oro.
Hagamos un nido.
Que sea todo tuyo
y todo mío,—
tuyo el olor,
mío el impulso.

Mis besos serán pájaros
en tu cuello desnudo.
Sobre tu carne suave
mis besos serán como
diafanidades imaginadas
en una lámina de oro.

Primavera, primavera,
¡cómo huele todo!

VERANO

Llamas de ciudad en incendio,
llamas amarillas de puntas rojas,
llamas como pétalos de orquídeas,
llamas como lenguas de tigre,
llamas que lamen el viento,
llamas que se alzan del tizón y vuelan y se consumen
(en el aire,
llamas sonoras,
como latigazos,
como quejidos,
como caricias,
como alaridos,
¡mi corazón estalló en llamas!

OTOÑO

¡La maravillosa madurez de las frutas!
¡Que el viento se lleve las hojas que doró el verano!
Ya los besos de antes cobraron alas y se fueron.
Amada mía, tus caricias me enriquecen.
¡Qué cosecha más rica!
Vamos a repicar campanas de bronce

y a abrir de par en par las puertas del granero,
para que el mundo sepa que aquí debe venir cuando ten-
(ga hambre.

INVINERNO

Recordemos la primavera en un cantar de cuna
todo hecho de palabras olorosas a las flores.

El verano gritará en el corazón de la hoguera.

El otoño nos dará la enhorabuena
en las redondeces de tus pechos que son de luna llena.

La buena hada blanca eternizó nuestros amores
en un mito rosado que grita entre los pañales de la
(cuna.

¡Cantemos la nueva primavera!

SALOMÒN DE LA SELVA.

(Nicaragüense.)

EL SIONISMO EN LA LITERATURA

A la nación judía.

*A national home for the
fewish people.*

BALFOUR.

Israel,
un pueblo habló al otro lado de los mares.
Ha dicho: Israel,
eres aún digno de vivir.
El país de tus padres te será restituído.

En todos los países de la tierra
te aplauden;
pero tú vacilas antes de ponerte en camino.
¡Neccsitas romper tantos dulces lazos!
E inquieto, piensas:
¿Es este el final del destierro o su comienzo?

Israel,
has conocido la miseria,
has conocido el dolor;
pero fuiste grande en la miseria,
porque prefieres los golpes al olvido,
la ignominia a la renunciación.

Porque, a pesar de las cadenas, las hogueras, las tor-
[turas,
y peor aún, el menosprecio,
sigues fiel al suelo de que fuistes arrancado
y a su ruda ley.

Vamos, Israel, Israel,
vuelve en ti, Israel;
y, a pesar de las riquezas de unos,
la pobreza de otros,
muestra a los pueblos que te prueban
que eres aún Israel.

El Pueblo fiero, el Pueblo justo,
qua siempre permaneció caído,
que arrancó de sí mismo
los miembros gangrenados
para los más grandes éxitos.

¿No tienes bastantes brazos animosos
para cambiar las más estériles arenas
en fértiles jardines?
¿No tienes bastante cerebro
para dirigir tus éxodos,

para volver a aprender tu vieja lengua,
para amasar de nuevo tus ideales,
para volver a hacer de ti un Pueblo?

Un Pueblo santo, un Pueblo puro,
de flancos fecundos,
de pensamientos castos, de derecho austero;
pero que tanto aprendió sobre los caminos,
que no tendrá más miedo de él mismo,
y que sus grandes ojos indulgentes
sonreirán a las formas encantadoras
que antiguamente purgaban una abominación.

Un Pueblo donde habrá padres y madres,
pero también muchachos enamorados,
y jovencitas danzarinas,
frentes tenaces, manos valientes,
pero manos acariciadoras también,
que sabrán preparar las sedas y las lanas,
que pulverizarán los colores, amasarán la arcilla
y glorificarán en el mármol
tu belleza, Israel.

ANDRÉ SPIRE.

(Evaristo Correa Calderón, tradujo).

UN PUEBLO QUE VIVE

En los días de la liberación de Israel

Dije a los ancianos del mundo: —Señaladme el lugar donde se encuentra la tumba más antigua, para reposar en ella mi alma cansada.

Y los ancianos señalaron hacia el oriente, más allá del desierto, del lado donde se alzan las colinas azules, amoratadas como ojos hinchados de llorar.

Y yo busqué en aquel lugar la tumba más antigua; pero en lugar de ella, vi, con asombro, una casa nueva que se alzaba, tan nueva que aún no había perdido el color tierno del yeso y aún se adornaba con collares de andamios...

Y ante mis ojos asombrados, del polvo más antiguo, fresco por la lluvia más nueva, empezaron a surgir y adelantarse hacia mí, criaturas que llevaban en la frente auroras radiantes y en las manos soles nuevos.

Y yo exclamé asombrado: —¿No eran éstos los que estaban muertos para siempre y con los cuales yo quería reunir mi alma cansada?

Pero ellos se adelantaron hacia mí, con el vivo paso de los adolescentes.

Y uno de ellos, mostrándome en la mano un raci-

mo granado, me dijo: —No estamos muertos, puesto que ya ves que cosechamos las vides.

Y otro me mostró una palma verde, y me dijo: —No estamos muertos, puesto que ya ves cómo aún cogemos de lo alto las palmas que llenan de zumo los dedos.

Y una mujer, levantando por encima de sus hombros un niño que reía, me dijo: —No estamos muertos, puesto que ya ves que aún se desdoblán nuestras entrañas.

Y un joven, de rostro alegre, abriéndome el pecho lacerado de heridas que manaban sangre, me dijo: —Ya ves cómo no estamos muertos, pues nuestra sangre aún no se ha coagulado en nuestras venas y mana con el mismo ímpetu que la sangre de la primavera.

Y entonces miré atentamente a la ciudad que me fué señalada como una tumba; por todas partes se mecían cunas y en todo sitio la tierra estaba marcada por un surco nuevo.

Estandartes nuevos ondeaban al aire; en las gradas de las casas se sentaban heridos que cantaban, vendados con lienzos finos; vibraban bocinas militares y hacia el lado del mar, se veían adelantarse, sobre las aguas, nubes pintadas de todos los colores.

Y desde los ángulos, una voz se elevaba poderosa, alegre, triunfal: —No estamos muertos, puesto que hemos podido morir.

Y manos llenas de orgullo, señalaban en los campos, sementeras de sepulcros nuevos...

Y entonces, una embriaguez nueva hinchó mi alma, que ya no se sentía cansada: y yo también quise gritar, con una voz que fuese oída donde se reunen los poderosos de la tierra...

Y exclamé: —¿Quién dijo que estaban muertos los que se sentaban sobre los sepulcros? ¿Quién dijo que esas colinas amoratadas eran cadáveres abandonados más allá de los desiertos?

En torno a ellas, hay un pueblo que se levanta y bulle como en un tiempo de cosechas; hay niños y jóvenes y madres que exprimen sus pechos con alegría.

Ciudades nuevas se levantan como mujeres; en todas las frentes hay una aurora nueva: en todas las venas salta la sangre: y la vida canta, hasta en las bocas que lamentan sus muertos; ese pueblo está vivo, puesto que llora muertos cuyo corazón aún no se enfrió del todo.

¡Oh, ancianos del mundo! Mas allá del desierto hay un pueblo que vive: más allá del desierto hay un pueblo que vive y que quiere vivir.

¿No véis siete antorchas que se elevan ardiendo sin consumirse como los siete días de una semana eterna? ¿No véis las siete auroras que se elevan sobre la tumba de Israel?

R. CANSINOS-ASSÉNS.

NOVÍSIMA LITERATURA FRANCESA

EL GUÍA

(UNA AVENTURA DEL BARÓN D'ORMESAN, POR GUILLERMO POLLINAIRE.) (1)

Habían ya transcurrido quince años sin ver a d'Ormesan, uno de mis camaradas del colegio. Sabía únicamente que después de haber reunido una fortuna bastante considerable, dilapidándola suntuosamente, actuaba de guía de los extranjeros en París.

Le hallé al fin un día, ante un gran hotel de los Bu-

(1) Nació en Roma, el 26 de agosto de 1880, y murió en París, el 9 de noviembre de 1918, a consecuencia de una herida craneal proveniente de su épico batallar en los agros de Lutezia, epilogando así cruentamente la excelsa trayectoria de su vida próspera y nimbanda su figura de la misma luminosidad

levares. Humeando un cigarro esperaba pacientemente a los clientes.

Me reconoció en seguida y me detuvo al pasar...

Comprendiendo que su cara no me recordaba nada, se registró, tendiéndome al momento una tarjeta que decía: Barón Ignacio d'Ormesan. Le estreché entre mis brazos, y sin asombrarme de su ascenso nobiliario, sin duda reciente, le interrogué sobre la marcha de sus negocios y si le dejaban buen rendimiento los extranjeros.

—¡Cómo!—¿Me toma usted por un guía—estalló el indignado—, un guía, un simple guía?

heroica que resplandece en torno a los otros intelectuales desaparecidos bélicamente: Charles Peguy, Pssichari, Adrián Bertrand, Müller, Lionel des Rieux, Arbousset, Mallet, Cladel, Edmond Adam... Apollinaire destaca en las letras francesas de hoy con un magno relieve sugerente y fascinador por su actitud de argonauta «fauve», roturador de inmaculados senderos líricos. Acaudilló falanges juveniles reveladas en ácratas Revistas *d'avant-garde* de la más acre extrema izquierda literaria, en un férvido impulso apostólico, diversificante y centrífugo... Y hoy, su obra y su recuerdo perviven triunfalmente, mientras su estro genésico va fruteciendo en las obras de afines y epígonos: Reverdy, Salmón, Cendrars, Dermée, Souppault, Roch Grey. Espíritu vibrátil, caudaloso y omniédrico, exploró varios sectores estéticos, horadando hasta los más recónditos extratos inexhaustibles. En sus libros líricos conquistó avanzadas trincheras, con sus poemas vers-libristas y figurativos en que culminan y halla plástico exacerbamiento paronaiaco su acrobatismo de aviador literario... Y en la zona pictural, presagió virgineas disociaciones cromáticas y tetradimensionales perspectivas futuristas, marchando del brazo de los pintores cubistas y simultaneístas: Picasso, Gris Braque, Lèger, De-

—Yo creía—balbuceé disculpándome—, me habían dicho...

—¡Oh, qué candidez! Se mofaron de usted al decirle eso. Me hace usted el efecto de un hombre que preguntase a un pintor afamado si el establecimiento marcha bien. Yo soy un artista, mi querido amigo, y, lo que aún significa más: yo mismo he inventado mi arte, que ejerzo individualmente.

—¿Un nuevo arte? ¡Horror!

—No se burle usted—dijo él con un tono severo. He llegado a ser muy serio.

Yo, entonces, me excusé, y él adoptó un aire amable y explícito:

—Adoctrinado en todas las artes, soy insuperable;

raín, Gleizes, Metzinger, Delaunay... Su muerte ha sido llorada elegíacamente por los espíritus más juveniles y más purificados de Europa. Paul Morisse, ha hablado a el *Mercure de France* de «su clarividencia lírica, lindante con la presciencia augural» y de «tus esfuerzos para tallar los jalones iniciales de la obra de mañana». Su obra, empero haberle sorprendido la muerte en su época más generatriz, es varia y copiosa. *Le Bestiaire*, *Alcools* y *Calligrammes* condensan sus hazañas poéticas, y *La poésie symboliste*, *Meditations esthétiques* y *Les peintres cubistes* sus ardores teorizantes. *L'enchanteur pourrissant*, *Le poète assassine*, *L'Heresiarque & Cie*, *Les mamelles de Tiresias*, etc., han espejado otras modalidades de su libertaria psyquis giróvaga. Sean estos apuntes sintéticos y este relato burlesco, de *L'Heresiarque & Cie*, que hoy traducimos—como promesa de un estudio, que quizá más adelante le dediquemos—un tributo admirativo que la juventud literaria hispano americana de CERVANTES eleva oferente a su memoria impoluta...—G. de T.

mas las rutas artísticas están ya invadidas. Desesperado de hacerme un renombre, como pintor, quemé todos mis cuadros. Renunciando a los lauros poéticos, aventé ciento cincuenta mil versos próximamente... Y habiendo así estatuido mi libertad en la estética, forjé un nuevo arte, fundado en las normas peripatéticas de Aristóteles. Le he rotulado: *La anfionía*, recordando el extraño poder que poseía Aufión sobre los pasajeros y constatando los diversos sectores que integran las ciudades. Consecuentemente, aquellos que practiquen la anfionía serán llamados anfiones. Y como este nuevo arte precisaba una nueva Musa, siendo yo el creador, en mí recae la designación—al ingresar en la «troupe» de las Nueve Hermanas—previamente transmutada mi personificación masculina a femenina, bajo el nombre de Baronesa d'Ormesan. Debo agregar que soy célibe y que tuve, por lo tanto, escrúpulos de elevar a diez el número de Musas por no estar de acuerdo con las leyes de mi país relativas al sistema decimal.

Y ahora, que creo haber expuesto diáfananamente los orígenes históricos y los atributos mitológicos de la anfionía, voy a proceder a su exégesis. El instrumento y la materia de este arte lo forman una ciudad, de la que se pretende recorrer una zona, con el objeto de suscitar en el alma del anfión o del diletante sentimientos de belieza—tal el fin de la música o de la poesía.

A fin de conservar los trozos del itinerario compuestos por el anfión, y con objeto de que puedan volver a ejecutarse de nuevo, se sitúan sobre un pla-

no de la ciudad, delineando exactamente la trayectoria a recorrer. Estos sectores, estos poemas o sinfonías anfiónicas, se llaman *antíopeas*, en recuerdo de Antiope, la madre de Anfión.

Yo, por mi parte, practico la anfionía en el radio parsino. He aquí una antíopea, que he compuesto esta misma mañana. La titulo *Pro Patria*, y está destinada, como indica el título, a promover entusiasmos y sentimientos patrióticos.

Se parte de la plaza de San Agustín, donde se encuentra un cuartel y la estatua de Juana de Arco. Se sigue la calle de la Pepinière, la de San Lázaro, la de Châteaudun, hasta la calle Laffitte, donde se saluda la casa Roschild. Y se retorna por los grandes boulevares, hasta abocar en la Magdalena.

Los nobles sentimientos se exaltan al contemplar la Cámara de los Diputados. El Ministerio de Marina, ante el cual se pasa, da una magna idea de la defensa nacional. Se asciende por la Avenida de los Campos Eliseos. La emoción deviene suprema al ver dibujarse rotunda la masa ciclópea del Arco del Triunfo. Ante el aspecto del Hospital de Inválidos, el alma se anega en lágrimas. Se vuelve rápidamente por la Avenida Marigny y conservando este entusiasmo, que se exagera de nuevo ante el palacio del Elyseo.

Y no niego que esta excursión tendría más grandeza si pudiera terminarse ante el palacio de un rey; mas, ¡qué remedio!, es preciso tomar las cosas y las ciudades como son...

—Pero—dije riendo—yo practico la anfionía cotidianamente. Todo consiste en un paseo...

—¡Oh, mister Jourdain—interrumpió el Barón d'Ormesan—. Usted ejecuta la anfionía sin enterarse...

En este momento salió del hotel una caravana de extranjeros. El Barón se adelantó, hablándoles en su idioma. Me llamó en seguida.

—Compruébelo—me dijo—; soy políglota. Venga con nosotros. Voy a realizar, en compañía de estos turistas, una antiopea resumida, algo así como un soneto anfiónico. Es uno de los trozos que más me producen. Le rotulo *Lutecia*, y gracias a ciertas licencias no poéticas, mas sí anfónicas, me permite mostrar todo París en media hora.

Los turistas, el Barón y yo subimos a la imperial de un ómnibus Magdalena-Bastilla. Al pasar ante la Opera, el Barón d'Ormesan la anunció en alta voz. E indicando la sucursal del Banco de Descuentos, agregó:

—Palacio de Luxemburgo, el Senado.

Ante el Napolitano, dijo enfáticamente.

—¡La Academia Francesa!

Ante el Crédito Lyonés anunció el Elíseo, y continuando de este modo, cuando llegamos a la Bastilla, había mostrado los principales Museos, Nuestra Señora, el Panteón, la Magdalena, los grandes almacenes, los Ministerios y las residencias de nuestros hombres ilustres muertos y vivientes; en fin, todo lo que un extranjero debe de ver en París.

Descendimos del ómnibus. Los turistas abonaron

espléndidamente al Barón d'Omersan. Yo estaba maravillado. Se lo dije. El me agradeció modestamente, y nos separamos.

* * *

Algún tiempo después, recibí una carta fechada en la prisión de Fresnes. Estaba firmada por el Barón d'Ormesan.

«Querido amigo:—me escribía este artista—yo había compuesto una antiopea titulada *El Toisón de Oro*. Me hallaba ejecutándola la tarde de un miércoles. Salí de Grenelle, donde residía, en una pequeña embarcación. Esto significaba, según puede figurarse, una sabia evocación de la fábula argonáutica. A la media noche, y en la calle de la Paz, asalté algunas vitrinas de joyeros. Sorprendido, se me detuvo irrespetuosamente, bajo el pretexto de que me había apoderado de diversos objetos de oro, que constituían el fin de mi antiopea. El juez de instrucción no supo entender la anfinía, y en consecuencia voy a ser irremisiblemente condenado si usted no interviene. Mas usted sabe que yo soy un gran artista. Proclámelo y obtendré mi libertad.»

Como yo no podía hacer nada por el Barón d'Ormesan y como tampoco me agrada tener asuntos con la justicia, interpose como respuesta mi silencio.

Traducción de
GUILLERMO DE TORRE.

ARTES PLÁSTICAS

El grupo funerario de Julio Antonio

Con motivo de la nueva obra del joven escultor tarraconense que ha estado expuesta en el Salón de la Sociedad Española de Amigos del Arte—entidad esencialmente conservadora, en todos los sentidos—, publiqué un artículo en el diario *La Mañana* que ha promovido no pocas discusiones, de algunas de las cuales he de confesar que no ha salido muy bien librado mi modesto nombre. Reconozco que ese artículo tenía motivos para ser discutido; no se sumaba al coro general de los ditirambos y era lógico que fuese denotado por unos, elogiado por otros y disculpado por esas buenas gentes que siempre nadan entre dos aguas por ser incapaces de formarse una opinión fija sobre cualquier asunto.

Escrito con la premura de toda labor de periódico y contenido dentro de los límites severos y tiránicos que impone la información diaria, en ese artículo, con expresar mi sincera y leal opinión, no se manifiesta de

un modo exacto mi pensamiento, no se dice con palabra justa mi criterio. Me veo, pues, obligado a rectificarlo en cierto modo, a razonarlo, a amplificarlo, para no dar lugar a que se crea hijo de la insidia o la mala fe lo que responde por completo a una manera de ver, sentir y pensar, no diré que acertada, pero sí respetable. Además, redactado en tono pasional, en impetuosos términos, ha podido dar marge a que se crea por algunos que soy enemigo de Julio Antonio. Y esto no es cierto. Los lectores de CERVANTES lo saben, puesto que en el mes de septiembre del año pasado publiqué unas páginas de mi libro en preparación, «Artistas españoles contemporáneos», en las que se patentizaba el extraordinario valor que reconocía en el insigne artista dentro de la escultura española de nuestro tiempo.

Pero esto no quiere decir que yo tenga forzosamente de ser un prosélito ciego, un adepto incondicional de nadie. Si algo me caracteriza es el afán que pongo en no dejarme guiar por las sugerencias propias o extrañas, y aquilatar, pesar y medir los méritos de las obras, sean de quien fueren; labor esta para la que hace falta una entereza de la que todos no son capaces. Por eso se ha podido ver que he elogiado a un artista unas veces y otras no, o que le he aplaudido en unos aspectos y en otros le he censurado. Y lo he hecho con absoluta buena fé, creyendo que respondía así al crédito que merecen mis palabras a mis bondadosos lectores, que tienen para mí estímulos que me honran y que agradezco de todo corazón.

Entiendo yo—no sé si estaré equivocado—que en

las cuestiones de arte no pueden establecerse banderías ni partidos; hay que proceder serenamente, y los hombres deben ser aptos para descubrir con imparcialidad las bellezas y las máculas donde se hallen y ajustar la actitud en que han de colocarse frente a la obra según la altura del artista. ¿Cómo, pues, voy a exigir lo mismo a Julio Antonio que a otro cualquiera? ¿Cómo he de juzgar lo mismo su obra que cualquier otra? ¿No dicen que es excepcional, que tiene un valor único en la escultura española? Pues con arreglo a esa excepcionalidad, de cuya existencia ni un solo momento he dudado, ha de ser la obra. Si estoy convencido de que no lo es, ¿cometo algún pecado, incurro en algo punible al decirlo? Tolo lo que se podrá argüir en mi contra es que estoy equivocado, que sustento un error; pero hace falta demostrarlo, como yo voy a intentar razonar mi criterio.

La causa de los tonos agresivos en que estaba redactado mi artículo, que no quiso nunca ser hostil al escultor, está en la indignación que me produjo la parcialidad de los panegiristas acérrimos de Julio Antonio, que en sus bataholas de bombos y platillos llegaron a los excesos más reprobables. Y aunque los españoles somos muy dados a lanzar las afirmaciones más radicales y ribombantes, es conveniente que vayamos deslindando los campos para no confundir las fiestas del espíritu y la inteligencia con las de los sentidos. No creo que sea necesario para ponderar el mérito de un artista negar el de los demás; no estimo que sea indispensable para elogiar algo afirmar que nada se ha hecho comparable ni nada se hará seme-

jante, cuando evidentemente no es exacto. Solamente desconociendo el actual movimiento escultórico es como se puede llegar a lanzar tan rotundas afirmaciones. ¿Es que por ser admirable el grupo funerario de Julio Antonio ya no hay nada en el mundo admirable? ¿Es que por ser Julio Antonio un insigne artista ya no hay nadie que lo pueda ser, ya no tenemos razón los que habíamos dicho, apoyándonos en la realidad, que en España existía actualmente un asombroso florecimiento escultórico y que, además de Julio Antonio, contábamos con otros nombres tan dignos de consideración, puesto que seguían las mismas orientaciones renovadoras? Pero esas orientaciones no excluyen la variedad de modalidades escultóricas distintas a las del autor del grupo funerario y, como la de éste, tan consistentes y llenas de fuerza y perdurabilidad; probando así que la de Julio Antonio no es la única, ni la inmejorable, ni la definitiva, para bien de España y del Arte, ni seguramente lo son tampoco las demás. ¿Es que acaso hay en Arte alguna modalidad definitiva? ¿Es que el Arte en lo que tiene de forma, de externo, no está sujeto a las transformaciones de los tiempos, a la ley inexorable del progreso que todo lo trasmuta y lo cambia?

No niego—sería pueril negarlo—que es posible mostrar predilecciones, pero esto no es cuenta de la crítica; la crítica está apartada de los gustos y las aficiones personales; se eleva a un plano superior desde donde discierne y argumenta sin sujetarse a prejuicios, ni dejarse invadir por la pasión. Lo contrario no es hacer crítica; es hacer exégesis sin ningún valor

ulterior. Frente a los que de un modo absoluto y categórico proclamen el genio de un hombre, se alzarán los que proclamen el genio de otro y el Arte se convertirá en una lamentable discusión de tendido de plaza de toros, en un tejer y destejer continuo del que ningún provecho puede resultar. ¿Dónde está el osado que cree decir la verdad inmutable e imperecedera? ¿Dónde está la verdad? Por asegurar que Velázquez es genial, ¿hemos de negar el genio de Rafael, Leonardo, el Greco o Goya?

Al artista no se le puede pedir otra cosa sino que tenga personalidad, que nos diga algo nuevo, o que nos diga algo viejo, pero por su cuenta y razón; es decir, por sus medios perceptivos y expresivos, sin pagar tributos ni rendir vasallajes, independiente de todo orden establecido, de todo sistema adoptado. Este ha de ser, en mi sentir, el arte nuevo, como esta es la vida moderna.

Julio Antonio tiene personalidad propia, inconfundible, innegable; una personalidad seduciente por fundirse en él el sentimiento de todos los arcaísmos con los anhelos e inquietudes contemporáneos. Grecia, Roma, Bizancio y el Catolicismo dejaron hondas huellas en su torturada y desasosegada alma de hombre de nuestros días. En sus obras gustamos ese doble sabor, que las da un sabor especial, de lo antiguo y lo nuevo. Ponderación, equilibrio de influencias: tal era su característica. Lo griego, lo romano, lo bizantino, lo gótico, lo renacentista y lo barroco se entremezclaba por igual, sin que ningún elemento predominase, fuera de su concepción y su sentir ultramoderno.

nos. Nacido y educado en Tarragona, la heroica ciudad que encierra como ninguna otra el sincretismo de la historia artística peninsular, de ella extrajo la síntesis que fundamenta su temperamento. Y luego adquirió la reciedumbre castellana y la dulce sentimentalidad y el desgarrante dramatismo del mediodía. ¡Complicadísima urdimbre de influencias que había formado uno de los más poderosos talentos de esta España imperecedera que ha dado al mundo muchedumbre de grandes artistas!

Y así le vemos en su obra capital: el monumento a los héroes de la independencia de Tarragona, en su proyectado monumento a Chapí y en esa serie de geniales bustos que titula «La Raza», cabezas representativas de los tipos de diversas regiones hispánicas. En todas esas obras se aprecia la armonía temperamental, la claridad y la unidad del concepto y la robustez del sentimiento. Jalonaban el camino por donde había de llegar uno de los escultores más grandes de los hasta entonces conocidos.

Pero se expone el grupo funerario, que yo sólo conocía fragmentariamente, y ocurre que, mientras los que hicieron gala de ignorar a Julio Antonio, se sumaban a la camarilla que rodea al escultor—insoportable camarilla que se cree sumo pontífice del Arte—y se desataban en apologéticas disertaciones literarias; el que esto escribe, siente en su fuero interno que le acude un tropel de dudas y tiene el valor de exponerlas aun a trueque de disonar en la general gritería.

¿Es que yo no advierto la maestría con que está modelado ese grupo? ¡No he de advertirla! En cuanto

a la técnica ese grupo es de un refinamiento verdaderamente florentino. Difícilmente se modelará mejor otra obra; a mayor dominio de la materia es probable que no se llegue; es un portento de ejecución. Pero esto mismo se puede decir de sus obras anteriores, y cuando aparacieron, desde el Rey abajo, con excepción de unos cuantos entre los cuales tengo la dicha de poderme contar, nadie hizo muestras de haberse percatado de ello, y Julio Antonio seguía tan combatido y negado como en sus denodados comienzos. Yo pretendí rebelarme contra esta injusticia, injusticia sí; porque en aquellas obras, además de la perfección técnica, resplandecían la originalidad del concepto y la hondura racial del sentimiento, precisamente lo que flaquea en esta nueva obra que tan justo y unánime alboroto ha causado.

Me preguntaba yo: ¿qué tiene esta obra de superior sobre las anteriores de Julio Antonio para que haya producido este inesperado e inusitado movimiento de admiración? De ninguna manera quise combatir la obra; quise afear la conducta de esos hombres que contemplan indiferentes las penurias y las luchas de un artista, y en un momento dado, como obedeciendo a una consigna, sin que nada extraño a ese artista sea la causa, se sienten henchidos de admiración por él. Y pretendí también afear la conducta de esas officiosas camarillas dispuestas a hacersonar las trompas de la fama a su antojo y albedrío.

Me preguntaba: ¿qué diferencia existe entre esta obra y las demás de Julio Antonio para promover tan insólita expectación? ¡Ah, sí! Tiene—me dije—la

única diferencia de que mientras aquéllas acusaban el talento de un soberano artista, austero en su magnificencia, el grupo funerario posee teatralidad, le abona el efectismo; no responde a la característica hasta ahora manifestada por el escultor; pero su concepto es mucho más conmovedor, femenino y asequible a todos y su desarrollo más elemental, comprensible y manido.

Y me dolía yo de que Julio Antonio, tan rebelde a las asechanzas de la populachería, hubiese rectificado su austeridad para hacer concesiones al público. Confía tanto en su genio que me consideré defraudado al apreciar que no había encontrado otro medio de exaltar el dolor de la madre por la muerte del hijo que el fácil símil católico, del que han usado y abusado, hasta convertirlo en grasiento y vulgar lugar común, cuantos poetas cursis hemos padecido— y es larga la cuenta. En su favor tenía, eso sí, que el símbolo estaba al alcance de todas las inteligencias.

Porque lo indudable es que ese grupo funerario representa eso, con sencillas trasposiciones: el Cristo yacente con la Dolorosa implorante. Una visión completamente cristiana, mejor dicho, completamente católica, completamente eclesiástica del dolor materno, que contrasta con el concepto heleno de la estatua del adolescente muerto.

Tan áspero es el contraste, que ambas figuras, griega la del hijo, bizantina, y mejor que bizantina salzillana la de la madre, se desligan, viven una vida independiente, no consiguen acoplar, ensamblar el concepto total.

Y volvía a preguntarme: si Julio Antonio ha que-

rido expresar un drama del mundo—tanto más cuanto que en ese grupo hay halgo de retrato—un dolor determinado y *nuestro*, ¿por qué ha caído en la teatralidad de las imágenes religiosas, por qué no ha inquirido otra manera más personal y *humana* para simbolizarlo?

¿Es que sólo se ha preocupado de la técnica y ha olvidado por esta vez lo fundamental: el concepto?

Y pensé: ¿es que por haberle dicho todos que su arte se entronca con el de los imagineros se creía en el caso de imitarles y trasladar a un mausoleo las figuras de un altar? Y recordaba aquellas luminosas palabras de Camilo Maclair, refiriéndose a los maestros pasados en su libro «De Watteau a Whistler»: «Admirarlos no es imitarlos; es reconocer en ellos las ideas lógicas comunes a las artes de todos los siglos y conocer la fuente para alumbrar en nosotros ese manantial eterno representado por el fluir de una visión sincera y conmovida de los aspectos de la vida.»

¿O será acaso—añadí—que tuvo necesidad de ajustarse a los gustos de quienes habíanle encargado la obra?

Me mostré partidario de esta sospecha al ver la dualidad manifiesta de concepto de las dos figuras (heleno la del hijo, eclesiásticocatólico la de la madre). Pues aunque ambas tendencias se advierten en su arte, están armonizadas, fundidas, no se producen de la tajante manera que aquí, hasta el extremo de que, si se separasen las dos figuras, la del jovenzuelo podría tomarse como un efebo dulcemente dormido, nunca muerto—los griegos eran contrarios a las feal-

dades y los dramatismos que descompusieran la elegancia de las actitudes y la estética de la forma, todo lo contrario del catolicismo, aficionado a lo patético, al crudo realismo, que casi siempre exagera para conmover más— y la de la madre como una Dolorosa de gusto bizantino que recuerda a la célebre Dolorosa de Salzillo que se conserva en Murcia.

Tales eran los puntos de vista en que me apoyaba para inquirir: si esto es así, ¿se puede considerar el grupo funerario como la *balada* de la muerte, ni como el poema del dolor materno por la muerte del hijo, ni como otras peregrinas cosas que han dicho los más exaltados hermeneutas? ¿Es posible, ante esta obra, traer a colación el recuerdo de *La Pietá*, de Miguel Angel, cuando en todo caso, si de alguien nos podemos acordar, es de Berni o de Juan de Juni?

(Razón tenía Oscar Wilde al decir que los que intentan comprender el símbolo lo hacen por su cuenta y riesgo.)

Insisto en mi criterio de considerar la nueva producción de Julio Antonio como dos bellas y primorosas estatuas de gusto distinto que el escultor tuvo a bien reunir para ofrecerlas juntas a la admiración de las gentes con una exagerada aparatosidad; jamás como un todo armónico que simbolice una idea determinada, que sintetice un sentimiento homogéneo. Y esto es lo que lamento amargamente.

Otra cualidad se advierte en ella, que es forzoso registrar: el decadente preciosismo, más propio de un artífice que de un escultor. Julio Antonio se ha dejado dominar por una predilección decorativa, a la que

siempre fué propenso, y ha exornado su obra con multitud de nimios detalles de adorno que, por ser adjetivos, distraen y diluyen la emoción substancial. Ha tenido más en la memoria los múltiples antecedentes que existen por catedrales y templos que cuidado por hacer triunfar su visión propia, dominante en las demás obras que de él conozco. Se me dirá: es que se trata de un mausoleo. Conformes. Pero—digo yo—es que no se trata de ningún *paso* procesional, de Semana Santa. Y bastaba la expresión del dolor efectivo para sentirnos conmovidos y afectados hondamente. En fin, con lo expuesto no quisiera mermar en un ápice el justo triunfo de Julio Antonio. No es esa mi intención. ¿Cómo va a serla si opino que antes debió obtener el clamoroso éxito? Lo que pretendo es demostrar que se trata de una obra discutible por muchos respectos y, por lo tanto, no se pueden lanzar las absolutas y rotundas afirmaciones que se han hecho. Imposible negar su valor, pero imposible también elevarlo al grado de lo insuperable. ¡Ojalá lo fuese!

Muerte de Julio Antonio.

Escrito lo que antecede, ocurre la muerte—no por esperada menos dolorosa y sorprendente— de Julio Antonio, víctima de la implacable tuberculosis. Como los elegidos de los dioses, según la frase clásica, muere joven, a los treinta años de edad, cuando precisamente más se podía esperar de él, puesto que comen-

zaba su verdadero período creador, toda vez que las obras que deja sólo pueden considerarse, a pesar de cuanto digan y propalen, como etapas evolutivas de su numen portentoso.

El Destino, en sus ineluctables designios, ha querido que sucumbiese cuando acababa de obtener el unánime triunfo que le prometía la holgura, el descanso y la tranquilidad que su inquieta y azarosa vida se había ganado a fuerza de infortunios, sinsabores, anhelos y trabajos.

Esta muerte ha de ser llorada por todos los hijos de Hispania fecunda, que cantó Ruben Darío, pues era una gloria de la Raza que se lleva al misterio del Más Allá un tesoro de maravillosas promesas.

Ante la trágica desaparición de Julio Antonio, los que somos jóvenes y estamos henchidos de ideal y trémulos de entusiasmo, sentimos que el dolor nos empuja hacia el odio contra el *statu quo* de la vida española, dominada por una serie inacanable de caciques de toda laya que reparten mercedes y distribuyen prebendas a paniaguados sin talento; contra la España actual, nido de medianías, feudo de nulidades, en la que los hombres de talento, que no hacen de la lisonja un arma ni de la adulación un medro, tienen que aceptar una existencia oscura en un medio asfixiante, cuando no se mueren de hambre y de repugnancia.

Víctima del pudridero español, la patria pierde un gran artista.

¡Ah, si su pérdida sirviese para destruir de una vez ese criterio absurdo que relega al olvido y al desamparo a la juventud llena de promesas y posibilidades

y entroniza a los caducos viejos que, lejos de aportar ningún beneficio a la patria, han sido la causa eficiente de su aguda y deplorable decadencia!

El monumento a Vara de Rey y el monumento a Barroso.

He aquí dos hechos distintos en su significado y que invitan al comentario. Son poderosos argumentos para empleados por aquéllos que han caído en la manía de desprestigiarnos a toda costa ante los demás pueblos del mundo.

Por desgracia, en España, no sólo no sabemos honrar la memoria de los héroes nacionales, sino que ni siquiera sabemos respetar, y mucho menos admirar, las obras de arte. Esto, que es un hecho evidente, doloroso, lamentable, indignante, pero evidente, en los casos que nos ocupan reviste caracteres tan singulares, que es forzoso fijar en ellos la atención para salir al paso de los mal intencionados y poner de relieve las enseñanzas que ofrecen.

El Ayuntamiento de Madrid, que aceptó enaltecido la ofrenda de los españoles residentes en Cuba, con la cual se perpetuaba un episodio glorioso de nuestra desdichada guerra colonial, acordó en sesión pública desmontar el monumento a los héroes del Caney para emplazarlo de nuevo en sitio más adecuado, acuciado por la necesidad de llevar a cabo una reforma urbana utilísima.

Pero ese acuerdo sólo se cumplió en la primera de sus partes, y el monumento quedó deshecho y arrumbado en unas tablas en la vía pública, expuesto a los deterioros consiguientes. Y ya no volvió el Municipio a acordarse de la sagrada deuda en que estaba. Perdió la memoria de que aquellos trozos de bronce conmemoraban un hecho insigne de la hispana progenie y que enaltecían los nombres gloriosos de unos bravos soldados que en tierras extrañas derramaron su sangre por la patria. La epopeya de Vara de Rey y de sus heroicos compañeros no volvió a preocupar a nuestros ediles, hasta que la protesta del ilustre escritor don José Ortega Munilla puso en evidencia este caso de ingratitud y abandono incalificables.

Pero ocurre, señores, que ese monumento no debe levantarse de nuevo. Jamás en España se ha realizado una obra tan justa como la destrucción de ese monumento, que lejos de honrar la memoria de unos héroes nos habla de una entequez artística impropia de los actuales tiempos. El monumento a Vara de Rey es una obra mediocre, característica de la peor fase de una época escultórica que ya pasó para nunca más volver. Y las paradojas de la vida han querido que con un acto de desidia, de ingratitud y abandono, se realice también un acto de justicia.

Lo que se ha hecho con el monumento a los héroes del Caney debiera hacerse, sin lástimas ni contemplaciones, con casi todos los monumentos que se esparcen por Madrid.

Yo felicito al Ayuntamiento por haber derrumbado ese monumento, que no merecía estar erigido; pero

como quiera que es forzoso corresponder a la generosidad de los donantes, y exige el patriotismo que los héroes del Caney tengan la pública consagración que merecen, entiendo que el Ayuntamiento debe votar un crédito para alzar un nuevo monumento que sea digno del hecho conmemorado y del buen nombre artístico de la capital del Estado. Con ello su inconsciente justicia tomará los rasgos de una reivindicación y se habrá hecho acreedor a los aplausos de todo buen español que sea amante del Arte.

En cuanto al monumento a Barroso, sólo palabras llenas de indignación acuden a nuestra mente. Esas turbas salvajes que en su furia destructora no se detuvieron ante una bella obra de arte han arrojado sobre Córdoba un baldón perpetuo.

¿Qué ansias reivindicadoras, qué ideales de progreso satisficieron con apedrear ese monumento? ¿Es así como se demuestra la varonil entereza de un pueblo? ¿Es así como un pueblo se redime de la esclavitud y remedia sus males? ¿Es así como se logra demostrar la ciudadanía y la civilización? Cobardía, incultura, salvajismo es lo que demostraron esas hordas iconoclastas. Mientras dedicaban sus furores a descabezar unas estatuas, los acaparadores les arrebatában los alimentos y encarecían las subsistencias, los caciques les manipulaban a sus antojos, en la nación se enseñoreaba el hambre, no había ferrocarriles suficientes, faltaban obras públicas, la agricultura necesitaba desarrollo y el desgobierno presidía los destinos de España. ¡Buena hombrada realizó la canalla enfebrecida!

Sin embargo, hasta este hecho vitando tiene su ex-

plicación, nunca su justificación. Es preciso fijarse en las normas que encauzan la vida nacional.

De cada pingüino hacemos un hombre ilustre, de cada desaprensivo arribista un genio, de cada politicastro un salvador de la patria y de cada simpático artista una gloria. Y la patria está en descrédito, el Arte inconsiderado y la vida imposible. La vulgaridad, la mediocridad y el nepotismo, en un *menage a trois* inconcebible, son los dueños absolutos de España.

¿Qué de particular tiene, pues, que una enfurecida muchedumbre, en momentos en que se protesta del caciquismo en todo el país, arremeta contra la efigie de un hombre que por todo título honorífico tenía el de haber sido Ministro y del cual sólo dicen sus panegiristas que era muy cariñoso, un bonachón?

La costumbre de erigir estatuas a quienes no ostentan los suficientes títulos para merecerlas, ha traído por consecuencia que una multitud de obcecados profane las bellezas de esa obra maestra de Mateo Inurria que era gala de Córdoba.

Arístides Sartorio

A pesar de la propaganda que se ha hecho, no han logrado entusiasmarlos los cuadros sobre asuntos de la guerra que el pintor italiano Arístides Sartorio ha presentado al público español en el hermoso salón que para Exposiciones se ha habilitado en el teatro Real.

El pintor Sartorio goza de antiguo de una gran reputación en el mundo artístico, especialmente como

artista decorador. Esta reputación, creada en tiempos menos felices para el arte, no resistiría una crítica imparcial de nuestros días. ¡Han variado tanto, tanto, los gustos, el concepto y hasta la técnica! Nadie diría que entre nosotros y las normas de los pintores de los últimos años del siglo XIX existe un corto lapso de tiempo; por el contrario, parece que nos separa una distancia de siglos. Sartorio es un academista; es un vástago de ese viejo espíritu de Escuela que con tan fiero tesón han impugnado los hombres nuevos rebeldes a todo formulario, enemigos de toda ordenanza. Sus obras decorativas lo atestiguan, y mejor que ellas, estos cuadros de la guerra, fríos, correctos e insubstanciales, que nada nos dicen, que no logran llevar a nuestra alma una sola palpitación de la gran tragedia que acaba de terminar.

Impecables de dibujo, pobres de color, débiles de concepto, parecen más bien estos cuadros ilustraciones coloreadas para «L'Illustrazione Italiana», y ni siquiera llegan a poseer el valor expresivo que Matania y algunos artistas franceses, como Simont, imprimen en sus dibujos.

La guerra no ha conseguido alterar los nervios a Sartorio, no ha revolucionado su sensibilidad. Impasible y metódico ha ido tomando sus notas, y con la misma impasibilidad las ha ampliado luego, creyendo, tal vez, que la indigencia de paleta era un nuevo mérito que añadía a la obra.

A Sartorio le falta retina y temperamento para que sus cuadros dejen de ser mediocres.

Fernando Mignoni

Este otro pintor italiano es el reverso de la medalla.

Es un temperamento extraordinario de pintor, y debido a eso, lo mismo como paisajista que como escenógrafo sus obras se salen de lo vulgar y corriente para adquirir en algunos momentos excepcionales circunstancias.

Ahora bien; lo que Mignoni necesita es más reposo, en el sentido de que debe desechar el diletantismo. Cuando se trata de adquirir una fama no es prudente dejar al espíritu que vague a su antojo, ni cultivar las cosas por capricho, ajustándose a los gustos del azar; no es conveniente tratar las cosas de arte como simples juegos o escarceos espirituales. Los dados al sofisma o los imprudentes son tan sólo quienes proceden así; por eso su vida es efímera ante la opinión; por eso de ellos no se tiene más que un aprecio circunstancial.

En la Exposición que Mignoni ha celebrado en el Salón «Arte Moderno» ofrecía unas cuantas obras dignas de un maestro.

BALLESTEROS DE MARTOS.

EL TEATRO

Guía del lector.

El obscuro dominio.—Las obras al estilo de «El obscuro dominio» son de todo punto condenables. No acertamos a comprender cuál es su finalidad. Negamos, desde luego, que encierren belleza dramática alguna, y en cuanto a la artística, hemos de convenir en que es muy limitada.

«El obscuro dominio» contiene un caso patológico escuetamente expuesto y sencillamente desarrollado. En su fondo no logramos encontrar una idea fundamental, admisible dentro de la literatura dramática. Su forma literaria es nula por completo y los personajes que desarrollan la obra apenas ofrecen un trazo firme de caracteres y están exentos del más pálido destello de espiritualidad. El doctor Alma, en su obsesión, en la fatal sugestión que acaba con su vida, no descubre ningún sentimiento ni ninguna cualidad de su alma, sino que durante los tres actos sólo observa-

mos el desarrollo de su enfermedad mental. Las escenas, los tipos secundarios, el ambiente, guardan un aspecto granguínesco que elevan de un modo desagradable la tensión nerviosa. Repetimos que no comprendemos cuál es la finalidad de esta clase de obras.

«El obscuro dominio» queda, pues, reducido a un ejemplo escenificado de los infinitos que encontramos en la psicología experimental. Un caso científico llevado al teatro sólo porque el sujeto ofrece amplios horizontes para que un actor trágico demuestre sus facultades. En este aspecto, la obra resulta interesante.

Manos blancas.—Esta comedia, de don Ignacio Alberti, tiene, además de su mérito artístico y teatral, el encanto de remozar nuestro espíritu despertando en él el recuerdo de aquellas pintorescas páginas de nuestra historia del año treinta.

«Manos blancas» es una bella e interesante crónica dialogada. Todos los cuadros, amenos y cromáticos, de aquellos tiempos, que tienen la virtud de darnos la impresión exacta de la época, han sido hábilmente elegidos por el señor Alberti y escenificados con absoluto acierto. Los cuatro actos conservan un justo colorido. «Manos blancas» honra la pluma expertísima del señor Alberti.

Un negocio leonino.—Las comedias norteamericanas están basadas, generalmente, en la más audaz inverosimilitud. Si la trama tiene gracia, como ocurre en «Alicia, neurasténica», aquel es casi el solo defecto que puede achacarse a la obra, puesto que el plan tiene habilidad de sostener el interés y el diálogo es

ameno, descartado que el valor literario en esta clase de producciones es nulo. Si, como ocurre en «My baby», de Miss Margarita Mayo, la obra sólo tiene las pretensiones del *vaudeville*, aquella inverosimilitud ya no es un defecto, sino una cualidad y una característica del género, completamente admisible.

Hay, naturalmente, entre las comedias norteamericanas, producciones que pueden ser colocadas en otro plano muy superior y que tienen una novedad extraordinaria. Nosotros veríamos encantados que Cadenas y Sinibaldo Gutiérrez nos ofreciesen una adaptación de la famosa «Potash and Permuter», siempre que contasen con un teatro que supiera ponerla en escena, que diese una buena impresión de aquella interesante sastrería de la Quinta Avenida y con una compañía en la que hubiese dos actores de igual nivel artístico.

«Un negocio leonino» no logró convencernos. Le falta interés en su trama fundamental. Los personajes no tienen relieve alguno y los procedimientos son una imitación muy pobre de los seguidos en «Petit Café». Pero «Un negocio leonino» no tiene la fuerza de situaciones de «Petit Café», ni la espiritualidad, ni la comicidad, ni la sugestión, ni... Tristán Bernard.

¿Tienen razón las mujeres?—El señor Parellada es el hombre más feliz de la tierra. Está dotado de una *bonhomie* extraordinaria. Fabrica los chistes con la ingenuidad más encantadora. Pero hay que reconocer que tienen gracia y que el señor Parellada es un escritor ingeniosísimo.

Este nuevo juguete cómico, original del hombre

feliz, tiene gracia, interés escénico y bastante cantidad de observación.

La calumniada.—De nuevo, la maestría escénica de los señores Quintero triunfa plena, plenamente, sobre los auditorios, sólo deseosos de los aspectos teatrales. En «*La calumniada*» hay un buen deseo, una noble intención, desdichadamente frustrada, en todos los sentidos: en el literario, en el artístico y hasta en el teatral. «*La calumniada*» es una obra que, dada la clasificación de *drama* que sus autores la dan, adolece del mayor defecto: de falta de medula, de intensidad, de interés y de sugestión dramática. El desarrollo es lánguido y sin proporciones graduales, y el desenlace melodramático, artificioso y de un efectismo fácil y vulgar. El triunfo, como decimos, fué de la técnica. Gracias a la habilidad de los Quintero se llegó a un éxito de público. Los tipos episódicos tienen una indudable fuerza teatral y una abundante cantidad de gracia y de observación. Todo aquello en que resplandece el sainete o el colorido de los cuadros andaluces, gustó extraordinariamente.

Creemos con toda sinceridad que «*La calumniada*» es una lamentable concepción artística de sus autores. Ni su ideología, de escasísimo valor, ni su trama, ni los tipos que la desenvuelven, ni el diálogo, ofrecen un enunciado digno de resolución. «*La calumniada*» no podría resistir una crónica analítica minuciosa y meditada.

La comedia del honor.—Esta es la primera producción teatral que conocemos de los señores Galobardas y Maristany. La impresión que nos produce es que en

sus autores residen excelentes condiciones de escritores teatrales y, aunque «La comedia del honor» no es obra de altos vuelos ni de una absoluta novedad, puede esperarse de sus autores una producción más consistente y mejor orientada.

EDUARDO HARO.

POLÍTICA

De la trifulca.

El despertar de las codicias en río revuelto, trajo durante el maremágnum el encarecimiento de la vida. Algunos meses de quietud y la perspectiva de la paz, no abren horizonte a la esperanza de un abaratamiento. Si desde la clase media abajo se adquiere la persuasión de la cronicidad del mal y la imposibilidad de defensa, ¿cómo extrañar el nerviosismo y la agitación de un cuerpo social debatiéndose en la penuria?... Los exaltados hallarán justificación a sus exaltaciones, y los moderados se identificarán en espíritu con toda suerte de excesos posibles.

Se aminoraron las dificultades de transporte, la carestía de los fletes, el problema de la producción, etc. Las subsistencias en general experimentan más bien un alza que una baja. El tipo anormal de antes de la guerra puede darse por fenecido. Quedan las potentes murallas de la sordidez y la avaricia por un lado, y por otro el acomodamiento al malestar. El codicioso estruja, y el menesteroso se resigna. Pero ni es justo

ni hábil permitir una tensión semejante. Se ha desarrollado tal fiebre de egoísmo, que existe el riesgo de que pase a ser epidémica.

¿Remedio? El inmediato sería poner a tono gastos con ingresos, aumentar sueldos y jornales, recurrir a la equidad. El Estado dió el ejemplo. Pero en la esfera particular el problema se presenta más difícil. Todo aumento de jornal encarecerá el producto, y en resumidas cuentas, no se habrá resuelto nada. Cierto. Mas el Estado, por aquello de que a grandes males grandes remedios, podría intervenir y moderar con arreglo a las circunstancias esas famosas *libertad de contratación y ley de la oferta y la demanda* que, con apariencias de grandes conquistas democráticas, son dogales puestos a la inmensa mayoría de los ciudadanos. Sí; ahora se debería ser revolucionario de veras, yendo contra el principio de libertad sentado por los revolucionarios de 1798, los que acertaron a derrocar una tiranía; pero no supieron impedir que se creara otra, grosera y falaz, más odiosa cien veces que el pergamino.

O preside el instinto de conservación en el cuerpo social, o proviene el caos. No es pesimismo, es la observación discreta de la realidad. No se debe sólo al acaparamiento la carestía, sino también a ese despertar que hemos dicho, a una exacerbación del espíritu utilitarista. Mienten, desde el que produce un artículo al que negocia con él y al que lo detalla o vende al pormenor. Las ocultaciones, las falsedades, los abusos, están a la orden del día. A poco que uno se fije, nótese que hoy *salen a luz* artículos que han sido

guardados convenientemente, con la sola intención de venderlos luego al doble de su precio usual. Yo recuerdo, verbigracia, una tasa en que figuraban las bujías. La tasa es un paliativo, un engorro y una temeridad. ¡Claro!, nada se consiguió con ella. Pues bien, aquellas mismas bujías que estaban a siete céntimos y medio, aparecen hoy en los escaparates de muchas tiendas, negruzcas, con pátina, denotando el signo de *antigüedad*, y son vendidas, como gran favor hecho al público, ¡a 15 céntimos!...

Arduo es el tema para tocado superficialmente. Sin embargo, se relacionan con él no pocas cuestiones político-sociales y vale la pena de recordarlo. Las Sociedades metalizadas caminan siempre a su ruina moral por lo menos. Es nuestro plano inclinado. A la corta o a la larga, se producen conmociones colosales, de las que alcanza buena parte de culpa las llamadas clases directoras.

SÉBASTIÁN GOMILA.

Con torpeza y sin ideal,

El problema de la autonomía de Cataluña ha quedado en segundo término; tan en segundo término, y tan esfumado, que ni siquiera advertimos su existencia. Eso sale ganando el Sr. Cambó, que en su papel de héroe por fuerza estaba con el agua al cuello, pi-

diendo a Dios y a todos los santos que le sacasen del atolladero en que se había metido. En cuanto al conde de Romanones, perro viejo en la política—y que nos perdonen los dogos—, sabía muy bien que el conflicto creado por la petición apremiante de un régimen autonómico para Cataluña tenía su mejor solución en dejarlo sin solución, perdido a lo largo de los días y de los meses.

El conde de Romanones es un perfecto político español, conocedor de la psicología de su pueblo y, aunque no lo parezca, seguro del terreno que pisa. El conde de Romanones tiene en el horario del reloj y en las hojas del calendario sus mejores aliados para gobernar. Como Sagasta, sabe que el éxito del gobernante no está en España en resolver los problemas que se plantean, sino en dejarlos sin resolver, perdidos en la lejanía. Una solución puede traer un mal grave, una perturbación honda, un daño irreparable. Lo mejor para no equivocarse es no resolver, entretener hábilmente el tiempo, y permitir que éste, al avanzar, vaya dejando atrás el conflicto creado por las ambiciones, por la pasión o por las ansias innovadoras. Otros problemas vendrán que anularán los anteriores, y estos nuevos quedarán olvidados por la preponderancia de otros novísimos, y así sucesivamente...

El buen político español, que no es, ni mucho menos, el político bueno, no ignora que el éxito está en cruzarse de brazos, echarse en los del tiempo y dejar que éste resbale sobre problemas y conflictos.

El movimiento autonómico de Cataluña ofrecía caracteres graves; era en sus demandas apremiante,

abrumador, y en su avance amenazaba arrollar cuanto se opusiera a sus aspiraciones; y, sin embargo, ¿quién se acuerda de él? Diríase que no hay autonomistas en Cataluña, que no los hubo nunca, que todo fué una ficción.

Y es que, en nuestro pueblo, la inconsistencia de los ideales es tal que sólo puede compararse con la inconsistencia de la preparación de nuestros gobernantes. El mejor de éstos es el que, como el conde de Romanones, no carece de recursos para esquivar las situaciones difíciles; el que, como el actual presidente, tiene la necesaria habilidad para ir dejando cabos sueltos y no verse aprisionado por los hilos que va entrelazando un día y otro, en recia red, la maldita araña de la discordia.

Claro es que este hábil sistema de los cabos sueltos, de los problemas sin solución, de los conflictos olvidados por la acción del tiempo, ha ido formando una madeja tan enredada que nadie ha de haber ya capaz de desenredarla, por mucha que sea su buena voluntad y su buena fe.

El porvenir de España, que tan claro se ofrecía, que con tanta luminosidad se presentaba durante los años de la guerra europea, es hoy incierto y brumoso. Obra es ésta de los torpes políticos, de su despreocupación, su egoísmo y su bajo nivel intelectual, y obra también de la falta de valores ideológicos en este pobre pueblo, que cuando se acuerda de lo que representa y de lo que puede, cuando se da cuenta de que es el amo, se lanza al saqueo de las tiendas de comestibles, pero no a la destrucción del tinglado po-

lítico sobre el que los hombres funestos de España representan sus farsas.

La gravedad de la situación está en la falta de orientación y de ideales en el pueblo y en la falta de capacidad y de patriotismo en quienes lo gobiernan.

Los movimientos populares, las convulsiones de carácter social, responden a un grito de protesta del estómago, nunca al empuje de un ideal redentor; cuando más—el ejemplo lo tenemos en los militares, en los empleados, en las organizaciones obreras—se pelea por el mejoramiento de la clase, jamás por la salvación de la patria.

Este sistema egoísta, de un repugnante egoísmo menudo, es en absoluto ineficaz, porque mientras no hagamos patria, mientras no tengamos nación, mientras carezcamos de base, las mejoras obtenidas serán ineficaces.

La desorientación del pueblo es consecuencia de la desorientación de sus directores. Ni en política interior ni en política exterior saben orientarse nuestros directores. Nuestro dinero, en vez de ser empleado en el engrandecimiento de España, va a Francia, y Francia corresponde a nuestra generosidad preparando nuestra anulación en Marruecos: Tánger será francés y francesa también una faja de terreno que una a Tánger con Fez. Apoyados por los Estados Unidos, nos ponemos frente a Inglaterra, de la que tantos beneficios y enseñanzas podíamos obtener en un necesario y urgente resurgimiento industrial y mercantil, y a tal punto extremamos nuestra inconsciente violencia, que Inglaterra, sorprendida, aunque

sin perder la calma, hace gala del humorismo británico al preguntar a España «si sería capaz de encender de nuevo la guerra europea».

Y en lo que se refiere a la política interior, ¿qué plan es el de neestros hombres políticos? Ninguno. Se unirán las dos ramas políticas más vigorosas, la del marqués de Alhucemas y la del conde de Romanones; se dará categoría de prohombre al Sr. Alcalá Zamora, que, aunque es un ministro fracasado, habla bien, cualidad importantísima en este país; serán disueltas las Cortes; se acometerán algunas reformas de carácter social para conjurar los peligros inmediatos del sindicalismo; quedarán anulados los conservadores; será Poder D. Melquiades Alvarez, y seguiremos avanzando, avanzando, con la inconsciencia de siempre, sin saber por qué ni para qué, empujados por corrientes que llegan de fuera...

El pueblo y el rey están igualmente comprometidos en poder de estos hombres de nuestra política.

Uno y otro, solidarizados ante el peligro, guiados por un ideal patriótico, o simplemente respondiendo al instinto de conservación, debieran emprender juntos una cruzada contra la torpeza y el egoísmo de los políticos de la Monarquía para no caer en la torpeza y la codicia de los políticos de la República.

JOAQUÍN AZNAR.

BIBLIOGRAFIA

«José Enrique Rodó», por Gonzalo Zaldumbide.

El joven y maduro escritor ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide, autor de libros tan interesantes como *La evolución de Gabriel D'Annunzio*, estudia en esta su última obra la personalidad del gran Rodó con su acostumbrada perspicacia crítica y belleza de forma. Gonzalo Zaldumbide es acaso, entre la juventud americana, el que por sus condiciones de cultura y sensibilidad puede comprender mejor al gran uruguayo y el que más dignamente puede acercarse a su memoria y a su obra. Gonzalo Zaldumbide es de la estirpe mental del gran extinto.

Los capítulos de que consta el libro de Zaldumbide, y que dan idea de su importancia, son los siguientes:

José Enrique Rodó: I. Su aparición y significado en el medio.—II. Su formación intelectual.—III. La obra. IV. El escritor.—V.—Su espíritu.—Notas bibliográficas.—R. C. A.

José de J. Núñez y Domínguez.—«La Hora del Ticiano».—Prólogo de Francisco Villaespesa. — México.—Talleres de «Revista de Revistas».

José de J. Núñez y Domínguez, el más joven de los grandes poetas de México; pues, alcanzó la consagración antes de llegar al dintel de los treinta años, nos ha enviado un libro exquisito, que es como un pomo de cristal de bohemia, tallado por la mano de un orfebre, y que contiene la alquitarada esencia de un alma primaveral y selecta. Desde su título, que es un acierto, hasta su colofón, las cien páginas de este libro pequeñito guardan un sutil e indefinible encanto; encanto de crepúsculos desmayados, de noches embrujadas por el sortilegio lunar; de suaves amaneceres en los que a la alondra del jardín del Capuleto responde el ruiseñor de la enramada, y nuestra alma se resiste a descender por la escala de seda del balcón de Verona, presa como está por el encanto de la amada, que todos llevamos en nuestro interior. Este culto romántico y secreto, este ensueño de amor nunca saciado, esta sugestión de la Eva eterna, se exaltan al leer las poesías de Núñez Domínguez. En todas ellas, como un *leit motiv*, canta a media voz un alma femenina. El ex-libris del autor expresa exactamente, de una manera gráfica, el espíritu de su poesía. Figura un primoroso libro antiguo entreabierto, de cuyas páginas surge el escorzo de una mujer apretando contra el pecho un brazado de rosas. Hay un sello rojo con esta inscripción: *In omnibus mulier*. La forma de estas poesías guarda una perfecta armonía

con su fondo, como las ánforas griegas, de redondeces femeninas, labradas amorosamente, en las que demoraba el falermo aromático y dulcemente, ténue-mente embriagador. Es una forma leve, que, sin ir contra ninguna de las tradiciones de nuestra poesía, se afina y sutiliza; tiene medias tintas y sordinas y cierto desgaire que la elegantiza y la hace aparecer más sincera. Nada de estridencias ni de metálicas fanfarrias; todo está transportado en tono menor. Son partituras escritas para instrumentos de arco y de cordaje de seda. Es música *di cámmara* para oída a la hora del crepúsculo, a la hora del Tiziano, cuando:

*«El desfallecimiento
del ánima en lo arcano;
el divino momento
en que merma el lejano
oro del firmamento,
y la sombra lo mismo que una mano
fraternal, apacigua el pensamiento...»*

A esta partitura, a esta peregrina e inspirada partitura, ha puesto un preludio condigno el más alto poeta de lengua castellana, el magno, el sutil y multiforme Francisco Villaespesa, que cada día se renueva y nos sorprende con manifestaciones insospechadas de su genio.

Habla de Núñez y Domínguez con un gran cariño y con un gran fervor. «Si *Holocaustos*—dice—su libro anterior, fué una de las más espléndidas iniciaciones literarias, *La Hora del Tiziano* me parece la consa-

gración definitiva de uno de los más fuertes y personales artífices del verso castellano, libro que es como un pródigo otoño, donde cristalizaron en frutos de oro y en racimos de amatistas las adorantes y profusas floraciones de aquella tropical y fabulosa primavera lírica. Su poesía ha ganado en intensidad humana lo que ha perdido en virtuosidad retórica, alejándose de los caminos trillados para encaminarse a explorar los infinitos misterios de la selva virgen de su espíritu. También, como al Dante, la mano fina y trémula del amor le guía, la mano de esa frágil y pálida Lucía que ha de adquirir bien pronto, en la literatura mexicana, el romántico prestigio de la Beatrice de *La Divina Comedia* y de los ingenuos sonetos de la *Vita Nuova*:

Después de ésto, para cerrar esta sencilla nota bibliográfica, no nos resta sino enviar al autor de *La Hora del Tiziano*, que es un amigo del alma, al que debemos un homenaje, que pronto, muy pronto, cuando le llegue su turno en la *Galería de Modernos Poetas Mexicanos*, que estamos esbozando, rendiremos un gran abrazo que, pasando sobre los mares, le lleve todo nuestro cariño y toda nuestra admiración.

* * *

Biblioteca de Escritores de la Raza.—«México en España», por Luis Andrade.—Prólogo de Salvador Rueda.—Hombres y hechos de la Revolución Constitucionalista Mexicana.—Editorial «Hispánica».—Madrid.

El brillante publicista mexicano, tan atrayente, tan

brioso, tan lleno de nobles idealismos, nos ha dejado, como valioso recuerdo grato de su rápido paso por esta España de sus mayores, un libro generoso, titulado *México en España*, del que será segunda parte y complemento otro denominado *España en México*, formando los dos una obra síntesis de la compenetración espiritual de dos grandes naciones: la Nueva España y la vieja España, *alma mater* de todo un mundo.

La Editorial *Hispánica*, una empresa que, ante todo, es de cultura, de difusión y de propaganda hispano-americanas, ha tenido el acierto de formar una *Biblioteca* que gallardamente denomina así: *Biblioteca de Escritores de la Raza*, la misma que, como para consagrarla, fué inaugurada con un libro insuperable, que era nada menos que *Las mejores prosas* del maestro de los maestros de América, don Juan Montalvo, el Cervantes del Nuevo Mundo y del siglo xix.

Como segundo libro, dando esta Editorial una prueba poco común y de espíritu abierto y de simpatía a las juventudes que se levantan, ha incluido el de Luis Andrade en dicha colección, que tanto promete y a la que le está reservado un éxito definitivo.

Como pórtico del libro *México en España*, figuran unas cuartillas del gran Salvador Rueda, llenas de un efusivo amor a América, las mismas que tuvimos el gusto y el honor de reproducir en las páginas de nuestro número de enero.

Viene en seguida la contestación a Rueda por el autor del libro, en la que éste relata emocionado su primera entrevista con el célebre poeta español, en el re-

cinto agosto de la Biblioteca de la Universidad Central de Madrid, en donde el representativo de la juventud mexicana y el alto poeta hispano, unidos en un corazón, hablaron de cosas del espíritu y de los máximos ideales de la Raza.

Sigue una semblanza del ilustre General don Venustiano Carranza, caudillo de la Revolución Constitucionalista y actual Presidente de los Estados Unidos Mexicanos. La figura egregia de este hombre austero y grande, bondadoso y fuerte, héroe y estadista, magistrado y caudillo, providencial conductor de su pueblo, aparece aquí íntegra y luminosa, como en un gran retrato de cuerpo entero, hecho con toda la devoción, con toda la comprensión que un artista joven e iluminado pusiera en reproducir la imagen del maestro, apóstol y padre.

Como arquetipo del revolucionario culto, en la última transformación de México, que fué, ante todo y sobre todo, una conmoción social, saludable y necesaria, presenta Andrade al Licenciado don Manuel Aguirre Berlanga, ministro de Gobernación y Jefe del Gabinete mexicano, eminente sociólogo, jurisconsulto y publicista, hombre de pensamiento, en fin, que después de beber en las puras fuentes de las ciencias sociales y de asimilarse sus enseñanzas eternas, salvadoras y fecundas, con singular y perspicaz acierto, con plenísimo conocimiento de las características de su pueblo y de sus elementos étnicos, geográficos, históricos, dominando, en una palabra, la psicología del pueblo mexicano, tradujo en leyes sabientes y regeneradoras los salvadores principios de la novísima

Ciencia constitucional, gobernando de acuerdo con las enseñanzas del Derecho político y con las exigencias de la realidad, que ningún político moderno puede desconocer, so pena de caer en el fracaso. Así, el Licenciado Aguirre Berlanga condujo por cauces serenos y de legalidad, la última explosión popular de México, país que, merced al alto nivel intelectual y moral de sus jefes, pudo realizar una revolución que nos atreveríamos a llamar modelo de transformaciones evolutivas hacia una nueva etapa de progreso y de mejoramiento.

Como una confirmación de lo que acabamos de exponer acerca de la ilustración de este gobernante, se inserta en el libro de Andrade, *Algunas consideraciones acerca de la nueva Constitución de México*, por el licenciado D. Manuel Aguirre Berlanga.

Esboza en seguida Andrade la silueta de una de las más preeminentes figuras del Constitucionalismo, la del invicto general y divisionario D. Pablo González, una de las más firmes columnas del actual régimen mexicano, hombre joven, lleno de valor y de ideales, al que espera un inmenso porvenir. La silueta del general González es, sin duda alguna, después de la del general Carranza, la que la pluma ágil y brillante de Andrade ha trazado con mayor *amore*.

En el artículo titulado *La cuna de la independencia mexicana*, el joven escritor rinde un homenaje a los padres de la patria, a los héroes epónimas, que en el orto cargado de presagios del siglo xix, transformaron, a costa de sacrificios y de heroicidades sin nombre, la colonia denominada Nueva España, en una

gran nación, libre, independiente y soberana.

Un viejo revolucionario y un revolucionario viejo se titula el artículo, en el que se traza la silueta de don Manuel Amaya, actual jefe del Protocolo de la Cancillería mexicana, austero patriota, que sacrificó gran parte de su fortuna en aras del movimiento revolucionario, que salvó a su patria del vilipendio y de la ruina.

Pasa luego a examinar la personalidad y la obra del eximio general D. Salvador Alvarado, a cuyo esfuerzo heroico y relevantes dotes de gobernante tanto y tanto deben las Instituciones de México.

Habla con grande y merecido encomio de la labor de dos notables hacendistas, el Licenciado D. Luis Cabrera y D. Rafael Nieto, quienes han logrado en poquísimo tiempo arreglar el sistema económico del país y el buen crédito de la nación.

Otra personalidad ilustre, el general D. Pedro Villaseñor, jefe tan violento como ilustrado, quien, en memorable ocasión, proclamó ante el país «que la cultura es el principio de la disciplina», tiene en este libro unas páginas de merecido homenaje.

Cierra esta primera parte una interesantísima información acerca de los *Establecimientos fabriles militares*, que en México han alcanzado un alto grado de progreso gracias al Sr. Carranza y a sus colaboradores, quienes de esta manera, como acertadamente lo indica el autor del libro, han venido a consolidar y a completar, por decirlo así, la obra de los libertadores de la patria, ya que un pueblo inerme, que no cuenta con los elementos adecuados para su defensa,

no puede sentirse completamente libre, pues siempre estará a merced de extranjeras ambiciones.

Bajo el título de *Perfiles de la juventud intelectual revolucionaria*, el autor ha agrupado unos cuantos medallones, que muestran en alto relieve las cabezas atrayentes y simpáticas de esa noble y bizarra juventud mexicana, que con el libro, con el periódico, con el verbo y con la espada ayudaron a la obra salvadora del general Carranza, lo cual es la mejor prueba de la bondad de éstas, pues la juventud no apoya sino a las empresas verdaderamente desinteresadas y grandes. Allí contemplamos las siluetas de los bizarros generales D. Juan Barragán y D. Alfredo Breceda; del poeta y dramaturgo revolucionario D. Marcelino Dávalos, cuya fama hace tiempo llegó hasta nosotros; de D. Pedro Gil Farias; del Licenciado D. Calixto Maldonado; coronel D. Paulino Fontes; ingeniero don Ramón Bervide; de D. Ignacio Baeza, notable escritor y periodista; del coronel D. Luis Amiera; D. León Aillaud; coronel Inocencio Medina y de algunos otros más.

Hay un vibrante canto, en prosa, en loor a la Francia eterna, matriz de las libertades y derecho del pensamiento universal.

Cierran honrosamente este libro las siluetas de Luis G. Urbina, el poeta representativo de México, y de Francisco Villaespesa, el poeta representativo de España.

El volumen está admirablemente editado y trae profusión de magníficos fotograbados con los retratos de las principales personalidades de que trata.

En suma, un éxito para la Editorial *Hispánica* y para su autor, que ha logrado un triunfo en Madrid, augural de otros mayores, que muy sinceramente le deseamos.

* * *

Biblioteca de Andrés Bello.—María Enriqueta.—
«*Jirón de Mundo*» (novela).—Editorial-América. Madrid.

Hay en la moderna poesía mexicana una figura femenina llena de sugerencias y de encantos. Es la de la señora doña María Enriqueta Camarillo de Pereira, que en el mundo de las letras se la conoce, sencillamente, como María Enriqueta, pues así firma todas sus producciones.

Poetisa ingénua, sin complicaciones ni refinamientos, sus cantos son todo ternura y todo sinceridad. Ella, aun cuando posee una cultura singular, no quiere, cuando escribe, saber nada de literatura»: nos cuenta, confidencialmente, lo que le dicta su corazón; narra lo que ve, poniendo un perfume de alma, un velo de ensueño sobre este prosáico y doloroso vivir cotidiano. Así sus composiciones adquieren el valor de documentos de vida, de cosas vistas y sentidas al través de un temperamento privilegiado.

Este espíritu «sentimental, sensible, sensitivo», ha producido poesías de la más honda emoción, que vivirán siempre en la literatura mexicana las contenidas en libros, tan bellos y sentidos, como *Rumores de mi Huerto*, *Rosas de la Infancia*, *Las consecuencias de un sueño*.

Esta singular poetisa, que hoy vive entre nosotros,

en compañía de su esposo el notable publicista y escritor D. Carlos Pereyra, ha escrito una humana y sentida narración que, con el título de *Jirón de Mundo*, ha tenido el acierto de publicar la *Editorial-América*.

Tentaciones nos dan de relatar al lector el asunto vivido y hondo de esta deliciosa novela; pero sería desflorar una delicada obra de arte si con nuestra tosca prosa intentáramos referir, en síntesis, lo mismo que una alma de mujer, que es también una gran artista; nos cuenta en un estilo terso, hondo y emocionado, en las doscientas cuarenta y dos páginas de una novela que pronto será famosa, y que quedará como una joya de la literatura hispano-americana, a la manera de la inmortal *María*, del colombiano Jorge Isaacs.

Al libro nos remitimos, pues, concretándonos aquí a saludar su aparición.

* * *

«Las mejores tradiciones Peruanas», por Ricardo Palma.—Editorial Maucci.

Es una verdad vulgarizada ya en América, que las mejores obras del continente traspasan, raras veces, y casi siempre tarde, las fronteras nacionales. Hay grandes libros argentinos que Méjico ignora; al Uruguay no llegan ecos de Colombia; y el Ecuador y el Perú parecen estar más lejos de Centro América que de Europa. Lo mismo puede decirse de las otras Re-

públicas en donde tantos escritores ilustres obtienen sólo un éxito local. Y parecida suerte corren muchas obras del pasado americano, agotadas, muy difíciles de obtener hoy, hasta en los mismos países en donde vieron la luz.

Hora es ya de que tan larga injusticia se repare, y América muestre a Europa su esfuerzo admirable de un siglo. Una colección que dé a conocer o contribuya a propagar tantas obras olvidadas o preteridas o simplemente agotadas; que enlace lo antiguo y lo moderno, que, con «los clásicos de América», difunda las nacientes glorias contemporáneas, que acoja siempre, sin exclusivismos nacionales, todo esfuerzo continental, una Colección genuinamente americana en suma, por las obras editadas y por el criterio al escogerlas, será, estamos seguros, un éxito inmediato; y ayudará a estrechar los vínculos intelectuales del continente, en el momento en que América, después de un siglo de «federalismo» huraño, llega a tener conciencia de sus altos destinos. Contribuir a este acercamiento literario, es la noble ambición de la Casa Maucci, de Barcelona, que ha comenzado a publicar una Biblioteca selecta de escritores americanos de ayer y hoy. El escritor que la dirige, D. Ventura García Calderón, cuenta ya con el apoyo y la colaboración de los más reputados literatos; y ha cogido sin exclusivismos nacionales, con el más generoso criterio americano, todos los libros que puedan contribuir a dar mayor gloria al Continente.

En esta Colección publicará novelas, poesías, grandes obras teatrales, estudios críticos, ensayos, filosó-

ficos nuevas series de antologías, etc., etc., cuantas obras reflejen el pasado y el presente literario, esta Colección será tal vez, si el público americano la favorece, lo que fué la «Biblioteca Rivadeneira» para España, pero en más moderna forma, el gran archivo de una literatura esplendorosa.

El primer tomo de esta nueva Colección, que acabamos de recibir, se titula *Las mejores tradiciones Peruanas*, y está escrito por el insigne literato peruano Ricardo Palma, universalmente admirado por sus cuentos históricos. Es un libro admirable que no necesita otro encomio que su título y el nombre de su autor. Pocas obras son tan populares en nuestras tierras como las del exquisito cronista. Durante cuarenta años han sido profusamente leídas e imitadas. En los Colegios mismos, los niños aprenden muchas veces párrafos de aquellas peregrinas historias, junto con los ejemplos de los escritores españoles del siglo de oro. Nada más justo. ¿No es D. Ricardo Palma el primero de los «clásicos» de América?

Pero si todos conocían algunas «tradiciones», no todos podían leerlas. Los cuatro tomos de la casi agotada edición de Barcelona, los dos tomos suplementarios que la misma Casa Maucci publicara antaño, no siempre estaban al alcance del más extenso público. Es una idea encantadora que regocijará a los innumerables admiradores del tradicionista, la de reunir en trescientas páginas los relatos óptimos, todas las tradiciones que tienen carácter novelesco.

Completa este delicioso libro una breve y sencilla autobiografía que D. Ricardo Palma acaba de escri-

bir. Por ella vemos que a los ochenta años, conserva su sorprendente vivacidad el ilustre tradicionista. Retirado al pueblo de Miraflores, cercano a Lima, vive allí rodeado de la admiración de propios y extraños. A su puerta van a llamar todos los escritores que pasan por Lima, para llevar a esta robusta ancianidad el tributo universal de admiración y cariño.

Sea bienvenido, pues, este libro que tiene la significación de homenaje. Le deseamos el más franco éxito.

* * *

Libros recibidos.—*Casa Editorial Araluce* (Barcelona).

El Contador Argentino, Tratado de Contabilidad, por D. Alvaro de la Helguera y García.

Editorial Fortanet (Madrid).

Emilio Carrere, *La Copa de Verlaine*.

Fernando Mora, *Los Hijos de Nadie*.

George Rondenbach, *Brujas: La muerte*.

Sres. Dalmau, Carles Plá y Compañía.

Joaquín Plá Cargol, *Otras lecciones de Cosas*.

D. José Dalmau Carles, *España, mi Patria*.

D. Eugenio García Barbarín, *Historia general de la Edad Moderna*.

D. Joaquín Plá Cargol, *Elementos de Historia Natural*.

De todos los precedentes volúmenes daremos explícita reseña en el número próximo y sucesivos.

C. E. A.

A TRAVÉS DE LAS REVISTAS

España.

Cosmópolis, número 2, febrero.—Entre los artículos más interesantes de esta nueva revista, que dirige Gómez Carrillo, debemos subrayar unas fervorosas líneas del duque de Montpensier abogando por la fraternidad hispanofrancesa, nobles anhelos que, según rumores actuales, hará cristalizar brevemente en un gran diario que publicará en París. De la última producción teatral de M. Maeterlinck, que es el drama *El alcalde de Stilnonde*, hemos saboreado las primicias, en la traducción de Gómez Carrillo. Margarita Xirgu, después de haber representado este drama en algunas provincias, no debe retrasar su aparición en Madrid para brindarnos a la admiración esta joya maeterlinckiana.

Destacan bellas crónicas de Gómez Carrillo, Mousset, Martiel y Cansinos-Asséns. Este último señala la repercusión de las más nuevas y acres direcciones li-

terarias en las últimas obras de Juan Ramón Jiménez y Ramón Gómez de la Serna.

Y en la sección de amenas actualidades figuran, junto al *Código del Amor*, por Athos de San Malato, una semblanza encomiástica del político Sr. Alba, por F. Santade; una crítica sobre la moda, por la condesa de Cespón; otra sobre novedades francesas, por Moasset, y la panorámica sección de *Figuras del día*.

* * *

Raza Española, número 1, enero.—Unas ampulosas palabras declamatorias—exaltación sonora de tópicos conceptos panhispanoamericanistas medioevos—de doña Blanca de los Ríos de Lampérez, que dirige esta nueva revista de *España y América*, inauguran el desfile en aluvión de prosopeycas figuras academicistas, sustentoras de ocres tradicionalismos retardatarios.

Al poner nuestros ojos juveniles en esa lista de colaboradores que inserta *Raza Española*, no hemos podido contener una mueca despectiva. Toda la balumba de «falsos prestigios»—extrarradiales de nuestra purificacada «tabla de valores» admirables—que cotidiana y aisladamente inundan los viejos y corroídos álveos de las publicaciones oficiales, toda esa disgregada generación literaria que integra la dorada burguesía conformista, aún absorta en el execrable siglo XIX, se ha fundido en estas páginas. Diríase que en un momento de lucida inconsciencia han forjado este

hipozeo tumultuario... ¡Que las más densas nieblas, de-
deñosas, circunden su dormitar permauente!

Mas aplaquemos nuestra tumultuaria irreverencia juvenil... y en nuestro papel de estrictos cronistas, reseñemos algunos trabajos del primer número, que, en justicia, hemos de reconocer está, desde el punto de vista tipográfico, perfectameste presentada. Destacan en él eruditos estudios de D. Jerónimo Becker sobre *Reconquista moral de América; Un español ilustre*, por A. Bonilla y San Martín, y unos interesantes *Capítulos desconocidos de la cultura española*, por Francisco A. de Icaza.

En el sector de colaboraciones literarias, leemos incoloras poesías de la condesa de Castilla, J. M. Rivas Grood y C. L. de Cuenca. Y varios artículos sobre diversos temas literarios, musicales y artísticos de la condesa de Pardo Bazán, de Lampérez y Romea, Tomás Bretón, Elías Tormo y barón de Olascoaga.

* * *

Cultura Hispanoamericana. — Febrero. — La informativa revista que mensualmente edita el círculo de este nombre, publica, después de las habituales «Notas de Sesiones», algunos trabajos de interés. Entre ellos destacan una irónica semblanza de Roosevelt, por Carlos Pereyra, y unas notas sobre «Cristóbal Colón y Nicolás de Vando», por S. de Ispizúa.

* * *

Nuestro Tiempo.—Enero.—Inserta este número un documentadísimo estudio sobre «La cuestión catalana», por Salvador Canals, otro de Fernán de Enrique y unas críticas de actualidad, por Mariano Marfil, Luis Bruch, etc.

Los Ciegos.—Enero.—Esta simpática publicación tyflófila, dirigida por el vibrante espíritu moderno de Antonio de las Heras, y que aun en su autolimitación al gravísimo problema de la ceguera consigue forjar sumarios interesantes y varios, inserta en su último número una sentida glosa a la gesta galdosiana, titulada «El ciego vidente», por Manuel Abril, y un bello artículo de Amadeo de Castro solicitando un periódico en España para ciegos, análogo a la «Revue Braille», además de otros sugestivos trabajos.

Estudio.—Febrero.—Rafael Bolívar Coronado traza un muy acertado cuadro de las «Letras venezolanas». Examina éstas en sus distintas zonas: histórica, filosófica, poética. Y remontándose a los orígenes, tiene oportunos juicios para los maguos talentos de Andrés Bello, Rafael M. Bazalt y J. Pérez Bonalde, famoso, éste, además de por su obra personal poética, por sus bellas traducciones de Heine y Poe. Habla, después, de la generación posterior. Blanco-Fombona, P. E. Coll, Zumeta, J. Austria, M. Díaz Rodríguez,

Mata y Guevara, desfilan en su sconografía. Hace alusión, después, a los novelistas Cabrera, Jiménez Arráiz y Picón Febres, y lleva sus opiniones hasta los más crecientes, como Urdaneta, Borges y Lameda. Es, en suma, y dentro de sus parcas dimensiones, un sugestivo estudio éste de Bolívar Coronado.

Y a continuación, Matilde Ras traza una biografía crítica de Fray Luis de León. El admirable polígrafo catalán Santiago Valentí Camp hace una muy documentada exposición de las doctrinas del gran filósofo danés Harald Höffding, señalando en su filiación los ascendientes de Sören Kierhegaard, Rasmus Nilsen y Hans Bröchner, y marcando sus analogías con Spencer, W. James y Wundt, termina con un valioso resumen de sus obras.

* * *

La Revista Quincenal.—Febrero.—Destaca en su abigarrado sumario un notabilísimo estudio sobre «La familia en la Francia contemporánea», de E. Lamy, una cálida alocución de Magdalena de Fuentes que glosa el grito novelístico de Berta de Luttner, «Abajo las armas», y unos lindos apuntes impresionistas—que ya anteriormente fueron insertos en estas páginas—, «Del París d'avant guerre», por E. Ramírez Angel.

* * *

Revista Comercial y de la Exportación Española.—Enero.—Esta importantísima publicación de la bene-

mérita Casa Editorial Minerva, S. A., de Barcelona, inserta en su último número: «Nuevos derroteros de la exportación española», por S. Valentí Camps, y unas glosas de Francisco Cañadas al penúltimo libro —La ciudad castellana— del brioso y admirable notario de Frómista, don Julio Senador Gómez.

* * *

Grecia.—Sevilla.—Febrero, números 8 y 9.—Continúa publicándose—en éxito ascendente—esta sugestiva revista sevillana, dirigida por los finos espíritus mediterráneos de Isaac del Vando-Villar y Adriano del Valle, e inspirada, a través de la distancia, por R. Cansinos-Asséns. Sus últimos números dejan ya insinuar el florecimiento de las nuevas direcciones ultraístas que al ser paralelizadas en las mismas páginas, con los rescoldos líricos estrictamente novecentistas, adquieren un confrontamiento de superación. *Grecia* es, con algunas revistas barcelonesas, la publicación española más juvenil y sugeridora del momento.

* * *

Vida Moderna.—Enero.—Esta revista gaditana tiene, aparte de su gráfico interés regional, otro literario más amplio. Colaboraciones de D. L. de la Vega, Patrocinio de Biedma, D. González-Rigabert, J. E.

Grado, M. Rico, M. Laffon, etc., exornan sus últimos números.

* * *

Gaceta Andaluza.—Febrero.—Destacan un cuento de B. Morales San Martín y varias informaciones de actualidad sobre cuestiones agrícolas.

HÉCTOR.

América.

Han llegado a nuestra redacción, últimamente, las siguientes importantes revistas americanas, cuyo canje establecemos con el mayor agrado.

Estados Unidos.

Mercurio, de Nueva Orleans, el gran magazín de lengua castellana, número correspondiente a enero de 1919. *América Futura*, de Nueva York, una nueva e interesante revista, también en idioma español, magníficamente editada, como todas las publicaciones de esa parte de América, número correspondiente a enero de 1919.

Ecuador.

Revista de la Sociedad Juridico-Literaria, de Quito, órgano de esa Sociedad, que es, sin disputa, la Asociación cultural más respetable y prestigiosa del Ecuador. El tomo de su revista que ha llegado a nosotros forma un volumen de 148 páginas, en las que se destacan el estudio que acerca de un gran poeta guayaquileño del siglo XVIII, el P. Juan Bautista Aguirre, hace, con el acierto y brillantez acostumbrados; la autorizada pluma del joven maestro de América, Gonzalo Zaldumbide, y un oportuno e interesante trabajo acerca de «La guerra y los nuevos ideales», del distinguido publicista ecuatoriano D. Luis Robalina Dávila.

* * *

Botetín de la Biblioteca Nacional del Ecuador, números 1, 2, 3 y 4, correspondientes a los meses de agosto, septiembre, octubre y noviembre de 1918; publicación importante y seria, en la que su directora, que lo es a la vez de la Biblioteca, la ilustre escritora doña Zoila Ugarte de Landívar, va coleccionando y publicando trabajos y documentos, que son materiales valiosos para la historia nacional.

* * *

Letras, de Quito, números de noviembre y diciem.

bre de 1918. Esta revista, en la que se manifiestan las orientaciones artísticas y modernas, está dirigida por el notable literato D. Isaac J. Barrera, y es, quizá, la que mejor refleja la cultura y las tendencias literaria del Ecuador.

* * *

La Idea, de Quito, números de noviembre y diciembre de 1918. En esta simpática revista se han agrupado los novísimos de la literatura en ese país, uno de los más cultos de América. Son adolescentes de diez y seis a veinte años, llenos de fervores y de amor al arte, deslumbrados por todo lo nuevo, iconoclastas ávidos y prometedores, como su juventud floreciente.

* * *

La Ilustración, de Guayaquil, números de noviembre y diciembre de 1918. Revista, tan lujosamente presentada, que no le pide favor a las mejores de sus similares; de texto muy variado, en el que no son raros los trabajos sobresalientes; con abundante información gráfica y algunos bellos dibujos.

* * *

Hacia la Luz, de Guayaquil, publicación bimensual, número correspondiente a la segunda quincena de diciembre de 1918, órgano de propaganda y defensa de

la fragmasonería y el libre pensamiento, en esa parte de la América del Sur.

México.

España Moderna, de México, D. F., números correspondientes a diciembre de 1918 y enero de 1919; hermosa revista, publicada por un importante núcleo de la Colonia Española, que, como todos sabemos, es, en aquel país, una fuerza viva respetable y poderosa. En *España Moderna* aparecen colaboraciones firmadas por buenos literatos de aquí, y se reflejan y se comentan los principales acontecimientos que se desarrollan en la Madre Patria.

Salvador.

Actualidades, número correspondiente a diciembre de 1918, una bella revista, material y espiritualmente hablando, en la que al lado del hondo y serio trabajo histórico y del ensayo bien nutrido y de tesis, están la crónica alada y leve y los versos caprichosos y modernistas.

Venezuela.

Cultura Venezolana, de Caracas, número correspondiente a agosto de 1918, que aparece prestigiado por

las mejores firmas de aquel país, como Manuel Díaz Rodríguez, Andrés Mata, Jesús Semprún, J. L. Andara, Elías Toro y otros. El número de que nos ocupamos, está dedicado, en su mayor parte, a estudiar la vida y la obra del ilustre don Julio Calcaño, benemérito de la literatura venezolana, a la que dió lustre durante más de sesenta años, y fallecido, con la pluma en la mano, en la segunda mitad del año anterior.

AMÉRICUS.

Extranjero.

América-Latina.—París. Enero.—Ha cumplido un año más de vida ésta admirable Revista, que desde el comienzo de la guerra europea viene circulando profusamente por toda España Ibero-Americana. Finada ya la épica contienda que a lo largo de cuatro densos años ha transminado sangre y dolorosidades en el rojo álveo del Orbe, *América Latina* puede vanagloriarse de haber contribuído, en unión de algunas otras denodadas publicaciones, a sostener, cálido y erecto, el entusiasmo ibérico por la causa aliada. Sus páginas han sido siempre blancos lienzos donde han ido proyectándose consecutivamente todos los rasgos evolutivos de la magna epopeya y todos los ardores heroicos culminados por los pueblos latinos.

Hasta hace poco ha sido orientada por el experto timonel periodístico Benjamín Barrios, con la dirección bifurcada en París y Londres. Y últimamente, otro aguerrido espíritu, el prestigioso escritor peruano Ventura García Calderón, comparte con él las tareas directoriales. Y en el último número que a llegado a nuestras manos ya advertimos, complacidos, las mejoras introducidas en *América Latina*, especialmente en la parte literaria.

Prestigiosas figuras críticas dan reseñas de los más salientes acontecimientos estéticos. Así en las «Páginas francesas», Carol Bérard—que es uno de los firmes propulsores del renacentismo musical de Lutezia—traza acertados estudios de D'Iudy y Debussy. En la zona literaria, tras breves noticias sobre las muertes de E. Rostand y P. Margueritte y sobre el premio Goncourt, adjudicado este año a Georges Duhamel por su libro «Civilisation»—que viene también de publicar «La possession du monde»—leemos una reseña de los últimos volúmenes franceses por Edmond Jaloux. Informaciones sobre actualidades post bélicas y artículos de Zaldumbide y V. G. Calderón, con una crónica sobre los últimos arabescos de la moda, completan el valioso sumario de este número.

* * *

Mercure de France. Números del 1.º y 16 de febrero.—Esta nutrida revista que durante muchos años ha sido la más alta tribuna del pensamiento y de la literatura francesa, ha devenido últimamente—¡oh,

las irreverencias imprecativas de los *fauves!*—un asilo de *consacrès a demi*, tiñéndose al mismo tiempo de una avejentada pátina academicista. Sin embargo, de vez suelen hallarse en sus páginas prosas verdaderamente sugestivas. De entre sus dos últimos números sólo podemos subrrayar: un relato anecdótico sobre «Degas y su modelo», de Alice Michel, y un interesante estudio sobre «Nieetzsche y la guerra», por G. Brunet.

En su abundantísima «Revista de la quincena», resaltan informativos críticas debidas a G. Khan, J. Marnold y F. Contreras.

* * *

La Revue. Febrero.—En un trabajo rotulado «Las tendencias intelectuales de Francia en 1914», reseña Gaston Sauvebois, de un modo vago e inconcreto, algunas de las corrientes literarias que imperaban en Francia al declararse la guerra en 1914. Le sigue otro estudio de Mr. Adrien Mithouard sobre «El descubrimiento de Occidente», las primicias de un nuevo libro de C. Mauclair sobre «La magia y el amor», y una poesía de L. Cladel.

* * *

La Vraie Italie.—Florencia.—Febrero.—Dirigida por uno de los más valiosos literatos de la Nueva Italia, por Giovanni Papini, el admirable autor de «El Piloto ciego» y de «El crepúsculo de los filósofos», se

ha publicado el primer número de esta sugestiva revista. Ya en su diáfano y sincero programa hace constar sus anhelos de fusión entre Italia y los demás países latinos, ayudándose a la mutua comprensión de sus nuevos valores. Redactada en francés por escritores italianos no se observa en sus páginas la más mínima incorrección.

Y entre sus trabajos más sugeridores, reseñamos: Diferentes estudios sobre las facetas de las obras y doctrinas de Wilson, Notas sobre «Baudelaire en Italia» y «Apollinaire, italianizante», y un ensayo reseñador historiando las revistas de este siglo más perdurables, en cuyas páginas se han incoado bellos movimientos literarios y han resplandecido las firmas de D'Annunzio, Corradini, Croce, Papini, Marinetti, Soffici, Carli, Settimelli, Conti, etc...

* * *

L'Europe Nouvelle.—París, números 7 y 8.—Tras las habituales secciones de «Política», «Vida parlamentaria, económica y financiera», se halla la de «El Pensamiento francés». En ella, y girando sobre temas intelectuales y artísticos de actualidad, encontramos las firmas admiradas de Albert Thibaudet que comenta a Mistral, André Salmon que exegeta las últimas manifestaciones del cubismo pictórico, y Louis Chourne que glosa los últimos volúmenes de poesía.

HÉCTOR.

Notas hispanoamericanas

Diplomático fallecido

Tenemos el pesar de consignar en estas notas el sensible fallecimiento del ilustre diplomático ecuatoriano, don Francisco X. Aguirre, acaecido en el momento de desembarcar en Francia, cuando venía de Encargado de Negocios de su país en Madrid.

El señor Aguirre, que ya había vivido entre nosotros, años atrás, como primer Secretario de la Legación de su país en esta villa y corte, era ventajosamente conocido y gozaba de generales simpatías en los mejores círculos madrileños, que supieron apreciar y conservan los mejores recuerdos de las dotes de inteligencia y caballerosidad del malogrado diplomático, cuya gestión hubiera sido de indudables resultados, en orden al acercamiento de su país y de la Madre Patria.

Reciban el testimonio de nuestra condolencia, el Gobierno del Ecuador y el Cónsul de esta República en Madrid, nuestro compañero, don César E. Arroyo.

La enseñanza del español en Norte-América

Los principales periódicos de Nueva York comentan en sus columnas editoriales la proposición de establecer la enseñanza del idioma español en las escuelas públicas de Nueva York, que fué sugerida y recomendada por el alcalde Hylan en un mensaje dirigido por él al pueblo de la ciudad de Nueva York y a la Junta de Educación de dicha metrópoli.

El «New York American» trata el asunto en un extenso editorial, insertado en lugar prominente e intitulado «El español debe enseñarse en todas las escuelas públicas de Nueva York». «No sólo en Nueva York, dice, sino en las escuelas públicas y en los colegios de todo el país, el idioma español debiera enseñarse con empeño, y este trabajo debiera empezarse lo más pronto posible y ser llevado adelante con constancia y energía como parte esencial del programa general educativo de la nación.»

«Es un hecho innegable, añade, que el español se usa de manera exclusiva, en las tres cuartas partes del hemisferio en que vivimos, no sólo en el vasto Continente sudamericano, sino en Cuba, las Filipinas, las Indias occidentales y México.

»El anuncio que se haga en las Repúblicas de Sur América de que Nueva York, la metrópoli y el Estado principal de la Unión, ha adoptado oficialmente el idioma español como parte integrante de su programa de enseñanza, evocará una réplica cordial de sentimiento y acción en todos esos generosos e impulsivos

países del Sur, y LA UNION DE LENGUAS se hallará bien avanzada antes de que la guerra termine, y ella será el precursor lógico de la unión de los corazones y las mentes.»

«El idioma español, dice el «Evening Mail», de Nueva York, es uno de los grandes medios de la literatura, la historia y el pensamiento mundiales. Es una lengua noble, una lengua exacta, una lengua digna de ser estudiada por hombres y mujeres que deseen conocer y analizar de cerca la cultura mundial.»

«Por todos conceptos, debemos, pues, darle a la generación que se levanta la oportunidad de adquirir la lengua de Cervantes, Castelar y de Echegaray, que es a la vez la llave para los mercados de la mayor parte de América.»

Nuevo Cónsul

Ha tomado posesión del Consulado del Ecuador en Valencia, el distinguido publicista y literato ecuatoriano, D. Luis Robalino Dávila, al que enviamos un cordial saludo de bienvenida, deseándole una grata permanencia en España, y ofreciéndole estas páginas, que no dudamos serán favorecidas con su colaboración.

AMÉRICUS.

ÍNDICE

Páginas

El salmo de los hermanos, por R. Cansinos-Asséns..	1
Poetas españoles:	
Neo-lirismo, por Goy de Silva.....	13
Paroxismos emocionales, por César A. Comet.....	20
Recuerdo lírico de una fiesta en el Guadalquivir, por José María Romero.....	24
Día de huelga, por Juan G. Olmedilla.....	29
Impromptu, por Antonio Espina García.....	32
Poemas modernos, por Regelio Buendía.....	35
Cuentos españoles:	
A ras de la tierra, por Carlota Renfry de Kidd.....	41
La «Pena Negra», por Juan Soca.....	47
Nueva vida, por José Brisa.....	56
Carta abierta: para el ilustre crítico gramatical don Antonio de Valbuena, por Un académico en ciernes.	64
Cuentos hispanoamericanos:	
Maternidad, por A. Hernández Catá.....	67
Poetas hispanoamericanos:	
Paisaje familiar, por Andrés Mata.....	78
El poema de las Estaciones, por Salomón de la Selva..	80

Páginas

El sionismo en la literatura:

A la nación judía, por André Spire..... 83

Un pueblo que vive: En los días de la liberación de
Israel, por R. Cansinos-Asséns..... 86

Novísima literatura francesa: El guía, traducción de
Guillermo de Torre..... 89

Artes plásticas, por Ballesteros de Martos..... 96

El teatro, por Eduardo Haro..... 114

Política:

De la trifulca, por Sebastián Gomila..... 119

Con torpeza y sin ideal, por Joaquín Aznar..... 121

Bibliografía, por C. E. A..... 126

A través de las revistas, por Héctor y Américus..... 140

Notas hispanoamericanas..... 154

REVISTA HISPANO-AMERICANA

CERVANTES

Madrid, Marzo 1919.

POETAS ESPAÑOLES

Letanías de amor y de dolor.

Dedico estas letanías al magnífico
señor Rafael Cansinos-Asséns, maes-
tro del Ultraismo.

LETANÍA GRIS

Divino olor de reseda,
olor de mujer amada...
triunfa el oro en la arboleda
y en la senda abandonada.

Los ensueños melancólicos,
que otoño canta en la brisa,
apagaron los diabólicos
cascabeles de la risa...

¡Otoño!... Pálidas rosas,
bruma en las sendas desiertas,
en el alma luminosas
idealidades muertas...

Labios de rosas callados...
sueños en el corazón,
ojos bellos, entornados,
para una meditación.

Dicen las hojas doradas
su languidez otoñal,
y en las sendas olvidadas
ya no hay voces de cristal.

En el chorro, antes inquieto,
el agua apenas palpita...
hay en la fuente el secreto
de una tristeza infinita.

Octubre, cruel deshojas
los álamos del jardín,
y apagas las tardes rojas
en el lejano confin.

El piano ya no canta...
lento salmodia una pena,
bajo la caricia santa
de unas manos de azucena.

Ojos llorosos, que eran
luminosos y atrevidos...
éxtasis mudos, que esperan
que vuelvan los besos idos...

Cerca un divino livor
estos ojos infantiles...
ya no hay magnolias de amor
en los búcaros gentiles.

Las estancias silenciosas
ya no saben madrigales...
sólo la lluvia hace glosas
de tristeza en los cristales.

Octubre, cruel deshojas
las flores del corazón
y marchita, luego, arrojas
al fango nuestra ilusión.

ROMANZA DOLOROSA

El oro del crepúsculo
se desmaya en el césped.

Ella tiene los ojos
desmayados... —¿Me quieres?...
Languidece el idilio
bajo las hojas verdes...

—¿No te acuerdas, mi amado?...
Un mayo, como este,
nos adentró en las almas
su sol tibio y alegre...—

Él tiene una nevada
grande bajo la frente.

—Oh aquel mayo lejano
florecido y riente...
Me besaste en los ojos...
me besaste en las sienes...

Fueron mis manos pálidas
flores para tu fiebre—
El oro del crepúsculo
se desmaya en el césped.

—Bebíamos en todos
los chorros de las fuentes
sólo para mirarnos
en el agua... ¡Qué tenue

era tu voz entonces!...
Tenía como un leve
parpadeo de estrellas
su madrigal doliente.

¡Oh, riberas soñadas
frente al estanque breve!...
Amor mío, ¿te acuerdas?...—
La tarde languidece...

En la ciudad distante
las ventanas encienden
su fiesta cotidiana
de luces al poniente.

Y aún. —Aquella risa
loca que, tantas veces,
partían los suspiros
y los besos... ¿Me quieres?...—

Él tiene la mirada
perdida sobre el césped.

Ella suspira aún quedo
—era un mayo como este...—

Y como un adiós pálido
de lo que ya no vuelve,
el oro del crepúsculo
se le duerme en la frente.

BALADA DE LAS VIUDAS

¡Oh, qué temblor de luceros
de cristall... Sobre la torre
la luna nueva de oro
vela el sueño de la noche.

Tras las ventanas cerradas
—nostalgia, llanto, dolores,—
la lámpara de las viudas
pone su angustia sin nombre.

¡Ay!, ¿podrán dormir las viudas,
tristes de un lejano goce,
con estos grandes suspiros
que van nadie sabe adónde?

¡Ay!, ¡las mujeres vestidas
de color de pena!... Sobre
los grandes tálamos fríos
se deshojaron las flores

¡Oh!, ¡qué temblor de luceros
habrá por su carne joven!
—carne de seda doliente—
bajo una mirada de hombre.

En las estancias sombrías
llorarán su pena, sobre

los grandes tálamos fríos,
mientras la luna dorada
vela la paz de la noche.

PLEGARIAS DE LOS VEINTE AÑOS

¡Vamos a morir, Dios mío, vamos a morir!

RUBÉN DARÍO.

Entre la fiebre abrasadora
miré la Muerte aproximarse.

—¡No!... Primavera llega ahora,
mira el jardín iluminarse...

Espera, Pálida, detente,
son veinte años, ¡sólo veintel!

Oye la fuente cristalina
que canta loca, loca, loca,
como una risa femenina
que se desborda de la boca.

¿Vas a tronchar desapiadada
estos capullos entreabiertos?...
¡Quedar inmóvil, blanca, helada,
los ojos grandes y despiertos!

¡Vas a cambiar esta sonora
marcha impetuosa de torrente
por la mudez aterradora
que deja pálida la frente!

Voy a cruzar las nebulosas!...
Y ¿qué me importan los espacios
ni los principios de las cosas?...

¡Que sólo sean crisopacios
esas estrellas luminosas!

Oh, Muerte, espera, espera, espera.
¿No ves mi dulce primavera?
Mira el jardín iluminarse
y las acacias enflorarse.

Tú, buen Jesús de Galilea,
que con tus manos milagrosas,
sobre la podre sucia y fea,
pusiste rosas, rosas, rosas.

Y sobre el mar de Tiberiades
aplastaste las tempestades
con tu divina voz serena...
Y por milagro del amor
purificaste a Magdalena.

¡Predicador, predicador!
Hasta mi lecho de dolor
¿no han de venir tus blancas manos
para robar a los gusanos
mis veinte años todos flor?...

Y en Primavera ¡Jesús mío!
entre nevados jazmineros,
¿se ha de quedar mi cuerpo frío
bajo el claror de los laceros?...

LUCIANO DE SAN-SAOR.

Aún es invierno.

Todavía es la gran-noche-esquelética.
Los árboles perfectamente serios,
aún rígidos e inmóviles, apenas
si al impulso del viento se estremecen,
pero ya hay una ráfaga secreta
de claras alegrías...
de nuevas alegrías... La tristeza
alegre de los tísicos que ávidos
llegaron a un verano nuevo, alegre
con su melancolía a marzo suave...

Y *allá* hay una voz nueva, una voz nueva...
y conocida que me ríe y que
me dice: —Mira mi sonrisa eterna,
pero tú no reirás conmigo, no,
tú aún no puedes reir... Y mi alma tiembla
ante esta voz amenazante y clara,
porque ella sabe de avenidas llenas
de sol que invitan a volar a las
mujeres indecisas que aún esperan
bañadas de exterior mil fantasías,
y teme a lo impensado, y a la horrenda
osadía de luz de días bellos,
luminosos que humillan la pobreza
del hombre desdichado, obscurecido...
Y quisiera alargar en una inmensa
vida la vida del invierno, que éste
es para el débil una larga tregua

porque es como ese tiempo que precede
inseguro el arribo de las fiestas
reteniendo en los cálidos hogares
con sus frías nieves a las bellas
mujeres indecisas...

Pero hay una voz nueva, esa voz nueva
del gran-día-florido que me dice:
—Tú aún no puedes reír, ¡oh hombre, tiembla!...
tú aún no puedes reír... Por los humildes
vientres de los arroyos, tu cabeza
llena de estrellas y sueños azules
depondrás caminando ante mi espléndida
luz, y mis flores, y mi aroma nuevo...
Tú aún no puedes reír ¡oh hombre, tiembla!
quizás la luz que traigo sea en ti
sombra definitiva...—

¡Primavera,
sí, yo amo tus días y tu amable
dulzura. Séme propicia, templa
mi alma con tus manos encantadas
y cantaré tus glorias! .

... La tristeza
alegre de los tísicos que ávidos
llegaron a un verano nuevo alegre
con su melancolía a marzo suave,
y dice a mi esperanza: —Hermano, tiembla...
Las almas cual los cuerpos no se curan...
La vida es lenta y la agonía es lenta...
Pero aún enfermo hay que vivir... La vida
debe vivirse... y todavía... ¡Espera!

Hoy 1-marzo-1919.

Salmo a mi madre.

... En esta casa de misterio eterno
que va sobre unas aguas áridas, floridas
y muy tristes... En esta casa inmensa
en que me hallé de pronto con la vista
vaga de un despertar de inconsciencia,
ciego de luz, perdido en la infinita
obscuridad, a las veces, de una negra
madeja de profundas galerías
y de pasillos largos... largos... largos...

... En esta casa vibradora y rítmica
que floreció a las dulces primaveras
y supo del invierno con sus frías
heladas segadoras...

... En esta casa eterna que a la vida
tiende sus ojos como unas estrellas
y que tiene un ruiseñor que envía
sus canciones al aire como secas
hojas que fueron hojas...

En esta dulce casa hay una tierna
fragancia perdurable de las tibias
manos del hada mediadora eterna
que me mostró el encanto de sus vagas luces...
¿Dónde fuiste hada mía eterna y buena?
¿Volaste acaso adonde esta divina
esperanza de algo?...

Mi casa ha abierto ya dos de sus puertas.
Una al amor, otra a la vida; queda
una... La muerte... Un eco en los pasillos
más hondos dice: ¡Espera!

Hoy 9-enero-1919.

... Y no habré de llorar...

... Y no habré de llorar ante la ajena
desgracia. ¡Oh no, no habrán de conmoverme
la enfermedad, el hambre, ni la eterna
miseria; así, tan sólo compasivo
seré conmigo, y uacerá mi pena
de contemplar un algo mío inmenso
herido... herido de la mala bestia
de la vida. —Terrible, destrozado,
sin lágrimas siquiera,
vibraré siempre sin consuelo por
este guiñapo, esta
luz que agoniza incomprendida, sola,
muy hondo mi alma llena
de ternura infinita,
de una ternura tibia, dulce y buena.

Y seré el hombre malo que llevamos
oculto más pujante, y con instintos
de fiera carnícera contenida.
¡Y después ya todo me será lo mismo!
Amado y extraño en un vivir propuesto
por un poder aún indefinido!

J. RIVAS PANEDAS.

25-12-1918.

VERSICULARIO ULTRAISTA

DEHISCENCIA

Give me me to warble spontaneous
sons recluse by myself, for my
own ears only...

WALT WHITMAN.

*A Lucien Michel,
victorioso soldado de Lutecia.*

Verticilo iridiscente de la roja rosa cósmica.
Su umbrátil corola irradia estelarmente un haz de tensos
filamentos bermejos, como reóforos eréctiles...

Y en sus foliáceos pétalos vibrátiles, truncos bajo el aura
asolatriz de belicosidad telúrica, resaltan
vívidas estrías sangrantes, helicoidalmente coordinadas...

¡Feérica constelación alucinante en la célica dermis
de lapislázuli que esmalta el convexo ámbito terráqueo!

Las cygneas llamaradas que ascendían igniscentes desde
los guerreros agros espasmódicos—¡oh, la gleba
descoyuntada acerbamente!—
se han extendido al azur liberatriz...

Y hay un rojo crepitar letificante de estrellas incendiadas
prendidas en el boscaje multifónico...

Mientras, los rescoldos de paz frutecen
en los ocre eriales...

.....
Halla su vértice amorfo la épica tormenta vulturnal.

Las excrecencias acerbas—piras de cadáveres,
llanto, sangre y llamas—se amustian
subterráneamente ante un

¡MAGNO ARCO IRIS AURORAL!

Su heptacromismo sonríe dionysíaco en el paisaje
aún maculado y flébil,
de colinas reverdecidas y soles
convalecientes, tras el caquéxico occiduo autumnal...

Su irradiar vivificante espejea tenue en los remansos
atónitos que se enfloran de lotos eléctricos...

Y al presentirse la reviviscencia
hiperdinámica y frutal, los labios del Orbe renaciente
insinúan un eurítmico rictus floreal...

.....
¡Orto post-bélico! ¡Omniédrica transmutación!
¡Vívidas facies dehiscentes!

¡Adviene el torrente de revolución genésica!
Hay una osmósica tromba que sacude
en espasmo propulsor las másculas
vértebras de las cordilleras lunarias, y los
himenos recónditos y opalescentes de los mares boreales...

Y es entonces, cuando mi alma velivolante,
ha vislumbrado desde un «hangar» interplanetario,
y, tras una extraña refracción de espejos equinocciales,
la insólita permutación:

Subitáneamente, entre el paróxico danzar
de los planetas, la Tierra estatifica
su rotación. Y la hesperidia abstracción
amnésica de la poma terráquea,
adquiere una insólita simbolización floral...

Se expande una fragancia polarizante de láctea

sensualidad. Y del horizonte
 rasgado descende nítidamente el polen germinal.

Los estambres del terráqueo ovario se abren
 ofrendorosamente en sus anteras, receptando
 la fovila seminal, voluptuosamente...
 Y tras la introyección presagiadora,
 adviene un dinámico éxtasis silenciarío y augural...

.....

En el Alba inmadura, emergida de las nébulas
 alciónicas, se irrisan las luminarias
 hendidoras de opacidades vírgineas.
 Las nacientes perspectivas novidimensionales,
 concentran el irradiante vértigo cinemático.
 ¡Energéticas auras multanimistas riman con las sistoles
 superatrices! Todo se nimba
 primigeniamente de matices purificados e inmáculos.

Todo el dilatado tegumento espacial
 distiende sus repliegues,
 y adquiere una tersa fragancial auroral...

¡Y el Poeta al ascender, constelado de alas,
 con un gesto demiúrgico, se lanza dardeante
 entre las brumas rarificadas,
 a todos los vértices sugeridores...!

AL ATERRIZAR...

Les avions pondent des œufs
 Attention on va jeter l'ancre.

GUILLAUME APOLLINAIRE.

*A Robert Delaunay,
 destacado en la afinidad superatriz.*

Y he contemplado ávidamente,
 en un eufórico espasmo visual,

un bello panorama omniédrico,
espejado en la conscia lámina de tu hélice

¡OH, VELIVOLO AUGURAL!

que al retorno de tu «raid» ultra-telúrico,
aterrizarte, trépido y aleteante,
en mi enhiesto «hangar» craneal...

(Era tu jadear cardíaco y etéreo, tras haber desvirgado
el himen hialino de las nubes sonámbulas,
como el de un varón primievo
—imagen refractada levógiramente—
que retornaba exhausto de las gestas
genesíacas—inconocida aún la partenogénesis vertebral...)

Y voluptuoso y fragante de azur ¡oh,
velívolol! anclaste abatiendo tus alas...

Y mis taladrantes pupilas, captaron
en rauda percepción—mientras se extinguía
tu gran helizoidal—el enigma a advenir:

.....
¡SUGERENTE PERSPECTIVA FUTURISTA!

Purificados lineamientos periféricos, y,
recónditos dintornos multitudinarios
del enhiacto poblado culminante: La
infinitud de edificios cristalinos cupulados
de «hangares» agarófilos, secciona
transversalmente el dinamismo paróxico
de las umbrías avenidas rectilíneas.
En su estuario naufraga la mirada cotidianista.

Y el fluir de la marea humana
multánime y polirrítmica, con el estridor
de las sirenas y el gesticular telegráfico,
se yuxtapone en asunción laberíntica
a las energéticas percepciones sensoriales.

Locomotoras quirúrgicas avanzan

sobre ciclópeos puentes de humaredas,
horadando los torsos montañosos..

Por sobre las colinas sinusoides, tapizadas
de astros yertos, gravitan escuadras
de aerobus grandiosos. Sus pasajeros contemplan

—apoyados en los alféizares orográficos—
los «affiches» subyugadores que
proyectan, sabiamente reflejadas,
las estrellas sobre las praderas cristalinas.

Antagónicamente, en los trigales lunarios,
maduran féminas estrellas gemmadas

Abstracciones dendriformes de los bosques,
adquieren corporeidad y se yerguen
como postes y pararrayos
sustentores de antenas pulsátiles. Y sus olvidadas
exfoliaciones verdorosas, son flabeles atmosféricos...

A través de las vías convulsas—y
de los hogares decorados de máquinas—las
falanges humanas viajan, crepitan y
ritmizan sus latidos monocordemente.
Amplios racimos de adamitas supra-vertebrados,
tejen amphiómicamente un promenar voluptuoso.
Por sobre el océano ácueo, bogan brazos alados
al flanco de los torsos adolescentes...!

¡Sus tarsos gemmados de estrellas
puntuán el horizonte esdrújulo! ¡Y por
entre el cuadriculado de los hilos telefónicos
se columpian los amantes libertarios!

¡En las azules glorietas, niños inmaturos
enrollan en sus dedos los hilos de los aviones!

¡Y núbiles andróginas, manipulan los
interruptores de las estrellas vesperales...!

¡En las bóvedas craneales insurgentes
de los transeuntes rebeliosos, florece un «trolley»
que enlaza su alma a la luna corniveleta!

Durante la noche hemiédrica, se iluminan los collares
eléctricos de las hembras. ¡Y bajo sus senos
maravillosos, en el endocardio, toma
rumbo nordestal—hacia los efebos pragmatistas—
la brújula de eróticas veleidades!

¡Dinamos! ¡Simouns! ¡Hélices!
La franja hialinamente lumínica y sonora
fluifica el matiz estético voluptuoso.
Y trombas de arácnido demiúrgismo
desplazan la gravitante realidad.

¡Los pungentes anhelos superadores de los
lucíferos ultraistas cristalizan en arcos voltáicos!
Las auras tienen un sabor mental—emergido
de los propíleos dialécticos...

Sobre los pedestales de los iconos mitológicos,
yerguen sus músculos gímnicos
estatuas vivientes. ¡Los ramos de nervios hipertrofiados
—que exornan jardines primaverales—
emanan fragancias energéticas!

Y en los amperómetros sensoriales
las agujas se distienden, delatando
una afectiva expansibilidad cardíaca.

¡Todo, en el límpido panorama
de culminación eurithymica,
es terso, dinámico y felizoidal!

¿Qué inmensa planitud de lienzo
se requeriría para espejar
su potencialidad multanimista?

¿Qué cúmulo de folios para cantar su ardencia vital?

Sin embargo... sólo algunos mancebos
 ante el arco iris permanente,
 trasladan, como de una paleta
 mágica al horizonte undivago, polifonías coloristas.
 Y otros, manipulan sobre el bloque de un diccionario
 como sobre un «specimen» mecanográfico,
 arrancando plásticas verbalidades...

Desde las aortas oceánicas fluye un cenestésico pleamar.
 ¡Y el ritmo dionysíaco del vivir
 vibra perpendicular a las sístoles zodiacales!...

.....

GUILLERMO DE TORRE.

Madrid. Día 47 del año 1919.

Los Poemas románticos del ULTRA

MUJER...

¡Oh, mujer!, tu sonrisa
 me invade de inquietud y de tristeza.
 ¡Oh, mujer!, tu sonrisa
 es, al igual que tu alma,
 frágil y bella.

Yo

me siento encadenado a tu sonrisa...
 Y te temo, mujer,
 ¿por qué negarlo?

Te amo, tan solo, por el alba rosa
de tus divinos labios perfumados...

Yo no sé mas de ti...

Sé que sonrías...

Y sé que soy tu esclavo.

Tú me recuerdas—tu sonrisa, hermosa—
la divina sonrisa que en el alba
tiene el cielo azulado de mi cielo.
Pero el alba, mujer, se desvanece,
y el sol abrasa con sus ígneos rayos
el mismo cielo puro de la Aurora...
Tu sonrisa es el alba; pero oculta
tras ella, el sol de los futuros males.

OTOÑO: NOCTURNO

Igual que San Francisco, yo me siento
puro y exclamo:

«hermano perro,
hermano lobo,
hermano todo, hermano...»

Estoy en un crepúsculo de otoño:
las nubes tienen un color violado
y el color de las nubes se refleja
—¡dulce color hermano!—
en mi interior que plañe:
«hermano toro
y hermano buho,
hermano»...

MERCEDES, BLANCA-ROSA, ANA-MARÍA, ESTRELLA...

Novia de la provincia: de mí, ¡ya no te acuerdas!
Mercedes, Blanca-Rosa, Ana-María, Estrella,
y aquélla Pura —¡oh, Pura!—, tan triste y tan inquieta,
que, al contarle mi vida, sollozaba... Azucena...
Novia de la provincia: ¡Cuán tristes y cuán negras
han pasado mis horas desde entonces!... ¡Oh, aquélla
Conchita—¡Oh, amor ya muerto! —que me quiso poeta
de su amor, y una trova de amor le hice con penas!

Margaritas truncadas en mi camino... Rosas
de un jardín que un gran viento devastó una mañana...
Margaritas y rosas... jardinero, ¿qué tienes?
Corazón, ¿qué te ocurre? Corazón, ¿qué te pasa?
Mercedes, Blanca-Rosa, Conchita, Estrella y Ana-
María, ¡cuál me duelen el corazón y el alma!

TROVA

Bien hayas, amor lejano,
novia lejana, amor muerto,
bien hayas entre las blancas
paredes de tu aposento.
Bien hayas, divina triste,
novia triste, ¡amor tan triste!
a quien conocí una tarde
en un nocturnal momento.

Novia mística, tan mística
como el divino Cordero;
blanca paloma que fuiste
toda luz en mi sendero.
Blanca paloma, azucena,
rosal de un rosal rosero,
rosa toda luz: divina
rosada rosa de fuego.
Tú fuiste mi Seliseta,
yo fui tu cuervo agorero,
yo fui el azar de tu vida,
la garra en tu pensamiento.
Fuiste mi esclava, mas yo
tu señor no supe serlo
—porque los señores nacen
y no se hacen.—¡Qué desierto
es mi porvenir! ¡Oh, amada!,
y qué trágico y qué negro...
(Lejanamente se escuchan
tocar campanas a muerto.)

¿Y TÚ, ALMA ENAMORADA?

Profundizar... ¿Profundizar?...
¡No intento!
¿Me quieres?
Yo te quiero.
¡Ya está bien!
¿Profundizar en el amor?
¡Locura!
Filósofo: ¿tú sabes?
—¿Saber qué?
Cerebro, ¿le conoces?

—Conocer...

¿Y tú, alma enamorada?

—¡Sí... yo sé!

¡Pues basta!

¿De qué sirven el *cómo* y el *por qué*?

XAVIER BÓVEDA

Cosas del tiempo antiguo.

LIRIOS, PRÍNCIPES Y VERSOS

Lirios en las manos, oros en las trenzas,
risas en los labios y en el alma azur,
van los pajes rubios, siendo los heraldos
de la favorita rosa.

Llevan los hachones que la ruta alumbran
—de la Primavera tras el palanquín—
y los bucles rubios de sus trenzas rubias
fingen los tesoros del brujo Merlín.

Fugas de palomas hay ante el cortejo,
que tutela Apolo, que preside Amor;
como lirás célicas, cantan las alondras
y la luna brota como inmensa flor.

Brotan las estrellas, que en las cabalgatas
como las antorchas siderales son;
brotan las estrellas, como en los rosales
brotarán las blancas rosas de Sidón.

Es inmensa cúpula de cristal el cielo;
fingen los luceros rosas de zafir
y hay, a veces, grandes fugas de luceros,
que rápidamente dejan de lucir.

Hay en los corceles ímpetus violentos,
por el aire vuelan rimas del país
de los florilegios de los trovadores
que tienen por lema de canción la lis.

Cantan los felibres de la luna en una
lengua eolia, rítmica, bella y musical.
;Líricos felibres son los rui señores
que gustan las dulces mieles de Mistral!

Riman los arpeggios que sus cantos rigen
con la voz de Eolo, que tiene su atril
entre los fragantes bospues de rosales
de la Primavera y de su hermano Abril.

Cisnes imperiales, fugas de panteras
y la cola abierta del pavo real,
que en el plenilunio de la noche abre
toda su encendida flora tropical.

Cantan las sirenas del confín remoto;
danzan los silvanos, dioses del jardín;
Loreley, lejana, de su lira entrega
al aire las viejas baladas del Rhin.

Címbalos y sistros, cítaras y flautas,
tocan esos pajes, y a sus ritmos van
ajustando el paso. Sobre todo, suena
la siringa agreste del bicorné Pan.

Lirios en las manos, oros en las trenzas
—la Aurora sus hachas comienza a encender—,
van los pajes rubios; llevan en los labios
y en los corazones almas de mujer...

MARÍA ANTONIETA Y EL DIOS...

Blanca flor, pomposa, llena de fragancia,
luminosa estrella, prestigiosa lis,
que aromas los bellos jardines de Francia,
los parques fragantes del regio Rey Luis.

Por las avenidas de los Tamarindos,
¡iban tan ligeros sus rítmicos pies!
¡Como mariposas, de alados y lindos!
¡Como mariposa del jardín francés!

Eran los pomposos tiempos de Versalles,
los ceremoniosos tiempos del Triánón;
las blancas estatuas ornaban sus calles,
cantaba una fuente su dulce canción.

Con los armoniosos y alados violines
sonaba la eterna siringa de Pan;
era el dios bicornes, dios de los jardines,
sabía de los besos de la Montespán.

Y en el laberinto de alguna glorieta,
toda abovedada de verbena en flor,
supo de los besos de María Antonieta
y de sus caricias, si no de su amor.

Con las llamaradas de aquel fuego vivo,
ardió de tal forma su cuerpo viril,
que a los muslos blancos, sus patas de chivo,
trenzó con la fuerza de un potro cerril.

(Le temen las rubias marquesas; le temen
al sátiro-chivo, potente y carnal,
que con sus ardores glorifica el semen
entre la propicia fronda de un rosal.)

¡Goza, dios bicornes, los besos de mieles
en el apartado y oculto confín
de la fresca sombra de aquellos laureles
que saben la historia de amor del jardín!

ADRIANO DEL VALLE.

Dorian Gray.

Basil pintó su rostro, todo bondad y flor;
el Diablo hizo su alma, ruda como la arista
de los diamantes fuertes. Si Basil creó Amor,
el demonio probó que también es artista...

Arco Iris de ensueño dió luz a los pinceles
que pintaron las siete virtudes de lo Bello,
y el Diablo dió su sello
de los siete pecados con los agrios cinceles.

Primero hubo combate; siete lanzas quebraron

siete veces su ímpetu contra siete corazas,
y Dorian sonrió, y las lanzas triunfaron,

y al Dorian sollozar, triunfaron las corazas.
Luego el alma del duelo tendió un vuelo sereno
y el duelo se olvidó. Hubo síntesis. Bueno.

LUIS MUÑOZ MARÍN.

Nueva York.

Cervantes es la estrella...

Cervantes es la estrella en el cielo de España
que guió el rumbo de nuestra nave espiritual;
él fulgura en la luz de una razón extraña
el romance de oro del manchego genial.

Reluce en la armadura del seco caballero
el sol cuando en España no se ponía el sol,
y en la tajante espada del triste aventurero
y en la amarilla mancha del solar español.

Y en América prende el alma de Rubén
Darío, y enciende otra pira ideal,
lumbre en el vaso místico de la divina traza:

«Los motivos del lobo», porque Rubén también
hace de San Francisco otro Quijote igual,
lleno de la altiva condición de mi raza.

F. VILLEGAS ESTRADA.

CUENTOS ESPAÑOLES

El aviso de la muerte

Habíamos terminado de cenar y aguardábamos las minúsculas tazas llenas del café fernandino, delicioso y aromático, como el más selecto Moka.

Por las persianas abiertas de par en par, entraban los efluvios enervantes de la noche africana.

A mi lado estaba Pedro Gay, un catalán alto, cuadrado de hombros, de frente amplia y despejada, de ojos azules y llenos de candor. Completaban el resto de los comensales, dos tenientes de infantería de Marina y el dueño de la casa, un mulato ágil, nervioso y muy simpático.

—Señores—dijo el teniente Rodríguez, un joven barbilampiño que parecía haber salido aquel mismo año de la Academia.

—¿Green ustedes en los avisos de ultratumba?

La extraña pregunta causó en todos cierta sorpresa; pero pasados los primeros momentos, sonreímos burlonamente, a excepción del mulato que permanecía serio moviéndose con nerviosidad en su asiento.

El teniente López, que había leído a Allan Kardec, y admiraba su ingenio, aunque sin sentirse arrastrado por sus doctrinas, respondió jovial:

—Hombre, yo no afirmo ni pongo en tela de juicio, nada que tenga relación con lo misterioso y lo extra-humano. Creo lo que está al alcance de mi inteligencia. Salirse de lo normal y de lo razonable es peligroso, y Dios sabe adónde nos conduciría nuestra locura.

—Tiene razón el teniente López—repuso Pedro Gay—. Es necesario poseer un cerebro prodigiosamente organizado, para que admitida la más leve desviación de las leyes de la naturaleza, no se despeñe uno por el abismo de lo sobrenatural.

—Vayamos por partes—exclamó sonriendo el teniente Rodríguez—. ¿Quién puede vanagloriarse de haber encontrado la verdad? Por ventura, ¿no es un misterio el principio del mundo, aunque traten de explicarlo a su modo los filósofos materialistas? ¿Qué es la electricidad? ¿Y las fuerzas ocultas? Negamos lo obscuro y lo laberíntico, cuando estamos rodeados de tinieblas.

¿Por qué un hombre domina a otro con un sola mirada? Esa frase vulgar, *me lo daba el corazón* que acude a nuestros labios cuando nos pasa algo que presentíamos; todo ello demuestra que existe una fuerza desconocida, cerniéndose sobre nuestra razón soberana.

A medida que el teniente Rodríguez desenvolvía su tesis, el dueño de la casa fijaba sus ojos negros y brillantes en el rostro del oficial, y una inquietud nueva parecía agitar todos sus nervios.

El mulato era un hombre de una fina sensibilidad. Bien constituido, fuerte, musculoso, esbelto y ágil,

llevaba en sí toda la briosa naturaleza de las razas mixtas. Su valor rayaba en lo temerario. No obstante, era supersticioso como un gitano, y creía en duendes y en absurdas y grotescas apariciones. Silencioso, seguía sin perder una sílaba de lo que hablaban los demás, hasta que una frase de Pedro Gay, le hizo salir de su ensimismamiento, y tomar parte en la discusión:

—Señores; quien puede decirnos algo de gran interés y muy extraordinario, es Balmaseda. Ha estado en el Senegal, y allí creo que se hacen experimentos prodigiosos.

—¿Usted se refiere a los juegos senegaleses?—preguntó el mulato.

—Sí, señor.

—Veamos, veamos—dijeron los tenientes.

—Ahí no hay nada misterioso. Son juegos que tienen su trampa como todos los juegos. Pero son divertidísimos. Ya iremos un día. Hay que tener una gran serenidad de ánimo, porque la ilusión de que le cortan a una persona un miembro de su cuerpo es completa; pero, en fin, todo eso llega uno a explicárselo. Lo que no he podido explicarme todavía es el siguiente caso que me ocurrió el año pasado, y desde entonces he admitido las relaciones misteriosas ante la evidencia de los fenómenos.

—Cuenta, cuenta usted.

Y todos lo rodeamos excitada nuestra curiosidad por las palabras algo temblorosas del mulato.

—Ustedes saben que hace dos años tuve la desgracia de perder a mi madre. Su cuerpo recibió sepultura

en el cementerio protestante, a cuya religión pertenecía. Mi madre era de un temperamento muy nervioso. Murió de repente, sin enfermedad alguna conocida. Su recia constitución había rechazado todos los achaques de la vejez. Ni la fiebre del país le atacó durante los años que vivió en la isla.

La muerte rápida e inesperada de mi madre produjo en mi ánimo una gran tristeza. No obstante, tuve valor para amortajarla, y encargué un lujoso ataúd, que fué construído con maderas preciosas del país. Era un macabro estuche de labor artística y original. El ébano, el palo rojo, la madera de hueso y la caobilla, formaban arabescos, encajes, adornos y signos grolíficos. El carpintero *basá* (1) que lo construyó, puso en aquella caja todas las filigranas de su arte misterioso, heredado de los antiguos egipcios.

El fúnebre artefacto, a la luz del sol, despedía reflejos polícromos. Tenía, además de una tapa exterior de madera, otra interior de cristal, para que el cuerpo se conservase más tiempo bajo tierra.

La caja, reforzada por sus ángulos, podía resistir sin detrimento la presión del terreno.

En el momento supremo de la separación, una angustia indecible invadió mi espíritu; pero tuve alientos para ver caer, sobre el cuerpo querido, las paletadas sordas de los enterradores.

Pasaron dos semanas. La lucha por la vida y el amor a mis hijos, lograron adormecer algo el dolor inmenso de aquella pérdida irreparable.

(1) Indígena del Africa occidental.

Una tarde, esa intensa neuralgia que padezco frecuentemente, me apretó de tal forma, que para aplacar algo el desconsolado dolor, tuve necesidad de ingerir varias tazas de café. Logré amortiguar un poco la dolencia; pero mis nervios, atacados por el excitante, vibraban como las cuerdas de un arco en tensión. Aquella noche di vueltas en mi lecho sin poder dormirme. Ya próxima la madrugada, me venció el cansancio y cerré los ojos; pero mi cerebro, loco y descompuesto, se entregó a las más extrañas visiones y a las más espantosas pesadillas. De improviso, una faja de luz atravesó la alcoba y se perdió en el infinito. Por esa cinta luminosa vi avanzar una figura de mujer, pero estaba aún tan lejana, que parecía una marioneta de un teatro Guignol. Lentamente, la figura iba aumentando de tamaño, pero todavía no me era posible distinguir sus facciones. Yo no sentía sobresalto ni temor ante aquella misteriosa visitante. Sentía sólo una gran curiosidad por conocer aquel fantasma. Más cerca pude advertir que llevaba puesto el mismo vestido con el cual fué amortajado el cuerpo de mi madre. La figura tenía un velo echado sobre el rostro. Con cautela, acercóse a mi lecho, y me dijo con voz suave y suplicante:

—Hijo mío: a pesar de todos los cuidados y de la fortaleza de la caja que me sirve de tumba, el cristal de la tapa interior se ha roto, y un pedazo de vidrio se ha posado en la órbita de mi ojo izquierdo y me molesta grandemente. Te ruego que vayas al cementerio y me libres de este cristal, que acabará por herir mi retina si se deja más tiempo.

Era la voz querida de mi madre. Quise abrazarla, e intenté despojarla del velo que cubría su rostro; pero ella exclamó como en un suspiro:

—Aparta. El espíritu es impalpable. Por un raro efecto de óptica me ves aquí, en la habitación, como si realmente existiera, pero mira y convéncete de la esterilidad de tus esfuerzos. Intenta abrazarme.

Yo seguía viendo su silueta en medio del haz luminoso. Avancé y abrí mis brazos creyendo encerrar en ellos la visión amada. Pero como si aquel cuerpo estuviese hecho de cendales de nieblas, mis brazos sólo apresaron el vacío. Luego, la senda luminosa fué perdiendo gradualmente intensidad, y al fin desapareció en el fondo de la alcoba, desvaneciéndose la figura de mi madre sin pronunciar ni una palabra más.

Aquella mañana me levanté con el cerebro pesado y el cuerpo dolorido. Recordé el sueño de la noche anterior, y me hizo sonreír la extraña visita misteriosa.

.....

El relato de Balmaseda nos interesaba mucho. En silencio seguíamos con curiosidad creciente el desenlace de aquella rara y estrambótica fantasía. Después de una pausa, prosiguió:

—A la noche siguiente, y a la misma hora, repitióse el prodigio. Pero la súplica de la muerta era ya casi un mandato.

—No has hecho lo que te encargué—me dijo la visión querida—. Te advierto que no puedo seguir así. Ese cristal se me clava poco a poco. Haz lo que te he dicho, sin pérdida de momento, o de lo contrario todas las noches vendré a recordártelo.

La repetición de la pesadilla me tuvo al día siguiente preocupado. No podía atribuir a debilidad de mi cerebro aquella nueva aparición, porque mi organismo había entrado en la normalidad, libre de la neuralgia que tan fuertemente me atacó el primer día. Pensando en aquel extraño fenómeno, me acosté; pero la maravillosa visita volvió a presentarse. Nervioso y angustiado por el prodigio del caso, temí, en una obsesión avasalladora, que terminara por destruir mi razón. Hubo días que bebí más de lo conveniente, hasta el punto de acostarme con un principio de borrachera. Pero todo inútil. La visión volvía apremiándome, y ya la súplica convirtiéndose en amenaza, advirtiéndome que si no la libraba de aquel vidrio que hería su retina, las más grandes desgracias caerían sobre mí.

No esperé más. Aquello era demasiado. Yo quería recobrar mi tranquilidad a toda costa. En seis días adelgacé como si me hubiera consumido una alta fiebre. Notaba mi cerebro debilitado y las neuralgias volvieron a poner su anillo de angustia sobre mis sienes.

Una noche, una de esas noches tropicales en que la tierra parece humear bajo la blanda caricia de la luna, me dirigí al cementerio de los protestantes, acompañado por el patrón y dos remeros de mi canoa, hombres fuertes y valerosos. He de advertir a ustedes que allí puede entrarse a todas horas, porque no hay quien vigile.

Nos pusimos en marcha. Al poco tiempo dejamos atrás las calles de Santa Isabel y al pueblo dormido, en la madrugada tibia, resplandecientes los techos de

cinc entre la negrura de la arboleda. En el silencio de la noche no se oía más que los osos hormigueros. Ya cerca del cementerio, las luciérnagas, al abrir sus élitros, parecían en el fondo de la espesura como fuegos fatuos que se elevasen en el aire.

Habíamos llegado al sitio donde estaba enterrada mi madre. Mis hombres empezaron la tarea macabra. En media hora quedó al descubierto la tapa del ataúd. Y poco después, arrojada fuera del hoyo toda la tierra que aprisionaba los costados de la caja. Algunos esfuerzos más y logramos traer el ataúd a la superficie. Todo en torno nuestro reposaba en un silencio hondo y sombrío. Los ceibas y las palmeras recortadas sobre el cielo violeta semejaban fantasmas petrificados en el misterio de la noche. Mi corazón latía aceleradamente. Pero me sobrepuse al temor y avancé dudando. Tembló mi mano como la de un viejo, cuando acerqué la llavecita a la cerradura del ataúd.

En la ranura metálica la llave produjo un ruido estridente y desigual, y al dar la vuelta una angustia terrible me subió del pecho a la garganta.

—Ya está—exclamé con voz sorda y emocionada a mis acompañantes. Los brazos musculosos tiraron hacia arriba. Crujió la tapa. Las visagras oxidadas por la humedad sonaron como un ronco estertor de agonizante. Y ante mis pupilas asombradas y desmesuradamente abiertas, surgió el cadáver. El resplandor de la luna caía de lleno sobre la caja. El rostro negro de mi madre parecía de ébano. Estaba como el día de su muerte. Tuve un momento de terrible alucinación al fijarme en sus ojos; abiertos miraban al

cielo con esa inmovilidad misteriosa y trágica, de los que han dejado de existir. La luna al acariciar su rostro hacía más negro el azabache de su piel y más blanco con blancura cegadora, el cerco lechoso de sus pupilas. Me acerqué y el espanto me apretó el corazón. El cristal de la tapa interior estaba roto, y un pedazo de vidrio de forma triangular posaba uno de sus extremos en la materia blanda y gelatinosa de su pupila izquierda.

Hice un llamamiento a todas mis energías, y aparté de allí aquel pedazo de cristal. Y fué tan intensa la excitación de mis nervios, que vi una sonrisa de agradecimiento en el rostro enigmático de mi madre. Cerramos la caja, y una vez puesta de nuevo en su sitio, regresamos al pueblo. Desde entonces no he vuelto a padecer de insomnios ni de pesadillas.

Todos contemplábamos a Balmaseda como poniendo en duda la veracidad de su relato; pero su mirada, perdida en no se sabe qué profundos arcanos y la exaltación que parecía dominarle, demostraban que era cierto, rigurosamente histórico, todo cuanto había contado.

—Es un extraño caso de telepatía que lo he de aprovechar para uno de mis libros, si usted me lo permite.

—Con mucho gusto—me respondió el mulato.

Y quedamos silenciosos, serios y graves, envueltos en el mágico prodigio de la fantástica aventura.

José Más.

UNA TRAGEDIA ANÓNIMA

(Fragmento de unas memorias) (1)

Mi hermano conoció a su mujer un poco novelescamente. A poco de terminada la carrera, le pensionó el Estado para un viaje de estudio a las cuencas carboníferas del Petchora. A dos leguas de éstas, en Piatka, el «troika» que los conducía—dos condiscípulos acompañaban a Antonio—desde la última estación del ferrocarril, hacía el último cambio de tiro. Había, sin embargo, que pasar la noche en una miserable y nada hospitalaria posada, o pedir albergue en un castillejo medio arruinado, propiedad de una de las infinitas condesas tronadas y altivas con que cuenta Rusia. Por esto último se decidieron los noveles ingenieros, y después de un kilómetro de camino llamaron a la maciza puerta de roble de la mansión. Les dió paso franco y cortés un labrador fornido y peludo, vestido a la usanza de los viejos servidores de las noblezas caídas, con esos últimos y deteriorados restos de espléndidas libreas, que tan de mano maestra retrata el gran Tolstoi y que constituyen el último y máspreciado blasón de los nobles. A través de oscuros y húmedos corredores, desprovistos de alfombras, armaduras y cuadros, débilmente alumbrados por grandes y roñosos

(1) De la novela *Como los dioses, las almas*.

fanales de bronce con bujías de aceite, los condujo a un salón donde aguardaban la hora de la cena, la anciana condesa Paulofva, sentada en un señorial sillón junto al fuego de la chimenea, su hijo Pablo, paseándose a grandes zancadas por la estancia, y Susana, la acompañante de la condesa, sentada junto a ésta, en una sillita baja y leyendo pausadamente unas páginas del poeta místico Fedor Welmiski.

Fueron acogidos seriamente cordiales por la castellana y su hijo. La cena transcurrió con esa frialdad y mudez propia entre personas desconocidas y que quizás no volvamos a encontrar en la vida. Además, ignorantes los dueños del francés, apenas si chapurreaban el alemán, únicos idiomas dominados por mi hermano y sus compañeros. Unicamente, y de tarde en tarde, Susana, que hablaba parisinamente, les preguntaba tímida noticias *de fuera, del mundo*.

Antonio, fijos sus ojos en Susana, pudo notar que los de ésta, sólo se levantaban de vez en cuando para posarse, inquietos, en Pablo. Y si éste la sorprendía en su mirada, sonreía con una risa cínica, cruel, lujuriosa. Entonces las inefables pupilas de la chiquilla se llenaban de lágrimas y se abatía sobre el plato, mientras hacía esfuerzos supremos por no sollozar. Levantados los manteles, durante la sobremesa, por orden de la condesa, subió Susana al piso superior a preparar los aposentos para los viajeros. Cuando llegó mi hermano al suyo, aún estaba en él la señorita de compañía. Se detuvo un momento en el dintel, sorprendido. Ella, pudorosa, con fuego de rubores, se abrochó rápidamente el corpiño. Balbució opacamente, entrecortada:

—¿Me perdonará usted, verdad? Como suponía que serían ustedes católicos, había ido a mi cuarto a por alguna estampita o medalla para ponérselas a la cabecera, pero no he podido encontrar más que un Cristo y una estampa que he colgado en las otras dos habitaciones y aquí iba a poner... uno de mis escapularios...

Quedó Antonio dulcísimamente prendado del encanto de aquella divina y devota criatura.

—Y el haber llegado prematuramente, ¿me va a privar de la protección de ese escapulario doblemente maravilloso por ser del cielo y de usted, Susana?—suplicó mansamente, cariñosamente, mi hermano.

En medio de su expresión de tristeza resignada, sonrió pícara, adorablemente pícara.

—¡Vuélvase usted!

Obedeció él prontamente. Percibió el crujimiento de la blusa al desabrocharse.

—Ya puede mirarme.

En la mano tenía Susana un escapulario de Santa Susana, azul, viejo, sudado de su carne fragante, en sus reconditeces sagradas. Lo puso en manos de mi hermano, subyugado, que lo besó repetidamente por la parte más descolorida. Oía extrañamente a un perfume desconocido y subidísimo.

Tornó ella a sus rubores deliciosos y a sus visitas. Pretendió marcharse.

—Buenas noches, señor. Que descanse.

Antonio se interpuso delante de la puerta con los brazos extendidos. Frunció ella ligeramente el ceño con un gesto soberbio y dominador hasta entonces oculto.

—No imagine en mí torpes intenciones y deseos, Susana. Pero ya que tan buena ha sido usted conmigo, yo quisiera que tuviera un poquito de confianza para mí. La he observado atentamente durante la cena. Usted sufre mucho, Susana; usted sufre horriblemente y se halla abandonada de todo amparo, fuera de todo consuelo. Ya sé que quizás le asombre que le pida confianzas uno que sólo la conoce de cuatro horas. Noblemente, y gracias a Dios, siempre así procedí en mis actos. La confieso la profundísima simpatía que la he cobrado, el grande interés que me ha inspirado su oculta pena. Hasta ahora, nuestros caminos fueron distintos, ajenos, desconocidos. Quién sabe si desde este mismo momento marcharán juntos, abiertos de par en par uno para el otro. ¿Por qué no me enseña su corazón, Susana? ¿Por qué no quiere que comparta e alivie sus sufrimientos? Usted es aún una niña; yo ya paso de los treinta años, y lo que para usted podía ser un obstáculo inabordable, una montaña inaccesible, podía ser tan sólo una bagatela para mí. Por lo mismo que yo también he sufrido muchísimo, sé cuán árido, cuán infinitamente doloroso, es no poder desahogar el alma en otra hermana gemela con la nuestra, que tenga bálsamo para la herida, risa para el llanto, contentamiento para la desesperanza. En la altísima escuela del dolor existe una suprema voluptuosidad, un fin y un medio por el que se aceptan gustosos los padecimientos. La voluptuosidad de ir desmenuzando, triturando, martirizando con cruentísimas flagelaciones nuestro espíritu por cada sér amado, por cada ilusión concebida, por cada

ansia ensoñada; la voluptuosidad de dar generosamente, heroicamente trozos del alma—lo más costoso y divino que en nosotros hay—por todo y cada uno de lo prójimo como ídolos de nuestros más infinitos ardores. Corresponder a lo más subidamente humano con lo más majestuosamente sublimizado. Generosidad de dioses, fuera del alcance de la mayoría de los hombres. Pero el medio, el apoyo que nos sustenta, es una comprensión igualada, que se compenetra íntima con nuestros ideales y que turna nuevamente con nosotros en alientos y en desmayos, cuidando de que previamente haya siempre una esperanza, una risa, una palabra, algo que diga de infinitud y grandeza. Y el fin no es—triste es decirlo—sino algo simplemente humano, perecedero, pero que llena todos nuestros sueños y satisfacen todas nuestras quimeras, siendo de dos y diferentes maneras, o alcanzando o desluchando.

Y este fin, Susana, nunca está enteramente en nosotros mismos, ni para nosotros mismos lo conseguimos.

Nos hace falta alguien, tal vez el que nos ayudó a desvanecer, a quitar los obstáculos de nuestro camino para dar la expresión de la felicidad y de la paz interior, que no es sino la externa manifestación de nuestra alma. ¿No querrá usted, Susana, que yo sea ese medio, aunque luego, indirectamente, consiga ese fin? ¿Será usted el único náufrago que no se agarre a la tabla que se le ofrece...? Susana..., Susana..., ¿no cree en mi sinceridad, en mi interés?

Habían ido retrocediendo hasta el fondo de la habitación. Susana se había sentado en una silla al lado

del lecho, caídas las manos milagrosas sobre el regazo, transformada la soberana expresión de su cara en un desaliento dulcísimo, llorosos sus ojos de miosotis, trémulo el cuerpo, abatida sobre el pecho la cabeza aureolada de oro viejo. Antonio se sentó junto a ella, en el pie de la cama, inclinado, persuasivo, lleno de caridad.

—Susana..., Susana...—la tomó una mano entre las suyas, que ella le abandonó en gratitud—, ¿por qué se empeña en sufrir sola? ¿No puede tener confianza en mí, verdad?

Tuvo que sostener una mirada larga, incisiva, de las pupilas verdes, azules, rojas, mágicas.

—¡Oh, sí...

Con entrecortadas frases acompañadas de lágrimas a veces, a veces voluntariosas, indómitas, le hizo la relación de su vida. Había nacido en Rusia, en Varsovia, y tenía ahora diez y siete años. Su padre era polaco, pero casado con una francesa, cuyo nombre llevaba también ella. Cuando apenas contaba dos años, por cuestiones políticas relativas a la autonomía de Polonia, fué desterrado su padre y confiscados sus bienes. Fueron a refugiarse en París, donde vivieron trece años, donde ella se educó, en el manso colegio mongil del Sacre Cœur, y donde, tísica, murió su madre, cuando ella contaba apenas catorce años. Al año siguiente, añorando el polaco las viejas estepas, la sacó del pensionado, y juntos partieron para el país de los zares. No había que pensar en detenerse en la tierra nativa, donde aún eran recordadas las rebeldías y fogosidades del revolucionario. Hábil ingeniero, con-

siguió un destino en la cuenca carbonífera del Petchora, y empleado allí siguió hasta hacía un año que sucumbió sepultado en un desprendimiento de tierra. Sola a los diez y seis años, desconociendo el mundo, sin medios de fortuna, su calvario hubiera sido horroroso de no entrar recomendada, por un compañero del difunto, de señorita de compañía para aquella vieja condesa. Pasaron otros seis meses. Duro, despótico, era el carácter de la anciana, que la hacía sufrir toda clase de humillaciones y de trabajos. Escaso era el sueldo—diez rublos—en aquella mansión donde habiendo sólo un criado y una sirvienta, tenía a veces que barrer y fregar suelos. ¡Ella, la adorada por todo el que la conoció! ¡La mimada frenéticamente por sus padres y criados! ¡La que jamás vió desatendido un capricho y un mandato! ¡La que llevó vestidos de seda de tres mil y cuatro mil francos! Pero todo lo llevaba con resignación, y aun con gusto si hubiera podido encontrar algo donde poner el ansia inmensa de cariño que la saltaba en el pecho, en el corazón y en el alma. Mas todo lo que le rodeaba era inexpresivo, frío, rígido, de una durez que le pesaba inmensamente en sus entrañas, que le arañaba en sus sentimientos.

Cualquier muestra de afecto, de cordialidad, era atribuida a interés por los domésticos, a hipocresía por la dueña. Se ahogaba, se ahogaba lenta, segura en aquel ambiente árido, con frialdades de torre polar, ¡ella la apasionada, la romántica, la loca de amor no comprendido! ¡Cuántas lágrimas, cuántos ahogos, cuántos sutilísimos suplicios morales, cuántos ensueños rotos, cuántas impotentes rabietas tenían pre-

senciadas las tristes paredes de su alcoba! Un día, hacía cinco meses, regresó de San Petersburgo el único hijo de la Condesa: Pablo. No tardó una semana en empezar a cortejarla abiertamente. Ella, inocente, preñada del tipo gallardo, de la bella fisonomía de las ardorosas y bonitas frases del arruinado noble, e impelida por sus arrebatos de querer, correspondió con el alma. No tardó en recibir una puñalada feroz, sañuda; por la conversación indiscreta de los criados, que escuchó primero involuntariamente, y después anhelante, supo que Pablo cada cuatro o cinco meses, marchaba a la Capital, a gastarse en francachelas, en vicios nauseabundos, en escándalos—que ya le habían llevado dos veces a cárcel—, en degradaciones, los ahorros que la débil madre hacía a costa de inauditos esfuerzos y tacañerías. Y ni él mismo, cuando creyó tener asegurado su cariño, se recató en manifestarle las intenciones lujuriosas, brutales, que abrigaba respecto a ella. Una noche, borracho, babeante, delante de su misma madre, tuvo la desvergüenza de decirla:

—Has de ser mía, Susana; por las buenas o por las malas, has de ser mía...

Y la vieja Condesa, reía, reía imbécilmente, aprobaba tácitamente, sentada, hundida en el viejo sillón, al lado de la chimenea roja, calenturienta; bajo sus tocas grises y su cabellera blanca, tenía la vitalidad de un engendro de brujería, de una figura demoníaca de aquelarre, un agua fuerte de Isbert, de aquéllos que le habían dejado una extraña sensación de miedo, cuando de niña visitó las galerías del Palacio de Bellas Artes de París.

Con su boca desdentada, reía, reía la madre. Entonces el hijo quiso abrazarla, besarla en la boca. Sublevóse su espíritu soberbio—heredado del padre—, fuerte, indómito, varonil, y cuando ya iba a caer apresada por las zarpas del borracho, le partió una botella sobre el cráneo. Un mes estuvo en cama el cínico, atontado, la cabeza abierta. Cinco días hacía que se había levantado cuando llegaron ellos, y ya le había vuelto a repetir mientras sonreía la madre.

—No tienes más remedio, Susana, que ser mía; más tarde o más temprano, de grado o a la fuerza...

Tuvo un miedo espantoso, al considerarse sola en medio de aquella estepa de la que le era imposible escapar, en aquella mansión lúgubre, hostil; indefensa en la pequeñez de sus diez y siete años y de su feminidad; bajo la potestad impía, maldita, de aquellos cuatro seres monstruosos que la iban cercando, matando lentamente...

Cuando acabó de contar su amargura, estaba Susana de rodillas, puestas las manos en súplica conmovedora, brillantes de llanto los ojos, sollozante el pecho y la garganta, el alma en los labios:

—Quien quiera que usted sea, a usted me confío plenamente. ¡Sálveme usted, por el amor de Dios! ¡Ayúdeme a salir de este infierno! Su llegada ha levantado mi espíritu derrumbado. ¡Pobre de mí! Decidida estaba a entregarme para alcanzar la paz. Toda mi fortaleza, día por día, se ha ido abatiendo, demoliendo; todas mis energías que en vano finjo en momentos críticos, se deshacen en mi debilidad de mujer.

¡Sálveme usted! ¡Apiádenle todas las infinitas e increadas torturas que he sufrido y que sufro!

Cayó tronchada, trepidante, epiléptica, sobre la frialdad del pavimento.

.....

.....

Al mediodía siguiente, ante la puerta de la mansión, estaba preparado «el troika». Subieron a él mi hermano y sus compañeros. Y en un momento que se ocultaron los rostros apoyados en las altas ventanas, envuelta en un enorme abrigo de pieles, vino a refugiarse entre ellos Susana. Partió velozmente el vehículo. Se abrió violenta la galería de la torre, y un instante quedaron asomados a ella, la cara congestionada del borracho, los brazos altos, latidos con furor despótico, con rabia inconcebible; detrás, un rostro caduco, cruel, de pesadilla. Aún distinguieron cómo salía del castillo el déspota, poseído de una súbita locura; después, cómo entraba en el cobertizo, para aparecer por último jinete en un pequeño caballo negro. Los perseguía como un engendro, sin armas, con la cabeza descubierta, con la misma levita un poco ridícula que usaba para casa. Gritaba, maldecía, contaminaba con unas voces que llegaban apagadas, en un dialecto que sólo Susana, temerosa, arrinconada, podía entender. Y en la serenidad imponente del paisaje helado, aquella huída tenía emociones y contornos de tragedia funambulesca.

Varias veces, en su vertiginosa carrera, resbaló el potro que montaba Pablo. Sin piedad, con sacudidas frenéticas, se obligaba éste a proseguir la marcha for-

zada. Y aquel formidable «mujik», que guiaba hábilmente «el troika», reía... reía...

Repentinamente, sobre enorme estepa silenciosa, glacial, se fué extendiendo una niebla espesa, blanca, como si de aquellos cielos plomizos y bajos se dejaran caer cortinas de nubes.

Y una noche densa, opaca, que deshacía la impresión de caminar por el interior de una enorme bola de nieve, les envolvió en el transcurso apenas de varios minutos. Y aquel elemento no retrocedía... Espoleando brutal a la bestia, conseguía acercárseles lo suficiente para no perderles de vista, para que pudieran oír sus gritos. Una inquietud que poco a poco fué convirtiéndose en un miedo horrendo, fué apoderándose de todos. Detrás del perseguidor se comenzaba a dibujar débilmente una línea negra, interrumpida a trazos, que no se alejaba nunca. Una línea que se iba cerrando, acercándose, como si quisiera unirse a la marcha fantástica... Un alarido infinito, espantable, que repercutía en cada átomo de la llanura, les sacudió las entrañas... Y «el mujik» reía... reía...

—¡Los lobos!—anunció fríamente... Y era un lobo, más feroz que los otros, paladeando la voluptuosidad de una próxima lucha heroica...

El borracho, erizados los cabellos, perdida la noción que le hizo lanzarse en aquel éxodo funesto, aterrado, rígido sobre la bestia que desbocada redoblaba su carrera suprema de angustia, clamó hasta ellos con ruegos que crispaban, con súplicas que movían a lástima un socorro, una protección... Fué un instante de duda intensa. No hubo tiempo de decidirse. Sin soltar

las riendas, volvióse bruscamente «el mujik» empuñando una carabina; apuntó sólo un segundo y disparó. Pablo dió una sacudida espantosa, se dobló sobre el caballo y quedó arrastrando sobre los estribos. Sobre él se acabó de cerrar la línea negra que después sólo fué un montón, una mancha movible y sonora sobre la nieve...

FEDERICO CARLOS SÁINZ DE ROBLES.

La caja logomáquica.

I

En mi camarote abuhardillado conservo una caja logomáquica. Es una caja grande de madera, que durante un largo viaje fué residencia de un piano. Sobre su lomo he puesto esta inscripción: CAJA LOGOMÁQUICA, y he trazado una cruz latina muy esbelta.

Esta caja podía ser muy bien la caja de Pandora o una caja de caudales, pero no; no es la caja de Pandora, ni una caja de caudales. Es la caja de logomaquias. Hasta ahora han conseguido encerrar los vicios y los caudales en unas cajas, pero nadie ha conseguido encerrar logomaquias. Sólo yo he podido hacerlo. Por eso, en la puerta de mi casa, he puesto una placa de esmalte, que dice:

M. CIRQUIAIN-GAIRTARRO
CLAUSURADOR LOGOMÁQUICO

2.º izqda.

En la caja de Pandora estaban encerrados los vicios tan sólo. En la caja de mi invención están encerrados los vicios y las virtudes. Mi caja es superior a la caja de la Pandora. Por el modo de rotular mi caja, se creerá que hay vocablos en ella. Pero no hay voca-

blos, porque yo los detesto. Sólo hay cosas que son más esenciales que los vocablos. El vocablo no podría existir sin la cosa que denomina. El vocablo carece de sustantividad propia. Por eso detesto los vocablos, porque son adjetivos. Por eso idolatro las cosas, porque son sustantivas. Esta caja es el archivo sentimental de mis recuerdos. He afirmado que en esa caja no hay vocablos, y por lo tanto la logomaquia no es de vocablos; es de cosas representadas por esos vocablos. No hay orden, no hay simetría. Sólo hay cosas aglomeradas en desordenado maridaje. Su belleza está en su desorden; su interés está en lo heterogéneo de su variedad, variadamente varia. El día en que una hermana cariñosa ordene las cosas de mi caja, perderé mi espíritu y me transformaré en un hombre de orden, de simetría. Un hombre así, es un boticario, y un boticario es siempre un hortera. Por eso abomino el orden y la simetría, porque me dolería el ser hortera. ¡Oh el bello y el noble desorden! Qué aliciente tan grande tienen esas mesas de escritorio sobre las que descansan desordenadamente libros, cartas, revistas viejas, una caja de lentes, unas píldoras anticatarrales, cigarros, cajas de cerillas, ceniceros... Son las únicas mesas que no tienen sabor burocrático.

Ahora, por un momento, me transformo en un charlatán ambulante que insinúa gritando las excelencias de su mercancía. Y yo, como el charlatán de ferias que practica en tablados, voy a presentar al público algunas de las cosas de mi caja:

Un trozo de un cuaderno en el que en tiempos escribí un poema ático. El cuaderno y el poema han

sido objeto de la voracidad de los ratones. Por eso no podré transcribirlo todo. Pero he aquí sus retazos más completos:

Walt Whitman el de los «potentes riñones»,
 Beaudelaire el de las prostituciones,
 M... es el de los largos cabellos,
 Lao-Tse el de la Línea Recta,
 son los miembros que forman mi secta.
 ¡Yo quiero ser como ellos!

Al escribir no pulo mis planas
 como esos poetas que tejen encaje;
 yo soy el Centauro que persigue a las Dianas
 en las anfractuosidades del negro bosque.

Mi alma es un potente alud de hielo
 que se va derritiendo gota a gota,
 y cada una que cae, tajente, brota
 vana al Cielo.

.....

 de los trilitina
 que es mi quintaesencia.

Con el cuaderno en la mano trato de reproducirlo mentalmente. Pero no puede ser. El poema se ha borrado en mi memoria. Sólo queda de él una vaga idea de que un día escribí un poema; y un trozo de cuaderno con unas huellas de los dientes de los ratones. Lo envuelvo en un papel de seda y lo vuelvo a sepultar en mi caja logomáquica.

Un viejo reloj sin manecillas y sin cristal. Nada más desolador. Un reloj sin manecillas, recuerda un hombre manco. Tiene la impotencia de un hombre manco. Su cuerpo circular padece la fatal impotencia de un hombre sin brazos. Como no me sirve para nada, voy a tirarlo al fondo de la caja; pero tengo miedo a que se haga daño ¡como no tiene brazos! Y cuidadosamente lo sepulto en un rincón.

* * *

Unas gafas sin cristales. Quisiera ponerme estas gafas un momento. Pero me dan miedo, un miedo horrible, las gafas sin cristales, porque temo que algún dragón encantado que viva en la caja logomáquica se haya apropiado las gafas sin cristales, y al ver la usurpación, salte sobre mí y me rasgue las pupilas metiendo las uñas por el vacío en donde un tiempo estuvieron los cristales.

* * *

Una pistola, con la que pensé suicidarme un día, y como luego desisti de mi idea, metí la pistola en la caja, y ahí está hasta otro día en que piense suicidarme.

* * *

Un retrato de una muchacha pegado a un sobre cerrado. El retrato es de una novia que tuve y que se

murió tuberculosa. El sobre cerrado contiene mi testamento, porque al morirse ella pensé también yo en morir tuberculoso, y por eso hice mi testamento, disponiendo que me enterraran junto a ella. Pero como yo no estaba tuberculoso, no pude morirme tuberculoso, y, por lo tanto, el sobre sigue intacto, sin que los alguaciles del Juzgado hayan podido abrirlo. Y ahí está con mi caja logomáquica.

* * *

Unos calcetines negros, con listas rojas, que me compró mi madre cuando era niño. Estos calcetines los rompí el mismo día que los estrené. Y por miedo a enseñárselos, tan rotos y tan pronto, creí oportuno el hacerlos desaparecer, y para ello los escondí en mi caja logomáquica.

* * *

Unas papeletas verdes que me entregaron en una casa de empeños a cambio de unos libros que yo les entregué. Como luego no tuve dinero para rescatar los libros, me quedé con las papeletas verdes. ¡A falta de libros, buenas son papeletas!—dije—, y las envasé en mi caja logomáquica.

* * *

Una novelita erótica que compré cuando cursaba el segundo año del Bachillerato. Este libro lo leía en el

W. C., y tenía tanto miedo a que me sorprendiesen leyéndolo, que sin terminarlo decidí sepultarlo en el fondo de mi caja logomáquica.

II

¡Qué admirable es esta caja logomáquica! ¿Quién no tiene en su casa una caja como esta? Pero, sin embargo, sólo la mía es logomáquica. Las cajas de los demás son cajas de recuerdos, cajas de trastos viejos, rincones de cosas inservibles, criaderos de ratones, nidos de polvo. Pero ninguna es caja logomáquica; sólo la mía tiene derecho a serlo. Las cajas de los demás están llenas de cajitas pequeñas, en las que ordenadamente han ido metiendo cosas y cosas. Sólo en la mía hay confusión; sólo en la mía hay logomaquia: un testamento junto a unos calcetines, y una pistola junto a unas misteriosas papeletas verdes. ¡Qué bella confusión! De vez en cuando, subo a mi camarote abuhardillado. Una vez en él, me encierro con llave. Y después de ponerme una larga bata para no empolvarme, meto mi brazo en la caja misteriosa y lo registro todo y lo revuelvo todo y me encanta todo. Cada día que subo, hallo una cosa nueva, que me dice cosas de un grande interés para mí. En esos momentos en los que estoy ante mi caja desearía volverme ratón para anidar en el seno de esa caja litúrgica, en la que conservo trozos de todos los momentos de mi vivir loco. Quisiera meterme en la caja, permaneciendo derecho dentro de ella, y notar

que poco a poco iban saliendo por mis pies largas raíces, que me sujetaban inseparablemente a mi caja, que es algo de mí mismo. Y así, en esa postura un tanto estatuaria, convivir con aquellos objetos, que son trozos de mi cuerpo. Lo demás no me importa. El resto del mundo no es mío. Sólo mi caja me pertenece. Por eso la quiero tan entrañablemente.

M. CIRIQUIAIN GAIBTARRO.

En Vizcaya, el día ochenta del año que corremos.

EN LAS VISPERAS DE LA PRIMAVERA

Evohé ambiguo

Ante mí nuevamente llegaste, ¡oh, primavera!; llegaste, y aunque nieblas azules te envuelvan todavía, yo sé que estás ahí ante mí y me miras con tus ojos nuevos.

Te siente mi alma hermana tuya, y mi juventud, tu prometida; te siente mi cuerpo cansado que vuelve a estremecerse.

Aunque una última lluvia vierta sobre tu fuego un agua aplacadora, yo siento ya el ardor de su vivo reflejo; y como la leña destinada a la pira, mi cuerpo tiembla ya y canta sordamente.

¡Oh, primavera! Soy tuyo todavía y aún me estremezco a tu retorno; soy tuyo todavía por mi alma joven y aún debo abrazarme en tus hogueras.

Aún debo, ¡oh, primavera! gustar de tu embriaguez como en el tiempo antiguo; y trastornarme con el perfume de todas tus rosas; aún debo gustar una vez más el atónito martirio de las vírgenes.

Pero si ya recuerdo el tiempo antiguo; si ya la voz

de mi memoria canta a tu llegada; si ya más de una vez he sido tuyo y me he abrasado contigo en tus claras hogueras; si ya no tengo dura virginidad para tus besos, sé compasiva ahora y déjame gustar el reposo de las viudas que fueron asaeteadas mil veces.

Ten compasión ahora ¡oh, primavera! de la sonrisa heroica con que mi alma aún joven te recibe; ten compasión de la heroica voluntad de martirio de mi alma joven todavía.

Ten piedad, primavera, del círculo de mis muñecas, cada día más estrecho; ten piedad de mis hombros hundidos y del aro encogido de mi cintura.

Ten piedad, primavera, esta vez, de mis ojos tristes y apagados que en vano quieren mostrarte dos llamas alegres; ten piedad de mi pecho que no podría retener ya un brazado de rosas arrojado a la carrera.

Sé compasiva ahora ¡oh, primavera!, dame tus claras tardes, tus campos floridos tras de la ciudad, dame tus soledades acompañadas y tus anchos divanes de hierba.

Dame ver en la tarde cómo las madres amamantan plácidamente a sus hijos adormecidos, mientras las vírgenes, vestidas de claro, se adelantan osadas hacia los campos verdes, y dame un sitio entre las madres.

Pero no me hagas, también ahora ¡oh, primavera! recorrer cual otro tiempo todos tus círculos fragantes y apagar en el hueco de mi fresca boca todas tus llamas.

* * *

El tiempo que ha sido comparado a un buque, a un buque amplio y magnífico que con cortante proa va

afrontando sucesivamente las costas de las Cuatro Estaciones, ha dejado ya atrás los áridos arrecifes del invierno que pusieron un helado trofeo en las garras de la sirena soñadora que le sirve de guía; y he aquí que ahora, con ritmo acelerado, se adelanta al encuentro del verde promontorio de la primavera.

Las cosas todas han cambiado de pronto; algas de un verde claro se enredan en la proa del antiguo navío donde la nieve antigua se funde como un llanto; la luz se ha hecho más clara en las amplias velas, abombadas entre los altos mástiles y un aire dulce y tibio, un aire enervador alienta en la cubierta donde nosotros, adormecidos pasajeros, reposamos vueltos al porvenir, con ojos entreabiertos.

¡Evoeh! la amplia nave del tiempo que ha conducido tantas generaciones por un mismo sendero, se adelanta otra vez hacia la primavera. ¿No advertís ya la fragancia emisaria de la próxima Tierra, donde las rosas se han abierto para nuestra llegada?

Dentro de poco ¡oh, compañeros! nuestra pesada nave, cargada de una belleza triste, tomada en las brumosas regiones del invierno; la nave, portadora de enlutadas viudas y de melancólicas vírgenes, a la cual en el tiempo pasado sólo asomaron sus semblantes sombríos el pesar y la muerte, esta nave del tiempo va a hundir su proa gastada en las doradas aguas de un puerto florecido, blanco como un fanal.

Mil ventanas, en la lejana perspectiva, reverberarán bajo un poniente claro como una aurora; un efluvio de rosas se alargará en el aire; alegres marineros treparán cantando por las escalas de cuerdas embrea-

das, mujeres de semblante tranquilo nos tenderán cestas de frutos desde la orilla; y cuando el buque dulcemente haya fondeado ya en las aguas y lanzado su pesada áncora al luminoso abismo, en el crepúsculo sereno y largo, veremos subir a la cubierta jóvenes de rizados cabellos y vírgenes morenas, de trajes vaporosos y ojos adormecidos como los de aquéllos que viven en un clima templado.

* * *

Desde esta cumbre del invierno, donde las lluvias del invierno se han secado, y donde la tierra es blanca ahora como el incienso consumido, es ya visible, ¡oh, compañeros! la ciudad de la primavera.

Como una ciudad blanca, formada de blancos campamentos de lonas atirantadas; como una ciudad blanca, formada por la unión del mármol y el cristal; como una ciudad blanca donde las mujeres visten trajes blancos y se adornan con rosas blancas.

Así es visible ya la primavera como una ciudad blanca, dorada por un oro de poniente y de naranjas, donde hay jardines de un verde tierno y transparente, sobre los hombros de estatuas blancas y donde, sobre las colinas del largo crepúsculo, figuras sedentes nos aguardan para consolarnos.

Así es la ciudad de la primavera, hacia la cual se tienden los brazos de los hombres y las manos de las mujeres por debajo de sus velos; ciudad serena y tibia, colmada de azahares y de rosas, amplio tálamo, sueño de viudas, dulce sanatorio para las criaturas de mejillas pálidas, bosque de adelfas para las mujeres des-

floradas y recias, gradería de reposo para las que descubren en la tarde un solo seno henchido...

Cuando hayamos llegado a la ciudad de la primavera, correremos, ¡oh, amigos!, a sacar de su éxtasis a las mujeres de los arrabales que se muestran reclinadas sobre los quicios de las casas y con cara de pasmo, encogidas todavía por el invierno, mientras aún la alhucema y la mirra arden sobre las brasas, allá adentro.

Las sacaremos de su ensueño con claras palmadas, y les gritaremos en los oídos, que estamos ya en la primavera; cogiendo sus manos por las finas muñecas les sacaremos las manos del bolsillo del delantal y las uniremos con las nuestras, haciéndolas saltar como si fueran frutos.

Les haremos alzar los ojos a los cielos para que vean la mayor claridad de las estrellas y la más fina urdimbre del azul, y les haremos que ofrezcan sus mejillas descoloridas al tibio hálito del aire y sientan su consuelo.

Entre nuestros brazos haremos vibrar sus cuerpos encogidos por el pasmo invernal; sus cuerpos ceñidos por modestas telas, de las cuales se desprenderán hebras de hilo, conmovedoras, y algún cabello de color oscuro.

Y llevándolas, cogidas del brazo, por los campitos que hay delante de sus casas, las haremos ver que las acacias han florecido ya en blancos pétalos, y que

ellas también deben dejar sus ropas grises y vestirse de claro.

Les diremos:

La primavera, de nuevo ha hecho florecer en los campos, pródigamente, tréboles y rosas. Alegraos, ¡oh, mujeres!, alegraos vosotras que tenéis también rosas en vuestras mejillas y tréboles ocultos, y también largas cabelleras que podrían ondear al viento con el temblor de la yerba crecida.

Alegraos ¡oh, mujeres! vosotras, las floridas, las renovadas, vosotras que tenéis la carne más semejante al limo de la tierra, las que os sentís cruzadas por torrentes de vida y sois sensibles maravillosamente a la dulzura de las lunas nuevas.

Alegraos, ¡oh, hermanas mayores de las niñas, que al sentarse en la tierra, la florecen de rosas diminutas!; alegraos, vosotras que llevais frutos que tiemblan sobre el pecho.

En este tiempo debéis alegraros por nosotros los desposeídos, vosotras, que como la tierra, estais llenas de dones; vosotras, que podéis sin envidia, mirar hacia los campos verdes, en que apunta ya una auro-ra de espigas rubias.

Vosotras, ¡oh, mujeres!, podéis contemplar sin rubor ni tristeza la nueva hermosura de la tierra; porque este es el tiempo también de vuestro triunfo y vuestra plenitud; en que la zona de claridad se hace más grande en torno a vuestros cuellos y en que vues-

tras faldas ligeras y diáfanas revelan, llenas de novedad, las líneas olvidadas de vuestros cuerpos.

Vosotras también, ¡oh, mujeres!, tenéis ahora vuestra primavera como la tierra madre; y os sentís henchidas de una nueva savia que pone turgentes los botones de vuestras rosas, y gozais la alegría de las selvas bajo la caricia del viento nuevo, que juega en vuestras cabelleras recogidas.

Vosotras, ¡oh, mujeres!, podéis responder a la alegría y a la generosidad del tiempo nuevo, mostrando también jubilosas primicias a la mirada del hombre taciturno, triste por tanta esplendidez; vosotras, ¡oh, mujeres!, sois también una primicia en este tiempo nuevo y podéis alegraros como los jardines y las selvas estremecidas.

Para vosotras, pues, las risas en este alegre tiempo; para vosotras, los cantos en las tardes claras, cuya claridad se prolonga hasta la noche; para vosotras, la amplitud jocunda de los rostros bajo la luna llena.

Para vosotras, que, en vuestros cabellos, recogéis las rosas nuevas de la primavera; para vosotras, que en las fuentes henchidas tenéis un espejo de vuestra hermosura; para vosotras, vírgenes finas como el mes de marzo; para vosotras, madres, amplias como el verano, los tréboles, las rosas, las grandes nubes claras de la primavera.

* * *

Cuando al fin lleguemos ya a la ciudad de la primavera, a bordo de esta gran nave del tiempo, al sal-

tar a tierra, con los pies entumecidos todavía por la invernal quietud, con nuestras voces trémulas diremos:

Esta es la verdadera primavera: no la que veíamos a lo lejos desde la cumbre enjuta del invierno, envuelta en el oro de los ponientes claros; ni la que contemplábamos con un arrobamiento intempestivo, pintada en los rientes techos, decorados con frutos y con desnudeces rosadas, ni tampoco la que sentíamos como una esperanza en el fondo del sueño de nuestro corazón.

Esta es al fin la verdadera primavera: la que tiene el refajo lleno de frutos verdaderos y de flores, en una prodigalidad que nos pone tristes a las mujeres que sólo tienen dos pomas y a los hombres que ni un trebol tienen.

Esta es la verdadera primavera: la que con la dulzura de su hábito tibio hace a los caminantes detenerse sobre los bancos de tosco mármol y junto a las barandas de los viaductos; la que convierte la noche en un crepúsculo prolongado.

Esta es la verdadera primavera, amplio poema vestido, colosal ramillete deshecho que todo lo trastorna con su fragancia difundida; la que hace más grandes las estrellas y las pupilas de las niñas; la que rasga los velos del invierno y los velos más largos de las vírgenes.

Esta es al fin la verdadera primavera, contra la cual no hay defensa ni amparo; en cuya presencia no hay sino doblar la frente y la cintura y mostrar las palmas de las manos manifiestas.

Esto es al fin la verdadera primavera, fuente profunda de todas las corrientes del agua dulce que cruzan el áspero valle del invierno; madre pomposa de las ligeras gracias que al blanco sol hacen brillar sus trenzas rubias en las glorietsas del otoño; término amplio de los suspiros de los convalecientes.

Esta es al fin la verdadera primavera, tránsito para el espléndido estío, cuyo recuerdo nos hacía temblar en nuestro sueño y en cuya presencia tendremos ahora, como en la de una viajera que ha llegado por fin, un gesto tranquilo y soñador.

Ahora, ¡oh amigos!, conoceremos nuevamente el sabor de los besos y de las cerezas; nuevamente sentiremos en nuestras encías la caricia del aire tibio y del zumo de las naranjas; nuevamente la luna expresará para nosotros su blancura de coco.

Esta es, ¡oh amigos!, la verdadera primavera.

* * *

Pero en este tiempo todavía velado, saborea el encanto puro y tímido de estos primeros días de primavera, y camina tú también con la gracia contenida de quien lleva sobre la frente un claro velo.

He aquí que el aire se ha hecho dulce y en los cielos las grandes nubes oscuras son ahora de plata, como las ventanas en que se miran: a través de las calles se escucha un balbuceo de pájaros y las estrellas en el crepúsculo brillan unidas y blancas como manojos de magnolias.

Pero es todavía el tiempo en que las gentes cami-

nan envueltas en atavíos de invierno, en que un indeciso temblor de primavera agita las caras de las muchachas. Los grillos de los campos cantan ya en las tardes, pero son los grillos primeros, los grillos roncós y escondidos cuyo canto es un zumbido sordo y balbuciente.

Cantan en lo hondo de la tierra, ocultos y turbados, y su cántico es como el zumbir de la misma tierra trabajada de un barreno de pasión, confuso espasmo; pero todavía no cantan en los balcones floridos de la ciudad, sobre las calles llenas de claros grupos.

También las codornices cantan en la madrugada, con voz epitalámica; pero su canto se pierde en la obscuridad como los graznidos de los buhos; y aún no ha llegado el tiempo en que sus trinos repetidos resonarán en la luz de la mañana, a la hora en que las estancias nupciales se llenan de claridad y las flores dan su primer perfume.

Es todavía el tiempo en que la primavera es semejante a una leve embriaguez, que hace los pies ligeros y da a la voz un tono emocionado; las hojitas verdes de las acacias han brotado ya, pero todavía besan el aire con la punta de sus labios, y las hortensias, las grandes hortensias, cuyas flores se abren entre las luminarias de las fiestas nocturnas del verano, no han florecido todavía.

En este tiempo, ¡oh corazón!, en este tiempo alegre y claro, marcha llevando un velo sobre tu frente y respira a través de él, el aire fragante de la primavera.

Todavía por algún tiempo te está reservada la paz

y podrás contemplar con ojos serenos la velada belleza de la Tierra; bien pronto, la verdadera primavera, la ardiente y turbadora, vendrá; florecerán las acacias, tus pies se harán pesados y tus manos se llenarán de fiebre; cantarán los grillos reales en los balcones, las mujeres llevarán trajes blancos, y en las tardes ardientes y despiadadamente claras, se abrirán para ti todos los abismos en sus ojos profundos.

R. CANSINOS-ASSENS.

ANALES LITERARIOS

EL «ULTRA»

En *La Jornada*, D. Germán Gómez de la Mata, ha expresado su disconformidad con nuestro manifiesto. Dice así el distinguido escritor:

«Tan noble aspiración resulta demasiado cándida. Porque es el caso que a la misma finalidad de un arte nuevo que ellos proclaman hoy, tendieron siempre en sus esfuerzos todos los artistas, de lo cual se deduce que no valía la pena de pregonar semejante propósito.»

Del novecientos acá, una nueva generación arribó con sus veleros luminosos a nuestras costas. Sus ojos ávidos, hundiéronse en las maravillas todas del cielo y del mar y de la tierra, lejana y perdida; y sus labios convulsos, cantaron. Cantaron, ¿qué? Duraban aún las vibraciones del último cantar de los hermes, y algunos de ellos, cuyas ánforas sentían aún pesadas, daban todavía, de cuando en cuando, su nota clara y firme. Los jóvenes, poco atentos a las actuales voces ultrapirenáicas, procuraron adaptar su tono al tono viejo ya y gastado de los maestros. La literatura español-

la estaba detenida en los nombres de la pasada generación.

En esto, Cansinos-Asséns, *el dulce y tierno apóstol*, indicó un día sus deseos de una renovación que desterrase los tópicos novecentistas. No señaló ningún camino, porque no era una escuela lo que quería fundar; no trazó ruta alguna; pero sí escribió sobre el horizonte lejano, una palabra: *ULTRA*. Y nosotros la recogimos y la pusimos sobre nuestras frentes. He aquí todo. Dimos la nota a la Prensa, pero no como un programa literario, sino como un manifiesto, con carácter político, que anunciaba nuestros propósitos, y solicitaba adhesiones y colaboraciones. Más tarde, dentro del ultraísmo—advertíamos—las diversas tendencias formarán sus núcleos y se definirán. Vea, pues, el Sr. Gómez de la Mata, cómo si sabemos bien lo que queremos: una *renovación*, lo cual no quiere decir que pretendamos hallar la novedad absoluta, porque también sabemos que todas las escuelas están unidas unas a otras.

Pero el Sr. Gómez de la Mata ve ya cerca el fin del ultraísmo, y anuncia que morirá «casi sin nacer» como, según él, murió el futurismo. Siento no estar de acuerdo: ni el futurismo ha muerto, ni el ultraísmo morirá mientras haya poetas tan grandes como los que hoy se nos revelan en las revistas fervorosas. Y por si lo duda el Sr. Gómez de la Mata, que cree que únicamente el verso libre y la onomatopeya son las características del ultraísmo, lea estas dos bellísimas estrofas de Luis Mosquera, publicadas en el último número de *Grecia*:

Ha huído la Primavera.

Los árboles tienen grises capotes de nieblas,
como los centinelas.

Ha huído la Primavera.

Pero el sol luce en la estrella azul
que se enciende entre los labios del Poeta.

«¿No es esto nuevo? Que se lo cuenten a otro», diré yo, como Apollinaire.

También el Sr. Gómez de la Mata niega que Cansinos-Asséns haya inventado nada. No diré yo tanto; además, no gusto de los inventos en arte; queden las fórmulas para la química. Pero sí le haré notar que Cansinos-Asséns es uno de los escritores de estilo más personal que conozco. Sus imágenes, como sus temas —los hombres maduros, las viudas, la dulce y casta hermana, etc.—, son algo nuevo en nuestra literatura; *El Candelabro de los Siete Brazos*, ha introducido un ritmo más largo y apasionado en nuestra literatura, ha renovado la pureza lírica, nos ha traído el salmo y ha dejado una honda huella en la juventud. Hoy, el escritor más amado por nosotros, los jóvenes, el más amado y respetado, es este maravilloso Maestro, tan bondadoso y tan sabio y tan artista, que a todos puede darnos lecciones de fervor.

Y nada más. Cambie el Sr. Gómez de la Mata—que aún es joven también—su gesto huraño por un noble gesto de comprensión y de afinidad. Amorosamente, con fe y con entusiasmo, perseveremos en nuestra labor. Sobre el duro yunque, el metal empieza a

moldearse, y de su corazón va brotando un rosal de estrellas...

PEDRO GARFÍAS

* * *

Para la historia futura de este movimiento, conviene hacer constar que hasta ahora se han recibido adhesiones de nuestros colaboradores Ballesteros de Martos y E. Correa Calderón, de los escritores José María Quiroga Pla, G. y F. Rello, de Madrid, y Julián Gimeno, de Valencia.

La revista sevillana *Grecia* reprodujo el manifiesto, añadiéndole simpáticas frases de comentario.

También ha encontrado *Ultra* impugnadores—¡hosanna!—; éstos han sido los Sres. Gómez de la Mata—ya nombrado—y Hernández Luquero, que nos han honrado con sendos artículos en *La Jornada* y en *España Nueva*.

* * *

El Maestro Gabriel Alomar, en carta dirigida al poeta Xavier Bóveda, dice: «Ese lema ULTRA, ¿no es también él de mi *Futurismo*, nombre que después me tomó, para muy diversos fines, Marinetti? Todos vamos hacia la misma estrella epifánica ¡*Excelsior!*»

NOVISIMA LITERATURA FRANCESA

Sobre Guillermo Apollinaire.

Un trozo de obús había herido en la cabeza, en el campo de batalla, al subteniente de Kostrowitzky—ascendido luego a teniente, condecorado con la cruz de guerra y propuesto para la Legión de Honor—. Si no hubiera sido por el casco, me mata—dijo él.

La gripe ha arrebatado la vida, el sábado 9 de noviembre último, al poeta Guillermo Apollinaire, en plena actividad, cuando su magisterio literario se consolidaba y empezaba a irradiar a lo lejos. Amaba la vida; se disponía a gozar de la gloria como hacía con todas las cosas buenas, con infantil glotonería.

Su repentina desaparición ha condolido profundamente a los numerosos amigos del poeta; deconcierta, apenas a una joven selección de entusiastas que veían en Guillermo Apollinaire a un nuevo maestro; pero también llena de pesar a las más nobles letras france-

sas, y priva a nuestro genio nacional de uno de sus más felices genios.

Artista original, poeta ávido, Apollinaire es uno de los escritores mejor dotados y más seguros que nuestra grande y amplia tradición francesa haya erigido y adoctrinado. Alma deliciosa, además, era una fuente misteriosa y profunda como la Fontana de Valclusa, una llama también, y tomaba su calor de sí mismo, y su brillo del macrocosmos.

Nieto de un general polaco, Apollinaire nació en la ciudad más noble del mundo, en Roma, hace treinta años. Muy niño aún, le llevó su madre a nuestra Costa Azul. Allí pasó los años en que se forman los poetas, en un país cuyo fervor espiritual le moldeó poco a poco. Al través del encanto italiano, en esa Costa fué donde un alma ingenua y tierna, se fué penetrando de la nobleza latina, que, según parece, es más accesible y vigorosa en la Provenza del Ródano.

El país monegasco es de una gracia que en otro lugar parecería equívoca, de una belleza voluptuosa y pimentada. Ni el espíritu ni la carne se valen allí de subterfugios. Tódo es natural, y todo parece lícito, y si el Carnaval es allí tan festejado, es porque sólo durante esa corta tregua se disfraza allí la desnudez.

Apollinaire hizo en la Costa amistades preciadas, que los años afianzaron. Estudió primero en el colegio de San Carlos, en Mónaco; luego en el colegio de San Estanislao, en Cannes, y por último, en el Liceo, de Niza.

En el colegio de San Carlos trabó amistad con Renato Dupuy—el futuro Renato Dalize—, de quien el

autor de *Alcoholes* habla con gracia y efusión en su poema *Zona*. El capitán Renato Dalize, ha muerto heroicamente en el campo de batalla, y Apollinaire hizo un panegírico del extinto, en casa de Mme. Aurel.

En el Liceo de Niza, el joven Kostrowitzky—a quien sus condiscípulos llamaban *Kostro*—se convirtió en el inseparable de Todosantos Luca, poeta ingenioso, ameno escritor y erudito modesto, que acababa de publicar una hermosa obra: *Los que han hecho América*.

Los dos condiscípulos escandalizaban a su profesor M. Dousset; en sus disertaciones trataba Apollinaire con irreverencia a nuestros clásicos, pero citaba a Enrique de Regnier, Vielé-Griffin, Francis, Jammes y Manuel Signoret. Redactaba a veces sus temas en versos franceses o latinos o imitando el estilo de Rabelais. El y Luca estaban suscritos al *Mercurio de Francia*, y allí leían a escondidas *Los caballos de Diomedes*, de Remigio de Gourmont. Ambos amigos redactaban además un diario manuscrito *El Vengador*, que dejaban leer a sus compañeros mediante el pago de 10 céntimos. Más tarde *El Vengador* se llamó el *Transigente*, para molestar a Rochefort, y sus redactores exaltaban a Kropotkin y la literatura simbolista.

Kostro se ganó un día un grave castigo por haberle sorprendido leyendo la *Agonía* de Lombard.

A fines de aquel año de estudio, Apollinaire aprobó el bachillerato, pero le suspendieron en el ejercicio oral. Dando por terminados sus estudios escolares, siguió el consejo de Descartes. Viajó.

Visitó detenidamente Alemania, la del Mediodía y la del Norte, enamorándose de la primera y detestando

a la segunda. Alemania, vista al través de los *Nibelungos* y de Goethe, le impresionó, y en *Alcoholes* se encuentran *lieder*, que realzan el contraste del azul mediterráneo.

La doble cultura de Apollinaire es la doble tradición francesa; pero sus elementos no están tan fundidos como pudiera creerse. No hay nada de tudesco ni de alemán en nuestra literatura de la lengua de oil, pero la vena de Chretien de Troyes, por ejemplo, no se confunde con la de Bertrand de Born. El paralelismo continúa, y un poeta provenzal de hoy está más cerca del Petrarca que de Corneille. La cultura latina de algunos de nuestros grandes clásicos se agrega, fecundándola, a la tradición de nuestros trovadores. Rabelais, tan erizado de latín, manifiesta nuestro genio nacional no menos que Ronsard y La Fontaine.

Apollinaire es un latino de raza y de espíritu. Su rasgo dominante es esa propensión a lo objetivo que le mueve a preferir la realidad al ensueño. Lo que añade de lerismo a lo real no altera su esencia.

Estaba ansioso de verdad, de realidad, y esa es la base de su erudición. Los hechos le parecían irreducibles y convincentes. Sólo se mostraba rebelde respecto a la interpretación que ha de dárseles.

Erudito, enterado de todo, el poeta de *Alcoholes* había hecho incursiones en todas las literaturas antiguas y modernas, occidentales. «No era un imaginativo, en el verdadero sentido de la palabra—dice Luca—. Y en efecto, la idea le afectaba más que la imagen y la sensación. Recibía su impulso de la inteligencia, pero las ideas huían en él, temblaban y se

convertían en cosas, en seres. Le encantaban y, por eso mismo, lo verdadero le parecía inocente. Sentía todo lo que pensaba y casi tan pronto como lo pensaba. De ahí la realidad especialísima de su lirismo superrealista. Es un lirismo viviente humano, satírico a veces, tierno, ardiente, pero no místico, incapaz de cristalizar sin tornarse insípido en símbolos ambiciosos.

Sería menester un largo estudio para ingertar este lirismo protéico y viril en la cepa latina de Apollinaire, nacido en Roma y criado en Mónaco.

Pero—y no se crea esto resultado de su ascendencia polaca—, ese latino incontestable, lanzado a los diez y ocho años en un baño gótico, descubrió nuestra alma nórdica en las guedejas rubias y en los ojos azules de Gretchen. El Rhin, la Selva Negra y el Tirol, le iniciaron en el otro aspecto del genio francés, el del ciclo de Arturo y los caballeros de la Tabla Redonda.

En cuanto a mí, atribuyo a esta sorpresa de su primera juventud y al jubiloso extravío de un equilibrio roto, la complejidad de una poesía y un arte que no tienen igual entre los escritores contemporáneos.

A su regreso de Alemania, Apollinaire se afincó en París. Aún no tenía veinte años y no tardó en adquirir notoriedad en los círculos de la juventud literaria. Para vivir, aceptó un empleo en una Casa de Banca. Por aquel tiempo publicó en la *Revista Blanca* su primera novela *El Heresiarca*, y por esa misma época conoció al protagonista de la última parte del libro, al *barón d'Ormessen*, el anfitrión, falso Mesías, cuyas aventuras excitaron en sumo grado su imaginación.

El 1.º de octubre fundó el *Festín de Esopo*, del que se publicaron nueve números, y en el que colaboraron John-Antoine Nau, Andrés Salmón, Han Ryner, Meislao Golberg, Luca, Juan de Gourmont, Paul Gerdaldy, etc. Apollinaire publicó en esta revista algunas de sus obras más características, como *El Encantador Putrescente*.

Luis de Gonzaga Irick, amigo de la infancia de Apollinaire, vino a leerme una mañana ese libro. A Irick debo haber conocido a Apollinaire y haber entablado con él una amistad sólida. Yo lo llevé a la *Falange*, donde publicó el *Bestiario Mundano* y algunos poemas de *Alcoholes*.

La vida de Apollinaire es, desde esta fecha, bastante conocida para que sea menester relatarla. Todo el mundo sabe el importante papel que desempeñó como definidor de las más recientes escuelas de pintura.

Al principio de la guerra, Apollinaire, súbdito extranjero, se incorporó a filas, entrando en la artillería. Aprendió su nuevo oficio en Nimes. Desde su cuartel me escribía cuanto se distraía admirando los arreos de los caballos del regimiento. En el frente se portó como un bravo, se batió y escribió poemas.

Cuando ya era subteniente, fué herido en la cabeza y hubo de sufrir con gran entereza la trepanación. Ha muerto antes de la firma del armisticio.

Ahora debería yo hablar de su arte y probar a caracterizarlo con palabras. Ya lo hice en la *Falange*, a raíz de la publicación de su obra maestra *Alcoholes*. Además, para poner a Apollinaire en el lugar que le corresponde, haría falta un estudio profundo. Cuanto

a mí, lo que más me encanta en esa poesía es su frescura, su pureza; es el milagro de la sensibilidad del niño que sobrevive en las estratagemas del arte. La prosa de Apollinaire presenta las mismas raras y grandes cualidades. Ciertas páginas del *Poeta asesinado* y de *Juan Moroni*, son extraordinarias desde este punto de vista. El secreto de esa frescura y esa fuerza están en la misión que desempeña la inteligencia en el artista. La inteligencia es la única de nuestras facultades que no envejece. Apollinaire está transido de espíritu, de los fuegos del espíritu, y esto asegura a sus más hermosas páginas una juventud perdurable.

JUAN ROYERE.

(De la revista parisiense *Les Marges*.—R. C.-A., traduxit.)

DIVAGACIONES

Dejo vagar al capricho, esta pluma loca, que va sobre el papel con la timidez lenta de un insectillo que se arrastrase por el suelo con las alas rotas. En mi ya larga vida de escritor, me ha sucedido con frecuencia sentarme a la mesa de trabajo sin una idea sola, aunque fuese imprecisa; y más aún, sin una emoción, sin un recuerdo que me sirvan para encauzar mi literatura a un asunto determinado y abrir la compuerta de la imaginación, para que por ella se deslice la pobre y turbia corriente de mis últimos devaneos. Nada: el cerebro hueco, y el corazón vacío. Y la voluntad desesperada anda por todas partes, hurgando—como ladrona que tiene prisa—los aposentos oscuros de la memoria, los desvanes de las baratijas mentales, la polvosa estancia de los conocimientos, el revuelto archivo de la crónica, la caja de las joyas falsas de la fantasía, y, escaleras abajo, los sótanos y cuevas, de cuya obscuridad suelen salir, inesperadamente, esas sonámbulas lacrimosas, que sellaman las emociones; y muy adentro, en el fondo del espíritu, el solitario jardín del ensueño, donde en otro tiempo, como expresó el poeta:

hubo fiestas, músicas,
cantos, cuchicheos,
escalas de risas,
y trinos de besos.....

Y sin embargo, la casa no está, no puede estar deshabitada. Es que el pensamiento y el sentimiento, fatigados de obedecer, se esconden para que no los obliguen a ejecutar el trabajo forzado de las letras. Son acróbatas viejos que notan como empiezan a sentirse ya más pesados, menos ágiles; y, por lo mismo, rehuyen audacias y atrevimientos. Temen caer en el vuelo, de «trapezio Leotard», de una alegoría; vacilan ya, para cargar «la pirámide humana» de las citas y comentarios; están inseguros al hacer piruetas en el alambre de los símiles y no fían mucho de su sentido muscular, cuando en los «juegos de malabares» de un artículo de periódico, describen geometrías aéreas con las naranjas y cuchillos de la retórica. Y cuando los llama la voluntad, se ocultan en improvisados escondrijos. Pensamiento y sentimiento poseen, como ciertos seres, la facultad biológica del «mimetismo». Se defienden del enemigo, engañándole; se hacen invisibles, inmóviles, poliformes. Y, a veces, cuando la pluma los evoca, no los encuentra. Eso lo sabemos bien quienes vivimos de este oficio ingrato y adorable, torturador y encantador, del periodismo. El cual nos obliga a la incesante improvisación, a la repentina facilidad, a la pseudo-inspiración que carece, como la verdadera, de consistencia y amplitud, pero no siempre de brío y sinceridad. Escribir un libro es calcular y madurar un proyecto. Hay en esta labor un poco

de procedimiento matemático. Trabajar en la composición y pulimento de una poesía es provocarse un estado de sobreexcitación, que es doloroso y placentero a un tiempo, y en él, por afirmación momentánea de los sentidos, como que el Universo se purifica y amplifica, se abrillanta y sublima; la luz readquiere fulgencias; el color, matices; timbres, el sonido, y la vida entera se combina de un modo singular y nos presenta asociaciones y relaciones insospechadas, y las imágenes se enlazan en sutiles eslabones ideológicos en los cuales va el esfuerzo de la expresión machacando el bronce verbal, hasta ajustar formas adecuadas a las vagorosas representaciones de la fantasía. Ardua es la empresa y requiere una noble y alta paciencia.

Pero, en la pujanza del arte, la dificultad es estímulo y acicate.

....L'oeuvre sort plus belle
D'une forme au travail
Rebelle,
Vers, marbre, onyx, émail.

El periodista no es—ya se sabe—ni un autor ni un poeta. No mide ni proporciona el trabajo; no lo medita ni calcula; ni tampoco, sobreexcitado, hunde su cabeza en rebuscamientos y delirios. No es precisamente un pensador o un artista. Es, debe ser un obrero hábil, que sabiendo pensar y sentir, está obligado a poner en su obra, sólo pequeñas dosis de idea y de emoción, las necesarias para que el resultado de su faena alcance la duración de la rosa del verso antiguo: el espacio de una mañana. El periodismo tiene que aprovechar el momento que pasa, y, a semejanza del beso de Cyra-

no, hace un ruido de abeja. Todo en la Prensa está sujeto a una aspiración incesante: la oportunidad. Por eso el escritor de periódicos tiene algo de cazador: su escopeta es la pluma, y con ella bien cargada de tinta, acecha, hiere y cobra, como lo exigen los tratados de Cetrería, el pequeño suceso, la rápida liebre—o los grandes acontecimientos—, los esbeltos y aduces ciervos. Algo tiene de pintor eléctrico, del caricaturista relámpago. La vida se detiene un instante frente a él, y él, a golpes de pincel y a trazos de lápiz, entona una mancha o esboza un diseño, sin tiempo de empastar el color ni de modificar la línea, porque la modelo va de prisa. El «repórter» que impersonaliza su trabajo, es un fonógrafo; el cronista, que pone un poco de individualidad y de egomanía en su tarea, es, con frecuencia, una mezcla insubstancial de pensador, de poeta, de cazador y de caricaturista. Eso soy en este lugar. Y como el tiempo corre más que la pluma, me veo en la necesidad de contener sus caprichosos semivuelos, y encadenarla nuevamente, como a prisionero que había logrado su evasión, y vuelve ahora a los trabajos forzados de la literatura semanal.

Para consuelo mío, la voluntad de cumplir mis compromisos, encontró ya la impresión escondida, la reciente, la que no quería presentarse, más por apocamiento y timidez, que por maldad o grosería. Y aquí está.....

LUIS G. URBINA.

POETAS HISPANO AMERICANOS

El intruso

Amor, la noche estaba trágica y sollozante
cuando tu llave de oro cantó en mi cerradura;
luego,—la puerta abierta sobre la sombra helante—
tu forma fué una mancha de luz y de blancura.

Todo aquí lo alumbraron tus ojos de diamante;
tus labios en mi copa bebieron la frescura,
y descansó en mi almohada tu cabeza fragante;
me encantó tu descaro y adoré tu locura.

Y hoy río, si tú ríes, y canto, si tú cantas;
y si tú duermes, duermo, como un perro a tus plantas;
hoy llevo hasta en mi sombra tu olor a primavera;

y tiemblo si tu mano toca la cerradura,
y bendigo la noche sollozante y oscura
que floreció en mi vida tu boca tempranera.

DELMIRA AGUSTINI.

(Argentina.)

Oriental

Rasgando el velo de penumbra fina
y al amparo de túnica escarlata,
surgiste como amable^{ca} danzarina
agitando tus crótalos de plata.

Y luego, como loca serpentina,
que se envolviera en una columnata,
fingiste por movable y venusina
el ritmo de la Danza que arrebató.

Y cuando fatigada de la plástica
forma esfumóse tu silueta elástica
tras unos gobelinos que se alzaban,

evocando quedé ritos perversos,
mientras la mirra de su incienso daban
las lámparas votivas de mis^jversos.]

J. A. FALCONÍ VILLAGÓMEZ.

(Ecuatoriano.

Agua fuerte

Es el crepúsculo un divino
raro maestro de ilusión;
hoy ha copiado al estumino
de un caprichoso nubarrón,

a Don Qijote, al buen latino,
al de esforzado corazón,
calado el yelmo de Mambrino
y erecto el fúlgido lanzón.

Por la llanura occidua avanza,
seguido va de Sancho Panza,
mientras esparciendo suave brillo

la luz de véspero aparenta
ser el candil de alguna venta
con vagas formas de castillo.

JUAN SANTAELLA.

(Venezolano.)

CUENTOS

HISPANO-AMERICANOS

Los siete pelos del diablo.

—¡Teniente Mandujano!

—Presente, mi coronel.

—Vaya usted, por veinticuatro horas, arrestado al cuarto de banderas.

—Con su permiso, mi coronel—contestó el oficial, saludó militarmente y fué, sin rezongar, a cumplimentar la orden.

El coronel acababa de tener noticia de no sé qué pequeño escándalo dado por el subalterno en la calle del Chivato. Asunto de faldas, de esas benditas faldas, que fueron, son y serán perdición de Adanes.

Cuando al día siguiente pusieron en libertad al oficial, se encaminó éste a la mayoría del cuerpo, donde a la sazón se encontraba el primer jefe, y le dijo:

—Mi coronel, el que habla está expedito para el servicio.

—Quedo enterado—contestó lacónicamente el superior.

—Ahora, ruego a usía que se digne decirme el motivo del arresto, para no reincidir en la falta.

—¿El motivo, eh? El motivo es que ha echado usted a lucir uno de los siete pelos del diablo... y no le digo a usted más. Puede retirarse.

Y el teniente Mandujano se alejó architurulato y se echó a averiguar qué alcance tenía aquello de los siete pelos del diablo, frase que ya había oído en boca de viejas.

Compulsando me hallaba yo unas papeletas bibliotecarias, cuando se me presentó un teniente, y después de referirme su percance de cuartel, me pidió la explicación de lo que, en vano, llevaba ya una semana por averiguar.

Como no soy, y huélgome en decirlo, ningún egoistón de marca, a pesar de que:

*En este mundo enemigo
no hay de quien fiar;
cada cual cuide de sigo,
yo de mígo y tú de tigo...
¡y procúrese salvar!*

como diz que dijo un jesuita que a dos siglos comía pan en mi tierra, tuve que sacar de curiosidad al pobre teniente que fué como sacar ánima del purgatorio, narrándole el cuento que dió vida u origen a la frase. Ahí va, lectorcita mía.

II

Cuando Luzbel, que era un ángel muy guapote y engreído, armó en el cielo la primera trifulca revolucionaria de que hace mención la historia, el Señor, sin andarse con repulgos, ni moratorias, ni decretos, ni proclamas, le aplicó tan soberano puntapié en salva la parte, que, rodando de estrella en estrella y de astro en astro, vino el muy faccioso, insurgente y monotonero a caer en este planeta que astrónomos y geógrafos bautizaron con el nombre de tierra.

Sabida cosa es que los ángeles son unos seres mofletudos, de cabellera riza y rubia, de aire travieso, con piel más suave que el raso de Filipinas, y sin pizca de vello. Y cata, que al ángel caído lo que más le llamó la atención en la fisonomía de los hombres fué el bigotete, y suspiró por tenerlo, y se echó a comprar menjurjes y comésticos de esos que venden los charlatanes, jurando y rejurando que hacen nacer pelos hasta en la palma de la mano.

El Diablo renegaba del afeminado aspecto de su rostro sin bigote, y habría ofrecido el oro y el moro por unos mostachos a lo Víctor Manuel. Y aunque sabía que para satisfacer el antojo bastaría un memorialito bien hablado, pidiendo esa merced a Dios, que es todo generosidad para con sus criaturas, por pícaras que ellas hayan salido, se obstinó en no arriar bandera, diciéndose *inpéctore*:

—Pues no faltaba más sino que yo me rebajase hasta pedirle favor a mi enemigo!

—¡Hola!—exclamó el Señor que, como es notorio, tiene oído tan fino que percibe hasta el vuelo del pensamiento.—¿Esas tenemos? ¿Envidiosillo y soberbio? Pues tendrás lo que mereces, grandísimo bellaco.

Y amaneció, y se levantó el ángel protervo, luciendo bajo las narices dos gruesas hebras de pelo, a manera de dos biboreznos. Eran la Soberbia y la Envidia.

Aquí fué el crujir de dientes y el encabritarse. Apeló a tijeras y a navaja de buen filo, y allí estaban, resistentes a dejarse cortar, el par de pelos.

—Para esta mezquindad, mejor estaba con mi carita de hembra, decía el muy zamarro, y retorciéndose de rabia, fué a consultarse con el más sabio de los barberos, que era nada menos que el que afeita e inspira en la confección de leyes a un amigo, diputado al Congreso. Pero el socarrón barbero, después de alambicarle mucho, le contestó:

—Paciencia e *non gurrñate*, que a lo que vuesa merced desea no alcanza mi saber.

Al día siguiente despertó el rebelde con un pelito o viborilla más. Era la Ira.

—A ahogar penas se ha dicho—pensó el desventurado.

Y sin más, encaminóse a una «parranda» de lujo, de esas que hacen temblar al mundo y sus alrededores, en las que hay abundancia de viandas y vinos y superabundancia de buenas mozas, de aquellas que con una sola mirada le dicen a un prójimo: «Date preso».

¡Dios de Dios, y la «mona» que se arrimó el mal-

dito! Al despertarse se miró al espejo, y se halló con dos huéspedes más en el proyecto de bigote: la Gula y la Lujuria.

Abotargado por los comistrajos y licores de la víspera, y extenuado por las ofrendas en aras de la Venus pacotillera, se pasó Luzbel ocho días sin moverse de la cama, fumando cigarrillos «predilectos» de la fábrica LA MORENA, y contando las vigas del techo. Feliz semana para la humanidad, porque sin diablo enredador y perverso, estuvo el mundo tranquilo como un balsa de aceite.

Cuando Luzbel volvió a darse a luz, le había brotado otra cerda: la Pereza.

Y durante años y años anduvo el Diablo por la tierra luciendo sólo seis pelos en el bigote, hasta que un día, por males de sus pecados, se le ocurrió aposentarse dentro del cuerpo de un usurero, y cuando, hastiado de picardías, le convino cambiar de domicilio, lo hizo luciendo un pelo más: la Avaricia.

Tal es la historia tradicional de los únicos siete pelos que forman el bigote del diablo, historia que he leído en un palimpsestó contemporáneo del estornudo y de las cosquillas.

RICARDO PALMA

[(Peruano.)]

MODERNOS POETAS MEXICANOS

José Juan Tablada.

Todo el encanto de una voz distante, toda la sugestión de una alma viajera, toda la atracción secreta y misteriosa de lo exótico, ha tenido siempre para mí la poesía exquisita y sutil, el arte refinado de este espíritu inquieto, ávido y proteico, que en poemas suntuosos de sabia y brillante urdimbre, como regios tapices, nos da deslumbradoras visiones artísticas. Y unas veces es Florencia divina viviendo en el encanto del Decamerón: campanilos esbeltos recortándose en un cielo violeta; surtidores que cantan su canción de perlas; pajes rubios pulsando las dulces mandolinas; los Médicis, crueles y sabios; las damas opulentas de senos turgentes y blancos, como gargantas de palomas... Y otras, una visión prerrafaelista: la ingenuidad divina y luminosa de las tablas primitivas; libros de horas miniados; vidrieras polieromas que hacen vi-

vir los místicos motivos en el corazón de una piedra preciosa; hostias, azucenas, ascetas febriles, vírgenes irreales... Y otras, el Japón suntuoso y milenario: el espejismo ilusorio de un sueño de opio, en el que se confunden pagodas y volcanes, gheisas y crisantemos, dragones y lotos en un paisaje de laca, no por extraño menos real; pues este poeta ha vivido en el Imperio del Sol naciente, y es un niponófilo sincero, hasta el punto de exclamar en una estrofa:

*«¡Japón! Tus ritos me han exaltado
y amo ferviente tus glorias todas;
¡yo soy el siervo de tu mikado!
¡yo soy el bonzo de tus pagodas!...»*

Otras veces, se siente yankee, y canta el poema de la máquina, la fuerza de la dinamo, la potencia del motor, el poder del dólar, la audacia del rasca-cielos y el encanto frío e impenetrable de las *miss*, aunque, en un momento de sinceridad, exclame en unos versos, como todos los suyos, cincelados:

*«¡Mujeres que pasáis por la Quinta Avenida,
tan cerca de mis ojos, tan lejos de mi vida!...»*

El vivir de este hombre cosmopolita e inquieto está tan acorde con el espíritu vario y multiforme de su poesía y de su total labor literaria que, previamente, ha vivido sus poemas, en los países lejanos y exóticos que ha recorrido, en su ya largo peregrinar, siendo unas veces, diplomático; otras, comerciante;

otras, simple turista, en el desdoblamiento de una personalidad múltiple, de incansable actividad, en la que triunfa y predomina siempre el poeta y el artista, cuyos poemas, crónicas, artículos y dramas constituyen, por haber sido vividos por un privilegiado temperamento, estéticas síntesis de objetivismo y subjetivismo, como si los paisajes fueran todo alma, como si su alma fuera todo paisaje...

José Juan Tablada nació en la ciudad de México, en 1871; y, como queda dicho, ha viajado incansablemente, y además de poeta y escritor, ha desempeñado, siempre con gallardía, otros papeles en la comedia humana, pisando, ora con el alto coturno, ora con el zapato hebillado del diplomático, ora con las burguesas botas del comerciante, ora con las sandalias polvorientas del peregrino, los más lejanos y sugestivos escenarios. Ahora, según hemos sabido, parece que vuelve a la diplomacia, habiendo sido designado por su Gobierno, como Primer Secretario de la Legación de los Estados Unidos Mexicanos ante las Repúblicas que constituyeron la Gran Colombia de Bolívar, con residencia, como Encargado de Negocios, en la capital del Ecuador. Desearíamos ver confirmada la noticia, y que en breve realizara Tablada su viaje a la ciudad del Pichincha. Allí, en ese maravilloso país del Ecuador, encontraría el poeta altos motivos de inspiración para sus poemas: la lujuriante selva tropical, lujosa y perfumada, policroma y lírica; los Andes estupendos, de diamantinas cúpulas tocando el firmamento, en una sublime concatenación de gigantes milenarios, presididos por el Chim-

borazo eterno; los páramos infinitos por los que vaga doliente y esquivando, o permanece en actitudes de bronce, la figura del indio, el triste proscrito de la civilización, esclavo de una gleba aún más injusta que la del Medioevo; las ciudades dormidas en los valles idílicos, al pie de los montes vigilantes; y luego, la capital, la noble y egregia ciudad de Quito, enclavada, como un nido de águilas, en las cumbres mismas de un volcán; urbe legendaria y sugerente, cual pocas en América, poblada de bellos monumentos de la fe y del arte de una raza mística y conquistadora; en donde abundan los parajes deliciosos, los rincones de ensoñación, las casonas coloniales, los templos fastuosos coronados de cúpulas, de campanarios, de minaretes, de agujas que se elevan, como plegarias... Tierra esplendente y ubérrima, que está, como la virgen de la parábola, o como la blonda princesa de Rubén, esperando al poeta ignoto que la ame y que la cante..

Frente a Tablada nos encontramos ante un poeta, en realidad, considerable, que, de no haber nacido en México, país de tan grandes poetas, brillaría como astro de primera magnitud en la lírica constelación de cualquier otro país americano de nuestra lengua, porque el que puede figurar después de Urbina, de Nervo, de Díaz Mirón, de González Martínez, bien puede ser un sol lírico de cualquier otro cielo. Oigamos lo que de este pintor colorista y sutil, orfebre de la palabra, dice Urbina, el viejo y amado maestro de todos:

«Después de Rubén Darío y Manuel Gutiérrez Ná-

jera, ha sido José Juan Tablada el propagandista más avanzado de la estética francesa. Este literato es japonófilo por inclinación; se sintió desde el principio de su carrera, hermano menor de los Goncourt, y ellos le llenaron de amor por las crisantemas y de veneración por las flores de lis. De sus autores favoritos, de sus estudios y de sus lecturas, no ha tomado sino aquello que convenía a su temperamento y a la segura formación de su personalidad. Claro es que en la poesía de Tablada se siente la caricia de Baudelaire; se oye la voz unciosa de Verlaine; se ven pasar las sombras de los Poetas Malditos; pero el cantor de *Florilegio* hace creaciones de sus reminiscencias, y en todas partes halla su sinceridad y su estilo. Tablada es un espléndido colorista, y así en sus miniaturas como en sus lienzos decorativos, tiene toques de luz y matices de un vigor extraordinario. Lo que en Tablada parece artificial, no es otra cosa que el hallazgo de alguna forma que la multitud no trasegó y que el artista aprovechó con la intuición maravillosa de su temperamento.»

Hasta el presente, las obras de José Juan Tablada, de que tenemos noticia, son las siguientes:

Florilegio, versos.—*Sonetos de la hiedra*, *Poemas Exóticos*, *Poemas Platerescos*, *Musa Japónica*, *Dedicatorias*, *Hostias Negras*, versos.—*Tiros al Blanco*, artículos.—*Madero-Chantecler*, drama en verso.—*Historia de la Campaña de la División del Norte*.—*Hiro-sigüé, el pintor de la nieve y de la lluvia, de la noche y de la luna*.—*Crónicas de París*.—*La Nao de China*, novela.—*La Embrujadora*, novela.—*Dioses y Demo-*

nios del Japón.—Diario de un Artista.—Estampas de Viejos.—El poema de Okusai.—El Bestiario Piadoso, versos.—Scherezada y la Luna.—Monografías japonesas, Aztecas y japoneses, La ceremonia del thé, La fiesta del incienso, El arte floral.

Y con ser bastante lo mencionado, aún es más, mucho más, lo que se puede esperar de su talento ágil, de su numen creador.

CÉSAR E. ARROYO.

ARTES PLÁSTICAS

V Salón de Humoristas.

Quizá en este, más que en años anteriores, se ha puesto de manifiesto la incongruencia existente entre el título y el significado de esta Exposición. Con un buen deseo que sólo aplausos puede merecer, y un entusiasmo que sólo admiración puede despertar, el ilustre crítico José Francés ha emprendido una empresa de gran trascendencia para el arte nacional, sólo que, por cierto apego a un vocablo de muy equívoca trasplantación, ha dado margen a que las cornejas graznen más de lo conveniente. Prurito muy español, es criticarlo todo por el solo placer de no mostrarse conforme con nada, y parece extraño que el admirable autor de «La Guarida» no haya tenido presente esto para evitar que los criticadores a *outrance* tengan un punto donde hacerse firmes. No basta con que en París los Salones de Humoristas no tengan otro significado distinto a los que organiza José Francés; el hecho no serviría más que de excusa o disculpa; nunca de justificación. Seguramente, allí el público no se detie-

ne ante títulos más o menos congruos, y se limita a contemplar la obra que le ofrecen. Aquí, más exigentes, somos terribles Maeses Reparos, que en todo buscamos la perfección absoluta. Por eso, al titular Francés de Humoristas estos Salones, el primer cuidado que todos tuvimos, fué el averiguar hasta qué grado se acomodaba la denominación con las obras expuestas, y de este examen implacable y jacobino, salió la verdad inconcusa, de que los humoristas no existían; eran una entelequia, es decir, una entidad moral fuera del mundo sensible, o una logomaquia. ¿Por qué, pues, la denominación? Año tras año se ha ido patentizando el divorcio existente entre el título y las obras, hasta el punto de que con este motivo muchos hemos llegado a preguntarnos seriamente si existen en España los dibujantes humoristas.

Por lo que a mí se refiere, desde luego creo que esa palabra no se acomoda a la idiosincracia nacional. El humorismo expresa una modalidad especial del carácter, consistente en la predisposición a la burla aristocrática, y a la hiriente ironía con apariencias de infantilidad. Teniendo tal concepto del humorismo, es natural que no encontremos forma de aplicarlo a los dibujantes españoles. Estos hacen caricatura, pero no hacen humorismo, y es tan notoria la diferencia que existe entre ambos vocablos, que no cabe confundirlos. La caricatura tiene su campo de acción independiente en absoluto del humorismo, y se puede crear humorismo sin caer en los dominios de la caricatura, de la caricatura tal y como la entienden la mayor parte de nuestros dibujantes, es decir, la monstruosa deformación

de las figuras, subrayada por una leyenda puesta al pie del dibujo. Esta caricatura no puede servir más que para los periódicos, pero nunca para ser asunto de un cuadro que pueda colocarse como elemento decorativo en cualquier habitación. Esta es la causa de que los *humoristas* que concurren a estos Salones vean transcurrir los años, salvo contadísimas excepciones, sin que un alma piadosa se acerque comprar sus obras. Y es que, además de lo ya manifestado, son por lo regular, de una grosería y de una vulgaridad inaceptables.

Sin embargo, ¿se puede afirmar de un modo categórico que en España no existen humoristas? No lo creo. Lo que ocurre es que a nuestros artistas les falta educación y ambiente y no logran depurar su temperamento ni hallan medio de desarrollarse de un modo propicio. Es pecar de ligereza creer que por autoimposición o por el poder sugestivo que puedan contener ciertas prédicas, se produzca el humorismo. Nada de eso. El humorismo es hijo del temperamento y del ambiente social. Lo que hay que hacer es no confundirlo con la sátira, como han hecho algunos.

No participo de la opinión varias veces expuesta por mi admirado amigo José Francés sobre que el humorismo sea tea incendiaria y piqueta demoledora, dándole a la palabra una extensión expresiva de que carece. Precisamente, por significar algo determinado y concreto, imposible de toda ampliación, es por lo que no se puede adoptar como genérico, como denominador común de otras ramas que ningún nexo espiritual ni formal tienen con él. En rigor de verdad, un

significado mucho más extenso y amplio tiene la palabra *caricatura* que la palabra *humorismo*, y me parece tan clara, tan transparente la efectividad de dicha amplitud, que es advertible a simple oído.

Lo chocante de todo esto es que desde la primera vez que se celebró el Salón de Humoristas en 1915, todos andamos dándole vueltas al vocablo y negando sistemáticamente la existencia de tales humoristas, sin que hasta ahora a nadie se le haya ocurrido fijar los términos de una vez y para siempre, con el fin de evitar equívocos y deshacer confusiones. Y yo entiendo que este es el primer cuidado que debimos tener para aportar al mejor éxito de la feliz iniciativa del organizador la cooperación indispensable, en vez de colocarnos frente a ella como enemigos que se complacen en esterilizar los esfuerzos ajenos. Claro que nada se ha conseguido con esa estúpida e insensata actitud, porque como esa iniciativa respondía a una necesidad y venía a reparar un olvido, ha arraigado a pesar de los detractores y empieza a frutecer de un modo espléndido, abriendo a la juventud caminos nuevos, creando corrientes artísticas desconocidas en España y educando a una generación que, o mucho nos engañamos, o de ella habremos de enorgullecernos.

Y esta labor que José Francés ha realizado sin ayuda de nadie, sólo, incansable y entusiasta, es la que siempre se recordará como ofrenda de gratitud al hombre admirable.

Si estas Exposiciones, a pesar de llamarse de humoristas, no han significado el florecimiento del humorismo, en cambio han servido para desarrollar otra modalidad artística mucho más trascendental y de inúmeras aplicaciones; es esta la que pudiéramos llamar de la estampa y de la ilustración. Es innegable que esta modalidad ha revolucionado las mansas corrientes artísticas de nuestro país, transformando por completo las orientaciones editoriales de publicaciones y revistas. No hay más que volver atrás cinco o seis años la mirada y fijarse luego en lo que ocurre hoy en día. ¡Qué diferencia tan enorme! ¡Qué progresos tan insospechados! Viendo aquellos dibujantes torpes, lerdos, noños e insulsos, ¿cómo pensar en que llegaríamos a poseer estos otros actuales hábiles, expertos, maestros en elegancias y poseedores de un gusto exquisito?

Por perseguir José Francés la dignificación de la caricatura española y el arraigo del humorismo, se ha encontrado con que ha sido el propulsor de un movimiento redentor y generoso que de vez en vez va conquistando mayor número de admiradores.

El arte de la estampa, desconocido entre nosotros cuando imperaba en el mundo entero, ha sido una revelación para los artistas y para el público. Para los artistas porque les ha dado la posibilidad de entregarse a una labor fácilmente remuneradora en la que hasta incluso pueden hallar las satisfacciones de la vanidad que apetezcan, y para el público, porque encuentra el modo de poseer obras de arte con desembolsos que no son onerosos y están al alcance de

cualesquier fortuna, por modesta que sea. Y es tan bello, tan exquisito este arte de la estampa, que no dudamos ha de obtener una aceptación cada vez más creciente.

La crítica ha advertido siempre un hecho que al principio nada tenía de extraño, pero que ya es hora de ir combatiéndolo enérgicamente para conseguir un pronto remedio que impida se agosten en flor las grandes esperanzas que los mencionados artistas nos hacen concebir: la excesiva influencia extranjera, tan excesiva que en muchas ocasiones deja de ser influencia para convertirse en imitación servil. Sin gran esfuerzo podríamos ir citando los modelos escogidos e imitados: Kichner, Dulac, Rackham, Brangwyn, Gosé, Nast...

Dijimos que al principio nada tenía de extraño y es natural. Como se ha dicho y repetido hasta la saciedad, no hay ningún arte privativo de ningún país y sin el intercambio de influencias jamás se hubiese formado ningún gran artista. La cultura y el constante estudio son los que moldean el espíritu y la inteligencia de los hombres; la personalidad está formada por las huellas que en el alma y en el cerebro dejaron otras personalidades más poderosas. Si esto es así, ¿cómo extrañarnos de que al trasplantar a nuestro país un arte nuevo, los artistas fijasen sus ojos en los cultivadores originarios? Tenían que adquirir su técnica, recoger sus enseñanzas y seguir sus orientaciones, sin discutir las ni enmendarlas, puesto que eran neófitos. Pero todo tiene un límite, y el deseo de todo hombre que se estime en algo es

obrar por su propia cuenta sin ajustarse a patrones establecidos ni a mandatos extemporáneos; lo que persigue es, adquirida la experiencia necesaria, seguir las inspiraciones de su inteligencia y las instigaciones de su sentimiento.

Pues en lo que se refiere a los estampistas e ilustradores, pasado el período de formación, ha llegado la hora de que piensen menos en los modelos que las revistas extranjeras les ofrecen y dediquen sus esfuerzos a explorar las zonas del numen propio. Creo yo que cuentan con los suficientes elementos para aspirar a hablarnos con su voz y expresarnos sus ideas, porque en caso contrario no nos sirven de nada; despreciamos a los falsificadores. Pero sería injusto no reconocer en la mayoría de ellos una noble ambición de independencia y originalidad, ambición que le disculpa de ciertas tributaciones a los maestros exóticos.

* * *

Otra manifestación artística ha progresado al par de la stampa y la ilustración: los muñecos. Derivación de la vieja caricatura, estos muñecos vienen a renovarla, y con la novedad que entrañan han recogido la gracia que a aquélla le falta, y hasta algunas veces llegan a entrar en los dominios del humorismo, poco frecuentado, como hemos podido apreciar, por nuestros caricaturistas, más afectos a las grotesqueces que al feliz comentario gráfico.

Lo que está fuera de toda duda es que José Francés ha logrado con estas Exposiciones llevar el arte

del dibujo a un perfeccionamiento increíble, si nos atenemos a los escasos antecedentes que de buenos dibujantes españoles existen, arte difícilísimo que hasta ahora hemos mirado con un desdén olímpico, por lo mismo que ignorábamos sus grandes propiedades y aplicaciones.

* * *

El V Salón de Humoristas—haciendo caso omiso de la denominación, por no considerarla definidora del carácter de las obras expuestas, sino solamente como un pretexto para mostrar juntos a unos cuantos admirables artistas portadores de un arte nuevo en España—ha sido el mejor de los hasta ahora celebrados. Han concurrido 125 artistas con un total de 320 obras, de las cuales una gran mayoría era digna de la exhibición, cosa que no se puede decir de las obras de anteriores Exposiciones, donde la benevolencia pecó de exagerada.

Para los caricaturistas ha sido un verdadero fracaso, pues quedaron sumidos en la oscuridad más completa. Aparte de ser sus obras las menos interesantes, su número era bastante reducido. En cambio, a quienes corresponde este año el éxito pleno y rotundo es a los muñequistas, los cuales han llegado a un dominio tal en la construcción, que hacen confiar en un inmediato esplendor de esa deliciosa manufactura.

Causaron el regocijo y la admiración del público los muñecos presentados por Salvador Bartolozzi,

María G. Sierra, Pilar Rubio y Angel de Diego Fernández.

También se presentaron algunas esculturas caricaturescas, y merecen mencionarse la titulada «El Relicario», de Benito Bartolozzi, y las dos firmadas por J. Morán.

Federico Ribas, el Kirchner español, se presentaba como humorista y daba con sus cuadros titulados «El Manequín» y «El Remolcador» una lección de humorismo que tal vez sirva a los demás dibujantes, mejor que cuanto se les pudiera decir, para orientarse acerca del significado de esa palabra inglesa tan ajetreada de poco tiempo a esta parte. Sin payasadas, sin dislocaciones del dibujo, sin tontolinadas de ningún género, dichos dibujos no necesitaban «pies» explicativos donde se encierre el chiste, la agudeza o la ingeniosidad como la simiente en la vaina, para que la sonrisa apareciese en los labios impulsada por una fuerte complacencia.

Les acompañaban los cuadros titulados «Nit d'albaes» (noche de ronda), del dibujante valenciano Antonio Vercher, y «¿Te la digo, resalao?», de Guillermo Diz Flórez.

Lo demás, con diversa fortuna, era la eterna caricatura que vemos constantemente en la prensa. Se destacaban los nombres de «Tito», «D'hoy» (con su personal dibujo y su implacable sátira), «Karikato», «Kike», «Max», Gil de Vicario, «Iñaki» y Almoquera.

En la caricatura personal ocupaba el primer puesto Fernando G. del Fresno, el popular dibujante cu-

yas obras son un dechado de donosura y perspicacia.

Le seguían «Sirio», muy acertado en las caricaturas del dibujante Ribas, y del escritor Hernández Catá, y Salvador Robles, que debutaba magníficamente con las caricaturas de los hermanos Pinazo Martínez, admirables de observación.

Los ilustradores y estampistas son los que presentaban un conjunto más homogéneo y estimable. Eran los más numerosos y los mejores, aunque este año hubiesen desertado algunos nombres valiosos, los cuales han sido reemplazados por otros nuevos que no nos hacen lamentar aquella ausencia, aquel alejamiento incomprensible, puesto que a los ausentes es a quienes perjudica.

Debemos citar en primer lugar a Manuel Martí Alonso, que este año ha dado una demostración exacta de su valimiento, con sus seis cuadros en los que retrata a Castilla con la misma fuerza que Zuloaga. «Castilla la dorada», «Resignación», «Remanso», «El alcalde», «Los santeros» y «La calle real», llenos de carácter y de emoción, dentro de la especial tendencia decorativa, acusan un temperamento de pintor de positivas cualidades.

Entre las firmas nuevas se destacaban las de Antonio Vercher, Juan Mezquita, Benjamín Palencia, Jesús Dehesa y Alfonso Trajano.

El primero presentaba un óvalo titulado «Día de fiesta», en el que estaban demasiado impresas las huellas de Rackham—parece ser que ahora es Rackham el modelo predilecto de nuestros artistas—y un cua-

drito bastante insubstancial, inspirado, sin duda, en el estilo de Anglada Camarasa.

Mezquita Almez también sufre la obsesión del angladismo y cuando huye de ella cae, tal vez inconscientemente, bajo el influjo de Néstor. Sin embargo, da notas muy bellas e interesantes, como «Levantiñas», «Valenciana» y «Verbena».

Benjamín Palencia se siente atraído hacia los esplendores miliunanochescos de los «Bailes rusos», ya explotados sobradamente, y hacia el simbolismo preciosista. Algunas veces alcanza coloraciones intensas y finísimas y armonías cromáticas de un gran sentido decorativo. Nos gustaron «Reconocimiento» y «La muerte de Isabel».

Jesús Dehesa revelaba en «El jardín de la Dogaresa» felices disposiciones para este singularísimo arte de la estampa, que exige una exquisita alquitaración técnica y espiritual.

Lo mismo puede decirse de Alfonso Trajano, cuyos dibujos, a la manera que inició en España Bujados y siguieron después otros, tienen finas transparencias de esmalte y virtuosismos de miniaturista. «Perdidas en el bosque» y «Hacia el castillo de las aventuras», podrían ser ilustraciones de cuentos infantiles de hadas.

Entre los nombres ya consagrados, o conocidos, descollaban León Astruc, Ribas, Bujados, Ochoa, López Morelló, Antonio Merlo, Antequera Azpiri y José Loygorri, en todos los cuales podía evidenciarse como un deseo de superarse, de hallar nuevas rutas, o encontrar nuevos secretos estéticos.

En fin, José Francés puede estar satisfecho del éxito creciente que cada año obtiene su Salón de Humoristas.

Un monumento a Joaquín Dicenta.

En el salón de cristal del Ayuntamiento madrileño ha estado expuesto un proyecto de monumento al famoso escritor Joaquín Dicenta, firmado por el novel—no conocemos al artista, no sabemos si es joven o viejo, jamás supimos de él hasta ahora—escultor Mateo F. Soto.

Según nos cuentan, un grupo de amigos y admiradores del fallecido dramaturgo ha ideado erigir ese monumento por suscripción popular en el Parque del Oeste.

Ante este anuncio, en nuestro fuero interno se han planteado dos cuestiones: ¿merece Joaquín Dicenta un monumento?, y si lo merece, ¿ha de ser el que ha ideado el Sr. Soto?

Ya va siendo intolerable esta manía de levantar monumentos a troche y moche y sin más causa que el capricho de unos cuantos señores que se erigen en árbitros, y más que en árbitros en soberanos absolutos, haciendo y deshaciendo a su antojo cuanto les venga en gana sin más ley que el egocentrismo ni más freno que la petulancia.

Grande fué el valor del autor de «Juan José» en la literatura española; pero ¿ese valor es de tal magnitud que ha de marcarse en la memoria de las generaciones venideras por medio de un monumento pregonero, llamativo y colosal?

Los monumentos sólo deben consagrarse a aquellas figuras excepcionales que realizaron actos insólitos en provecho de un pueblo, una nación o una raza. ¿Está Dicenta en ese caso? ¿Por ventura fué Dicenta un genio de nuestra literatura comparable a un Cervantes o a un Shakespeare? ¿Fué al menos un Víctor Hugo?

Su obra, henchida de pasión, de arrebatos y fogosidades, aún se discute entre algunos, pero ya casi se va olvidando. El pueblo no tiene para la memoria de su autor más que un cariñoso, un férvido recuerdo. Esta es la verdad. Y como es así, no somos nosotros los llamados a juzgar si su memoria merece eternizarse de manera tan definitiva y grandiosa.

Entre los escritores contemporáneos y mejor aún entre los españoles todos de medio siglo a esta parte, sólo existía una figura colosal, gigantesca, fuera de toda duda y de todo recelo: Galdós. Por mandato unánime e imperativo de la opinión nacional se le proclamó el patriarca de las Letras españolas y recibía el acatamiento y hasta él llegaba la devoción de todos, jóvenes y viejos. Pero es que Galdós ha realizado una obra enorme, semejante a la de Balzac, a la de Víctor Hugo, a la de Tolstoi, a la de Dickens. Y a ese viejo glorioso que aún vive, tras varios homenajes nacionales, que probaron lo arraigadamente que está cimen-

tada su fama, se le ha erigido una estatua de piedra, grandiosa por su valor artístico, pero modesta, en un apartado y escondido rincón del bosque del Retiro. Y a nadie se le ocurrió la insensatez de construirle un monumento, porque éstos no son los amigos y los admiradores contemporáneos de las grandes figuras literarias los que los erigen; es el tiempo, son las generaciones venideras, que sin prejuicios ni precipitaciones aquilatan los méritos y conceden las definitivas consagraciones. Tres siglos han transcurrido desde que Cervantes maravilló al mundo con su *Quijote* y aún no se alza en España ningún monumento que conmemore hecho tan extraordinario.

¿Por qué, pues, esa precipitación, señores amigos y admiradores del llorado Joaquín Dicenta, hombre generoso y batallador, inteligencia preclara, corazón encendido y arrogante? ¿No parecerá injusto ese monumento cuando hay tantas insignes personalidades que no lo tienen?

Pero, en fin, dejando aparte esta cuestión, admitamos de hecho que Joaquín Dicenta era un hombre cumbre, cuyo paso por la tierra hay que perpetuarlo por medio de mármoles, piedras y bronces. ¿Ha acertado el señor Soto a realizar esa necesidad patriótica? Veámoslo.

Joaquín Dicenta fué un escritor rebelde, combativo, impetuoso, tumultuoso. Su amor iba hacia el pueblo que sufre y trabaja, explotado por una sociedad oligárquica. Los desgraciados, las víctimas de la fatalidad, los lapidados por el Destino cruel, fueron los que encendieron en su pecho la hoguera de las pro-

testas y los que inspiraron a su pluma vibrantes y conmovedoras palabras.

Al señor Soto no se le ha ocurrido otra cosa que colocar la estatua sedente del aplaudido dramaturgo en el centro de una especie de pórtico neoclásico, al que da acceso una escalinata y que tiene en el friso unos grupos alegóricos. Dicenta, que parece metido en una hornacina, está envuelto en una capa.

Ese ha sido el proyecto expuesto y que quieren alzar en la Moncloa unos cuantos amigos que, por lo visto, desconocen la psicología y la representación de quien escribió *Los bárbaros*.

Del trabajo escultórico nada diremos, porque en una *maquet* sólo se puede apreciar la idea, el concepto; y esa idea, ese concepto, además de no ser originales, de no decirnos nada nuevo, tampoco nos hablan una palabra del escritor conmemorado. Existe un evidente y disgregador divorcio entre el espíritu de Dicenta y la obra monumental. Ese proyecto podría servir lo mismo para Dicenta que para cualquier otro, no hay nexo, no hay fusión endosmósica, y si no la hay, ¿para qué erigir ese monumento a Dicenta? ¿Por el gusto de levantar un pórtico neoclásico y de colocar ante él una figura sentada en un butacón y envuelta en una *pañosa* muy siglo xx?

Y yo he de añadir, por otra parte, que cuando se pretendió hacer un concurso en Santander para erigir un monumento a Menéndez y Pelayo, Victorio Macho, estudiando a fondo la personalidad de aquel magno erudito, presentó un proyecto análogo al que ahora ha expuesto el Sr. Soto, claro es que sin ocu-

rrírsele envolver el cuerpo del autor de la *Historia de las ideas estéticas en España* con una capa garbosa y pinturera. (Y lo que estaba bien para el espíritu clásico, sereno y discursivo del asombroso escritor montañés, no lo está para la tosquedad, el énfasis declamatorio y el arrebató pasional del autor de *El señor feudal*.)

BALLESTEROS DE MARTOS

EL TEATRO

«Por ser con todos leal, ser para todos traidor».

Benavente ha escenificado un ameno discurso histórico-patriótico, que contiene, en su primer acto, un valor ideológico muy considerable. La claridad con que el dramaturgo hace la exposición del tema consigue que éste adquiera un gran relieve, al extremo de hacernos concebir la esperanza de encontrarnos ante una obra de verdadera profundidad y de gran transcendencia. En las escenas de este primer acto, la frase expresa, con un alto valor literario, ideas fundamentales de absoluta belleza. La acción, sencillísima, tiene, sin embargo, el suficiente interés. Más tarde, el protagonista—Don Hernán—continúa su apología con más débiles acentos y advertimos cierta obscuridad en el personaje, que se hace por completo densa en el final del acto. No entendemos los sentimientos de lealtad y traición de este personaje que, por otra parte, está desprovisto de temperamento y de psicología, y es sólo el recitador del ameno discurso. El

acto adolece de languidez por la excesiva extensión en sus escenas. Y finaliza la obra sin llegar en sus actos segundo y tercero a la altura del prometedor acto primero, con una nota melodramática que apenas produce el efecto escénico apetecido.

No hemos de detenernos en analizar el aspecto teatral de la nueva obra de Benavente. Tampoco el drama que en ella se desarrolla tiene la suficiente sugestión para ser considerado como una producción de este género.

Lo importante en la obra del ilustre comediógrafo es el fervor y el culto a la idea Patria que vibra en sus escenas y la oportunidad de esta nobilísima exaltación.

* * *

Bridge, comedia en tres actos, de Hamilton y Berton, adaptada a la escena española por los Sres. Gutiérrez Roig y Ríos.

Bridge es obra de ironía y humorismo, tan perfectamente inglesa, que muchas de sus sutilezas cómicas pasaron inadvertidas para nuestro temperamento latino, y permanecieron en la más completa obscuridad para los ilustrados artistas de Eslava, conocedores eruditos del teatro extranjero. *Bridge* no ha encontrado intérpretes en Madrid. Sólo Ernesto Vilches hubiera sido capaz de comprender el *Frank* y de hacer comprender a sus artistas el sentido de la comedia. En esta—de un interés escénico extraordinario—todos los tipos son de una absoluta realidad.

La adaptación de los Sres. Gutiérrez Roig y Ríos, merece un elogio sincero. Han conservado el espíritu de los personajes y el ambiente de un modo asombroso. El haber dejado en el diálogo aquellas frases del acto segundo que el público no entendió, es una muestra de la escrupulosidad y el culto literario de los arregladores.

«Lo que no se tiene».

Sin duda, don Antonio Ramos Martín es un temperamento cómico de quien es lógico esperar realidades artísticas de positivo valor. Concurren en este comediógrafo las cualidades esenciales para construir magníficas obras escénicas—como lo son algunas de sus anteriores producciones—en las que se exalten los valores del verdadero teatro cómico español.

«Lo que no se tiene» es una sencilla comedia en la que se advierten las excelentes dotes de su autor: gracia, observación, espontaneidad y un absoluto dominio de la técnica teatral.

Pero «Lo que no se tiene» llega un poco retardada. El asunto y los efectos escénicos no encierran novedad alguna. La vida moderna ofrece temas varios, llenos de interés y de sugestión, dignos de ser planteados y desarrollados por escritores de las condiciones del autor de «Lo que no se tiene».

En esta comedia hay tipos en directo contacto con el natural.

«La vida sigue» .

«La vida sigue», drama en tres actos y epílogo, de don Felipe Sassone, nos parece la narración de un «Magazine» primitivo, propio para dar salida a una producción equivocada, inconsistente y confusa. La absoluta falsedad se hace patente en los tres actos de la obra, inspirada en «Lefebre». En el epílogo encontramos analogías espirituales con «Amants», de Maurice Donnay. El diálogo es de una constante inoportunidad. Los caracteres, arbitrarios y oscuros.

El público, que ha dispensado siempre una justa acogida al señor Sassone, protestó la obra con toda corrección.

EDUARDO HARO.

Carta abierta para Don José Rosales Méndez

Mi estimado y buen amigo:

He leído detenidamente el libro «La zarabanda de las pasiones», cuyo estudio me recomendó usted, para que después, como lector aficionado a esta clase de obras, le manifestara mi opinión sobre el valor teatral de la citada; y aunque por mi falta de preparación y mis pocos estudios sobre esta materia, debiera dársela particularmente, me atrevo a publicarla no por vanagloria, cosa ajena a mi carácter e impropia ya de mis años, sino porque espero que si bien usted ha de estar conforme con mis ideas en muchos puntos, no ha de faltar seguramente quien piense en contrario de ellas y las refute, con lo cual se lograría despejar algo el obscuro horizonte de nuestro Teatro, y se podría orientar a muchos, que desconociendo la importancia de esta rama de la literatura, verdadero barómetro de la ilustración de los pueblos, entran por ella y hacen sus obras al buen tun, tun, confiando en que unos cuantos chistes hilvanados en sus diálogos son bastante para levantar a los públicos de sus asientos, entusiasmados, febriles, y para cobrar después pingües trimestres, que los invitan a elaborar sus obras a destajo.

Mas cuando después de uno de estos éxitos leemos la obra, que lo produce, nos maravilla la pasmosa ha-

bilidad de los actores, que con su dominio de este arte raro, salvan a veces cosas tan imposibles, que el mismo autor se maravilla de su éxito.

Sirva, pues, lo dicho de preámbulo y vamos a' asunto: la obra del señor López de Haro, «La zarabanda de las pasiones», no es drama teatral, como se titula, ni tampoco es poema; es un engendro, un monstruo, que sólo y precisamente por lo que de esto tiene, llama la atención, y si alguna vez hubiera de representarse, tendría que salir al proscenio, al empezar el espectáculo, el gracioso de la compañía, y como en las comedias de Plauto decir al respetable: «Señoras y señores: para, que no se llamen a engaño después de vista la obra, sepan: que su acción sucede en la populosa ciudad de Neurastenia el año veinte mil uno post belum barbarorum adversus omnes orbis terrarum populos cultos... y aun así, tomándolo a broma, sería muy fácil que antes de llegar al «pludite cives», el pateo se oyera en los antípodas.

Vea usted las razones.

En la actualidad... y siempre, para que una obra sea teatral, ha de tener ante todo *espíritu*, que es el motivo del conflicto; y tres condiciones esenciales a su naturaleza... ¿Física? Sí, física; estas condiciones son: *realidad, enseñanza y comprensibilidad*; donde no haya todo esto, no es posible que haya obra teatral, digna de serlo.

En la que nos ocupa el espíritu que informa el conflicto es nulo: fijándonos en las ideas fundamentales de su trama, se ve que allí el amor no es amor; la amistad no es amistad; ni el odio es odio; ni la venganza

venganza; en las figuras lo mismo: el padre no es padre; ni la madre, madre; ni la hija es hija; ni el amante, amante; ni el amigo, amigo; ni el pobre es pobre; ni el peregrino, peregrino; y siguiendo el orden descendente de las ideas, ni los animales son animales, ni los bosques son bosques, ni la fuente es fuente, ni las piedras piedras, ni aun la vivienda es vivienda: todo está disfigurado y fuera de la realidad.

Y con estos materiales, ¿qué ha de ser la técnica?

El tecnicismo teatral consiste en que el interés de los espectadores se vaya despertando en progresión creciente, y para esto es preciso que el espíritu del conflicto se vislumbre en la exposición, se perciba bien en el nexo y se manifieste claro y esplendoroso momentos antes del desenlace: esto no puede suceder en «La zarabanda de las pasiones», porque no hay conflicto verdadero; no nos enseña nada, porque nada es real y la comprensión es nula para la generalidad de los que sólo se iluminan con la lámpara del sentido común, y aun para los espíritus más refinados y selectos.

El asunto de toda obra teatral ha de basarse en un imposible moral absoluto o accidental, que es el eje de la obra sobre el que gira todo el argumento: el imposible absoluto da origen al drama; el imposible accidental a la comedia. Estudiemos en la práctica la función de estos imposibles.

Es un imposible absoluto, en el sentido indicado, que un hijo se venga de su madre, aun cuando la sombra de su padre le pida venganza; por esta razón el desenlace del «Hamlet» es lógico; no es el hijo el

que se venga, sino la fatalidad, toda otra solución sería desastrosa para la obra.

El anterior es un hecho imaginario; vea usted ahora este mismo imposible en un hecho real.

Un hijo duerme tranquilamente la siesta en su habitación lindera a la de sus padres, y la madre, que desconoce la presencia de su hijo, recibe al amante y con él se refocila y bromea en el fementido lecho; el muchacho se apercibe de todo, y desesperado, sale silenciosamente de la casa, llevándose la llave del piso.

Hace la fatalidad que momentos después se encuentre con su padre, y en su desesperación le entrega la llave y un cuchillo, para que se vengue, como efectivamente se venga, matando a los adúlteros.

A primera vista parece que es el hijo el que se venga, pero a poco que se piense, claro se ve que fué la fatalidad, pues si el tiempo le hubiera dado lugar a la reflexión, es indudable que hubiera obrado de otro modo muy diferente: este hecho ha sucedido en la ciudad de Málaga.

Ambos conflictos, el imaginario y el real, son análogos, y si no idénticos, en sus fines son iguales: en el primero pasa el tiempo sin que el hijo se decida, hasta que la fatalidad interviene.

En el segundo interviene la fatalidad antes de que el tiempo dé lugar a la reflexión: los dos son humanos y están dentro de la realidad, sirven de enseñanza y son comprensibles: por esto el primero es drama y el segundo puede serlo.

Invertidos los términos del conflicto, es imposible que una madre mate a su hijo, pero en el drama

mayor de Ibsen «Espectros», sucede que si la madre no lo mata, "dándole el veneno que el hijo guarda, ha de verlo morir rabiando como un perro; y sin embargo, la madre no mata, la terrible disyuntiva se deshace como debe deshacerse.

Estudiemos otro caso: es ridículo e inmoral que un padre se enamore de su hija, aunque en vez de padre sea padastro, y aun cuando los amores sean platónicos, y es mucho más ridículo y más inmoral que la hija le corresponda aunque sea en igual sentido: este imposible de la obra de Benavente también se resuelve como debe resolverse.

¡Y cuán admirable es en esta obra la técnica del maestro español! A golpe de trompeta percibe el público el conflicto del drama, cuando llega al nexo:

El que quiera a la del Soto
tiene pena de la vida.

Estudiemos ahora el imposible accidental en una obra moderna: *El rayo*.

Esta obra ha podido ser un modelo de comedia clásica de actualidad, y no lo es por el desastroso desenlace que tiene.

En ella, el imposible accidental, se basa en «el perdón del padre», cosa que parece imposible, conocida la naturaleza de su carácter; el hijo lo ha desobedecido y además se ha burlado de él inicuaente; ini-

cuamente los sucesos han llegado al extremo donde se hace precisa la solución lógica que debe tener el asunto: que un autor novel, como López Núñez, no encuentre más solución que la descabellada que tiene, pase; pero que un maestro, como Muñoz Seca, no haya visto la solución lógica del enredo, acredita o incompreensión del asunto o mala fe.

En el teatro, la acción de una obra termina y es definitiva cuando la solución del asunto es lógica y los protagonistas reciben el premio o el castigo que merecen sus actos; pero no es definitiva, cuando no tiene esta condición, y aquí resulta que el perdón del padre no es, no puede ser definitivo, porque el hecho que lo motiva es precisamente la mayor de las burlas que le han jugado.

Este hecho queda latente en el espíritu del público, que enamorado de la obra por lo bien que la técnica ha combinado los accidentes y por la originalidad y gracia de los chistes, llega deslumbrado al desenlace y lo aplaude cuando en rigor no debe de aplaudirlo.

Mas después, cuando el espíritu ya frío, se fija en el final y lo estudia, comprende que aquello no acaba como lógicamente debe acabar, y en su mente sigue la obra, que no ha terminado, porque está pendiente la solución del conflicto, toda vez que el perdón otorgado es accidental, por haberse basado en la mayor y más grotesca de las burlas, con lo cual se falta o se falsea una de las condiciones esenciales a la obra teatral, que es la *enseñanza*: los padres han de salir disgustados con esta solución, que los pone en ridículo;

y los hijos, si aprenden algo, es precisamente lo contrario de lo que deben aprender.

¿Que cuál es la solución lógica de *El Rayo*?

Lo dicho es bastante para que cualquiera vea cómo debe ser el desenlace; porque en esto sucede como en las matemáticas, donde se dice que «La circunferencia es una línea curva cerrada y plana, cuyos puntos equidistan del centro; y toda otra línea que no reúna todas estas condiciones, no puede ser circunferencia»; así toda obra teatral, que no reúna las condiciones esenciales a su naturaleza, no puede considerarse como obra teatral, aunque tenga en su abono todos los aplausos de los públicos más ilustrados y exigentes.

Para terminar, y volviendo a «La zarabanda de las pasiones», diré a usted que si no puede ser drama, tampoco puede ser poema dramático, pues la diferencia de estas obras, consiste en que el espíritu del drama informa un algo real y concreto, y en el poema este algo, es simbólico y abstracto; por lo demás la naturaleza de ambos, así como las reglas de arte a que se sujetan, son idénticas.

Quiero también advertir a usted que estoy muy lejos de creer que no se puedan presentar conflictos tratables de un orden espiritualista nuevo y diferente de todo lo conocido, y ya le explicaré algo de ello para que se forme una idea.

Por último, el Sr. López de Haro, a quien sólo conozco por la lectura de algunas de sus interesantes novelas, no ha debido editar esta obra, teniendo presente lo que le dice en su discreta y bien meditada

carta el Sr. Díaz de Mendoza, y acordándose del final de la fábula de *El Oso y la Mona*:

Si el sabio no aprueba, malo:

Si el necio aplaude, peor.

UN ACADÉMICO EN CIERNES.

Madrid, 26 de marzo 1919.

LA COMEDIA PSIQUICA

ONOFROFFISMO

El trabajo que a continuación insertamos del magno liróforo hispano-americano Rubén Darío, pertenece al libro «Prosa dispersa», próximo a publicarse, tomo XX de la colección de «Obras completas» que con tanto éxito viene publicando la importante Casa editorial «Mundo Latino».

«Señor director de *La Nación*: *Misterium* ha conversado conmigo sobre el artículo que hoy ha publicado en estas mismas columnas el señor Raoul Morlais. Me ha dicho asimismo que puedo comunicar a usted su respuesta.

Misterium ha conocido a madame Blavatsky por las propias obras de ella, por la biografía que escribió la hermana, y por los apologistas del *Lucifer*, sin contar con el ferviente y apasionado libro de Sinnet, en que se trata de la renombrada y extraordinaria taumaturga.

Pero también ha leído—¡ay, desgraciadamente

para su credulidad de poeta, y amigo de lo supraterrestre!—los escritos de algunos señores que no son teósofos ni poetas, entre los cuales señores Andrew Lang y Max Müller.

No es *Misterium*, por cierto, adorador de la ciencia; pero protestando y todo, a pesar de la sonada reciente bancarrota, se deja aplastar por el carro de Jagernant.

Antes—y ahora, cuando no sale del recinto de sus sueños—creía en una madame Blavatsky completamente maga; una madame Blavatsky que conversaba a millones de leguas con sus amigos y maestros, los mahatmas del Tibet; una madame Blavatsky que *hacía* materia—, y la más preciosa: oro. Imaginábasela rodeada de sus elementales, como una reina de cuento azul de gnomos.

Quiso ser teósofo, y se dió a estudiar libros y revistas especiales, que tenían en las carátulas cabezas de Gistos sobre estrellas enormes, o frases en hebreo, o misteriosos paragramas. Pronunció muchísimas veces con la unción de un digno catecúmeno, la sagrada y mágica palabra *um*; y tan a pechos tomó la lectura de autores esotéricos, que, poco más, y le sucede lo que le sucedió al reverendo padre Valdecebro.

Cuando más vigorosamente se entusiasmaba y juraba por el coronel Olcott, bravísimo profeta de madame Blavastky, y afianzaba más su fe al conocer como sabios de la talla de Crookes, presentaban a Katy King, encantadora difunta, como si fuese una señorita viva; y como la sociedad teosófica au-

mentaba sus numerosos adeptos, hindús, ingleses, yankees, franceses y españoles, cayeron en sus manos los escritos de los antiteosofistas.

Mucho tuvo que luchar *Misterium* para no dejarse arrebatar su ilusión, que juzgaba verdadero tesoro.

Calificó de envidiosos y de cobardes a los que se atrevían a llamar vulgar espía político a la Papisa budhista, y, sobre todo, a negarla su potencia maravillosa.

Asistió todavía en espíritu al baile blanco que dió la duquesa de Pomar a la persona astral de María Estuardo, y se refugió en su ensueño para librarse de los mandatos de la ciencia oficial.

Mas hasta allí persiguéronle los horribles hombres científicos, los cuales fueron los primeros en pronunciar las palabras que han llamado la atención del Sr. Morlais: «Monstruoso charlatanismo».

El Sr. De Morlais debe conocer la campaña emprendida contra madame Blaratsky y la doctrina que propagaba, sobre todo, con motivo de sus milagros y manifestaciones taumatúrgicas.

Mucho han defendido sus discípulos y apóstoles, a la innegablemente simpática e inteligentísima rusa, la cual obtuvo su maravillosa ciencia por don especial, pues sin haber frecuentado los libros, sabía tanto como muchos sabios.

Mas sus contrarios no cesan, a pesar de haber ella muerto; el número y calidad de ellos, sobre todo la calidad, son abrumadores.



¿Quiere el Sr. De Morlais una prueba reciente-sima?

Abra el último número llegado—número de febrero—de la *North American Review*, y lea las páginas escritas por Sedwidg Minot sobre «La comedia psíquica». La fuente no es, por cierto, de escasa o sospechosa autoridad.

Se ocupa el escritor en dinamitar esos dos Palacios de *Las mil y una noches*, que basados en una poética ciencia—¡cómo se entrechocan esas palabras!—son consoladoras y amables academias, para el alma y para la poesía: la *Sociedad Teosófica* y la *Sociedad Psíquica*.

Sus ideas son claras y fuertes, y sus frases sin penachos.

¿Cuál es la causa de los recientes entusiasmos hiperespirituales?

Según él, está en nuestra atmósfera mental. Algunas personas están satisfechas con el ideal cristiano y con la cristiana aceptación de los límites de la humana vida.

Su objeto es demostrar que la Theosophical Society, no merece una seria consideración, y que la Psichical Society, no observa las necesarias condiciones de investigación científica en sus rebuscas sobre transmisión de pensamiento—telepatía—y fantasmas, o aparecidos.

«Hay un buen número de gentes que creen en las extraordinarias doctrinas conocidas por budhismo exotérico, hacia el cual Mr. Sinnet, fué el primero en llamar la atención del público lector». El

poder maravilloso de la Papisa está descrito y testificado en el *Occult Nord* de Sinnet.

Sedwidg se permite calificar irreverentemente ese poder de «a series omagical performauce by a clever woman who called herself madame Blavastky!» El hecho más extraordinario, fué que habiéndose roto una taza, en un pic-nic, al que concurría dicha señora, ordenó ésta cavar en cierto punto del campo, en donde fué encontrada otra taza igual, la cual fué *creada* por ocultas y mágicas influencias.

Sedwidg pasa muy rápidamente sobre la parte biográfica de la fundadora de la Sociedad Teosófica: su origen ruso, su nacimiento en 1831; su carácter—¿soportará el señor de Morlais?: —she appears to have been a singullary ill-natured, bad-tempered, injust, unreasonable, and, selfish person». Confesábase ella misma dotada de sobrenaturales virtudes y potencias;—su viaje, por fin, a los Estados Unidos, en 1873, donde escribió su *Iesis unveiled*. Allí encontró al Coronel Olcott—, «a worthy but seemingly credulons gentleman»—que fué su principal ayudante para el establecimiento de su sociedad.

Siendo la India cuna de la sabiduría esotérica, y en donde madame Blavastky fué principalmente iniciada, la cabeza, la sede teosófica, se trasladó a la India.

Ya establecida allá, «la profetisa» convirtió a muchos, entre ellos, quien sería más tarde uno de sus más sonantes trompeteros: Sinnet. Sinnet, ini-

ciado, logró también la comunicación de los mahatmas. Los mahatmas son seres extraños, dominadores de las fuerzas ocultas de la naturaleza. Pueden hacer caer fresca, en un salón de Buenos Aires, una rosa que acaba de abrirse en París o en Calcuta. Escriben cartas mágicamente, conversan a miles de leguas de distancia, viven cientos de años, tienen ojos misteriosos, fascinadores y profundos. Así los pintan.

En las naciones occidentales, dice Sedwig, y especialmente en los Estados Unidos, han encontrado buen terreno el espiritismo, la clarovidencia, el mesmerismo.

Paul Bourget acaba de darnos en su *Ultramar* excelentes páginas respecto al espiritismo yankee.

Las mujeres americanas están más expuestas al contagio.

La superioridad absoluta de las ciencias ocultas de Oriente sobre la ciencia occidental—de que habla uno de los interlocutores del diálogo *La esfinge*, de Misterium—, está predicada en el *Esoteric Buddhism* de Sinnet. Esto es causa de que en las obras teosóficas haya afirmaciones que contradicen abiertamente la ciencia oficial. Por ejemplo, afirmase que antes, en tiempos inmemoriales, existía un gran Continente en el lugar que hoy llena el Océano Atlántico. Los geólogos han considerado la hipótesis, pero la han positivamente rechazado. No obstante, Sinnet escribe: «La ciencia ha aceptado, por fin, la existencia del gran Continente, etc.»

«Again he asserts that the vegetable precedes the animal in the process of developmené, but it is not true. *It is true that Mr. Sinnet and his Mahatma are both gloriously ignorant of the elementary truth of nature science.*»

La boga adquirida por la obra de Sinnet se debió, según Sedwidg, a que la mayor parte de sus lectores estaban poco familiarizados con las ciencias naturales.

Luego aparecieron los terribles demoledores. Entre ellos, el más implacable: «The most cruel blow to esoteric Budhism.» Mr. Richad Hodgson, talentoso y concienzudo investigador.

Hodgson fué el centro teosófico principal para estudiar los fenómenos; fué a la India. Conoció al desde entonces nombrado Coulomb y su mujer; presenció uno de los fenómenos más importantes y estupendos: el de las cartas enviadas mágicamente por *desintegración*; vió colocar en el misterioso gabinete llamado *shrine* las cartas que debieran desintegrarse. El *shrine* fué entonces cerrado; las cartas se *desintegraron*, y aparecieron las respectivas contestaciones.»

Los discípulos creían y creen que las cartas eran quitadas por desintegración, por el poder mágico del oculto introductor o mahatma.

Vivía éste, asegurábase, en el Tibet, y las contestaciones eran compuestas por él, desintegradas en el Tibet y reintegradas en el Shrine.»

Mr. Hodgson descubrió que el Shrine tenía una falsa entrada, *que se comunicaba con el dormitorio de*

madame Blavastky... Las cartas que se creían obra del mahatma, eran escritas por ella. De un lado del Shrine había credulidad, del otro fraude.

Después apareció el célebre Molinis, uno de los principales actores de la *Comedia Psíquica*. Pero todo el honor a la señora «*Madame Blavastky was certainly one of the most successfull of impostors.*»

Y luego: «*Madame Blavastky and other charlatans.*».

Oh, el desolado *Misterium* no perdona, como el señor de Morlais, seguramente, tamaños epítetos dirigidos a una sacerdotisa del Misterio; mas los hombres de la ciencia no respetan los hermosos sueños ni los poéticos entusiasmos.

Misterium escribió, pues, sustentada en algo más que en una revista de Papús.

Y me ha encargado manifestar al señor de Morlais, junto con su agradecimiento por sus palabras lisonjeras, el deseo que nunca tenga que lamentar la pérdida de sus ilusiones teosóficas.

Creer en algo: he ahí una riqueza.

Ah, es doloroso tener que convencerse de que *madame Blavostky* no haya podido prolongar su vida quinientos años; que Papús haga negocios con sus facultades mágicas; que Peladan esté en continua berlina, y que Onofroff, el grande y culto Onofroff, tenga que sufrir muy pronto la misma suerte, el mismo triste olvido que la serpentina, el hombre descuartizado y *La Verbena de la Paloma*.

«RUBÉN DARÍO.»

POLÍTICA

El riesgo.

Se cuenta de un rastacueros, enriquecido en tratos navales durante la guerra, que entró en una de las más renombradas joyerías de Barcelona diciendo «—Véndanme ustedes algo, lo más caro que tengan, porque no sé qué hacer del dinero.»

La frase es estúpida. Pero también reveladora de algo que se masca en el ambiente. Hay, de cuatro años acá, una cosecha de *parvenus* despatarrante. Y son un mal ejemplo, no sólo una inmoralidad. Esos señores astrictos al negocio a ultranza, que se ciscan en la ética y miran al común de los mortales con gesto de conmiseración, constituyen la podre social que lo inficiona todo. Amparados en la concepción sofisticada de la listeza, se creen seres superiores por haberse colocado a la altura de la lombriz y tenido la inmensa desaprensión de apechugar con el cieno, saber respirar y moverse en él impunemente.

Política, económica y socialmente, han de alcanzar-nos las salpicaduras de la guerra. Si no prevemos, en lo posible, las extralimitaciones de lo que hemos dado en llamar tráfico legal, las cosas empeorarán fatalmente. Los logreros de la fortuna, los cuervos, los sin escrúpulos, siembran una semilla atroz.

¡No sé qué hacer del dinero!... Ese majagranzos que lo dijo, estaba lejos de pensar que hacía un poema de una tontería. Un poema, en el sentido de encerrar toda una revelación. Así es el espíritu de los ogros de la riqueza. Ya, un multimillonario yanqui hubo de exclamar una vez: —«¡Maldito dinero! ¡Más me cuesta gastarlo que ganarlo!» Cuesta más, ya lo creo. Como que la fortuna no es signo de superioridad. Para ganar dinero, así, a porradas y por pura especulación grosera, sirve cualquier amoral de los que abundan en la fauna humana. Para saber qué hacer de él, ya es otra cosa.

Hemos escapado, según el parecer común, al peligro imperialista. Nos queda el riesgo del imperialismo del caudal, con su secuela de rebajamiento ético, por un lado, y de aplanamiento y postración por otro. No basta con que se persiga a los acaparadores. Hay que acudir a la entraña del asunto y acabar con el sofisma de la libertad de contratación, de la ley económica basada en la oferta y la demanda. Conviene remachar sobre esto: más que una conquista democrática representa una conquista del judaísmo.

En España se agitan actualmente algunas cuestiones que no obedecen más que a eso, a una exacerba-ción de la codicia, del concepto netamente utilitarista

del vivir. Utilitarista, no equitativo. Porque la existencia material requiere la observación práctica del problema capitalísimo de la subsistencia. Lo que no requiere es el prurito de supeditarlo todo al principio, no de la subsistencia, sino del medro. Aquí queremos libertades, autonomías y renovaciones, no precisamente por espíritu de equidad, sino de comodidad; no por ajustarnos a un principio de justicia y moralidad, sino de provecho.

Cuando las ideas van a remolque de los apetitos, se desvirtúan, se empuqueñecen; no son ideas, sino hipos. ¿Queremos de veras que el Estado se preocupe por esa cuestión capital e intervenga en la obra de pacificación por medio de medidas conducentes? Pues prepárense a ser *intervenidos* los factores de riqueza, los que se consideran intangibles, los que se creen inviolables. No sólo acaparadores, sino también productores, industriales, comerciantes, propietarios, especuladores, etc., es decir, todos los elementos que componen el engranaje económico social, y pueden y deben influir, a su costa, con merma, si es preciso—y sí lo es—, de sus utilidades, en interés común. No debe darse el caso de que un imbécil pueda decir que no sabe qué hacer del dinero.

SEBASTIÁN GOMILA

La España trágica

Nos preocupa un poco; mejor dicho, nos preocupa seriamente, todo lo seriamente que lo grotesco del caso permite, el concepto que el Presidente Wilson formara de España, si la mira a través de los emisarios que nuestro país le envía.

El presidente Wilson llegó a Europa un poco aturdido; la borrachera de la victoria, por una parte; los vaivenes del barco, por otra; la efusividad de los franceses; la falda corta de las francesas; la liga, la liga de las naciones; el champagne... Todo, todo contribuía a marearle un poco, a aturdirle, a enmarañar sus ideas... Sin embargo, conservaba claras y vigorosas, con respecto a Europa, las que desde mozo le habían ido cultivando las lecturas exóticas y las referencias pintorescas. Sabía que Francia era la tierra del ingenio, del buen vino y del «chic», y que España era el país del sol, de los claveles y de los toros; sabía que los labios rojos de las francesas eran nidos de placeres, y que en los ojos negros de las españolas brillaban puñales toledanos, y sabían también que todos los franceses eran elegantes y distinguidos modelados para vivir en el gran mundo, y todos los españoles gentiles, apuestos, buenos mozos, hechos de encargo para dar celos a las mujeres y para entendérselas con los toros. La

figura de Don Juan Tenorio y la de Cúchares, arrancadas de una dislocante «españolada», bailaban un tango—por supuesto, con te—en el magín de Wilson.

Y España envió a París su representante para saludar al Presidente y contarle de paso lo que pasaba en casa.

Un rato largo de antesala, y al fin, el Presidente que dice, un poco ilusionado y adoptando una actitud gallarda, para no quedar anulado por completo: «¡Que pase el español!»

Y... El secretario se había equivocado, sin duda.

—¡He dicho que pase el español!—insistió Wilson.

El conde de Romanones hizo una reverencia demasiado pronunciada, y dijo, con música de «La patria chica»: «¡Yo soy español!»...

Y luego, chistera en mano, brindó al Presidente la suerte suprema de España, con esa trágica mueca de los toreros de invierno en el momento decisivo.

Wilson no lo quería creer, no podía creerlo.

Quedamos mal en nuestra primera aproximación al Presidente. Aquello de la gentileza, de la apostura, de la gallardía y de los «molinetes» ante la cara del toro era una falsa leyenda. ¡Para molinetes estaba aquel hombre! Pero en fin, acaso una casualidad. No todas las inglesas son rubias, ni todos los ingleses altos y flacos.

Y el Presidente consideró que no debía juzgar a España ni a la raza española por aquella muestra. Sin embargo, la visión torturadora de Don Juan Tenorio renqueando por los claustros del convento con Doña Inés a cuestas, llevándosela a la quinta... del Guadal-

quivir con un pronunciado balanceo de mecedora, tan pronunciado que la cabeza de la enamorada novicia golpeaba las losas del piso, llegó a constituir para Wilson una pesadilla.

Cuando de regreso a su país le preguntaron por las cosas de España, dijo con un poco de amargura:

—Mal, allí andan muy mal; no hay quien los enderece.

Ahora, de nuevo Wilson en París, ha recibido a otro emisario español, a otro representante de España. A un ilustre diplomático, portador de las peticiones, o de las aspiraciones, o de las súplicas, o de los sueños, en fin, de nuestra nación con respecto a la liga de las naciones. Ahora es el Sr. González Hontoria el que ha ido a París.

¡Caballeros, por Dios, que van a creer que es «pi-torreo», como decimos por acá.

Cuando el nuevo emisario haya llegado hasta Wilson, dando traspiés y en una figura de «garrotín», el Presidente no habrá podido contener esta pregunta:

—¿Y ustedes quieren entrar en la liga? ¿Con esas piernas?

No, no puede ser. Por decoro de nuestra raza, nos oponemos. Wilson se dirá, y con razón, que cuando en tal estado se encuentran las primeras figuras españolas, las de segunda fila andan en cucullas, y las de tercera a gatas.

¡Quién sabe! Quizás se imagine que nuestros políticos y nuestros diplomáticos son antiguos toreros avariados por los cuernos de los toros, o bufones ascendidos por el capricho de un Rey...

Resueltamente nos oponemos, como españoles y como enamorados de la estética, y pedimos que vaya a París una nueva misión, y que la formen los señores Alba, Goicoechea y Mazzantini y, si es posible, que vayan con traje de luces. Son los tres ejemplares más lucidos que recordamos en este momento.

La hoguera de las huelgas

Aplazamos para el próximo número nuestras impresiones acerca del sindicalismo, de la batalla presentada por el sindicalismo y de las conquistas logradas por el sindicalismo. Esta doctrina, que no hace muchos meses ponía espanto a nuestro ánimo y temblores en nuestras carnes, nos es hoy familiar y simpática. La sindicación es tema preferente de las conversaciones, realidad que acepta con entusiasmo el proletariado, poder que aceptan los gobernantes e ilusión que acaricia la clase media.

No tardando, el sindicalismo se adueñará de toda España, la sindicación se hará indispensable, y todos seremos sindicalistas, por supuesto, sin enterarnos por qué ni para qué lo somos.

Y ocurrirá algo muy curioso, que señalaremos en nuestra próxima crónica; porque en los momentos en que escribimos estas líneas, encendida en una gran parte de España la amenazadora hoguera de las huel-

gas revolucionarias, no juzgamos oportuno echar a barato un movimiento indudablemente serio y grave, pero que ha de resultar cómico en nuestro país.

El curioso lector ha de convencerse de ello. En manos de los españoles, tan impresionables, tan inconscientes y tan graciosos, el sindicalismo será algo así como las Juntas de defensa; primero, será problema grave; después, un tema cómico; por último, una bufonada.

El conde de Romanones lo sabe y ya se está sonriendo del sindicalismo, con gran asombro del asustado ministro de la Gobernación, del consternado ministro de la Guerra, de las preocupadísimas autoridades de Barcelona y del capitán general de Valencia, recibido a tiros en Alcoy. Hay que confesar que el conde de Romanones va capeando bien el temporal de los conflictos obreros, cuyo mayor peligro está en la sombra que proyecta el señor La Cierva sobre las clases elevadas del Ejército. El jefe del Gobierno sigue una política hábil, gracias a la cual pudo evitar la declaración del estado de guerra en Madrid, parar el golpe de ese interesante documento firmado por varios coroneles, solucionar la huelga de Valencia, de marcadísimo carácter revolucionario y lograr que la primera autoridad militar de Cataluña tratara directamente con los presidentes de los sindicalistas, poniendo el conflicto barcelonés en vías de solución.

Poco después de aparecer esta crónica, sólo quedará alguna huelga aislada y estarán en libertad bastantes de los tres mil o más obreros barceloneses apresados en la cárcel de la ciudad condal, en el castillo de

Montjuich, en varios buques de guerra y en un barco de la Casa Tayá, habilitado al efecto.

Pasado el nublado, el sindicalismo seguirá haciendo prosélitos, y el conde de Romanones, dueño de la situación, bienquistado con la masa obrera merced a la concesión de la jornada de ocho horas y a un barullo de proyectos sociales que ni él mismo sabe cómo han de ser implantados, pero que son efectistas, trama la crisis ministerial como y cuando le convenga, para ir de nuevo a las mismas Cortes de que tan alevosamente se burló y arrancarles una fórmula económica—la de las dozavas partes, la del Sr. Alba, que hasta del enemigo se aprovecha este endiablado conde—para seguir viviendo tranquilamente hasta fin de año.

Y alejado el peligro del catalanismo—¡quién se acuerda de aquello!—, alejada la preocupación económica, atados de pies y manos los rivales políticos de la familia liberal y sentado a la diestra del Presidente Wilson, sólo le quedará al conde la amenaza del sindicalismo. Pero el conde no se arredrará. Ya hemos dicho que el conde sabe como nosotros que esa amenaza es aparente, porque el sindicalismo en España morirá en el ridículo, como las juntas de defensa.

Y para tranquilidad de los timoratos añadiremos, que lo mismo ocurriría con el bolchivikismo, si tuviera la humorada de visitarnos.

JOAQUÍN AZNAR.

BIBLIOGRAFIA

Biblioteca Reconquista.—«Las Vidas humildes», por Luis León Domínguez.—Ilustraciones de F. Avrial Aguirre Madrid.—Tip. de la «Rev. de Archivos, Bibliotecas y Museos».

El notable escritor, comediógrafo y crítico de arte, nuestro distinguido amigo y colaborador, D. Luis León Domínguez, ha reunido, con el título de *Vidas humildes*, unas interesantes y muy humanas narraciones, en las que, a lo real y vivido del asunto, se une un verdadero conocimiento del corazón humano y de la psicología de los personajes. El diálogo, fácil y fluido, es fiel trasunto del hablar de nuestro pueblo. Hay un hondo y poético sentido del paisaje; detalles y notas que acreditan a un artista, observador e idealizador de la vida. El estilo es castizo, diáfano, y corre al través de esas páginas, como una pura linfa. Y, sobre todas estas excelencias, flota y resplandece un amor entrañable y una sincera piedad, exentos de toda sensiblería, por los «de abajo», por los débiles, por los desheredados, por nuestros hermanos de las vidas tristes, de *las vidas humildes*.

En suma, un libro que se lee de un tirón, ya que tiene interés, realidad, belleza, y que ha constituido para su autor un merecido triunfo, al que, sinceramente, nos asociamos con nuestro entusiasta aplauso.

«**Parnaso Venezolano**» (nueva edición aumentada).

La Casa Editorial Maucci, de Barcelona, acaba de publicar una nueva edición del notable *Parnaso Venezolano*, que ha sido aumentada y cuidadosamente revisada por el notable literato González Camargo, poeta de bien adquirida fama.

Esta obra, enriquecida con muchos retratos de los poetas de Venezuela, puede considerarse como la más completa y modernizada de cuantas antologías venezolanas conocemos. Forma la obra dos tomos voluminosos, impresos en excelente papel satinado y ostentan cubiertas en colores.

Felicitamos a la Casa Maucci, que con la publicación de estos *Parnasos*, contribuye indudablemente a difundir y popularizar el inmenso acervo de la poesía hispano-americana.

Para muy pronto se anuncia, y sabemos que ya está en prensa, *El Parnaso Ecuatoriano*, formado por César E. Arroyo, nuestro compañero, a quien hay que reconocerle una indudable competencia, no sólo para ésta, sino para cualquiera empresa literaria.

* * *

Umbrales (poesías), por Antonio Espina García. Este bello florilegio de líricas meditaciones—aparecido casi simultáneamente a la última llamarada bélica de la extinta hoguera europea—assume un alto valor alegórico, dentro de nuestra zona de acaecimientos literarios. *Umbrales* confirma, por la libérrima estructuración de sus versos, y el tenue vagido germinal que irradia—como el de un alma que presiente su aurora—anteriores providencias y tácitas sospechas respecto a la extinción del óvulo matriz novecentista. Porque a través del desasosiego rítmico, y la inquietud superatriz que vibran en algunos poemas de *Umbrales*, se transparentan los nuevos cauces libertarios, henchidos de módulos fragantes...

Antonio Espina, poseído de una magna sinceridad, aplica su estro en la auscultación de las asperezas cotidianistas y pequeñas dubitaciones telúricas. Sabe, sin embargo, exornarlas de un capcioso halo estético, y conseguir darnos fragantes sensaciones de hosca conturbación. Así en sus poemas «Signal», «Antístenes, habla», «Intrarrealidad», etc., y en los escuetos apuntes impresionistas de los meses.

Desde mi atalaya receptora, saludo jocundamente lírica dehiscencia de Antonio Espina, y en mi cordialidad de camarada le preveo implícitamente incorporado a nuestra novísima falange *ultraísta*, tan conmovida en su amanecer de ardorosas irradiantes...

* * *

Motivos líricos, por Eliodoro Puche. 1919.—Cuando aún conservábamos la fragancia aparicional, emergi-

da de las tenues melodías que Eliodoro Puche—el hirsuto aeda nocturnal, opaco y silenciario—derramó sobre nosotros en su azul «Corazón de la noche», he aquí que vuelve a brindarnos un nuevo florilegio de sus rimas, certeramente epigrafiado *Motivos líricos*. En él aparecen pequeños atisbos inmaturos...

Mas antes de glosar sucintamente su contenido, recordemos la trayectoria lírica de Eliodoro Puche (¡oh, esa *h* mutilada de su patronímico nombre, que debe danzar obsesionante en su memoria como un miembro esporádico que hubiese él mismo cercenado valerosamente un día...!) En sus iniciales versos de «El libro de los elogios galantes y de los crepúsculos otoñales»—título que es ya un paisaje dilatadísimo—Puche logró arrancar su última vibración melódica a los delicados filamentos armónicos, que como tensas cuerdas sonoras pendían olvidados entre la enmarañada floresta musical novecentista. Tuvieron así sus poéticos ritmos multicordes, en los que quedaban miríficamente interpretados los delicados matices eróticos y la melancolía de los vésperos otoñales, el valor de una sinfonía terminal que cerraba dignamente la ruta de las secuencias rubenianas... Recogían así amorosamente sus poesías, las últimas vibraciones y los postreros extortores de los plásticos arquetipos que simbolizaban normas orientadoras para todos los novicios. Y extinguía en sí, el poeta Puche, en un cántico final su tono de sumisión a los progenitores. (¡Ese tono y esa repercusión refleja de los padres del modernismo, que hoy decora la bisutería poética que inunda las gregarias publicaciones oficiales, en cuyos

senos se aperciben ahora—en la hora de su extinción—de su valor radioso!)

Mas si bien Puche clausuraba—con otros epígonos—el ciclo de repercusión modernista, desdeñando frutos ya exprimidos, no dejaba entrever una reencarnación salvadora. Peligraba su vitalidad lírica. En su siguiente libro, «Corazón de la noche»—magnífica condensación de las más cóncavas sensaciones nocturnales—, el tono lírico repudiador aún persistía tenuemente. Mas he aquí que es en estos polirrítmicos «Motivos Líricos», y al arribar sus últimas páginas, donde el florecimiento augurado se inicia, ante el hálito vivificador del tránsito por Madrid del creador de «Poemas árticos», del elevado poeta Vicente Huidobro, ¡tan inolvidable!... Es en estos poemitas minúsculos «Lluvia de astros», «Floración del crepúsculo», «Iris», donde amanece una sonrisa auroral, que circunda de matices inéditos sus más purificadas sensaciones... Y en sus álveos, el poeta adquiere una prematura tonalidad—ya olvidado de la modulación de sus progenitores Rubén Darío, J. R. Jiménez, Leopardi, Verlaine, Samain, Guérin...

Así, Puche, situado en la confluencia de un ciclo lírico que expira y otro que alborea, influenciado por igual de los palores del ocaso que de las rojeces del orto, se nos aparece como un poeta capaz de obtener en su rostro las más subjetivas armonías. ¡Que esas nacientes «Estrellas náufragas» confirmen estos presagios!...

Lirismos (Poemas), Juan Héctor Picabia. — Un buen espíritu literario, que ya nos era conocido por anteriores producciones, ha sufrido ahora un benéfico «avatar», bajo la égida del excelso Rabindra Nath Tagore—miríficamente ofrendado al español por esos altivos espíritus inmaculos que se llaman Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez—Picabia—. ¡Oh, la homonimia evocativa de aquel pintoresco «fauve» cubista Picabia, propulsor de la «epatante» Revista «391»!—al sentir transmitidas a sus fibras líricas finas sugerencias emanadas de Tagore, renuncia a su anterior máscara novelística, y adoptando una humilde actitud epigónica se desposee de toda fastuosa veste y de toda escenografía cómplice, para cantar diáfana y cristalinamente la divina emoción de las horas, de los paisajes y de las cosas. Precipita sus sensaciones en los lípidos cauces de los desenlazados versículos rítmicos...

Fluidez, ritmicidad, verlainiana «nuance» y una intersticial aprehensión emotiva: Tales son los caracteres que signan estos purificados poemas...

* * *

Iris (Poesías), J. Vega Alcalá.—Una armónica coordinación de prístinos y poéticos apuntes juveniles. Así es este parco volumen que nos ha brindado Vega Alcalá. Las perennes inquietudes temáticas que hacen vibrar cantarínamente toda alma adolescente matizada de rosados sentimentalismos—aún lejanos los intrépidos anhelos hendidores—hallan en estas páginas

laudes, rítmicos acordes serenos. Momentos emotivos, paisajes otoñales, delicadas corporeidades femíneas orladas de tules, pueblan el jardín lírico de este joven poeta meridional. Y su alma, formada bajo el hechizo de los hermes novecentistas, indica diáfananamente sus progenitores. La ternura de un Juan Ramón Jiménez con el acento elegíaco de un Albert Samain, se espeja en múltiples ritmas como «Amargor», «Fiesta», «Fantasía interior», etc. Sin embargo, debemos esperar que en breve, su juventud valerosa, se decida a cantar con modulación propia, sólo ajustada al ritmo de su alma...

Poetasyprosistas del novecientos, R. Cansinos-Asséns, «Editorial América» 1919.—De entre las dos luminosas estelas en que se bifurca, rítmicamente paralela, toda la notabilísima labor literaria de nuestro admirado Rafael Cansinos-Asséns, de entre los dos floridos estuarios en que canta undinosamente el fluir caudaloso de sus purificadas creaciones es quizás en la umbrátil ribera crítica, donde más frecuentemente hemos reposado al tornar de las paseatas estéticas... Es allí, quizá, donde hemos hallado saciamiento a nuestros pungentes anhelos descubridores...

Porque si en su franja de estrictas creaciones líricas resaltan obras tan perdurables y tan henchidas de rescoldos cardíacos como *El candelabro de los siete brazos*, *El pobre Baby*, *El secreto de la sabiduría*, *Las cuatro gracias*, etc.—y ese libro único *El divino fracaso*, que por su carácter de *Meditaciones estéticas*, es como un momento tangencial de ambas direcciones—, en la otra franja se hallan esos supremos estudios crí-

ticos de *La nueva literatura*, de los que es prolongación este nuevo volumen, núcleo de estas leves glosas. Si en *Los Hermes* y *Las escuelas literarias* triunfó Cansinos Asséns en la magna gesta crítica de dar la exacta valoración y la purificada efigie, a cada una de las altas figuras progenitoras, exegetando al mismo tiempo todas las características y delicados matices renovadores del movimiento modernista de 1900, en este nuevo volumen ha acertado a condensar algunas otras obras cardinales en esa evolución de los literatos americanos, que se incorporaron, en aquel momento, al movimiento de España renacentista.

La sinceridad estética, la absoluta devoción hacia las formas fragantes e inauditas de Cansinos-Asséns, le hacen el único hermeneuta deseado, capaz de afrontar exegéticamente, con su peculiar efusividad, las insólitas anunciaciones literarias a advenir... Su espíritu vibrátil e inmaculado sabe siempre transfusionarse con el alma de la obra que interpreta y obtener así de ella una límpida imagen, exornada de líricos myrthos. Su actitud cordial es única y supremizada. Contrasta con la posición opaca y morosa que siempre han adoptado los profesores preceptistas, presuntos críticos, en estos ocres yermos iberos, obturando sus cavidades microcefálicas a toda salvadora luminaria nueva, y esgrimiendo como supremos argumentos un decálogo gramatical de Academia o una soez burla histriónica restallante de anécdotas plebeyas. Por eso la actitud prestigiosa de Cansinos-Asséns resalta admirativamente. La crítica artística, *Seulement artistique* que ensoñaba Flaubert, tiene en él una perdurable

encarnación. Adquiere la misma elevación espiritual en el radio de críticos europeos que Walter Pater o Arthur Symons en Inglaterra, Remy de Gourmont, Camille Manclair o Albert Thibaudet en Francia, y Vittorio Pica o Mario Turriello en Italia. Integra en unión de algunas otras figuras intelectivas—como Unamuno, Alomar, Ortega y Gasset—, que aunque no cultivan sistemáticamente la crítica dicen de vez en vez su glosario fervoroso al margen de los nuevos libros—la única categoría de «crítica» a la que los jóvenes debemos conceder fe de existencia. En cuanto a los otros... Sea para ellos nuestro más pungente desdén.

Mas he de terminar este raptó enfervorizado, al reconocer que el espacio sucinto de una nota bibliográfica no es el más adecuado para tales exégesis. Y como también, por otra parte, no deseo aún exponer el ensayo hermenéutico que a la obra crítica y lírica de Cansinos-Asséns, debe mi sostenido fervor irradiante, he de limitarme a subrayar los capítulos más certeros y sugestivos de su último volumen *Poetas y Prosistas del Novecientos*. Como de mi personal dilección, tanto por las figuras tratadas como por el definitivo juicio que teje sobre ellas, resaltan los capítulos dedicados, en la zona de escritores americanos, a Rubén Darío, Amado Nervo, Vasseur, Vicente Huidobro, Herrera Reissig. Y entre la galería de españoles, los consagrados a Enrique de Mesa, M. Bacarisse y Ramón Gómez de la Serna. Todos ellos adquieren un relieve vivificador en la prosa mórbida y plástica, exenta de acritudes, de Cansinos-Asséns.

Juan Montalvo: Sus mejores prosas.—Editorial Hispánica, 1919.—Uno de los primeros volúmenes que llega a nosotros de esta flamante editorial—a la que auguramos grandes éxitos por su excelente criterio seleccionador—es una selección admirablemente realizada por nuestro querido compañero de Redacción el prestigioso literato ecuatoriano César E. Arroyo, de las prosas selectas de su eximio compatriota el llorado Juan Montalvo.

La transcendencia literaria de este volumen—en el que aparecen algunas páginas inéditas del gran escritor por el buen gusto que preside en la selección y la magna difusión de que Montalvo goza en América—alto y sereno en la noble trilogía de genios desaparecidos: Montalvo, Darío y Rodó—es innecesario subrayarla.

José Enrique Rodó, en su libro *Cinco ensayos* y en el dedicado a Montalvo, interpretó grandiosamente el valor, la reciedumbre y la probidad que encerraban las doctrinas del magno ecuatoriano. Vargas Vila, por su parte, siempre admirable, caudaloso y polirrítmico, dice en las palabras preliminares de este volumen: «Era excelso entre los excelsos. Ocupaba la cima de los grandes espíritus. Confinaba por un lado con los grandes espíritus y, por otro, con las multitudes. Era clásico como Desmoulins, y rudo como Marat. Era austero y tumultuoso. Predecía e insultaba. Todo en él era olímpico: el dicterio y el canto. Nadie ha escrito mejor que él la lengua española en la América latina».

Tales cualidades de estilo y tales resplandores

ideológicos, son las características de capítulos como «Los héroes de la emancipación americana», «Capítulo que se le olvidó a Cervantes» y «De la risa», que harán que este libro se difunda y sea unánimemente elogiado en uno y otro Continente.

G. DE T.

El arte en el hogar.—Extracto de las conferencias dadas en la Academia Universitaria Católica, por el barón de la Vega de Hoz. Madrid, 1918.

Con impropiedad notoria, se titula este elegante volumen, bellamente editado por la Sociedad Española de Amigos del Arte, «El arte en el hogar», pues no trata, como el título hace presumir, de los procesos distintos por que ha pasado el arreglo y disposición de las habitaciones, ni tampoco del papel que el arte puede desempeñar en el hogar. Se ocupa tan solo, de una manera muy rápida y algo confusa, de reseñar las vicisitudes por que ha pasado el arte de construir en España.

El distinguido miembro de la Real Academia de la Historia, señor barón de la Vega de Hoz, nutrido de erudición anecdótica y cronológica, traza en este libro una especie de cuadro sinóptico de materias a estudiar. Es un breve resumen de las conferencias, para señoras, dadas en la Academia Universitaria Católica durante el curso de 1917-18, por el autor. Componen este resumen ligerísimas nociones, sin otro objeto concertadas que el de presentar una idea so-

mera de los diferentes estilos arquitectónicos y de la formación del hogar, desde su primitivo y tosco origen.

Aunque un poco vago e inconcreto en la exposición, el libro del barón de la Vega de Hoz, cumple una finalidad educativa indudable, puesto que da nociones y facilita noticias de documentos con que poder estudiar más firmemente los interesantes asuntos de que trata, y que, en realidad, no son otra cosa que la historia de la arquitectura española.

* * *

Mobiliario español (siglos xv, xvi y xvii).—Sociedad Española de Amigos del Arte. Segunda edición, Madrid, 1918.

La benemérita Sociedad Española de Amigos del Arte, que está siguiendo perseverantemente una labor en pro del prestigio de las artes nacionales digna de todo encomio, ha editado de nuevo el catálogo de la Exposición de Mobiliario español de los siglos xv, xvi y mediados del xvii, organizada por ella en la primavera del año 1912.

Dicha Exposición influyó extraordinariamente en los gustos del público, en el cual pudo advertirse un innegable y marcadísimo deseo de rehabilitar los estilos españoles en los muebles, olvidados por la influencia que ejercieron exóticas y deleznables importaciones.

En esta segunda edición, primorosamente editada, además de la lista de las obras expuestas, van detalla-

das fotografías de ellas, y lleva unas notas preliminares del distinguido escritor Joaquín Enríquez, secretario de la Sociedad, en las que se comenta el éxito obtenido por la Exposición, los plausibles propósitos que animan a la aristocrática Sociedad y el significado que ésta tiene en medio de la indiferencia e incultura ambientes.

Estos catálogos merecen propagarse, pues representan el mejor alegato que puede presentarse en defensa del arte español en todas sus manifestaciones.

B.

A TRAVÉS DE LAS REVISTAS

España.

La Lectura, enero 1919.—Entre el núcleo de varias colaboraciones que llenan las macizas páginas de esta de caída revista—ya sin el interés ideológico de aquella etapa en que a raíz de su fusión con *Renacimiento*, acogía abiertamente todas las nuevas corrientes del pensamiento y de la literatura, engalanándose de prestigiosas firmas nuevas resaltan: un documentado estudio sobre «El régimen parlamentario y la guerra», de Adolfo Posada; unas sugestivas páginas sobre «El proceso ideológico de América», que firma R. Vehils, y unas certeras reflexiones sobre «Sienkiewicz y el movimiento ideológico polaco después de 1896», por Tadeusz Peiper.

Comópolis, núm. 3 marzo.—Inserta un vario, y deliberadamente inconexo, aluvión de atractivos originales. Tras unas «Opiniones políticas del Sr. Dato»,

hallamos una extensa y documentada información de «El Uruguay», en todos sus aspectos vitales, por Fernández y Medina. Siguen unos lindos «Poemas en prosa», de Gómez Carrillo, que nos revela así una nueva faceta de su versátil espíritu. El maduro talento de B. G. de Candamo, divaga serenamente en torno a los últimos volúmenes de crítica literaria, recientemente aparecidos, como «Crítica efímera», de Casares, y «Novelas y novelitas», de «Andrenio», emitiendo inofensivos juicios dilucidadores; y entre la franja de habituales crónicas extranjeras, hallamos la relativa a Francia, por Mousset, y otra de América. Leemos, finalmente, unas bellas poesías de Móreas, en la continuación de «Antología francesa», que, a nuestro parecer, debiera ampliarse hasta poetas más recientes, y dar traducciones inéditas en vez de tomarlas cómodamente de otra antología que ya hace años conocemos.

* * *

Nuestro Tiempo, febrero.—Nos es verdaderamente difícil hallar algún trabajo grato que reseñar por entre las incoloras páginas de esta avejentada revista. Toda su preocupación se concentra sobre temas sociales de interés secundario. Unicamente, en las páginas finales, hallamos algún acertado juicio de su director, Sr. Canals, sobre libros recientes y unas glosas sobre el concepto del «Novecentismo catalán», que lanzó *Xenius*, de C. Rahola.

* * *

España y América, marzo.—La revista agustiniana de este nombre publica en su último número la continuación de un estudio sobre la valía cultural de la obra de «Nietsche», que suscribe su antagonista el P. Graciano Martínez. Otros religiosos, los PP. B. Ibear y A. Sanz, disertan sobre temas ideológicos. Y los Sres. Silva, Estébanez y Baig Baños, firman justas notas bibliográficas.

* * *

Revista Calasanzia, enero y marzo.—Redactada por PP. escolapios, mantiene sus sumarios dentro de una natural ortodoxia sociológica, moral, literaria, etcétera... Aparte de sus características crónicas eclesiásticas pueden subrayarse algunos trabajos literarios. Poesías tradicionalistas, de J. Vitras, S. Pulpón, A. Bolaños, A. Grau, y otros originales sobre diversos temas, de B. Navarro, B. Rodríguez, L. López e I. Díaz, completan los sumarios de estos números.

Extranjero.

Mercure de France, París, marzo.—Como original de actualidad sobresale un trabajo humorístico de G. Frejaville, sobre «Orígenes y psicología del Carnaval francés». Después resaltan, una bella poesía de A. Baine, «Juive a l'éventail», y el comienzo de una

novela de C. H. Hirsch, titulada *L'Enchainement*, y últimamente, informativas crónicas en la «Revista de la quincena», por J. de Gourmont, G. Duhamel y G. Khan.

* * *

La Forge, núm. 3, marzo.—*La Fragua* es una nueva revista de arte y literatura, que orientada por un núcleo de jóvenes intelectuales franceses independientes, entre los que resaltan los nombres de Luc Meriga, Paul Dezanges y Louise Bodin, viene publicándose desde comienzos del año actual. Dentro de su tono avanzado, conserva una compostura de grácil ecuanimidad, distanciándose de algunas revistas más rebeldes, como *Sic Lutetia*, *La Presqu'île*, *Les Humbles*, *Les Journées de 1919*, etc., y hermanándose con otras más apaciguadas, aun dentro de su evidente «izquierdismo», como *Les Marges*, *Les cahiers idealistes français*, *Le carnet critique* y *Littérature*, que bajo la dirección de André Breton, Louis Aragon, Philippe Souppault y Pierre Reverdy—que integraban, en unión de Apollinaire, Vicente Huidobro y Max Jacob, la olvidable revista extinta *Nord-Sud*—viene de publicar su primer número. Por entre las sugestivas páginas de *La Forge* hallamos originales altamente interesantes. Así un artículo de Germaine Claretie, sobre «El papel social de la música», y una conferencia sobre «La mujer en el teatro de Molière», de Louise Bodin, Poesías de Loumaye y Rambosson. Réplicas a una intrigadora *enquête*, de Arnivalde, sobre el «hombre de

mañana», y en la zona de actualidades acertadas crónicas de H. Marx, D. Hostel, Bazile, Cassou, etc.

* * *

L'Europe Nouvelle, marzo.—En los dos últimos números que han llegado a nosotros, y dentro de la sección de «El Pensamiento Europeo», leemos meditados estudios de Chadourne, Salmon, Warnod y Henry, sobre las actualidades estéticas.

HÉCTOR.

NOTAS

HISPANO-AMERICANAS

Monumento a Cervantes en Panamá.

La «Unión Ibero Americana», por encargo de la Comisión creada en Panamá para elevar un monumento a Cervantes, en la plaza de este nombre, que existe en aquella República, ha encomendado la obra al escultor D. Julio González Pola, autor del proyecto aceptado por dicha Comisión.

Entusiastas elementos panameños y de la colonia española, presididos por el prestigioso D. Gervasio García, tratan de inaugurar el próximo 12 de octubre dicho monumento, que será el primero que se erigirá en aquella capital.

La obra será costeada con el importe de una suscripción pública abierta a la que ha contribuido al Gobierno panameño.

Muerte de un ilustre poeta. Tres nuevos académicos mexicanos.

Ha fallecido recientemente en Jalapa el señor Obispo de Veracruz, D. Joaquín Arcadio Pagaza, eximio poeta mexicano. Sus sonetos pastoriles muy difícilmente podrán hallar iguales en delicadeza y ternura ni en ática pureza de forma, entre las producciones poéticas del propio género pertenecientes a cualquiera de las naciones del habla española.

Y precisamente el mismo día del fallecimiento de Monseñor Pagaza (árcade de Roma bajo el nombre de *Clearco Meonio*), un compastor suyo: *Alicandro Epirótico*, o sea, el poeta Juan B. Delgado, obtenía el nombramiento de miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la Real Española, Corporación a que perteneció también el eminente bucolista e ilustre prelado veracruzano.

Luego ingresó en la Academia Mexicana el laureado vate Luis G. Urbina, actual primer Secretario de la Legación de México en España. Y pocos días después, obtenía igual distinción el inspiradísimo cantor místico, Amado Nervo; siendo digna de anotarse la circunstancia de hallarse los tres nuevos académicos mexicanos, dentro del personal correspondiente a la Secretaría de Relaciones Exteriores de ese país. Los tres tienen excepcionales títulos literarios, que justifican plenamente el honor recibido.

Estatua a un pedagogo.

Se ha inaugurado solemnemente, en Montevideo, un grandioso monumento a la memoria del insigne pedagogo uruguayo, D. Pedro José Varela.

El Monumento es obra de Miguel Blay, y ha merecido grandes elogios de la crítica y el público uruguayo. El mismo escultor ha declarado que la considera su mejor obra.

AMÉRICUS.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

CERVANTES

Madrid, Abril 1919.

LA ELEGÍA DE LOS HOMBRES CRUCIFICADOS

Después de contemplar largamente las glorias del sexo festejado, del sexo que nunca conoce la soledad, me volví hacia aquel hombre, cuyo cuerpo taladrado pende de una cruz, en la cumbre de una colina pelada, amasada con calaveras, entre otros dos hermanos igualmente colgados de árboles estériles. Y mis ojos se llenaron de llanto; y dije: He ahí la víctima que debemos llorar; ese adolescente torturado es el símbolo de nuestra tragedia de hombres.

En lo alto de esa colina, erigida en la soledad, reposa su cuerpo nubil entre los cuerpos maduros de dos hermanos tristes; en su boca aún perdura la mueca de angustia del que es sacrificado prematuramente; su costado sangra de la única herida que le vulneró; y en su soledad absoluta, sólo le acompañan las sombras de la noche, que han puesto cádenos los tres cuerpos.

Los tres hombres que simbolizan todas nuestras

edades, el joven puro que no gustó el amor y sólo vió a las mujeres tras un velo o al través de la ternura indeterminada de la maternidad; el hombre maduro, cuyos hombros se ensancharon en toda clase de faenas penosas, en el trabajo y en la nupcia, y cuyos labios gustaron todo lo amargo y lo dulce del destino; y ese otro hombre, de edad indefinida, condescendiente y dócil, borroso por su misma dulzura, nacido para ser el compañero, para ser arrastrado por los amigos a todas partes, para embriagarse en los convites y beber en compañía las hieles de la muerte, sobre las altas cruces.

Estaban allí los tres, abandonados sobre la colina pelada: y nadie sino el viento besaba sus mejillas, nadie sino el viento helado de la soledad restañaba sus llagas; y sólo las estrellas se inclinaban para mirarlos: ante ellos, el último abandono cerraba su círculo. Pero allá lejos, en la ciudad, los hombres sus hermanos corrían tras las mujeres o se arrodillaban al pie de sus tronos: y las mujeres festejadas se lamentaban de no poder estar solas.

* * *

Y entonces yo me arrodillé ante aquellas cruces y dije: Yo, hermano vuestro, ¡oh, hombres! quiero permanecer aquí y embriagarme del dolor de vuestra agonía; yo quiero beber la amargura de vuestras heridas; yo, que soy hombre como vosotros, quiero acompañaros en vuestra soledad.

Y quiero arrullaros con mis palabras, mientras veais capaces de oirme; quiero fundir en vuestros

oidos los panales de miel cogidos en mi primavera solitaria; quiero estrellar contra vuestras rodillas las urnas de bálsamo que no llegué a verter sobre los pies de las mujeres; quiero acariciar vuestros ojos con mi actitud enternecida.

Mientras vosotros aún podéis oirme, yo quiero deciros el madrigal pavoroso y tremendo que debe decirse a los hombres; a los hombres dignos de la cruz y los clavos; dignos de beber el cáliz colmado de hiel, y de asumir sobre un madero, con los hombros encogidos por el dolor, la actitud del supremo desdén.

Yo quiero deciros: Estais bien así, clavados de pies y manos, con la espalda sujeta al ancho madero, de modo que no podais moveros ni correr detrás de las mujeres; estais bien así, desposados con la muerte, vuestra única esposa digna.

¿Cómo podrían poseeros las que ahora no están con vosotros? ¿Cómo podríais ser de las que arman sus tálamos en los valles o bajo la sombra de los techos? ¿Cómo podríais ser de ellas vosotros, que os desposasteis con la muerte y celebráis vuestra nupcia pavorosamente vertical, en lo más alto de la colina que sostiene las cabezas de las estrellas?

El alma del hombre es solitaria y no puede ser compartida sino con el alma de un hermano; en el tiempo de la vendimia, cuando en vuestros pechos se desbordaba la fuerza, ellas, las disipadoras, os siguieron hasta las colinas de las vides; pero ahora que sus

cuerpos están graves de vuestra vida, permanecen lejos de vosotros y no vienen a restañar la sangre de vuestra agonía.

* * *

¿Mas de dónde tomarían ellas la fuerza necesaria para escalar la alta colina en que se alzan vuestras cruces, y la otra, más alta, de vuestras frentes, abombadas por el maravilloso pensamiento? ¿La tomarían, acaso, de sus rodillas, que tiemblan; de sus senos, que se desgajan, o de sus almas, que se apacientan de pensamientos pueriles? Ellas, que saben escalar los tálamos, no son capaces de llegar hasta vuestras cruces.

Ellas no son dignas de acompañar vuestra soledad pavorosa, la soledad en que sólo se oye el ronco zumbar de los pensamientos que como abejas nuevas bullen en vuestros cráneos hendidos; la amarga miel de vuestras frentes no podría ser gustada por los labios de las que saborean, complacidas, un destino humilde.

Más de una vez las asustó la sombra grave de vuestro semblante, que se tendía sobre sus palabras pueriles; porque aun el más joven de vosotros, el que no hablaba, tenía un secreto que las intimidaba más que una grave arenga; tenía el secreto terrible de su amor, no confesado nunca, y de la sangre agolpada en silencio en sus venas atirantadas.

Ellas os miraban como a enigmas: y ante la gran osadía de vuestros propósitos, murmuraban: —¿Por qué no se resignarán, como nosotras, con un destino

fácil?Y os predecían las cruces; porque el inmenso pensamiento del hombre ha de florecer siempre solitario sobre lo más alto de una cruz.

¡Oh, hombres! Vuestro destino es la soledad y el dolor: sólo el viento de los desiertos es digno de besar vuestras frentes grávidas de infinito, y sólo el corazón de un hermano puede comprenderos.

Porque ¿qué saben ellas, las que se cubren con velos hasta los pies y esquivan la mirada de un niño, del terrible pudor que ata vuestras manos y sella vuestros labios, cuando quieren abrirse al hálito de fuego que sale de vuestra terrible y abrasada primavera interior; qué saben ellas, las fugitivas, del pavoroso pánico que os fué preciso vencer para correr tras de sus velos, cuando vuestras piernas flaqueaban y en vano queríais cumplir el inevitable mandato del padre, que os conjuraba a imitarle?

¿Qué saben ellas del orgullo viril, de la terrible altivez masculina, a la que está prohibido todo desmayo; de nuestra congoja dolorosa en los umbrales de la nupcia, ante el mandato que nos obliga a amar la flaqueza que nuestra alma rehusa; qué saben las que desatan, reacias, dos nudos de los nudos innumerables que quedan por desatar en nuestras vidas, cuando las suyas se nos muestran enteramente flojas, como madejas devanadas en los pilares de las cunas?

¿Y qué saben las que se sientan, desencantadas, al filo de los tálamos, como al filo de aguas amargas, con un gesto triste como si hubiesen bebido la cicuta,

qué saben de nuestra desilusión profunda, a la que está prohibido manifestarse, pero que lacera nuestra alma, cuando en sus ojos pequeñitos y en su mirada hecha agua hemos visto huir para siempre la imagen de nuestra soberbia juventud?

* * *

¡Oh, hombres crucificados! ¿Qué es su pasión, comparada con la nuestra? ¿Qué es su pasión, deshecha en suspiros y en llanto, con nuestra pasión silenciosa, cuajada como un gran coágulo en medio de nuestro pecho, como un gran coágulo que nunca se funde hasta la hora suprema? Ellas tienen como siervos los grandes alaridos y los lloros; pero nosotros sólo tenemos por amigo al silencio, y nuestra congoja se pudre en el alveo del secreto.

¿Qué es su pasión, ataviada como una víctima, con la nuestra, huérfana de todo ornamento? En la piedra del sacrificio, ¿quiéu hace la dádiva más perfecta, la dádiva que no retorna ni es compensada con nada: la ofrenda que cae en los abismos insondables y tenebrosos que hay al pie de los lechos, y en los que nuestra mirada, aturdida, se pierde?

¿Qué ofrenda es más perfecta que la nuestra, en esa piedra agujereada por la que nuestra sangre escurre gota a gota, hasta apurar el raudal de nuestras venas, sin que nunca más torne a nosotros ni nos enriquezca; quién como nosotros se abandona con tal denuesto al placer ambiguo de los ríos que se funden para siempre en otros?

¿Por ventura podrían compararse con nosotros, que

dilapidamos, las que absorben y guardan, las que se colman en la nupcia, las que tienen su cuerpo excavado en silos incontables y están formadas para retener; podrán compararse con nosotros, que sembramos en lo profundo, que lanzamos nuestros gérmenes desde los puentes a los grandes ríos tenebrosos y fugitivos, ellas que todo lo guardan y comunican por mares interiores con el gran mar de la germinación?

¿Qué es su pasión, tan lamentada, su pasión en la certidumbre, que tiene para consolarse la verdad del hijo, comparada con la nuestra, que se consume en la soledad y la duda, y por ninguna plenitud es compensada; nuestra pasión insegura, a la que sólo se le muestra para consolarla un lienzo teñido como la aurora y un niño que las manos de las siervas no extrajeron de nuestras entrañas?

* * *

¡Oh, hombres! ¿Qué emblema de nuestro destino más exacto que una cruz? Porque toda nuestra vida es un tránsito hacia las cruces, y sólo en ellas puede alcanzar nuestro cuerpo toda su longitud.

Nuestra misión es desear, extremecernos en sueños infinitos; nuestra vida, mientras se conserva ilesa, es un reproche para nuestra alma.

Nuestra misión es perdernos en la profundidad de un pensamiento osado; los senos de las madres pueden agotarse, pero el seno de nuestras acciones no debe estar enjuto nunca.

En el amor, en la abstinencia, en la ambición o en la renuncia, nosotros debemos apurar el fondo de las

copas de nuestro destino; no somos como aquéllas que salen enjutas del río de las lágrimas, y la mirada que ponemos en el horizonte lejano se lleva tras de sí los globos de nuestros ojos.

* * *

¡Oh, hombres crucificados! Vuestros cuerpos sobre las cruces son una alegoría prodigiosa y perfecta. Toda vida de hombre que no florece un leño y lo carga de un fruto maduro, es una vida malograda.

Erguidos sobre la soledad, frente al cielo infinito, estais llenos de toda la verdad de vuestro destino: porque sólo las colinas son dignas de poseeros, y sólo la tierra merece beber vuestra sangre con sus estériles entrañas, que no aspiran a reproduciros.

Bajo el aire de la soledad, recibís en vuestras mejillas el único beso digno; el único que no aspira a mermaros ni a reproducir vuestra imagen; el único que no os incita a esa danza lasciva que trunca las columnas de vuestro pensamiento.

Ahora estais solos al fin, y ninguna seducción se muestra a vuestros ojos para engañaros, ¡oh, hombres seducidos tantas veces, que visteis quebrarse las líneas de vuestros propósitos en los ojos de las mujeres y os extraviasteis en sus tortuosos pensamientos! Ahora al fin estais solos, los tres, y cubiertos de barba, con vuestros sudarios mal ceñidos, resplandecéis como una verdad tan grave, que las mujeres, untadas de afeites, se han apartado, asustadas, de vosotros.

* * *

¿Qué harían ellas al pie de vuestras cruces? Ellas no pueden comprender vuestro grave dolor ni tienen en sus almas pequeñas piedad bastante para compadeceros.

Ellas no pueden compadecernos a nosotros, los hombres: porque se creen las más desgraciadas, y toda la piedad la reservan para ellas mismas y para sus hermanas.

Ellas se creen las más desgraciadas: porque sus piernas tiemblan sobre la fragilidad de sus tobillos y porque, en períodos acompasados, se convierten en élipsidras de sangre. Contemplando la finura de sus muñecas, se llenan de misericordia para sí mismas y quisieran arrojar todo el peso del destino sobre nuestros hombros amplísimos.

Pero, ¿qué es su pasión efímera, su pasión, de la que siempre renacen, comparada con nuestra pasión mortal y única? ¿Qué es su única herida y su desangrarse jubiloso, comparado con las incontables heridas de nuestro cuerpo, en cada una de las cuales hay un negro cuajarón coagulado? La anchura de nuestros hombros es una demanda exigente a los pesos más abrumadores, y la anchura de nuestras muñecas es cortejada desde el nacimiento por los más gruesos dogales.

¿Qué es su dolor ligero de una noche, su dolor macerado en el llanto y en los ungüentos, su festivo dolor, por el que se engalanan las azoteas con lienzos blancos y se hacen salvas en los desiertos, y manos jubilosas cortan las rosas nuevas, comparado con nuestro dolor grave y callado, al que le está vedada

toda lágrima y que ha de consumirse en sí mismo como el duro botón de esas flores que no llegan a abrirse?

¿Qué es su destino, tan compadecido y lamentado, su destino, que se cumple en los tálamos, su destino abierto y efusivo, que en cada instante siembra de rizos caídos el agua estremecida, comparado con el nuestro, cerrado y duro, que sólo una vez, en una hora suprema, se manifiesta claramente en las cruces?

¿Cómo podrían compararse con nosotros, ellas, las sedentarias y apacibles, que están hechas para ornar de figuras sedentes los quicios de las puertas en los largos crepúsculos, para mondar naranjas tiernas y hundir sus manos, llenas de perfumes, en las brasas; cómo podrían compararse ellas, las tímidas, las preservadas, las defendidas por tantos velos, con nosotros, los de pecho desnudo y liso, los nacidos para la guerra, los marcados desde el principio en la frente con un signo de sangre, los acostumbrados desde niños a morder el dolor con dientes que no rechinan?

¿Qué son todos sus dolores, aun los más vivos, aun el dolor de darnos la vida; qué son su ileso contacto con la sangre, en los novilunios festivos, comparados con la pasión terrible de los nacidos para afrontar la muerte múltiple en los combates, para teñir de rojo penachos más largos que sus cabelleras, y ungirse el rostro de un carmín más costoso que todos sus ungüentos?

¿Cómo podría ser lamentada la suerte de las que en

los dedos punzados muestran heridillas que se pueden restañar de un sorbo y hasta en sus lágrimas conservan el sentido jubiloso de su belleza, con los mismos alaridos que nuestra dura suerte, hecha para ser destrozada en los yunques del combate, para ser aventurada en todos los riesgos, para desmigajarse perezosamente en las acciones pavorosas y ser brindada a los cuervos del fracaso sobre las cumbres de la madurez?

¿Qué pasión podría compararse, ¡oh, hombres!, con la nuestra, que no se exhala en largos alaridos ni en libres y dulces llantos, sino que se expresa únicamente por ese magnífico silencio que hay en torno a las terribles alturas de las cruces, eminentes sobre las colinas, donde vuestros cuerpos, quebrantados como el de ninguna mujer lo estuvo nunca, apenas estremecidos por un leve temblor, ponen de manifiesto en una última amenaza los arcos tirantes de vuestras últimas costillas?

* * *

Solos ¡oh, hombres!, reposais al fin en la verdad de vuestro destino; y vuestros cuerpos, pendientes de los gruesos clavos, se abandonan por primera vez a la laxitud de un abandono absoluto, de una plena relajación en lo perfecto de vuestra vida consumada, más grata que el abandono fúnebre en la nupcia.

Ahora reposais en la verdad de vuestra identidad y tornais a la infancia pura, a la plenitud de vuestra infancia, en que el sentimiento de la existencia llegaba hasta vosotros de la plenitud aún no mermada de

vuestras vísceras; el temblor que bambolea vuestros cuerpos os sacude con un estremecimiento semejante al de vuestros riñones puros cuando trepábais por las columnas en vuestros juegos.

La trinidad que contemplan las nupcias, la formáis ahora vosotros en un modo más puro; entre vosotros están el hijo y el padre, y el amor ha sido sustituido por la amistad.

¿Qué mujer atrevida osaría mezclarse a la trinidad de vuestro pensamiento? ¿Qué senos ungidos de leche se atreverían a erguirse hasta los vuestros, que destilan sangre, y qué cabelleras apelmazadas con bálsamos, querrían enredarse en las vuestras, ungidas con los sudores del suplicio?

* * *

Ahora, en la trinidad de vuestras cruces, sois una sola y terrible verdad; la verdad del destino del hombre, que debe consumirse en el círculo de los hermanos y nutrirse de la amargura de sus pensamientos profundos.

La belleza de las seductoras se os muestra solamente en la frente cándida del hijo, donde se torna inocente y se redime de su malignidad; en la frente del hijo, no contaminado, que os abre, con palabras serenas, el paraíso de sus sueños.

Unos a otros os contempláis con ojos libres de todos los engaños; y cambiáis, recíprocamente, vuestras angustias mortales, como un ósculo supremo y puro.

Vuestras manos crispadas, muestran aún la viril energía de vuestras acciones; pero vuestros cuerpos

se hunden, pendientes, en la dulzura de la única mollicie que os está permitida, la de la muerte.

Como en la infancia lejana, cerrais un círculo de graves dolores y de altos ensueños, despojados de todo engaño, en vuestra desnudez pavorosa: bebéis en el mismo cáliz el sorbo de la sangre extravasada, como antes bebiais el vino en los festines; la presencia del joven, os salpica de dulzura, y en su paraíso, os reunís como en una mansión de delicias.

La diversidad de vuestros caminos se cierra al pie de vuestras cruces; el horizonte descansa sobre la colina de vuestra pasión, la primavera pasa fría y lejana por debajo de vuestras tetillas enjutas y un frío temblor de infancia, sacude las vértebras de vuestros cuerpos, inmóviles definitivamente.

R. CANSINOS-ASSENS.

POETAS ESPAÑOLES

NEO-LIRISMO

*(Poesías inéditas del libro ESTRELLA Y ROSA DE LOS
VIENTOS, próximo a publicarse.)*

UN CORO DE GRUMETES

Hay un río de luz
sobre las aguas negras...
Es la estela rielante de la luna...
Sigue mi barco la argentada huella.
Pero sus velas,
¡ALAS SOBRE LAS OLAS!,
no han de llevarlo hacia ninguna estrella...
¿Qué importa?...
¿Y el encanto de lo desconocido,
entre las sombras de la duda?...
¿Y el posible choque?
¿Y el naufragio posible?
¿Y la idea de ir flotando
sobre mundos extraños,
y de que, en un tropiezo,

puede quebrarse el GRAN CRISTAL
que nos sostiene en el abismo
en donde moran las sirenas?...

¡UN CORO DE GRUMETES CANTA
[LA ALBORADA!...

HA SALIDO DEL PUERTO...

Ha salido del puerto
mi nave
¡DE ALAS AFIRMATIVAS!...
El horizonte ha abierto
una interrogación
entre el cielo, las olas fugitivas
y mi corazón...

Atadas a la estela
de mi audaz galera,
todas mis desconfianzas cautivas
piden, con voces náufragas,
sus alas para tender el vuelo...
¡Qué horror, ante la noche que se extiende!
Ellas gimen...
Pero el albatros de mi alma
quiere volar hasta la misma luna,
¡pues cree ingenuamente
que la luna
es la mayor y más madura
de todas las estrellas!..-

HE VISTO UN BARCO ABANDONADO...

He visto un barco abandonado,
con rumbo hacia playas ignotas,
sobre sus mástiles empavesados
revoloteaban las gaviotas...

Los gallardetes y las banderolas
agitaban sus alas y sus colas
y el gran velero,
independiente y libre,
danzaba con las olas...

Y allá, en el horizonte,
las nubes, en complot,
fraguaban tempestades...

¡AH!...

Y en el palo mayor,
las golondrinas emigrantes,
QUE IBAN HACIA EL OLVIDO,
¡habían hecho su nido!...

ROSA DE LOS VIENTOS

Rosa de los Vientos
que floreces en las Cuatro Estaciones:

NORTE

OESTE + ESTE

SUR

Eres la rosa de las veletas...

Rosa de los pensamientos,
que te agitas a todas las impresiones:

AMOR,
DESEO,
AMBICIÓN,
RENUNCIAMIENTO.

Eres la estrella de los poetas...

Rosa del corazón,
abierta a todas las impresiones:

ILUSIÓN DE PRIMAVERA,
PASION DE ESTÍO,
DESENCANTO DE OTOÑO,
OLVIDO DE INVIERNO.

Rosa del corazón,
mecida por todas las pasiones,
tus pétalos,

¡HORAS INTANGIBLES!,

se estremecen al suspiro del tedio,
al zarpazo de las ráfagas desesperadas
o de las brisas ilusorias:

DESESPERANZA...

ENCANTO...

Rosa de las estrellas...

Estrella de las rosas...

¡Estrella y Rosa de los Vientos!...

¡Rosa, Estrella y Velea
de los inquietos pensamientos!...

¿Y el corazón?...

¿Qué horas frías o cálidas
abrirán hoy sus hojas?...

GÓY DE SILVA.

LA MUSA FEMENINA

TRISTEZA

Ya volviste a cruzar los anchos mares
 en busca de mis lares,
 que otra vez te prestaron tierno abrigo.
Y has vuelto, golondrina,
 a buscar, peregrina
 el techo que cantar te oyó conmigo.

Y ya vuelve otra vez por la mañana
 subida en mi ventana
 a llamarme tu acento placentero,
 y vuelves con tus trinos
 a los campos vecinos.
Yo también, como tú, volar espero.

Qué dichosa serás en el espacio
 extenso y gran palacio,
 donde habitan los astros y las aves.
Te remontas al cielo,
 amiga, qué consuelo,
 ¡lo que eres de dichosa no lo sabes!

Si preludian los pardos ruiseñores
 ansiendo pan y amores,
 ¡oh! qué intenso dolor, ¡ay! qué tristeza,
 cual niño entonces lloro
 y a Dios piedad imploro
 por causarme dolor tanta belleza.

Me asustan del cordero los balidos
y del campo los ruidos
aunque vengan de tierras muy remotas,
y el rumor de la fuente
que dice blandamente
la escala cristalina de sus notas.

La nieve me produce honda tristura;
por su intensa blancura,
semeja cuando cae, un jazminero
de sin igual belleza,
y al perder su pureza
por las huellas del hombre, llorar quiero.

¿Qué es esto que yo siento? ¿Dí, Dios mío?
¡Que espantoso vacío
dentro del corazón! Tenaz quimera,
Cansado peregrino
busca ansioso el camino
de eterno sol, y eterna primavera.

Dicen que allí las flores son más bellas:
que pálidas doncellas
tocadas van de mirtos y laureles
y pulsan arpas de oro
y cantan dulce coro
doncellas, querubines y vergeles.

Bien quisiera, en mi afán, mi pensamiento
penetrar un momento
los arcanos profundos de mi alma,
para hacer minucioso
un examen piadoso
del por qué he de vivir sin paz ni calma.

En fuerza de mirar en lontananza

vislumbro una esperanza
como estrella de hermosa pedrería,
y una voz muy lejana
me dice alegre, ufana:
«Tus penas serán glorias algún día.»
Entonces siento a mi alma, redimida,
que espera en otra vida,
preguntar con acento conmovido:
¿Qué es esto que yo siento?
¿Por qué este sufrimiento?
Por el tiempo, Señor, que aquí he vivido.

AUREA GALINDO Y ORTEGA.

Las baladas de la dicha.

EL MAELSTROM

¿Es esta misma ola
la que ayer fué un enorme maelstrom
adonde zozobraban los navíos
más fuertes, los veleros
de gran arboladura complicada,
los vapores panzudos y veloces?

¡Cuántas veces mi pobre corazón
se hundió en el maelstrom!

Mis ojos doloridos por la angustia
miraban antes el paisaje duro
de acero movedizo...
No pueden convencerse de que sea
esta orilla la orilla
que era un acantilado de una piedra
dura como el castigo.

¡Cuántas veces mi pobre corazón
se hundió en el maelstrom!

Nunca un ala rozó el costado duro
de la roca. Jamás un alga verde
se enredó en sus pesados pies inmóviles...
Nunca un flexible helecho, en su cabeza,
ni una actinia, en su hondura,
decoraron su torso de granito...

¡Cuántas veces mi pobre corazón
se hundió en el maelstrom!

¿Es esta misma ola de alabastro
y lapis lázuli la misma?

El cielo azul se pinta de gaviotas...
Las velas blancas llevan por insignias
rosas de todos los matices rosas
de colores de música, de olores
que hacen llorar de suaves...

¡Cuántas veces mi pobre corazón
se hundió en el maelstrom!

Las náyades vinieron de los lagos
a cantar en el coro de sirenas:
«Es el amor, es el amor»... Sus voces
llegan a mí tan dentro, que en la orilla
donde reposo entre los lirios blancos,
mis ojos—dos estrellas en el día—
ven que mi corazón en una barca,
la más llena de luz y de colores,
me abandona, cantando su ventura...

¡Cuántas veces mi pobre corazón
se hundió en el maelstrom!

SOUS LE PALMIER

Bajo la palmera,
esta tarde de primavera,
a ti, oh Luchy, fruta en sazón,
te he de dar todo mi corazón.

Y morderás mi corazón lo mismo
que una jugosa fruta tropical
de cálido sabor. Y entonces una
sangre, que será mía, por tus venas
correrá como un río de ascuas vivas.

Verás siempre a la sombra de tus párpados,
la imagen de tu amor, y, en el sosiego

de la noche, percibirá tu oído
todo el amor del universo..

Mía

serás; tan mía que tus ojos negros
se teñirán del verde de mis ojos,
y tu cabello rubio se hará negro
como el cabello de tu amor...

Y entonces,

como una rosa enamorada de otra,
nuestras almas tendrán perfume idéntico
y el mismo colorido de la aurora.

Bajo la palmera,
esta tarde de primavera,
a ti, oh Luchy, fruta en sazón,
¡te he dado todo mi corazón!

Los aromas de oro, y las acacias
de plata, y los grandes sicomoros
de púrpura, y los pálidos naranjos
rendidos por la carga perfumada;
las palmeras que envían desde lejos
sus mensajes de amor a otras palmeras,
y los almendros—almas florecidas—
rompen el muro del invierno...

El campo

se comienza a bordar su amplia casulla
bizantina...

Tú y yo reimos locos
del milagro anual inesperado...
Bajo la palmera,

esta tarde de primavera,
mis labios son
de la misma carne del corazón.

ROGELIO BUENDÍA.

Poemas del ULTRA

LAS VOCES DE LA VIDA

Amanece.

El sol lanza sus rayos perezosos
cual si se restregase los ojos con ellos
lo mismo que con unas manos.
Y empiezan a surgir las voces de la vida,
esas voces amorfas
que separadas son gritos estridentes
o palabras ásperas,
o suspiros que huyen de los labios
como almas,
o eructos repugnantes.
Y que todas juntas, componen un zumbido
de invisibles moscardones
que parece que hieren el tímpano
con agujones redondos.
Voceo semejante al polvo de las carreteras
que desde lejos parece masa compacta

y al meterse dentro de él
se disuelve en la retina.
Y se mezcla el ruido de las bocinas
con el pregón de los vendedores,
con los cánticos de los ciegos,
con los ladridos de los perros,
con los rebuznos de los asnos
y con los rezos de las iglesias.
Y todos forman una voz única,
una zona sonora,
que rodea a la ciudad,
mezclada con el humo de las fábricas,
y que cuanto más te elevas suena más profunda
y que cuanto más te hundes suena más elevada.
Y así, segundo tras segundo
y minuto tras minuto
y hora tras hora,
con un zumbido cansado y estúpido,
tan pesado y estúpido como el tiempo,
siempre igual, siempre igual.
Y así hasta que llega la noche
y aparece la luna arropada
en una aureola de luz,
que la rodea,
como las voces y el humo de las fábricas
rodean a las ciudades.
Y el ruido del día se deshace
en el silencio de la noche,
como se deshace la Vida en la Muerte
y las voces se apagan poco a poco,
como se apagan las estrellas

al amanecer.

Y ya no se oye ningún ruido
hasta que el sol sale de nuevo
y envía sus rayos perezosos
cual si se restregase los ojos con ellos,
como con unas manos,
y se quitase las legañas.

MIEDO

Ha aleteado un buho, y una estrella, asustada
del fúnebre aleteo, ha empezado a correr,
y la luna aparece y se oculta, atontada,
como un ojo que asoma y se vuelve a esconder.
Ha pasado una sombra y después otra sombra
y después otra sombra; sí, sí, han pasado tres;
y es la última sombra una sombra que asombra,
porque parece que anda sin menear los pies.
Ha temblado la tierra y un árbol ha temblado,
un árbol ha temblado y ha perdido la flor,
y el rumor de la fuente de pronto se ha callado,
la fuente se ha callado para escuchar mejor.
Y suena un ruido sordo y repetido y seco,
como el picar de un buitre que se oye y no se ve,
y a cada golpe seco va contestando el eco
como si respondiese: ¡Qué! ¡Qué! ¡Qué! ¡Qué! ¡Qué! ¡Qué!
Monótono y cansado se sigue oyendo el ruido,
la tierra ha tiritado igual que una mujer,
en el cielo, otra estrella, de pronto se ha corrido
y la luna ha salido y se ha vuelto a esconder.

TRISTEZA INVERNAL

Amada, esta noche— noche de las malas—
qué triste es la Luna, qué roja se asoma.
Fijate; parece como una paloma
a la que prendieron fuego por las alas.
Cae la nieve mansa, muy lenta, muy lenta,
cada copo arrastra al suelo una hoja
y tras de las nubes, la luna, sangrienta,
marcha por el cielo, muy roja, muy roja.
El frío penetra hasta nuestros huesos,
el aire susurra música de besos
cual si blandamente meciese una cuna.
Y en la noche fría y entre el ruido leve,
¡qué triste es, Amada, ver caer la nieve!,
¡qué triste es, Amada, ver pasar la Luna

AL HERMANO ESPIRITUAL JOSÉ MARÍA QUIROGA PLÁ, PARA
SU LIBRO «MOTIVOS DEL ULTRA».

Marcha un loco peregrino por un áspero camino
que parece que es terreno y es camino sideral;
eres tú ese peregrino, tu camino es el Destino,
tu calabaza, la Vida, tu bordón, el Ideal.
Hoy a las selvas del ULTRA, como a un misterio,
[te asomas,
esas selvas tenebrosas en donde es negra la luz,
selvas en que todo calla, selvas en que las palomas
tienen el pico de buitres y las patas de avestruz.

Entra en las selvas sin miedo, busca el árbol más
[preciado,
el árbol de la Quimera, y recuéstate a su lado
y duerme un sueño de ensueños apoyado en tu laud.
Y si mueres no te importe, que el árbol de la Quimera,
con un hacha entre los brazos, se rajará la madera
y cuando te vea muerto te ofrecerá un ataúd.

GUILLERMO Y FRANCISCO RELLO.

Invocación a Pan

Si es verdad como sueño, oh dios del bosque,
que hay en mi frente pensativa y pálida
un destello de numen vivo como
la milagrosa luz de la mañana...

Si es verdad como sueño, oh dios del bosque,
que hay en mi corazón la dulce ansia
de amar y de cantar a la Belleza,
a la Sabiduría y a la Gracia...

A ti, que eres un dios artista, acudo
para que tú me ayudes a loarlas,
y en esta invocación vengo a decirte:
dame tu flauta, ¡oh Pan!, dame tu flauta.

Al soplo de mis labios y al conjuro
de los divinos ojos de mi amada,
brotará nuevamente jubilosa
aquella vieja música diáfana
con que tú adormecías en los bosques,
y en los floridos prados, y en las aguas
de los frescos arroyos a las ninfas
de pies ligeros y de carne blanca;
que por los verdes valles perseguías
y que de tus deseos se burlaban,
pero que, al fin, en tus peludos brazos,
sobre la alfombra de la selva mágica,
trémulas de terror se estremecían
mientras tu ardor impúdico apagaban.

Quiero ¡oh buen dios caprípedo y cornudo!
la juvenil ofrenda de tu flauta
para que se hagan músicas y versos
todos los claros sueños de mi alma.

Quiero que viertas de tus entusiasmos
sobre mi frente pensativa, el ánfora,
quiero que des a mis estrofas débiles
el fuerte ritmo de tu voz pagana.

Quiero embriagarme y exaltarme. Quiero
hacer una canción gentil y báquica
como las del divino Anacreonte,
el viejo verde de la Grecia clásica.

Quiero que pongan sobre mi cabeza
una corona lírica de pámpanas,
y que a danzar en torno mío lleguen
las Ninfas y las Musas y las Gracias..

A las desnudas vírgenes deseo
perseguir por las sendas ignoradas,
para poner sobre sus labios rojos,
el musical torrente de mis ansias.

Quiero que tornen los dorados días,
los viejos tiempos en que tú reinabas
y eras ¡oh dios flautista, oh buen Saturno!
el soberano de la selva mágica.

Quiero que vuelvan los antiguos himnos
a resonar en las campiñas plácidas
y en loor a los dioses, nuevamente,
digan sus dulces músicas las flautas.

Quiero que resucite esplendorosa
aquella edad magnífica y lejana,
y que vuelva a alentar en los espíritus
el fuego de la Grecia y de la Gracia.

SALVADOR VALVERDE.

Poemas nuevos

CONCERTANTES

—¡Lindas vírgenes, salud!
¡Buenos músicos, tocad!
Venga a nos la beatitud
de una eterna mocedad...
(¡Bravo mosto abrasador!)
La, ra, la... ¿Conque festín,
danza, vino, ingenio, amor...?
¡Prodiguémonos sin fin!
 (Y saltan al jardín
 las notas del violín:
 Voz de Chopín...)

—Si ahora está nuestro deber,
mientras no baje el telón,
dignamente en mantener
lo escabroso de la acción,
no se vaya a interrumpir
la función: es vasto el plan,
y, ¡ay, quien no sepa decir
su papel!, le silbarán.

 (Y la comedia harán,
 porque tocando están:
 Tan-tan-tan-tan...)

—Todo acaba, y marca el fin
desde luego esta inquietud;
mas, ¿qué activo sér ruín
clavetea ese ataúd...?

Ya vacilan nuestros pies...
¡El ocaso...! En conclusión,
esto es todo... En marcha, pues,
la postrera procesión.

(Y allá en el torreón
solloza el esquilón:
Kirieleysón...)

PALABRAS AMARGAS

¿Qué ganas con vivir,
si todo es falso y vacuo y descosido,
si nada es concluído,
si todo se malogra con morir?
De aquella antigua placidez dorada,
de tanto afán, de tanto amor ferviente,
no queda nada verdaderamente;
sólo tu angustia, nada...
Mortal es la ilusión que era divina;
no hay cosa que nos sacie ni convenza;
nuestro vivir acaso comienza,
y acaso se termina...
Tal cumple nuestra efímera jornada,
que en ella todo es cerca y es lejano,
y nunca y siempre es tarde y es temprano,
sin tiempo para nada.
... ¡Premiosas agonías,
destino corto y triste,
para el que tú predestinado fuiste,
oh mundo, absurda obra de seis días!

JOSÉ BRUNO.

LOS COLOQUIOS SOBRE LO ETERNO

De la Mujer

Un día se pusieron a dialogar un Fauno y un Ruiseñor.

El Ruiseñor estaba en una rama en flor. El Fauno recostábase sobre la verde hierba. Aún permanecía en sus pupilas satánicas y encendidas, la fugitiva visión de la ninfa blanca y desnuda.

Y dijeron de este modo:

El Fauno.—La mujer es una luminosa escultura.

El Ruiseñor.—Es un bello motivo lírico.

—Yo acariciaría su carne tersa.

—Yo me enamoraría de su alma fragante.

—Me parece que no tiene alma.

—Te lo parece a ti. Y aun cuando no la tuviese, sería lo mismo. No es preciso que existan las cosas, para que existan en nuestra ilusión. Muchas veces decimos: «¡Qué buen día!» Y es porque hace buen día en nuestra alma, porque amaneció esa sugestión en

nosotros, no porque sea en realidad. Como hubiese tristeza en nuestro espíritu no nos parecería así, aun cuando hubiese un buen sol y hubiese claridad en el cielo.

—No me convences. Hay cosas que no pueden ser nunca sugerencias. La mujer tiene una sola interpretación. Es una escultura más o menos sensual, cincelada en mármol rosa. Todos los idealismos de que se la rodea, son morbosismos. Carne, materia, arcilla. Tres palabras distintas y una sola palabra verdadera: Mujer.

—La mujer es una síntesis maravillosa de armonía y de gracia rítmica, toda llena de aroma de alma.

—Yo adoro en la mujer lo único que posee. Lo externo, la belleza, su única belleza. Si tuviese espíritu, también la adoraría con ese defecto. Pero, la pobre, no tiene espíritu. Yo lo prefiero así, porque aquellas que quisieran tenerlo, después de leer alguna novela de folletín, resultan unas preciosas ridículas, que se ponen empalagosas cuando hablan de amor.

—¡Oh, tenía yo una novia...! Su alma era supremamente delicada.

—¡Pobre enamorado! El alma la tenías tú. Porque la querías locamente quizá, por eso quisieras que tuviese alma. Todo enamorado, es un lamentable Don Quijote. De Dulcinea, hacen un ideal.

—Aquella novia mía, daba claridad cuando se asomaba a la ventana del jardín.

—Ni habría jardín, ni tampoco claridad, pero tú estabas apasionado por algo indeciso, y tú rodeabas de idealismos a una mujer que se asomaba a una venta-

na. Las cosas ideales no existen más que en nosotros.

—Las cosas ideales pueden existir en todos. En todos hay un poco de idealidad. La carne es triste. Y nace la flor lírica en la carne. No se amaría la vida, si no hubiese una ilusión.

—Y si existen, es en vosotros, pobres líricos, que sólo sabéis soñar. Yo amo la vida, porque es pánica y fecunda. No debe haber alma en nuestro tórax. Es un gusano que roe nuestro dintorno. Yo he vivido siempre sin alma, y aún no he sentido la necesidad de tenerla. El alma crea la sensibilidad, y la sensibilidad es una enfermedad incurable que nos hace morir un poco todos los días.

—Si yo no tuviese alma, ¿para qué quería yo la vida? Es como si nouviésemos luz en los ojos. Un almendro sin flor... No comprendo tu desdén.

—No comprendo tu gesto apasionado.

—Porque eres incapaz de sentir.

—Y no me comprendes tú, porque no has vivido. La vida es bien amarga, y ello te haría tan escéptico como a mí mismo. Yo creo que he tenido alma. Por lo menos, un rudimento de alma. Era un ser anormal. Pero he podido amputarla.

—Hablas demasiado despectivamente. La falta de alma es una anormalidad espiritual, así como la falta de un brazo es una anormalidad somática.

—No, no. Es algo que sobra, algo asqueroso. Un bocio, un forúnculo.

—No debiera escucharte, puesto que no puedo disuadirte. Para comprenderme, tendrías que poseer la misma sensibilidad que yo. Estamos demasiado leja-

nos. Tú amas la mujer como una luminosa escultura.

—Y tú, pobre apasionado, como un bello motivo lírico... ¡Oh, la pasión frenética de nuestro instinto encadenado!

—¡Oh, la tristeza de hacer imposibles las cosas, la ilusión y la emoción! ¡Oh, la gentileza de morir lentamente de amor y de amor...!

En esto pasó por allí un Poeta que tenía un profundo mirar, y se puso a escuchar el coloquio.

Y dijo, entonces, para sí:

—Muy gentilmente discuten los Doctores. Me placen las paganas doctrinas del Fauno, y las líricas exaltaciones del Ruiseñor. Yo acogería las palabras de ambos para mí, porque todo hombre, aunque lo dignifique la emoción, lleva en sí un Fauno.

Es decir, que aquel Poeta justificaba el Deseo Carnal y la Ilusión Sentimental.

Pero, aquel Poeta, era Yo.

De la Vanidad

—No hables de eso. Eso es lo Perfectamente Inútil.

—Ja, ja, ja. Siempre con tus paradojas ágiles.

—Sí. Te digo que hablar de los demás, es lo Perfectamente Inútil.

—¿Qué hemos de hacer entonces? ¿De quién hemos de hablar?

—De nosotros mismos.

—Continúas con tus paradojas extrañas. Habla más claro, porque yo casi no te comprendo. ¿Para qué hablar de nosotros mismos?

—Escucha bien para comprenderme con todos los sentidos. Hablando de nosotros mismos, conseguiremos una lírica perfección. Y nuestro fin, el colofón de nuestra vida, debe ser una suma e inefable perfección. Si en lugar de censurar a tu amiga por esto, por aquello o por lo demás allá, te censuraras a ti misma por esto, por aquello o por lo demás allá, tratarías de hacerte perfecta, para no tener que censurarte a ti misma. Sería también fecunda tu censura, si te llevaras a tu amiga, y si la dijese sin pasión lo que me decías a mí, lo que han dicho las amigas de ella. Claro que ella no te volvería a mirar ni te diría adiós, porque la hiciste pensar un momento si sería verdad lo que ella creía de su belleza. Esto le pasaría pronto, porque en seguida se convencería firmemente al mirarse en el espejo, o al pasar ante un grupo de señoritos «bien.» Aquel rencor por que le habías dicho no le pasaría, eso no. Pero cuando le pasara ese aire fragante de la belleza, cuando ya no pudiese mirar altivamente y sonreír a los muchachos que pasaran, entonces te volvería a sonreír tristemente.

—Es preferible que cada uno conserve su ilusión.

—Su Vanidad, mejor dicho.

—Sin Vanidad, sin ilusión o como quieras, no sería posible tener optimismo, ni deseo de vivir. La Vanidad, es el espejismo de nuestra vida. Sin ella, ¿tendríamos fuerza para seguir caminando?

—Mientras tú hablas, estoy meditando. ¡El querer ser, es Vanidad! Yo quisiera ser perfecto como un dios. El deseo no me falta. Pero, ¿sería yo digno de ser un dios? ¿No es Vanidad el creerme digno de ello?

El deseo también es Vanidad, porque al desearlo, yo me creo perfecto para serlo. Si no lo digo, para que no se mofen de mí las demás, lo reconozco en mí mismo, o sea en mi corazón.

—Antes me decías que tener Vanidad era un pecado, o por lo menos, una gran falta. Y terminas diciéndome que tú la has sentido alguna vez.

—Pero es que hay dos especies de Vanidad. A saber: Una exterior y otra íntima. O sea, la Perfectamente Inútil, y la Diariamente Necesaria. La primera no crea, y la otra sí. Una es puramente exterior y pasajera. La otra es eternamente íntima, inmortal.

—No te comprendo, hermano.

—Es justo que no me comprendas. Si me comprendieras, mis palabras no tendrían un aroma de eternidad. Yo, cuando hablo, lo hago para mí solo. Muchas veces, para justificarme a mí mismo. Otras veces, para adormecer a mi otro yo, lleno de inquietud.

—Te prometo escuchar, siempre que me hables de cosas sencillas. Ahora me voa la catedral, a la no vena.

...Se esfumó el aroma de la Hermana, y el Hermano quedó meditando...

De la Bondad

El Cristo, el Apóstol, el Anarquista, el otro Yo, que llevamos crucificado en nuestro pecho, dijo esta Letanía de la Bondad:

—Seremos más buenos, cuanto más comprensivos seamos.

En la comprensión hay un germen de bondad.

Comprendiendo, aceptamos. Aceptando, acogemos.
Acogiendo, perdonamos.

Siendo bueno nuestro corazón, serán buenos los de los demás, porque los creeremos como el nuestro.

La bondad es una flor que nace en nuestra alma una flor divinamente aromada.

Una flor inocente, porque inocente es la bondad.

La bondad es inocencia también. La primitiva inocencia del mundo.

Una flor sencilla, porque sencilla es la bondad.

La bondad es sencillez. La primitiva sencillez del mundo.

Una flor fragante, porque fragante es la bondad.

La bondad es fragancia. La primitiva fragancia del mundo.

Inocencia, sencillez, fragancia, son una: Bondad.

¡Cómo en la bondad se une toda la antigua gracia!
Seamos buenos.

Cuanta más bondad haya en nuestro corazón, más grandes seremos.

Estaremos más cerca de Dios o de la ilusión de Dios.

En verdad, os digo, que siendo buenos, nuestra alma será pura como un cirio ardiendo.

Será jubilosamente fraternaria, y todos los hombres serán hermanos de nuestro corazón, aun sin haberlos engendrado la madre que a nosotros.

Seamos buenos, y lo seremos todo.

La bondad es un relicario que encierra todos los dones espirituales.

Yo os requiero, hermanos, para que plantéis en vuestro corazón este divino rosal...

...Entonces, el Hombre que escuchaba, el Hombre que tenía la faz de un chacal violento, el Hombre que ruge en nosotros en los instantes de odio, dijo:

—Tus palabras fueron dichas en un momento morboso propicio al misticismo.

En el Hombre no puede haber bondad.

El alma es una tierra pedregosa y estéril, que no da fruto ni flor.

Nos odiamos a nosotros mismos. Hay momentos en que yo quisiera asesinarme. Las manos, engarfiadas, son garras que quisieran estrangular mi corazón.

Yo crucifiqué al Cristo que llevaba en mí...

CORREA-CALDERÓN.

Fécit an.º MDCCCCXIX.

A FRÂNCIS JAMMES

Y el celeste genio de Tournay, desde la orilla del Gabe de Pau, tiende en prestigio de oro a los pueblos...

Viejo, nos enseñó a ser jóvenes, y abrió sus panales franceses que se derramaron en la vecina noche española y real.

«Bajo el agua azul del cielo», a lo largo de los parques blancos, Isabel de Ellèbeuse, con sus ojos dorados y lentos, limita la sombra, «en el viento que sopla en los labios de los castaños de Indias...»

¡Oh, Isabel!...

Llevas el atardecer quebrado de los Pirineos «en la sombra misteriosa de tus pechos aún no en sazón» y en las haldas de tu «vestido rosa de color higo abierto»...

Llegarás al siglo español ¡oh santa ingenua! sobre «el líquido zafir de las aguas vírgenes», saltándote el alma a los ojos, bajo «la ceniza de seda de de tu cabellera»...

Almaida de Etremot, tu hermana, parirá el hijo

celeste de las cabañas, mientras «el Sol de las nueve arroja una sombra espesa al pie del pozo...»

Y Manzana de Anís, la dulce coja, estirará su patita de pájaro y cruzará España «en el perfume de las lilas negras».

Abrirá su seno cordial y fragante a los labios de las musas nuevas «que beben las aguas de mayo» y ponen su alma nocturna en «los pavos reales posados en el luto de las encinas...»

Las estatuas de la noche alta se darán a los poetas, sobre los setos cuajados de lirios, y bailarán ante la literatura muerta, con sus piernas de mármol, «ágiles y redondas que saben hollar el vino de las danzas españolas»...

Y una noche, el alma del ideal, sobre las carnes rubias de las vírgenes francesas, ascenderá a vuestros labios, ¡oh, novísimos! y describirá su círculo de triunfo sobre la tersidad del agua... «del agua dorada por la sombra»...

Y Jammes nos besará en los párpados...

PEDRO IGLESIAS CABALLERO

MEDITACIONES DE ABRIL

(Fragmentos de un diario.)

1.º de abril de 1918.

Durante muchos años he tenido en abril pertinaz intención de anotar en un diario las más sabrosas huellas que esta época espiritual por excelencia deja en nosotros. Me entristece pensar que nunca llegué a realizar mi anhelo. Hoy, ya es hora de escuchar los mandatos sentimentales.

Recuerdo que en mis abrils matinales—contando once o doce años—, al volver del colegio con las yemas de los dedos maculadas de tinta violeta, a la hora de la merienda, arrellanado en un sofá con funda de dril, veía desfilas las procesiones y cortejos de mi fantasía. Entonces me figuraba ser dramaturgo, general en jefe, tribuno o santo, mientras miraba abrirse las lilas en los frascos de cristal y saboreaba mi café con leche, azucarado y moreno, al son de las seis campanadas vespertinas.

¡En la mañana de la vida qué doradas y limpias son las tardes!

Este diario, más que acontecimientos presentes, quizá glose otros abriles más risueños y nunca cantados.

Día 2.

El Jardín Botánico.

Una deliciosa inacción ha hecho el vacío en mi día. Pero he visitado por la tarde el Jardín Botánico.

Está tan convaleciente, tan tierno, tan sentimental, como todos los años en esta época. Húmedo y tembloroso, sin flores todavía, tiene un estremecimiento de pubertad y de unción. Por las mojadas avenidas caminan sombras largas que leen en libros invisibles. Aún no hay mirlos ni lilas blancas.

He mirado la primera comunión del jardín con la amargura de la inferioridad. Y mientras hollaba la arena blanda y violácea he formulado

¿Por qué tan sólo el corazón
no ha de dar flores este año?...

En cierto año, todo mi abril se pasó en el Botánico. Entonces el cáliz estaba lleno. Retorcía en las mañanas gris perla mis arabescos preciosistas. Pensaba en un fantasma grato y hablaba (mintiendo) de unas fantásticas e irrealizables nupcias que se celebrarían en *octubre*.

Día 5.

Los especialistas.

La mayor tortura que nos cabe a los hombres de la civilización es no poder aprehender la vida en una mirada larga y sabrosa, en una dulce perpetuidad profesional. La existencia pasada por los innumerables cedazos de las funciones y de los destinos, es un festín del cual apenas se puede saborear un manjar. Apenas paladeamos un goce el mecanismo social nos le arrebatata. *Muchos pocos:* he aquí lo que hallamos como sedimento en el fondo de nuestros exámenes de conciencia. No hemos encontrado saciedad en nada y sabemos que es imposible conseguirla, y *envejecer* en ella, dentro de la entraña del hartazgo.

Lo que más estimamos son esas formas en que la vida, es vida propiamente dicha—pez libre de la red de las definiciones —y que son los únicos jalones teleológicos: la música, la danza, la risa, el juego, etc. Pero siempre miramos esos deleites como bálsamos no usaderos en lo cotidiano.

El legado de la división del trabajo ha sido los especialistas, buhos amargos que sienten que todo el hervor de vivir se les escapa de las manos y del alma, y no les deja actividad sino para otra forma de juego que es el empleo de la vida en el área de su especialidad. Y no se sacian porque alcanzan la magnitud de todo lo que desconocen; todo lo que les falta de aque-

llas fiestas en que cataron de un placer lejano y ajeno. Entonces comprenden que aun dentro del núcleo de su destino no llegan a gozar de *la vida entrañable*, como el gusano en la manzana o la abeja que escarba en los estambres.

Día 8.

Amiel.

El estilo de Enrique Federico Amiel no tiene edad. Su *Diario íntimo* esta escrito en el mismo tono y con idéntica plenitud desde las impresiones de veintiocho años anotadas en Berlín hasta las últimas páginas trazadas a los sesenta y uno, en vísperas de muerte. Y es que el alma de aquel melancólico germánico se desplazó pronto hacia las cosas, objetivándose en la edad menos propicia y conservando en los períodos posteriores de serenidad y de cordura aquella dulce santidad consistente en anidar dentro del corazón de lo diverso y uno. En su tristeza dadivosa, ansiosa sólo de su cosecha de divinidad, se diseminó en los objetos, o puntualizando más, en los fenómenos de los objetos. Si alguien tuvo no ya tan sólo el concepto, sino el sentimiento del idealismo transcendental, fué aquel místico generoso que llevó su *confianza* a las reconditeces adonde no llegaba su conciencia. La vida de Amiel no se amontonó como aluvión de hechos, y por eso en ella el tiempo está desprovisto de ese amargo aspecto bergsonian y genealógico que

enturbiará nuestras memorias cuando osemos escribirlas.

El mayor de sus terrores fué el que experimentó ante la posibilidad de poseer las cosas, de destrozar con la codicia aquello que sólo puede ser amado respetuosamente. El sentido religioso de la vida le impidió descollar como poeta o como catedrático y, desde muy joven, la mantuvo lejos de la soberbia científica que quiere esclarecerlo y dominarlo todo. Fué sin duda su candor de místico lo que mantuvo a su estilo fuera del tiempo, y la sonrisa del renunciamento le dió como premio la certeza de que aún viendo desfilan muchos años, no existe sino una sola Primavera, única y eterna.

Día 12.

El abolengo de lo matemático.

Hay instantes en la pena como en el placer en que el espíritu se siente tan henchido, tan colmado, que viene a creer y a crear metafóricamente que no es más que una crátera o un vaso, algo que por su naturaleza está sujeto a las dimensiones de la capacidad, y que la razón de vivir es algo excesivo y desbordante.

Cuando fermentaba en nosotros la alegría, y a borbotones, se acrecentaba enloqueciéndonos, le dijimos: «Detente, detente; no seas tan pródiga». Y esto, como si fuéramos a ahogarnos en el estanque de nuestra propia alma. De la noción metafórica del espíritu

como vasija de la vida, nace la noción primitiva de la *quantitas*, y, en el dolor, la suficiencia de la deliberación suicida.

En nuestro abril, y en los primeros días del curso de análisis matemático, el profesor, detenido en el umbral de la vida, nos anunciaba que el placer como el dolor eran magnitudes; pero nunca cantidades... Y de aquellos elementos tan importantes fuera del aula no volvía a hablarnos en todo el año.

En la pena, cuando el sentido de la vida llena la pila de la nevegación, dejan de tener valor todas las supuestas y endebles razones morales que han querido erigirse en antídoto del suicidio, porque el desbordamiento de la desesperación sabe que los límites del *quantum* caen dentro de la muerte.

Fué necesidad en el hombre cuando sintió que se anegaba en la pena o en el gozo, determinar cuantitativamente todo lo que a su poder se manifestaba mensurable...

Día 15.—En la plaza del Hospital.

Epicuro.

Cuando se convencieron los cínicos de la limitación de la vida y se acogieron a su parvedad, alcanzaron algo así como un sentimiento, que fuera del límite lógico de su creencia filosófica, les hizo sospechar que quizá la finalidad de la vida fuera inaprehensible, y que como única certidumbre quedara

sólo la muerte. Y desde entonces los actos, para ellos no tuvieron otro aliciente que el de significar regodeo para la tortura apremiante del tiempo y material para cubrir la espera *mientras llegaba la muerte*. Fué la idea de la muerte el término y base de todos sus pensamientos, y entonces, aprendieron a saborear el momento, que era el único patrimonio que en definitiva les quedaba y conocieron el *térpsis*, el deleite provisional y omnímodo.

Día 17.

Las palabras prostituidas.

Me duele en el alma ver cómo han vilipendiado y vendido aquellas tiernas palabras que he adorado como a las novias adolescentes; aquellas palabras con las que tuve unas nupcias sentimentales e ignoradas y que después han caído en el uso del populacho, en la boca de la canalla.

Cada día me haré más difícil para los vocablos e iré a buscarlos a las ciencias más recónditas y más herméticas, en las hoquedades en que no penetran los periodistas, ni los jefes de negociados, ni los cantores ambulantes.

Día 19.

La castidad.

Los que somos castos sentimos una grande pesadumbre ante la evidencia geológica y paleontológica

de la vejez de la tierra, y el contraste que ofrece con la perenne lozanía de la vida. Hay momentos en que sentimos que el latido vital es ya algo extemporáneo y fuera de sazón; que sólo fué bellamente oportuno cuando el planeta era joven. Hoy la aparición de generaciones nuevas, teniendo por causa un impulso genésico, es algo que indica que la vida se aferra a unas condiciones adversas, *que ya no son condiciones*. Pero es tan anárquica, tan rebelde, que no siente su zurda indiscreción en la corteza dura y desolada.

Esto siento yo viendo las piedras—los bloques de las montañas y los camafeos de las sortijas—que no tienen sexo ni inquietud; que tienen una conciencia dormida y adecuada a la situación geológica, quizá superior a esta turbulenta conciencia vital, que por mucho que haya evolucionado, es de hechura antigua y caduca, aunque estuvo destinada a nutrirse de apogeo.

Día 20.

Ofertorio.

Los que hemos amado con dolor, los que hemos delinquido y no somos tan pobres de espíritu como Lemaître que creía en la indiferencia de Sirio, solemos en la ambigüedad de los crepúsculos atravesar la ciudad e irnos a su periferia por una ronda desierta o por paseos dominadores como senderos de acantilado. Y entonces, abrumados de civilización y de al-

goritmo, usurpando a los niños su conmovedor saludo, con las yemas de los dedos profanadas por haber tocado las cosas de toda la jornada, le enviamos un beso de nuestra boca a las recién nacidas estrellas de occidente, donde quizá no haya seres conscientes, ni vegetación, ni atmósfera; pero donde reside un principio sentimental, batidor y heraldo de la Biología, que parpadea en los cielos como el primer fundamento de la razón de ser del mundo.

Día 22.

Algunos filólogos...

Parte del prurito de ciertos filólogos es afán de hombres susceptibles, puntillosos y cascarrabias que ahondan en la historia de los vocablos para que al descubrir para éstos un significado distinto al que el vulgo les daba, puedan derrumbarse las acritudes de adagios y sentencias que mortificaban sus chinchorrías de hombres.

Esos filólogos desmenuzan las voces con la avidez del afrentado que busca una justificación atenuante para el insulto que ha caído sobre él.

Los que aspiramos a mártires, mientras quedemos invadidos por nuestra vocación, no aquilataremos el sentido de la injusticia, porque toda lapidación nos es grata.

*Día 24.***Fraternidad con los dioses.**

Los inventores, los poetas, los teósofos, los utopistas, todos esos solitarios de los jardines, de los museos, de las bibliotecas y de las calles anestesiadas, cuando vuelven a la vida se quejan amargamente de que la civilización sea tan ingrata con ellos que casi nunca les ofrece ni las riquezas, ni los homenajes, ni las mujeres tiernas y bellísimas.

Entonces no aciertan a ver el cúmulo de desaires que hicieron al comercio, al Estado, al Eterno Femenino y al Amor, mientras, solos y sublimes, se divinizaban a sí mismos por medio de una estrecha fraternidad con los dioses.

*Día 27.***La protesta.**

Este hombre será inexorable consigo mismo durante toda su vida. La confusión que sufrió en los laberintos éticos le hizo desertar de toda selva de efusiones caudalosas y amó el desierto pulverulento y unánime porque en las arideces rubias y calizas la vida no tiene nunciatura.

Este hombre ya sabe que el sentido carcelario de

existir se bifurca en dos consuelos: el pan de la esclavitud y la crátera de la melancolía.

Ha escogido la segunda forma porque ama y siempre amará la fluidez y la diafanidad. Y bebiendo melancolía se ha persuadido de que sólo en el error y en el atolondramiento era posible vivir; pero vivir con el riesgo de topar con el *fatum* de la tragedia.

Espantado por las probabilidades dramáticas ha querido ser instrumento de programa. Y se ha hecho ambicioso. Ambicioso desinteresado y pragmático, por la soberbia heroica de derrotar a la muerte.

Para él, que no vive la vida, que no admite que sea esta una dádiva irrepudiable, ¿qué valor tiene su persistir? ¿Qué ambición es esa de deshumanizarse y de venir a ser una cifra, un módulo?... Algo que protesta contra lo viviente, y que ha de ser ejemplo de vivientes, lucero para ojos vivos, héroe que en el pecado—¡oh, el mayor!—de definir la muerte, llevará la penitencia de padecer la vida.

Día 30.

Metus.

Tengo miedo, mucho miedo a escribir una elegía tierna y dulcísima, porque entonces perdería su valor todo este encono contra los extravíos sentimentales, que es como la armazón espiritual de estos mis últimos años. Siento mucho terror porque un día, después de haber dormido más de un lustro sobre un

mísero tablero, como San Eusebio o San Pacomio, hunda mi frente en algún valle virginal y efusivo. Miedo siento a volver a ser hombre, ya que puse todo mi empeño y mi anhelo (Das Streben) en deshumanizarme y tan sólo en deshumanizarme.

MAURICIO BACARISSE

LITERATURA SIONISTA

Las Siónidas de Yehuda Halevy (España-siglo XII)

¡Oh Sión, Sión gloriosa! ¿No te acuerdas, dime, de tus hijos? ¿De tus hijos desventurados que por el mundo vagan desterrados y errantes?

¿No piensas en nosotros que en ti pensamos noche y día y que en tu paz hemos cifrado la única alegría de nuestro corazón?

* * *

Del lado del Austro y del lado del Aquilón, de la parte de poniente y de la parte de levante, ¡oh tú adorada Sión, que tan remota estás, Sión, Sión gloriosa, recibe en estos versos el ardiente saludo del alma israelita que vibra y palpita por ti con anhelo infinito!

* * *

Y acepta el triste saludo de este triste; de este triste que se aferra a la esperanza y se obstina en esperar con fe inquebrantable.

Y que, a través de su llanto, tan sólo anhela derramar sobre tus montes más lágrimas que la lluvia con que el Hermon los baña!

* * *

¡Que así como ahora soy fuente de llanto inextinguible y pura para plañer el inmenso dolor de inmensa ruina, también seré un arpa jubilosa que cante ¡oh patria mía! el cántico divino de tu redención!

* * *

¡Oh Bethel, donde Jacob vió la escala celeste! Peniel, donde con un ángel del cielo, lucho en la soledad y en las tinieblas. Y tú ¡oh doble baluarte por él elevado para sus hijos! ¡Con qué honda emoción gime y suspira por veros mi alma!

* * *

Sión, en ti la Providencia mantuvo siempre su esplendor, por hallarte tan cerca de las divinas moradas. Siempre propicio te estaba abierto el cielo, para que de noche y de día, a toda hora, tus plegarias llegasen más directas a Dios.

* * *

La luz que te guiaba, la luz con que refulgías, no eran las luces efímeras del sol ni de la luna, ni tampoco la luz intermitente de las estrellas; tu sol y tu guía era la gloria de Adonai.

* * *

¡Ah! ¡Que no pudiera yo ir a derramar como un agua en tu sagrado seno este mi dolor, esta alma mía que en mí plane! ¡Y, como tus elegidos, bañarme en el de mar de inspiración que sobre ellos dejaban fluir los puros rayos de la divina idea!

* * *

¡Campos donde el Rey de Reyes plantó sus reales; basa del trono erigido al Dios de los Espacios, Tierra promisión! ¡Ay! ¡Cuántos viles esclavos no se sientan ahora en las sedes donde veías sentarse antiguamente a los príncipes de tus jerarquías!

* * *

¡Ah! ¡Quién me diera la dicha de poder, antes que mi vida se extinga, llevar mis pasos a la cuna de la Nación! ¡Recorrer uno por uno todos los parajes, solitarios y temerosos, donde Adonai se mostraba a los profetas en visiones de luz!

* * *

¡Oh! ¡Quién me diera tener, como las aves del cielo, alas para volar a ti ¡tierra elegida! ¡Y por tus valles y colinas ¡oh Sión! unir en un mismo llanto tus ruinas con las de mi corazón!

* * *

¡Jubiloso me postraría de hinojos en tu suelo querido; con piadosa veneración me colgaría al cuello tus piedras, y para aplacar esta agonía intensa, te apreta-

ría ¡oh madre! contra mi pecho y me restregaría contra tu polvo sagrado!

* * *

¡Sobre todo, cuando viese las melancólicas campiñas donde las preciosas cenizas de nuestros padres yacen en la soledad; o aquella, famosa en todo el mundo, que se extiende a lo largo del Hebrón y guarda la tumba de los cuatro patriarcas!

* * *

¡Oh, Líbano frondoso! ¡Oh, cedros seculares! ¡Oh, espléndidas pomaradas del pingüe Carmelo! ¡Oh, Galaad! ¡Oh, Jordán de aguas claras! ¡Quién me diera aspirar vuestro aire fragante o quedarme mudo de admiración, contemplando las cumbres del abrupto Abarim!

* * *

¡Abarim! Ilustre por la muerte del más ilustre y tú ¡oh Hor altanero! a quien le cupo en suerte guardar los restos de Aaron: vosotros visteis extinguirse el último reflejo de los dos astros de luz, de Moisés y su hermano, que Adonai apagó con un beso.

* * *

Tus auras, tierra querida, están hechas de espíritus vitales que dan luz al pensamiento y al cuerpo fuerza y vida; tu polvo es un bálsamo, de mirra son tus campos y tus ríos de pura y dulce miel,

* * *

¡Templo de Salomón! Mis delicias mayores serían vagar descalzo y desnudo, por entre las breñas que te cubren, por el lugar donde antaño brillabas y donde hoy te afrentan los infieles; desgarrarme los pies donde se erguía el altar que hoy yace en ruinas: en verdad, esas serían mis mayores delicias.

* * *

O en el lugar terrible donde resplandecía el Arca sagrada—sumida hoy en tal bajeza—sin que las nubes de incienso, con sus rizadas espirales, ni los querubines, con sus alas abiertas, velasen su terrible vista.

* * *

¡Ah! ¡Como en mi dolor me arrancaría los cabellos con mis propias manos y los arrojaría al viento!

¡Ya que, en épocas nefastas, manchó el destino en tierra impura, sin dolor ni piedad, las guedejas de los nazarenos!

* * *

¡Oh, manjares! ¡Qué placer podríais brindarme! ¿Ni cómo ¡oh licores! podríais aplacar el dolor que me tortura, cuando canes hambrientos sorben impunemente la sangre generosa y devoran la carne aún palpitante de los leones de Sión?

* * *

¿Cómo podrían alegrar mis ojos los iris del día?
¿Cómo los ásperos abrojos de mi vida se trocarían en

flores? ¡Cuando veo forcejear en vano, a las águilas de Israel, en oscuras cavernas, entre las garras curvas y feroces de cuervos insaciables!

* * *

¡Oh, cáliz de amargura! ¡Cesa, mitiga tus rigores! ¿No ves que henchido de dolor, revienta ya mi pecho? ¿No ves que ya la ola de tu amargura sube hasta mis labios!

* * *

¡Evoco tu recuerdo, ¡Aolá! triste Samaria, y paladeo también el sabor de tu amargura: que si Aolibá, la sin ventura Jerusalem, acude a mi memoria, también aspiro hasta las heces tu vino de aflicción!

* * *

Salve, ¡oh Sión! ¡Flor de gracia y belleza! ¡A cuyas seducciones añade ahora la pena una seducción más! ¡De bronce inquebrantable son los lazos con que a tus brazos de madre unía el amor los brazos de tu pueblo!

* * *

De ese pueblo que acompaña tus sollozos con los suyos, que aún llora la gloria desvanecida de los tiempos de oro de tu exaltación, que envuelve tu viudez en lutos y se regocija en tu ventura y siempre de hinojos, pide a Adonai tu salvación.

* * *

¡Cuántos ojos no están siempre en ti fijos, como pidiéndote amparo en los trances infernales de los

abismos del destierro, del cautiverio amargo; donde quiera que la suerte arroje a tus hijos, siempre que se inclinan para orar, tú eres el norte de su oración!

* * *

¡Aunque tu pueblo vea hoy errar sus miserables greyes, de monte en otero, por mil climas extraños, en la opresión más dura, sólo piensa sin tregua en tus regios recintos cuyo esplendor y gloria nunca, por mucho tiempo que pase, se borrará de su recuerdo!

* * *

Y acogiéndose a ti, como se acoge un niño al vuelo ondeante de la falda materna, acogiéndose a tu Sarón florido, espera un día tornar, en alegres coros, a ti, cantando libremente tu liberación a la sombra de tus palmeras!

* * *

Ni Sennaar, donde Babel dictó leyes al Universo, ni Pathros, patria y cuna del antiguo egipcio, pueden compararse contigo en excelencia ni hermosura; ni su culto pagano es nada al lado de los Tumim y Urim con que se decoran tus sacerdotes!

* * *

¿Ni quién tampoco se atrevería presuntuoso a rivalizar en fausto y majestad con tus ungidos? ¿Quién osaría luchar en estro y perfección con tus levitas, profetas y poetas?

* * *

¡Cuántas mudanzas registra la humana historia!
¡Cuántas naciones pasaron sin dejar rastro de su gloria antigua! Pero tú, como tu Dios, el Ser uno y supremo, eres eterna y eterno es tu pueblo, y eterna su misión!

¡Tu señor se dignó elegir para morada suya tus montes, donde ondean hoy banderas extrañas! ¡Dichoso aquel que pudiera reclinar la frente en tus prados yermos y acogerse a tus sagrados atrios!

Dichoso aquel que en esta vida horrible de horribles pruebas, tiene para guiarse y calentarse la luz de una fe inextinguible; feliz de aquel que llegue a ver alborear una vez más tu luz divina, ¡oh aurora del día del Perdón!

Del día ha tanto tiempo prometido al pueblo electo; del día venturoso, incomparable, de la reconciliación; del día en que tu ungido esposo, vendrá a llevarte de la mano al antiguo tálamo nupcial.

(Targum de R. CANSINOS-ASSÉNS.)

CUENTOS ESPAÑOLES

ESTE ERA UN HOMBRE

(Lamentación de un hombre sincero.)

Desde el Manicomio

En esta santa casa, santa en ardores de misticismo, oasis del pensamiento extraviado, mesón siempre abierto, donde toda generosidad encuentra asilo y toda humana locura su justificación... En esta santa casa—¡oh, dolor de las otras tantas casas que no se abrieron nunca al extravío ni a la anormalidad!—yo topé una mañana azul, de una azul y fragante primavera.

Abatido mi cuerpo y abatido mi espíritu, llegué. Casa de alienados era y por de cuerdos y muy cuerdos hube yo de tomarla: que todo en ella era normal, a no ser su anormalidad, manifiesta si con las demás casas se la comparaba, porque todas eran de muy diversa organización y echábase de ver en todas la perfecta cordura de que alardeaban...

Y aconteció, pues, que si exprofeso me hubiera

sido preparada, no tardaron en darme posesión de mi nueva morada.

Como santa casa la juzgué de primera intención, y en verdad que era santa, porque santo es el suelo que espera la huella de nuestros pies y el rumor de nuestras voces y la luz de nuestros ojos. Entonces abrí mis labios, reseco y mustio, a la piedad de unas palabras de bendición: porque, ¿dónde hallé jamás morada alguna que me esperase, si en cuantas hube habitado en mi vida lóbrega, fué preciso forzar la puerta con ganzúa, y avasallar el suelo, y agotar el rigor de mis músculos en defender lo conquistado.

También en esta casa hallé guardianes de mi persona desmedrada, centinelas de mi espíritu que lo despabilasen. Y para los pequeños caprichos de mi libérrima voluntad—¡oh santo poder de esta mi santísima casa!—una mano pródiga, mano generosa, me colmó ambas manos. Y llegué a ser rey, rey de vastos Estados, que se me sometían, orgullosos. Y fui nómada de los bosques que flagelé mis lomos en holocausto de mi Dios. Y los arcanos de la ciencia me fueron revelados. Y nada, en fin, se mantuvo en otro plano que en el de mi santísimo capricho.

Solo

Era yo un médico rural..

Poseso del dolor de querer y poseso del amor de vivir, viví unas veces en dolor y amé otras veces en regocijo. Y fué mi mocedad aherrojada, por una larga senda, siempre adelante, con los ojos abiertos a los

azules horizontes del corazón. Y acampé a las sombras del camino unas veces y, los lomos al sol, acampé otras. No hallé más fuentes a mi paso que las de la Amargura: que caminaba, tacteando, por caminos desconocidos, y la jornada era larga, y mis piernas enclenques, y el corazón loco... Caminar fué el objetivo de mi vida. Mas no sé hasta dónde caminé...

Y un día los ojos cansados y el corazón viejo, débil el cuerpo y el alma rozagante—que el alma es flor siempre lozana—me hallé solo, ¡solol... Era ida la dulce compañera, la pobre alma mía, aquella santa mujer que dió paz a mi espíritu a la sombra del suyo, y me dió pedazos de su carne: hijos nuestros muy amados, pero muy dolorosos, flores de nuestro buen amor que perfumaron de tristeza mis canas, mis canas que brotaron en mi cabeza como una blanca flor de bendición para ellos y ellos las recibieron con una pena triste, con una amarga sonrisa, casi con ironía...

Mis sesenta años

¡Mis sesenta años! Ya eran llegados cuando más lejanos los tenía, cuando menos los deseaba. Sesenta años de austera peregrinación por un santo ideal: el de sanar enfermos, eusañarme con el mal y derribarlo y tundirlo a golpes. Y, victorioso en la lucha del Hombre con la Muerte, esperar, maltrecho, la limosna de unas palabras de bendición, al abrirse, con alegría, los labios de nácar de un convaleciente.

Luego los otros serenos ideales: la esposa sana, llena de risa juvenil, las risas de cascabel de los hijos,

de los adorables hijos; los hijos ya hombres, los hombres, los hombres que yo había dado al mundo; el orgullo de los hijos iluminarían la vida con mi nombre...

Y la tierna esposa era ida en la primera batalla que me ganó la Muerte. Y los hijos—rojas flores del mal nacidas en el jardín de todos mis cuidados—también fueron idos, pero idos en desagravio, en desagravio de repulsión de la juventud, ellos, todo juventud—y la muerte, mi muerte, que alboraba en mi corazón...

Paisaje

Era yo un médico rural.

Con mis sesenta años auestas y la tragedia de mi corazón viviente, aún podía atender, como en mis años mozos, mi gran clientela: y hasta mimarla si era llegado el caso.

No corresponde a mí, en este doloroso salmo de mi vida, sacar a colación si en la villa de Anzur, que duerme en la falda de una gran sierra, era el doctor Ginés querido o no querido de aquel humilde vecindario, noble por los blasones de su corazón generoso y por su espíritu cabal y recto; pero permítaseme que sin lisonja vana, y con el más sano orgullo, conste en estas raras páginas, que por los naturales de Anzur estuvo mi alma siempre abierta como una flor de bendición.

He mencionado la sierra que aún nutre y amamanta como a único hijo a la villa de Anzur. Es brava la sierra, de exuberante flora, agreste, empenachada de jirones de niebla, al despertar, y de nubes de oro al

adormecerse. Por sus sendajos y vericuetos trisca el ganado a su placer. Silba el viento, armonioso, en las tardes rientes, y en las melancólicas tardes de octubre la lluvia canta una romanza sentimental. Bajo el iris del sol la sierra ríe. Bajo la risa funambulesca de la luna la sierra duerme. La sierra es la reina, la gentil reina, que tiene por corona una ermita llena de unción y de paz, y por sobre la corona—oro de sol y plata de luna—en su áurea cúpula una Virgen rubia, María de la Sierra, alegremente risueña, amorosamente dulce, que con el incienso de sus ojos azules nimba los espacios, los espacios de encaje, que bordean, al besarlos, las cancelas del cielo.

El Camino

De la villa de Anzur a la ermita hay un fuerte camino que se retuerce, a trechos entre la agridez de las peñas, a trechos entre la hostilidad del taraje. Es largo, empinado y cruel. Sin embargo, la santa devoción de cien generaciones de romeros lo ha tornado amplio, recto, lleno de dulcedumbre: que así los ojos de la fe, cegados para todos los soles terrenales cuando se vuelven hacia el reino interior, tienen franqueables todos los caminos; el augusto silencio de éstos se torna en regaladas músicas, el viento en cantigas de abril, los agobiantes soles del verano en milagroso fuego, el polvo del sendero en rosas, y las zarzas de los setos florecen como los vellones del Cordero Pascual.

Así era para mí el camino de la ermita, desde que una mañana fui avisado con urgencia para asistir a

una pobre enferma que al amparo de aquel santo lugar me había acogido y que se moría a chorros ignorante del mal que le carcomía las entrañas; que se moría sin saberlo, agostadas las rosas de sus mejillas, exangües los labios de seda, blancas y alargadas las manos como las de una santa.

Y así fué mi vida, desde aquel día, trocadero de azares, de inquietudes, de insomnios prolongados; rías de ensueño que pararon en tumultuosa corriente y que arrastraron mi corazón a la Duda, al miedo de mí mismo, al ateísmo de mi ciencia, a un supremo cansancio, a un místico dolor.

María

Después de la muerte de mi dulce esposa, muerte ya lejana pero viviente en mí como una herida fresca, tornaba por primera vez a hallarme junto a la cabecera de un enfermo que ponía en mí una doble inquietud: la de deshacer el entuerto de su mal, de su irremediable mal, y la de libertar a mi espíritu, mi pobre espíritu, aferrado al dolor de su derrota, carcomido en su soledad, en el vacío de su tristeza, de su amarga tristeza.

¡Era tan dolorosamente triste el caso de una mujer de veinte años, irremediabilmente enferma, junto a la prematura muerte de mi corazón!

María, bajo la fiebre enervante de sus ojos negros y tristes, que miraban largamente hacia la flora de su juventud, sangrante. Aferrada a su mal que le oprimía el pecho como un dogal de oro delicioso y cruel... Sus

labios de seda que dejaban escapar su vocecita tenue, como una doliente música, como una salmodia de San Juan de la Cruz... Su cuerpo, blanco, que se estremecía bajo una fiebre de dolor... Y sus manos ardorosas, manos de caricia, que se extendían para buscar la templanza de mis manos rugosas, convulsivas... Yo, el doctor Ginés, con la cabeza blanca y mis sesenta años de austera peregrinación por un ideal, que pasaba las noches en fiebre, tateando los recursos de mi ciencia, ya vieja; a un lado mis bienamados libros, donde buscaba el talismán que nunca hallé y a otro lado la cabecita moribunda de la virgen morena... Mis sesenta años audaces y florecidos, librando singular batalla con el molino de los veinte años, derrumbadas las asoas ¡ni siquiera con el molino dado con los brazos briosos! Su juventud, desfallecida. Mi vejez, rebelde. Su carne, domeñada por el mal. Su espíritu, vacío. Su carne, decrepita. Mi espíritu, latente...

Y en esta loca saña de la vida y de la Muerte, donde latía mi corazón con más brío que nunca, en este doloroso lírico concierto de su corazón y de mi corazón, náufraga mi ciencia, desfalleciente su juventud, probé a ensayar algún sedativo del espíritu... Y le hablaba con palabras ingenuas y líricas, y le invocaba el nombre de las pequeñas cosas terrenales... Y la regalaba con flores que eran como dulces palabras para su corazón...

Y la recitaba cantigas de príncipes enamorados: palabras de oro que eran como rosas recién cortadas, rocío de perfumes, chorro de fuentes armoniosas que, al caer en su espíritu vacío, domeñaba la fiebre de su

carne y parecía revivir en un supremo arresto de su juventud, demolida...

Entonces abría sus labios a una dolorosa sonrisa y sus ojos a la silueta de vida que huía de su corazón y me bendecía tiernamente.

Y yo tornaba a la vida, a la vida que había huído para siempre de mí, a mi vida interior—paz de regocijo y medicina de santidad—que en mis sesenta años no me supo dar mi ciencia, que yo reputaba por sabia y generosa...

¡Cuántas veces, junto a la divina enferma, bajo las aras del blanco altar de la Virgen, rezamos, juntos, unas estrofas de bendición! ¡Cuántas veces me sentí chiquillo junto a ella, bajo la sonrisa dorada de la Virgen rubia!

¡Y en aquella santa morada sí que mi ciencia me dió a beber divinos goces, nunca por mí gustados! ¡Era el corazón que triunfaba de la Muerte, del mal que roía sus entrañas, bajo la mole de sus veinte años! ¡Era que en nuestro pecho cantaba el pájaro azul de la Ilusión! ¡Era que tras la jornada del mucho andar había llegado el reinado de los Fuertes!

«Soy un hidalgo juglar
que va sembrando alegría
donde florece un pesar.
Tanta he llegado a sembrar
que me quedé sin la mía...»

Así pude cantar entonces.

Y una mañana melancólica de octubre, entre el piar gárrulo de los pájaros que salmodian la tristeza del cielo sin sol y el inmenso vacío de mi alma, María, la dulce enferma, la virgen de los ojos en agonía y de las manos blancas, entró en el cielo con música de campana y oraciones de mi corazón.

Salmo interior

He vuelto a recorrer aquel camino de la ermita, lleno de espinas y de ilrios, y he rememorado dolorosamente mis andanzas por él en aquellos días con sus amaneceres pródigos en mercedes como ella; por aquellos días febriles, plenos de sol y de emoción, conjunción de ella y de los divinos momentos de aquellos días; de aquellos días en sus ocasos y de ella toda plena de gracia, toda amor.

He rezado ante la virgen, y mientras he rezado, la Vida, trasunto del Infierno, la he evocado como una tentación. Pero la virgen está en mi compañía. Rezo como el mudo, como el pastor huraño, como el salvaje todo corazón que amamanta estas peñas. La elocuencia de mi alma fulge en una mirada mía. La oración que diría mis labios, va toda en una mirada fervorosa hacia la Virgen. Y la Virgen me oye porque en esta fervorosa súplica—vuelo de mi alma—la he ofrecido mi alma toda. Y la Virgen sonríe con una mirada azulosa y serena, piadosa y compasiva. Y en mi recogimiento la he evocado a ella, he pedido por ella, por mí, por los dos. Y juraría que he visto a la Virgen cómo me bendecía con su mano blanca...

Era yo un médico rural...

Era yo un médico rural...

Y en esta santa casa, santa en ardores de misticismo, oasis del pensamiento extraviado, donde toda generosidad encuentra asilo y toda divina locura su justificación, abatido mi cuerpo y abatido mi espíritu, he hallado dulce asilo.

Después de la tragedia que derrumbó mi corazón, con mis sesenta años a cuestas, idos los hijos, muerta la dulce esposa, para los vecinos de la villa de Anzur, mis hermanos, para los que mi alma estuvo siempre abierta como una flor de bendición, ya no soy el doctor Ginés, el médico rural que ponía en las heridas de los corazones el bálsamo de su corazón y en las llagas del cuerpo sus manos generosas; ya no soy el doctor Ginés; ya no soy el hombre paternal que llenaba de júbilo los rostros, a su paso por las calles de Anzur, y los ojos se iluminaban y las bocas florecían en dulzuras... Que ya no hago cosas cuerdas, que ya no sé engañar a nadie, que con la edad se gastó también mi *savoir faire*; que ya no tengo a flor de labio las mieles de otros días, que sólo soy el armazón de mi figura y no me queda sino el corazón, un corazón viejo, rutinario, generoso, como a la vieja usanza...

Era yo un médico rural que con la ayuda de mí mismo crucé por todos los senderos, sin hallar a mi paso más destino que el dolor ni más sagrada losa de mis sueños que la ciencia.

Y por la ciencia y por el dolor sentí la garra del pe-

cado en mis entrañas y en mi conciencia los aullidos del mal. Luchas, abatimientos, ideales, espasmos de locura, ensueños: todo me dió la clave del fracaso. Y alguna vez, cuando mis ojos se anegaron en lágrimas y mis brazos se abrieron a los designios generosos y me llevé la mano al pecho, sentí la inefable dulzura de la Dicha; de una dicha intangible, incolora, dulce como la palabra de Cristo. Comprendí que merece vivir en unos instantes de paz, si rezamos una oración de amor mientras nos acarician unos ojos de mujer. Comprendí que vale la tristeza de vivir si velamos a la cabecera de un enfermo, los libros de la frágil ciencia bajo nuestros pies como la cabeza de la serpiente bajo los pies del Ángel... De una ciencia fracasada, incongruente, falsa, que no muestra el remedio para el dolor de unas heridas que podemos restañar con rosas recién cortadas y palabras del corazón.

Era yo un médico rural y el último de mis enfermos era una virgen tísica. Mi ciencia y sus veinte años! ¡Mi soledad y su juventud! ¡La gente!... La gente me vió muchas veces con un manojo de rosas blancas en la mano, por el camino de la ermita.— ¡Locura... locura!... —mascullaron... ¡Mi ciencia! El fracaso de mi ciencia me ha delatado que tengo un corazón. ¡Yo tengo un corazón! ¡Un corazón generoso! ¡Y yo estoy loco porque tengo un corazón!... ¡Loco!... Y me he acogido a la piedad de esta santa casa...

Era yo un médico rural...

JUAN SOCA.

ESCRITORES DE PORTUGAL

Una poetisa

Tengo aquí, sobre mi mesa de trabajo, el último libro de versos de la ilustre Branca de Gonta. Titúlase *Hora da Sesta*. Como los dos volúmenes anteriores—*Matinas* y *Canções do Meio Dia*—este libro, superior, en exaltación lírica, a aquellos que lo antecederan, completa el admirable tríptico amoroso en que la hija de Tomaz Ribeiro, heredera de la gloria paterna, perpetúa, en el oro maravilloso del verso, las tres fases de su existencia de «portuguesa enamorada» *Matinas*—la juventud que comienza a florecer—*Meio Dia*—el esplendor ofuscante de los treinta años—*Hora da Sesta*—la plena maduración de la belleza y del sentimiento, la edad en que la mujer se vuelve verdaderamente mujer, pasando del fútil encanto de sentirse amada a la divina y penetrante voluptuosidad de amar.

Una de las últimas veces en que platiqué con Branca de Gonta y en la cual su hermosura, tan espiritual, más me impresionó, fué hace tres años, en una fiesta de arte, en casa de Alfredo de Cunha.

Doña Branca, que debía decir, en esa noche, algu-

nas estrofas de su padre, recitándolas al piano en una reconstitución galante de las tardes neo-románticas de 1860, apareciera—estoy viéndola en este momento entrar en la sala—vestida a la moda del tiempo, en seda amarilla Ninón, sembrada de pequeñas rosas, con su saya de medio-globo Emperatriz Eugenia, un collar de camafeos al pescuezo, el cabello caído en caracolas delante de las orejas, un lienzo fino de seda en la mano, como si su figura llena de distinción, de delicadeza y de gracia, vagamente cubierta de la *patina* dorada de medio siglo, acabase de descender, en aquella hora, de una tela aristocrática de Lupi o de Métrass. Me juzgué transportado a la vieja Lisboa de la *crinoline*, a la Lisboa de las pasiones funestas y de las capas a lo lord Byron, en que las mujeres suspiraban por Buthão Pato y ponían los ojos en blanco al recitar la *India*; evoqué la sociedad ingenua, luminosa y espejeante de San Carlos y del Paseo Público, que se vestía en la Levaillant, que tomaba en serio el amor—como una calamidad—, y tan profundamente me suggestionaba aquella aparición antigua, caminando para mí en una niebla luminosa de sedas, de joyas y de flores, que yo no pude dejar de decirle, al besarle con supersticioso respeto la punta de los dedos:

—Mi encantadora abuelita, ¡hace sesenta años que no la veía!

Desde entonces, yo, que ya no podía leer a Branca de Gonta sin oír su voz, esa voz caliente, musical, cariciosa, que es el mayor de sus infinitos encantos de mujer, no abro ahora un libro suyo sin que le tenga delante de mí, como la vi en aquella noche, con su

romántica saya de globo sembrada de rosas, graciosa y leve como una acuarela de Eugenio Sami, cantándose al oído sus propios versos en una melodía vaga que un viejo piano de hace medio siglo acompaña con pasión... Es que en la poesía de Branca de Gonta alguna cosa existe, no de viejo—¡ah, no!—pero sí de antiguo, que tan bien se armoniza con esa visión del pasado. En la emoción lírica que anima los mejores sonetos de su último libro, preséntese una exaltación de sentimiento, un misticismo amoroso, que no es ya de nuestro tiempo, que inunda nuestro espíritu de un vago perfume de flores muertas, y que nos hace pensar en los neo-byronnianos de 1860, de quien Branca de Gonta heredó, con la sangre que le corre en las venas, el alma que palpita en sus versos. Por su ideología amorosa, por la manera que siente, por el vocabulario con que se expresa, hasta la forma de declarar, Branca es bien la hija querida de Tomaz Ribeiro y la última romántica para inscribir en nuestras antologías. Eso nótese particularmente en la *Hora da Sesta*, donde, más que en cualquier libro de los anteriores, se revela su fisonomía de amorosa. Hojeo ese pequeño volumen de setenta páginas, y la siento amar, sonreír, sufrir, llorar. Su bello perfil de líneas armoniosas, que tiene la esfumada dulzura de un daguerreotipo antiguo, me hace pensar en la palidez de Mme. de Beaumont, enamorada de Chateaubriand; en el éxtasis de Mme. Charles, loca por Lamartine. Para ella, como para las grandes enamoradas del romanticismo, el amor es idolatría, es encantamiento. Branca de Gonta vive en la absorción del hombre que

ama; siéntese pequeña y humilde a pie de él; contentárase en ser polvo, si éste lo pisase.

Para su espíritu no hay voluptuosidad que se compare al silencio, porque el silencio es adoración; confunde el amor con el éxtasis religioso, y reza, y llora, y deshoja rosas sobre su dios. En la ansia de quererle más, de adorarlo mejor, pregunta a las aguas cómo se murmura, a los troncos cómo elevan al cielo su gesto mudo de adoración, a las mariposas cómo besan a las flores, cómo embalsaman al aire. Ama al paisaje, porque el paisaje se refleja, dorada y misteriosa, en los ojos de él. Bendice, a la tarde, la tranquilidad obscurcida de un parque antiguo, porque le da quietud para pensar en su amor. Unas veces balbucía, infantil: *Como en gosto de ti*. Otras, lo besa por los caminos llenos de sol, y las pervincas azules la miran sonriendo. Olvidase de sí misma al mirarlo, al admirarle las manos fuertes, la caricia lenta de los gestos, los hombres robustos y olímpicos hechos por Dios para ella reposar la cabeza fatigada. ¿Qué importa que la guerra ensangrienta el mundo, si al pie de ella su amado vive? ¿Qué importa la propia muerte, si ella dormirá mañana junto de él, más feliz que Lady Browning en su túmulo de Florencia? Y Branca de Gonta, refugiada en su sueño, siente caer las lágrimas en burbujas de los ojos, estremécese con miedo de la propia felicidad, y su voz melodiosa, su voz divina de oreada extraviada, gime, solloza, implora:

—*Amor, amor, tem compaixão de mín!*

Es cierto que, a través del tiempo que pasa, el amor es siempre el mismo. Pero no sé lo que encuen

tro de antiguo, de remoto, de lejano en la intensa espiritualidad de estos versos, que aun ahora, al cerrar la última página del libro admirable de Branca de Gonta, es la misma graciosa figura que yo veo, en su medio globo de seda Nindu sembrada de rosas, los cabellos en caracoles, un collar de camafeos al pescuezo, recitando la *Judía* al claro de las serpentinas de un piano...

JULIO DANTAS.

(Evaristo Correa Calderón, tradujo.)

ESTUDIOS LITERARIOS

Pío Baroja

A finales del siglo pretérito, se reunían en casa de Luis Ruiz Contreras un grupo de jóvenes que luego habían de constituir una recia generación intelectual.

Eran Miguel de Unamuno, Ramiro de Maeztu, Pío Baroja, el francés Cornuti y José Martínez Ruiz.

Alguna vez asomaba por allí Silverio Lanza, que vivía en Jetafe, en una casa constelada de exóticos aparatos eléctricos, y gustaba de rodear su figura misantrópica con el misterio de una vida enigmática. Un día, desde las brumosas tierras galaicas, apareció un señor que traía la jaculatoria de un nombre eufónico y ancestral, largas guedejas románticas.—¡Oh, las preteritas melenas de Valle-Inclán!—dijo recientemente Azorín—, extrañas teorizaciones estéticas del quietismo ocultista, y un libro editado en Pontevedra, desconocido en Madrid, de diabólicas historias narradas a la bella manera de Barbey d'Aurevilly.

Sentía, como Barrés, el anhelo de vivir un sinnúmero de vidas intensamente emocionales, y como el David de la tragedia «Judit» de Fiedrich Hebel, con quien ya se le parangonó, querría recoger como en una colosal antena, todas las suscitaciones vitales.

Contreras les alentaba invitándoles a dirigir sus miradas al vasto panorama de la ideología universal. Cornuti recitaba versos de Samain, de Móreas, de Jules Laforgue... Sawa alguna vez mostraba orgulloso aquella frente que en el lecho de muerte besara el *Pauvre Lelián*.

Esta generación tenía de común una perfecta solidaridad.

El trust del 98, le llamó Alvaro Alcalá Galiano: nostálgico amor por las viejas ciudades castellanas, individualismo intemperante y utópico, vagas aspiraciones místicas, influencia bipartita de nuevas tendencias extranjeras y de nuestros clásicos, admiración por Góngora y por Larra, exaltación del Greco, heterodoxia, agresividad, iberismo...

A Góngora—el bello poeta de las sinfonías oro y azul según Remy de Gourmont—y a Larra, le consagraron fervorosas exégesis en aquella revista *Helios*, cuya estela de luz aún brilla con potentes fulgores; al Greco el único número de *Mercurio* en el 900.

Con Toledo—la ciudad alucinante en donde se inmoviliza el tiempo, como creo que la llamó Valle Inclán; el pueblo, dice rítmicamente Teófilo Gautier, donde las casas tienen un aspecto ceñudo de cárcel, convento y harén—, tuvieron los del 98 la misma compenetración anímica que *Wassintong Irving* con

Granada, Jorge Rodembach con Brujas, Mauricio Bignon con Copenhague...

Los del 98 son un conjunto de tropismos ibéricos, todo individualismo, todo subjetividad, subjetividad que se traduce en explosiones anímicas, que hace que Baroja no se eleve a las alturas ingentes del folletín, esa forma de novela que nosotros imaginamos hoy como la más alta concreción artística, todo movilidad, acción y reacción, como la vida misma.

Esa subjetividad profunda los lleva a la autobiografía—Nietzsche había dicho «de la vida, por mucho que ahondemos, no podemos retener sino un pedazo de autobiografía»—que en Baroja se manifiesta por un múltiple desdoblamiento de personalidad. Descompone su espíritu en tantos segmentos como protagonistas crea y muestra en cada una un aspecto de su alma multiforme. El Baroja místico es encarnado en el *Fernando Osorio*, el hombre de acción en *César Mondaca*, el primitivo y rupestre, ingenuamente bárbaro—el espíritu libre de Nietzsche con boina vasca le llama Pierre Boulieu—en *Silvestre Paradox*. Entreviendo esto, había dicho Ramón María Tenreiro que toda su producción podía llevar este título general: «Opiniones de Pío Baroja».

Encontramos en él, como producto de Castilla, tan semejante a la estepa rusa, esa objetivización de lo subjetivo y subjetivización de lo objetivo, que estudió Lipps, que mi admirado y fraternal amigo Alfredo Villacián halló en toda la novela rusa, y que yo encuentro—como vagamente quizá presintió André Bellessort—en Selma Lagerlof y Hedensjerna.

El paisaje de Castilla, seco, despoblado—tierra de santos y aventureros, por donde aún se ve errabunda la triste figura de Alonso Quijano—forja las abstrusas psicologías barojianas, enmarca sus tipos como los de Leónidas Andreieff y ellos proyectan sobre las cosas su espíritu, que anhela penetrarlas.

Su individualismo no es el enfático de Walt Witman, el luminoso y cortante de Soren Kierkegaard, el egolátrico de Federico Nietzsche, el fuerte y sereno de Jorge Brandes, el humilde de Emerson, el lírico y utópico de Ricardo Dehmel, el ingenuo de Selma Lagerloff, el misantrópico de Schopenhauer y Abramovitz, el nebuloso, frío y simbólico de Ibsen, Strimberg y Oclenschiager, el manso de Leonardo Frauk, el optimista de Berditchevski, el nostálgico de Courado Feyer, el ético y moralizador de Sudermann.

Es ibero, perfectamente ibero, intensamente emotivo, intransigente, suspicaz, con una visión de inutilidad de todo esfuerzo, pesimista como Pontopidan, agresivo como el de los futuristas itálicos, con quien coincide en la visión dinámica de la vida, en el desprecio a los espíritus sedentarios y sumisos, proyectado hacia el futuro—tan proyectado que, como los novísimos espíritus, pide una vuelta al pitecantropos, como reacción contra la civilización actual.

Su iberismo le lleva a anhelos vagamente místicos, a pesar o quizá por su odio fanático al fanatismo religioso, que hace que Edmundo González Blanco se lo imagine como uno de aquellos abates dieciochescos que en los jardines de Versalles jugaban a la irreli-gión. A veces resucita en él aquel viejo misticismo

castellano. Es intolerante, sombrío, ensimismado, fanático como un Ignacio de Loyola; no busca como los ascetas un alejamiento vital para acercarse a Dios; pero tiene como ellos una introspección profunda, un ansia de explorar lo íntimo de nuestro ser, que tiende a lo ignorado. (Mauricio Maeterlink, en el prólogo a la traducción francesa de los *Discípulos en Sais*, de Novalis, se expresó así: «Cher le plupart des mystiques que nous connaissons le mysticisme est psychologique; c'est-à-dire qu'il s'attache a une sorte de psychologique transcendental où l'âme elle même s'efforce d'étudier les passions et les habitudes de notre être détaché du mystère»). Su obra, como la del popular Sienkiewicz, según expresó Tadeus Pieper, es una continua vacilación entre el idealismo y el materialismo.

Pasa rápidamente, como un acróbata de ideas y sensaciones, de los soliloquios místicos a las más fieras rudezas materialistas. Hay como una marca en las vidas humanas, dice Stevenson; el alma, como el mar, asevera Ibsen, tiene flujos y reflujos. Las altísimas visiones de *Camino de Perfección* se transforman en las violencias del *Tablado de Arlequin*, las *boutades* de *César o nada*—*boutades* ingenuas, como aquella de Octavio Mirbau sobre el Palacio de Justicia de Bruselas «La obra maestra de la arquitectura hotentote»—por prodigios metabólicos pasan a ser grandes estupores admirativos, reveladores de una gran incompreensión—*s'admire tout comme un brute*, podría decirsele, aplicándole la frase huguiana—o cantos insospechados a las cosas pintorescas, cosas vulgares, pueri-

les e ingenuas, cuya belleza, afirma un crítico francés, era desconocida por los románticos de la pasada centuria, que dice, con la fruición de un Ramón Gómez de la Serna, como en el elogio de los caballos del *Tiovivo*, en el sentimental del acordeón.

En la gran división, que Benedetto Croce llama romántica, de los hombres en apolíneos y dionysíacos, Baroja corresponde perfectamente al tipo segundo. Es fuerte, rebelde, agresivo, turbulento, apasionado, irradia por todas partes energía. Esa energía que despliega en todas direcciones, que proyecta a todos los puntos, es lo que le hace más próximo a nosotros. Su recia musculatura intelectual, su justísima fuerza anarquística le da una perenne juventud. Es el único de su generación que conserva las rebeldías primitivas, aquellas rebeldías que les hizo apostrofar públicamente a Castelar y dirigir iracundos apotegmas a José Echegaray. Los últimos libros autobiográficos tienen la fuerza anímica de Cheterston o de Ruidyard Kipling.

Caso único en nuestra sedentaria literatura académica nacional le llama Andrés González-Blanco; mientras aquel Azorín primigenio, libre ya su pupila del monóculo, sin rojo paraguas a lo Michelet, sin citas de Gracián y de Montaigne, sin su ecuanimidad pretérita, se ha convertido en José Martínez Ruiz, diputado por Lacierva, gordo, filisteo, todo prosaismo y vulgaridad. Mientras Ramón del Valle-Inclán, que orquestó primitivas canciones pastoriles, armoniosas como un seráfico coro de laudes, precitó letanías litúrgicas, hizo sonar su cuerno de cetrería, mostró a

nuestros ojos atónitos fantasmales procesiones sabáticas, irisió sus matices delicados como una seda suave de tornasol (se le podría aplicar la frase mallarmeana «da la sensación de un perfume de iris exhalado por algún tisú ideal o por un misal con estuche de oro, preciosa reliquia de un arzobispo de Persépolis») es una lamentable sombra de sí mismo, Baroja conserva sus cualidades primigenias. Y aun en libros sucesivos hará una auto-vivisección espiritual, mostrando su alma en esos pícaros héroes soñadores y utópicos que vagan nómadas — con un perfecto nomadismo ibérico, nomadismo que quizás explica nuestra historia —, por la llanura castellana, como los personajes de Karl Larsen.

Nosotros, que lo vemos como un profesor energético, lamentamos que por su subjetismo no puedan las futuras generaciones, como Morente a Sthendal, llamarle profesor de plenitud.

La crítica no concedió profundas exégesis a Baroja, ni aun recias apologéticas. Sully Proudhon dijo de sus novelas que tenían demasiado algas y no se parecían a las de Paul Bourget. Louis Bertrand le comparó a Flaubert, su perfecto antípoda literario. Alguien habló del volatinesco mundo de sus ideas. Sólo Ortega y Gasset halló las directrices de ese gigantesco cátodo, sólo Cansinos-Asséns fijó definitivamente su actitud ante la retórica.

Nosotros quisiéramos que estas páginas juveniles fuesen como una exhumación.

EUGENIO MONTES.

ANALES LITERARIOS

Una época de Arte puro.

En la árida monotonía del vivir ajeno a las manifestaciones del Arte, en que el mercantilismo monopolizador absorbe y reduce los esfuerzos y extravía las más acertadas y seguras orientaciones estéticas para sumarlas a la rutina ambiente, el hallazgo inesperado de una espontánea manifestación, libre de los comunes prejuicios y completamente extraña a los frecuentes procedimientos inveterados de ostentación, adquiere ante las conciencias independientes una relevante exaltación de su prestigio y marca una huella más firme e indeleble en el sendero de la vida.

Sin embargo, raras veces son tomados en consideración, por los distintos elementos que lograron, sea como fuere, un puesto doctoral, esos hechos insólitos que destacan una personalidad pletórica de conciencia, precisamente por lo que suponen y representan para la mediocridad insidiosa y fácilmente acomodaticia a las vanas exigencias arbitrarias de la tradición, y, entonces, el generoso y loable esfuerzo parece per-

derse en el silencio y el vacío; pero cuando una oportunidad propicia favorece a la ocasión con la posibilidad de un retrospectivo examen que permita atraer la atención sobre aquello que la requiere, es grato ver cómo el triunfo pleno se recupera al fin para no volver a obscurecerse, elevándose por encima de las protestas desdeñosas y de las injustas condenaciones clamativas, la voz serena y elocuente de la Verdad única e inmovible.

Así, pues, hemos de hacer somera relación de las circunstancias que determinaron una etapa de sinceridad en las modernas corrientes literarias, hoy tan intencionadamente falseadas y mal interpretadas por los que se acogen al triunfo fácil de la popularidad vocinglera y pretenden mantener a toda costa una personalidad equívoca con afán de representación y de lucro justamente censurables, y cuya malévola intención no pueden ocultar, a pesar de las ficciones mejor disimuladas por su parte.

Y si bien los precedentes asertos pudieran interpretarse insidiosamente como un desahogo de mal reprimida iconoclastia a consecuencia de un sentimiento oculto de sinsabores y despechos, no es difícil comprender, pensando lógica y despreocupadamente, que nuestras quejas sólo pueden ir dirigidas contra aquéllos que adquirieron el hábito de la contradicción y de la rémora por el solo objeto de entorpecer y paralizar que muy pocas veces lograron y con cuyo procedimiento sólo obtuvieron, a la larga, el propio perjuicio.

A comienzos del año 1915, un espíritu lleno de fervor y de iniciativas, avezado a las cuestiones literarias y periodísticas—Emilio G. Linera—fundó, con su personal y valioso esfuerzo, una modesta publicación—no ciertamente por modesta insignificante—titulada «Los Quijotes», y que perseguía el excelso ideal de la independencia y de la sinceridad más espontáneas.

Durante el citado año se deslizó el período de formación de la revista que la firme y constante voluntad de su progenitor supo llevar a cabo, merced a su inteligencia y a su seguro conocimiento en tales lides, hecho que resulta aún más digno de consideración, cuanto supone una lucha intensa y decidida y de la que, sin claudicación ni equívocas concesiones, logró salir victorioso.

Ya a fin del primer año aparecen las firmas del maestro R. Cansinos Asséns y del pulcro Eduardo Barriobero, así como la de un delicado y joven poeta—Jaime Ibarra.

Y en 1916 entra la revista en una franca y segura orientación para continuar durante los dos años siguientes de publicación desarrollando una obra de indiscutible mérito, amparando las firmas de jóvenes escritores que luego han sabido conquistar una personalidad perfectamente definida, entre las cuales se cuentan, sucesivamente, Juan Soca, Paulino Fernández Vallejo, Juan González Olmedilla—ya precedido de una labor provechosa—, Carlota Remfry de Kidd, Eulogio Monteagudo, Rafael Lasso de la Vega—que también se manifestó con anterioridad—, Guillermo

de Torre, Lucía Sánchez Saornil (Luciano de San-Saor), Rogelio Buendía, la malograda y finamente sentimental poetisa Carmen Gutiérrez de Castro, Eliodoro Puche, Correa Calderón, Alvaro de Orriols, Pedro Garfias, Xavier Bóveda, Joaquín de Arca, J. Rivas Panedas y otros.

No hemos de ensalzar ni estudiar detenidamente la obra realizada por cada uno de los escritores mencionados, puesto que, por una parte, no necesitan alabanza, y por otra constituiría el análisis una labor excesivamente prolija que no podría avenirse con la extensión que requiere el presente trabajo, cuyo objeto es exclusivamente el de patentizar la transcendencia de la publicación a que nos venimos refiriendo en la vida de las Letras. Sólo nos detendremos a fijar nuestra atención preferentemente sobre la obra del excelente orientador de la juventud Rafael Cansinos-Asséns, considerándola como origen y guía de las demás manifestaciones simultáneas hechas en aquellas páginas.

Cansinos-Asséns, con una prodigalidad y una fuerza de originalidad que maravillan, publicó una serie de sentidísimos poemas en prosa como sólo él, entre los de la generación presente, es capaz de componer, y que tienen un valor positivo de verdaderas joyas literarias. Publicó asimismo un importante y concienzudo trabajo—«Cervantes y los israelitas españoles»—en el que puso una vez más de relieve sus portentosas aptitudes y su extensa cultura, trabajo que fué oportunamente y con justicia elogiado por la crítica.

Aparte de esta importante y atrayente labor de su exclusiva personalidad, realizó Cansinos otra no menos estimable y de un interés excepcional, consistente en diversas traducciones de André Rivoire, Clau de Serval, Bobrof-skii (ruso), Josep Granger (catalán), Ibnat-as-Saccan, Ualada bent el Mustakfi, Aixa Cent Ahmed (poetisas hispano-arábigas), Uazir Ibn-Abdón, Ibn Sará (poetas hispano-arábigos), Gabriel D'Annunzio, Talmud Meguila, Talmud Sabat, Rabot, Talmud Bavá Mezihá (antigua poesía hebráica), Goethe, Anacreonte, Eugenio de Castro, Chr. Winther (lírica danesa), Vasile Alexandri (lírica rumana), Cátulo, Edmond Fleg (moderna poesía hebráica), Vicente Huidobro, P. Reverdy, Roger Allard y Guillermo Apollinaire. Estos cuatro últimos representan al novísimo movimiento intelectual de Francia (el Creacionismo), siendo Cansinos-Asséns el único escritor español que, con su comprensión excelente, ha sabido interpretar ese movimiento y darle forma en castellano, lo que supone un importantísimo acontecimiento, por cuanto puede decirse que en él se fundamentan las modernas orientaciones de la literatura española (el ultraísmo).

* * *

Hasta fines del año 1918 se publicó la revista *Los Quijotes*, coincidiendo su desaparición inesperada y sensible con la fundación de una nueva revista en Sevilla—*Grecia*—, cuyo advenimiento al mundo de las Letras fué proclamado en las últimas páginas de aque-

lla publicación de valor inestimable. Gran número de sus colaboradores continúan en *Grecia* la labor emprendida, rebosantes de fervor y henchidos de maravillosos anhelos.

Los que nos hemos manifestado en *Los Quijotes* plenos de sinceridad y sedientos de ideales, tendremos siempre para la revista que fué baluarte de la juventud hoy redimida un sagrado recuerdo y una gratitud ilimitada. Ella avivó el prodigioso fuego de nuestras hogueras interiores para que ya, en adelante, no pueda extinguirse...

CÉSAR A. COMET

* * *

Un manifiesto futurista.

Ha llegado hasta nosotros el siguiente manifiesto:

EL FUTURISMO ANTES DE LA GUERRA, DURANTE LA GUERRA Y DESPUÉS DE LA GUERRA.—El Futurismo, surgido en Milán hace once años, ha influido a todo el universo con millares de exposiciones, de conferencias y de conciertos, y ha creado innumerables futurismos diferentes, según las exigencias de los medios. Cada medio tiene un atavismo particular, un atavismo retrógrado y pernicioso que es preciso destruir. El Futurismo ha sido acogido en todas las capitales de Europa y América, y ha llegado a ser en todas partes el punto de partida de importantes revoluciones

espirituales. En Italia ha sido calumniado durante largo tiempo y perseguido por las fuerzas reaccionarias, clericales, moralistas, pedantes y conservadoras. Sale de esta lucha más pujante que nunca.

El movimiento futurista ejerció desde un principio una acción artística, influyendo poderosa e indirectamente en la vida política italiana, por medio de una propaganda de patriotismo revolucionario y anticlerical, directamente lanzado contra la Triple Alianza, y que preparaba nuestra guerra contra Austria. El futurismo italiano, profeta y preparador de nuestra guerra, sembrador y acarreador de valor y de libertad, abrió, hace once años, su primer *meeting* artístico en el teatro Lírico de Milán, al grito de *¡Abajo Austria!*

Desde ese día, tales palabras han constituido el grito obsesionante de todas nuestras reuniones tempestuosas.

Los futuristas italianos están orgullosos de haber organizado las dos primeras manifestaciones populares contra Austria, el 15 de septiembre de 1914, en Milán, en plena neutralidad italiana. Esas dos manifestaciones fueron encarnizadas y ensordecedoras: ocho banderas austriacas fueron quemadas en la revuelta por los futuristas, que fueron encerrados en la prisión de San Vittore.

Los futuristas, siempre a la vanguardia por las calles, para exigir a puñetazos la declaración de guerra a Austria, fueron también a ocupar los primeros puestos en el campo de batalla, obteniendo un gran número de muertos, de heridos y de condecorados.

Los futuristas han fundado durante la guerra el

partido político futurista, que tiene por órgano el diario *Roma Futurista*. Inmediatamente después de nuestra gran victoria de Vittorio Veneto, se formaron los grupos políticos futuristas de Milán, Roma, Florencia, Ferrara, Tarento, Perusa, etc.

El futurismo italiano es el alma de la nueva generación que se ha batido contra el Imperio austrohúngaro y lo ha aniquilado victoriosamente.

El movimiento futurista artístico, que forzosamente se ha paralizado durante la guerra, recobra hoy su dinamismo excitador y renovador.»

Las adhesiones al movimiento futurista pueden dirigirse a Marinetti.—Corso Venezia, 61.—Milán.

* * *

Consideramos conveniente la publicación del manifiesto transcrito, por cuanto con él quedan demostradas, de una manera incontestable, la supervivencia y considerable preponderancia del Futurismo, no sólo en la vida artística, sino también en el desarrollo vital particularísimo de las naciones, constituyendo una elocuente prueba de su transcendencia para aquéllos que lo suponían vencido y relegado al olvido y a la indiferencia, proclamando así el fracaso de todo noble intento de renovación progresiva.

Conste, pues, que el Futurismo subsiste y se impone, como necesariamente se ha de imponer siempre todo anhelo superativo de renovación, firmemente cimentado en la absoluta sinceridad y orientado hacia la idealidad más acrisolada.

Del mismo modo, el Ultraísmo ha de formar sus núcleos energéticos que triunfen de la mediocridad ambiente.

* * *

Han manifestado su conformidad con las tendencias ultraístas, el excelente poeta Mauricio Bucarisse y el culto escritor Eugenio Montes.

C. A. C.

POETAS HISPANO-AMERICANOS

La venta

—Allá en el camino
de Sierra Morena,—
dijo, alegre, el mozo
a Pedro el poeta;—
a la sombra triste
de una vieja higuera
que el viento despoja
y el polvo blanquea;
allá en el camino
de Sierra Morena,
en aquel recodo
que hace la vereda,
tras un portalucho
que invade la hiedra,
ruinosa y aislada,
allí está la venta.

Unas blancas manos
las copas ordenan,
cortan los jamones

y abren las botellas...
Esas manos blancas
que barren la venta
y quitan el polvo
de las alacenas
donde están los vinos
puestos en hilera;
esas blancas manos
que por dos pesetas
dan de negro mosto
tres copas bien llenas,
una rebanada
de queso de oveja,
habas con tocino,
tortas con manteca,
mermelada de uvas,
y en final de cuentas
el plato de estaño
con las frutas secas,
esas manos blancas...
son de la ventera.
La vi en una tarde,
sentada a su puerta,
mirando a lo lejos,
como quien espera
ver en el camino
algo que no llega...

Por probar el agua
de la triste venta,
por gustar un rato
de su sombra fresca,

bajo el portalucho,
(cuyas hondas grietas
remedan las mallas
de una red de pesca),
detuve mi marcha,
y vi a la ventera.
Eran sus dos ojos
como las almendras
que en aquel platillo
pronta me sirviera,
y sus dos pupilas,
de misterio llenas,
el color copiaban
de las tristes hiedras...

Me partió las nueces
con sus manos bellas,
en jarro de arcilla
me dió el agua fresca;
me habló tres palabras
con voz de sirena,
y tras un saludo,
tomó las monedas
que dejé en la orilla
de la vieja mesa,
levantó las copas,
y entróse en la venta.

Cuando ya de nuevo
tomé la vereda
por seguir mi marcha,
volví la cabeza,
y vi a la muchacha

en pie ante la puerta,
mirando a lo lejos,
como quien espera
algo que ya es ido,
algo que no llega...
Si vas de camino
por Sierra Morena
—dijo el mozo a Pedro,—
tú, que eres poeta
y que gustas tanto
de las cosas bellas,
busca en el recodo
que hace la vereda
el portal derruido
donde está la venta,
y si la descubres,
haz un alto en ella...
Quizá la muchacha
que vi en esa puerta,
buscando a lo lejos
algo que no llega,
en sueños te ha visto
y a ti sólo espera...—

Mas Pedro, inclinado,
con las manos puestas
sobre el rostro, dice,
temblando de pena:

—Ha tiempo el camino
conozco y la venta.
Mi solar tenía
en Sierra Morena;

soy de allá, y la ruta
crucé con frecuencia...
Has adivinado:
la triste ventera,
que se hirió de amores
por este poeta,
fué mi amada un día...
y no volví a verla...
Por vender mi casa,
por vender mis tierras,
hace poco tiempo
fui a Sierra Morena;
mas ¡ay, de mi suerte!
¡nunca vuelto hubiera!...
En aquel recodo
que hace la vereda,
bajé del caballo,
lo até en una higuera,
y en busca de vino
y de sombra fresca,
dirigí mis pasos
rumbo hacia la venta.
Bajo el portalucho
que invade la hiedra,
donde en otro tiempo
probé dichas buenas
rociadas con vino,
por el suelo ruedan
los despojos viejos
del banco y la mesa...
¡Ay! Mis tristes ojos

vuelvo hacia la puerta,
y busco, temblando,
los de la ventera...
¡Nadie hay en la casa!
¡sola está la venta!...
Entro, grito, llamo...
¡Nadie me contesta!...
Las arañas tienden
su apretada tela
sobre los tocinos
que del techo cuelgan;
un espeso polvo
cubre las botellas;
pardas cucarachas
corren y aletean
bajando y subiendo
por las alacenas...
Abro los cajones
con ansia secreta
por buscar en ellos
un rastro, una huella,
quizá alguna carta,
quizá alguna seña...
¡Nada!... De su fondo
la polilla vuela,
y un ratón que roe
la vieja madera,
salta sorprendido
y huye por la puerta...
¡Ay! Por los rincones
crece ya la hierba...

... ¡Sólo el viento habita
la casucha vieja!...

Con las manos frías,
con el alma llena
de asombro y espanto,
salgo de la venta,
llego a toda prisa
donde está la higuera,
desato el caballo,
le pico la espuela,
y presto, de vista
pierdo la vereda...

¡Ay! En el camino
de Sierra Morena,
ya nunca mis ojos
volverán a verla...
¿A dónde habrá ido
la hermosa ventera?...
Mi alma no adivina,
en su triste pena,
cómo ha de llorarla:
si casada o muerta...

Méjico.

Árbol herido.

Por olvido, quizás, en un paraje
tomado por la sombra y la maleza,
un leñador, clavada con fiereza
sobre un tronco, dejó el hacha salvaje..

Nosotros, por rendir justo homenaje
al árbol majestuoso, la cabeza
levantamos; y tú, con extrañeza
dijiste así, mirando su follaje:

—¿Cómo es que vive aún? ¿Cómo no agacha
su copa, si está herido de tal suerte,
que el viento le ofendiera con su racha?—

Y te dije: —Semeja mi alma fuerte:
con mano tosca le clavaste el hacha,
y fué con ella... ¡pero no a la muerte!...—
Amsterdan.

Aspiración sencilla.

Justo es que aspiren al laurel divino
los que al vaciar su estrofa en molde puro,
cíñense a él, como a la copa el vino.
Ganar ese laurel yo no procuro,
porque es otro, y humilde, mi camino.

Nunca mis cantos dejarán su huella
bajo naves acordes con la acústica:
quiero, alumbrada por alguna estrella,
tocar, como el pastor, mi flauta rústica,
para alegrarme el corazón con ella.

Ostende.

La dádiva.

Está Madrid arropada
por las brumas del invierno...
Cruzo la Puerta de Atocha
con paso agitado y presto,
porque a Valencia, veintiocho,
un nuevo artículo llevo.
De pronto, —¡Hermana!...—, murmuran;
y al volver el rostro, veo
la faz triste y demacrada
de un mendicante ciego
que tiende al aire sus manos
con un ímpetu supremo:
—¡Hermana!... ¡Una limosna,
ya que ganarlo no puedo!—
Al escuchar la demanda
tan dolorosa, del ciego,
con presteza en un platillo
pongo todo cuanto llevo,
y mientras él dice: —Gracias
por este santo dinero.—
—No lo agradezcas,—respondo
con emocionado acento;—
yo lo he ganado en tu patria;
no es regalo: te lo debo.

MARÍA ENRIQUETA.

(Mexicana.)

Madrid,

MANUEL UGARTE EN MADRID

El ilustre literato, sociólogo y propagandista, apóstol esclarecido del ideal hispanoamericano, es entrevistado por el Director de la sección hispanoamericana de esta revista y hace importantes declaraciones:—Objeto de su venida a España.—Orientaciones nuevas en materia de política internacional.—Misión de los intelectuales y de las juventudes.—Posibilidad de literaturas autóctonas en los diversos países americanos.—Una gran revista hispanoamericana.—Juicio que le merece la revista Cervantes.—Impresión de España.

Procedente de Buenos Aires, ha llegado a Madrid el insigne Manuel Ugarte. El breve espacio de una información periodística resulta estrecho marco para encerrar siquiera una fase de personalidad tan considerable y múltiple como la de este hombre, que bien pronto adquirió celebridad resonante en los dos mundos. Poeta, ha producido poesías que, por la originalidad del fondo y la sutil levedad de la forma, son joyas de antología; narrador, sus novelas y cuentos son trozos de vida idealizados por la magia de un estilo de seducción; cronista y escritor de viajes, el autor de *Crónicas de Bulevar* y *Visiones de España*, es un ala-

do y a la vez hondo comentador de los cuadros y de las escenas de la realidad; sociólogo y pensador, el autor de *El Porvenir de la América Española*, ha estudiado profundamente, por medio de los métodos científicos y de los procedimientos más modernos, la biología y la psicología, la estructura anatómica e ideológica de ese enorme y maravilloso organismo vivo que se llama América, analizando sus componentes étnicos, diagnosticando sus enfermedades, indicando su terapéutica, con el fin de asegurar al Continente un futuro libre y colmado de todas las plenitudes; apóstol, en fin, ha recorrido palmo a palmo, toda la América española, desde el Río Grande hasta el Cabo de Hornos, predicando la santa cruzada de la unión de los pueblos de raza hispánica, que deben oponer un estupendo bloque inexpugnable a imperialismos atentatorios a la vida de sus nacionalidades, si quieren pervivir y asegurar la continuación de una superior cultura milenaria.

En su gira de propaganda por la América española conocimos, en 1912, a este hombre, al que siempre habíamos admirado al través de sus libros, de sus versos, de sus artículos, de sus discursos; pero, al ver la manera gallarda, caballeresca, romántica, cómo realizaba este espíritu superior y raro, su gran apostolado en pro del máximo ideal de nuestra raza, nuestra admiración se acentuó y una profunda estimación nació, desde aquel momento, en nuestro pecho para el caballero del idealismo que misión tan ardua se había impuesto, por amor a la América latina, llevándola a cabo sin auxilio de nadie, luchando con obstáculos que

surgían y enemigos que le salían al paso y gastándose en viajes costosísimos buena parte de su fortuna particular.

En el referido año de 1912, tuvimos el honor de ser compañeros de viaje de D. Manuel Ugarte, a bordo del vapor *Buenos Aires*, en la corta travesía de Colón a La Guayra. Luego él siguió su gira por la América del Sur, y nosotros tomamos rumbo a España.

Después, en 1917, realizó D. Manuel Ugarte un viaje de Buenos Aires a México, invitado por la Universidad de esta última capital para dar unas conferencias, que versaron sobre palpitantes problemas de política internacionalista, constituyendo verdaderos acontecimientos en el país mexicano y legítimos triunfos para el elocuente orador argentino.

En México estaba D. Manuel Ugarte cuando, por una feliz casualidad, volvió el cronista a encontrarse con él, saliendo juntos de esa maravillosa ciudad, y atravesando todo el territorio mexicano, por el istmo de Tehuantepec, en un viaje sugestivo, inolvidable, lleno de emociones y sorpresas, llegaron a Salina Cruz, tomando los dos el mismo vapor japonés, que los condujo a Panamá, en donde se despidieron.

Ahora, como para coronar una labor que, sin hipérbole, puede ser calificada de magna, vuelve Ugarte al solar de sus mayores y de sus amores, a España, en donde hace tiempo que triunfó, dejando huellas luminosas de su paso, como pensador artista y caballero sin tacha.

Sabedores de lo mucho que el ilustre propagandista y literato puede realizar aquí, en este momento

decisivo en que están sobre el tapete del mundo los supremos problemas de la Raza; del interés que indudablemente tendrá para los lectores el conocer el pensamiento de Ugarte con respecto a problemas que hoy preocupan hondamente a la opinión, y, sobre todo, cumpliendo deberes de una amistad preciosa, que de antiguo nos tenía muy obligados, nos hemos apresurado a ir a saludar a D. Manuel Ugarte, y hemos tenido con él una entrevista, que, por los puntos en ella tocados, juzgamos de oportunidad y conveniencia hacerla pública, en la seguridad de que los lectores de lengua castellana la seguirán con el interés que siempre ha despertado en ellos las opiniones de este hombre representativo, apóstol y exaltado de nuestra raza.

Encontramos a D. Manuel Ugarte en un confortable departamento del Palace Hotel, en donde nos acoge con la simpatía y el afecto de una ya vieja amistad. Parece que los años no han pasado sobre este hombre de excepción: el mismo aspecto juvenil, la misma sensación de fortaleza y de vigor, el mismo espíritu optimista, el mismo gesto mundano y elegante.

Le saludamos en nombre de la revista CERVANTES, saludo que él agradece, teniendo para todos y cada uno de los compañeros que forjamos estas páginas, entusiastas frases de simpatía y de aplauso. Luego, se entabla entre nosotros el diálogo que fielmente reproducimos a continuación:

—¿Se puede saber—le decimos—el primordial objeto de su venida a España?

—Desde luego—nos contesta—; el propósito superior de mi venida es, naturalmente, empaparme de nuevo en la sana y reconfortante atmósfera de esta querida tierra española, origen vivificador de nuestras nacionalidades americanas. Siente el hispanoamericano que llega hoy a Madrid no sólo la emoción grande y fecunda de reminiscencias y recuerdos imborrables, sino la sorpresa y la alegría de encontrar una España constantemente superiorizada, que, cultivando sus características, continuando fiel a sus direcciones iniciales, ha sabido conservar contacto con lo más nuevo y reciente, realizando el ideal del nacionalismo dentro de lo moderno y de lo moderno dentro del nacionalismo. Más que un viaje calculado, es el mío un viaje instintivo. En momentos difíciles para el mundo, y especialmente para las naciones débiles, sentimos los americanos de habla española la urgente necesidad de acercarnos a los orígenes, de bañarnos de nuevo en las clásicas fuentes de los antepasados para vigorizar el sentimiento de la nacionalidad directa dentro de las patrias actuales y el sentimiento de la nacionalidad superior dentro de la suprema entidad moral que los hispanos formamos en el mundo.

—¿Cuál cree usted que debe ser—insinuamos nosotros—, en términos generales, la orientación en materia de política internacional, de España y de las naciones hispanoamericanas, en el momento presente?

—Sólo puedo referirme a la política que conviene a Hispanoamérica; pero, en lo que a este punto se refiere, no haré reserva alguna, y entiendo que las na-

ciones que en el Nuevo Mundo hablan en castellano y prolongan el espíritu glorioso de la Madre Patria están obligadas, no sólo por razones morales, sino por urgentes imposiciones de su propia conveniencia, a acercarse cada vez más a España, a hacer una política cada vez más concordante entre ellas y a engrandecerse dentro de su propia atmósfera, sin dejarse desviar o seducir por peligrosas influencias extrañas. Abierta como está nuestra América a todos los vientos del siglo, puede y debe aceptar todo lo noble y fecundo, todo lo vivificante y creador que nazca de él; pero sin admitir nada excesivo que pueda desnacionalizarla y sin olvidar los indestructibles lazos que la atan a un destino y a una tradición gloriosos.

—El señor Ugarte—decimos entonces nosotros—, que ha recorrido todos los países hispanoamericanos y que ha pulsado la opinión de todos y de cada uno de ellos, podrá decirnos, teniendo en cuenta el estado actual de reorganización que se opera en el mundo, si ha llegado el momento de realizar el ideal de unión iberoamericana a que todos aspiramos, y cuáles debieran ser, en su concepto, los medios más eficaces para llegar a una pronta realización de ese ideal.

—Si por unión iberoamericana se entendiera una conglomeración política que nos llevara a reunir a España y a todas las naciones de América que se expresan en español, en una entidad única, contestaría resueltamente que no. Clima, distancias, nuevos aportes de inmigración, influencias intelectuales, problemas locales y causas tan diversas que sería imposible enumerar todas, se oponen y se opondrán a la reconstruc-

ción de un imperio que fué en la historia, como todos, la etapa esplendorosa, pero etapa al fin, de la marcha colectiva de un gran conjunto. Pero si por unión iberoamericana se entiende el establecimiento entre nosotros y exclusivamente dentro de nosotros, España y América de habla española, de un régimen que nos favorezca en todos los órdenes, desde el punto de vista comercial, que nos acerque y nos vincule cada vez más, desde el punto de vista intelectual y moral, de un sistema, en fin, que facilite la circulación de la sangre entre los miembros autónomos de un mismo cuerpo superior, dejando a cada uno su libertad de movimiento, pero facilitando la concordancia de un ritmo que los fortifique a todos, entonces contesto, con particular entusiasmo y vehemencia, que sí. Y es éste, efectivamente, el momento más favorable para empujar a concreciones definitivas el anhelo disperso, la esperanza que perdura en los grupos que hablan la misma lengua de un lado y otro del Océano. Una de las enseñanzas de la guerra que termina, es la necesidad de conglomerar fuerzas afines para mantener la durabilidad y el vigor de las corrientes civilizadoras que han tenido o deben tener lógica preeminencia en el mundo; y los hispanoamericanos que ven por encima del momento las prolongaciones de su actividad, la inestabilidad de su situación, la grandeza de sus destinos, ensanchan hoy, por momentos, su concepción final del patriotismo, superponiendo a la entidad geográfica, la entidad moral que los comprende y los superioriza a todos, al propio tiempo que a todos los involucra y los ampara dentro de sus entidades políticas distintas.

—Siendo esto así, podría usted indicar la misión llamada a cumplir por los intelectuales y las juventudes de Hispanoamérica.

—Son, en realidad, los intelectuales de América, los poetas, los publicistas, los soñadores de todo orden, los que en medio de la dispersión y el olvido de aquellas patrias, delimitadas caprichosamente al azar de las victorias en las guerras civiles, los que han mantenido, por encima de los localismos estrechos y las realidades efímeras, el hilo central y salvador de la unión espiritual de América. De suerte que la misión que les incumbe en estos momentos es la de continuar únicamente la misión que han cumplido, acentuándola de acuerdo con la época, y trasladándola, en lo posible, del orden literario al orden político con la ayuda de la facilidad creciente de las comunicaciones y al amparo de las superioridades mentales colectivas que empiezan a prevalecer.

—¿Cree usted—insinuamos nosotros—en la posibilidad de literaturas autóctonas en los diversos países americanos? ¿O seguirá siendo el idioma el que determine, como hasta aquí, una literatura común a todos los que pensamos y hablamos en español?

—Nada sería más vano que suponer que cada una de las Repúblicas de América, afines, simultaneas y concordantes, como son todas, puede dar lugar a una literatura especial que llegue a distinguirse de las otras, y sería pura especulación ideológica y completo artificialismo cuanto tendiera a ese fin. Dado que escribimos en el mismo idioma, de acuerdo con precedentes comunes y sujetos a influencias isócronas,

siendo, como son, idénticos esos países por su composición y antecedentes, claro está que la resultante tiene que ser análoga y que nos encontramos en la América hispana en presencia de una sola literatura que puede tener, según las regiones, diversidad de matices, pero que nace en conjunto de una misma situación y de una mentalidad parecida en la unanimidad final de un movimiento indivisible. Pero yo voy más lejos todavía. Considerando las cosas desde un punto de vista superior, ajeno a los entusiasmos y los ensimismamientos locales, creo que sólo puede haber una literatura castellana, y que aun siendo grande, como es, la diferencia entre la modalidad de pensamiento y expresión que puede existir entre España y América en sus realizaciones parciales, no es mayor que la que advertimos entre ciertas regiones de España misma, donde fácilmente se trasluce al través de la producción de carácter diverso y la virtualidad especial de determinadas regiones. En este orden de ideas, y salvando todas las susceptibilidades y las equidistancias, seríamos, pues, dentro del habla hispana, los de aquí y los de allá, ejecutantes de una misma orquesta, unos veteranos y otros bisoños; éstos más clásicos, aquéllos más modernos—acaso en apariencia—; selváticos unos, severos otros, actuando cada cual según las determinaciones de paisajes o medios ligeramente divergentes, pero sujetos todos a pautas, sistemas e instrumentaciones únicos, y ansiosos también todos de vernos coordinados en una orquesta superior y definitiva, que bien pudiera ser una Academia Hispanoamericana.

—¿Qué orientación opina usted que debería tener una gran revista hispanoamericana, que aspire a ser el órgano espiritual de la raza? ¿Cuál es el juicio, sincero y franco, que a usted le merece la revista CERVANTES?

—Desde luego, han realizado ustedes una obra admirable y fecunda con esta revista cuyo nombre simbólico encarna, en realidad, una síntesis y expresa con un nombre rodeado de laureles y venerado por todos, esa misma fusión y unidad de que hablábamos hace un momento. Pero para que una publicación, especialmente hispanoamericana, destinada a públicos tan diversos por su ubicación geográfica, ya que no por su composición y su sentimiento, pueda cumplir ampliamente su misión de difundir y concretar el pensamiento de tan vasta conglomeración de almas y de cerebros, sería indispensable multiplicar dentro de ella, en lo posible, los núcleos de captación y de irradiación, haciéndola a la vez española, argentina, ecuatoriana, mexicana, etc., dándola todos los matices y las facetas de nuestro iris supernacional y evitando todo reproche posible de estancamiento o centralismo que le quitara su don de ubicuidad múltiple en el amplio campo que debe fecundar. Porque se hallan en germen en CERVANTES y en varias otras grandes revistas que se publican en España, estas sanas direcciones, y porque en América surgen publicaciones análogas, es que podemos esperar el movimiento de conglomeración intelectual que pueda fusionar nuestras literaturas.

—Muy agradecidos, por la parte que nos toca en

lo que usted acaba de manifestar; y ahora, pasando a otra cosa, ¿qué impresión le ha producido España, en su nueva visita, al autor de *Visiones de España*? Estimáramos una impresión sintética, rápida y reveladora.

—Mis viajes a España han sido frecuentes, no tanto como yo hubiera deseado; pero en cuatro oportunidades he llegado a esta hermosa y noble tierra, y las cuatro he experimentado la sensación de repararme moralmente en los recuerdos, de ubicarme en el pasado y en la historia, de reconquistar, en fin, la continuidad de una vida. Vine la primera vez cuando era niño, y aún me deslumbra el fasto y el misticismo evocador de una Semana Santa en Sevilla, la grandeza y la pompa de un cortejo real en Madrid, el vocerío popular de un arrabal obrero en Cataluña. A estas impresiones confusas de la primera edad se superpusieron después las de un viaje emprendido desde Francia, que reflejé en un libro un tanto apasionado e inexacto, pero sincero. Otro viaje me permitió después fraternizar con la juventud intelectual de España, a la cual he admirado siempre sin reservas. Pero al llegar ahora, después de diez años de ausencia, en este despertar magnífico y fecundo, experimento no sólo las emociones y el respeto de otros tiempos, sino el entusiasmo ante los progresos y la vitalidad renovada. No son ya sólo la historia y los recuerdos, no es el prestigio de un pasado glorioso, no es la emoción directa y personal de lo que fué el hogar antiguo; es el entusiasmo y el orgullo de la ascensión actual, de la amplificación de las perspectivas, del

progreso que se advierte en todo, lo que llena de alegría y entusiasmo el alma del hispanoamericano, para quien el remozamiento y las victorias de la Madre Patria son, en cierto modo, victorias de su propia nacionalidad.

Muy reconocidos, nos despedimos «hasta siempre» de Ugarte, que promete visitar esta casa, para conocer personalmente a los escritores, nuestros compañeros, que laboran en CERVANTES, y con un gesto amplio y efusivo, nos extiende sus dos manos, de las que irradian un fuerte y sano optimismo, una noble y sincera amistad.

CÉSAR E. ARROYO.

Madrid, abril de 1919.

CUENTOS HISPANO AMERICANOS

La conversión del Dr. Próspero.

El Doctor Próspero, cura de X, tomó el Año Cristiano y comenzó a leer la vida del santo de la fecha; pero estaba distraído, y las piadosas enseñanzas, las cristianas reflexiones, las escenas maravillosas de santidad que iba leyendo, no le producían el mismo saludable efecto que otras veces; leía maquinalmente, como obligado por la costumbre, y pasaba las hojas de prisa y corriendo para acabar pronto. Iba ya a llegar al término, cuando se encontró con este pasaje que le llenó de turbación: «cierta vez el demonio que no dejaba de tentarle, hizo que nuestro santo se encontrara con una mala mujer, y por haber fijado en ella la vista, creyóle ya suyo, y transformándose en un horrible mono, le saltó al cuello, le enroscó en él la cola, y comenzó a dar chillidos espeluznantes, cual si llamara a los demás hijos de las tinieblas, para que le ayudasen a cargar con la presa que ya creía segura...»

¡Por una mujer, dijo el doctor Próspero, por una

mujer el diablo que le salta al cuello en forma de mono! y quedó sumido en profundas meditaciones e inquieto, como si algún peligro le amenazara.

Para comprender hasta qué punto estas inquietudes eran justificadas, conviene saber que también él, esa misma mañana, había encontrado una mujer, que mala debía ser, según las apariencias, y la había mirado con más atención que la permitida a un ministro del altar.

Y seguía meditando. Pasaban por su imaginación exaltada todas las santas de la Corte Celestial, especialmente aquellas que no siempre lo fueron, como María Magdalena, y todas las mujeres bellas y las cortesanas que, de una manera u otra, algún papel habían representado en la vida de los bienaventurados: se acordó de San Antonio, no por él, sino por la hermosa que le tentaba en el desierto con sus desnudeces; y por una obcecación que sólo podía ser obra del maligno, a todas sus meditaciones iba unida la imagen de la pecadora que había visto esa mañana.

Antes de haberla visto, sus feligreses le habían anunciado ya su llegada al pueblo; le dijeron que había venido a habitar una casita no lejana de la casa parroquial, pero algo apartada del camino principal, en la que llevaba una vida misteriosa y capaz de inspirar las más graves sospechas; vivía sola, salía poco por las calles del pueblo, pero daba grandes paseos por los campos y los montes; era hermosa y provocativa; andaba vestida de colores claros; parecía siempre alegre, pues reía mucho; de noche, se oían en la casa músicas desenfrenadas y voces extrañas, y por

las ventanas, casi siempre abiertas, por las que salían torrentes de luz, se veían cuadros y estatuas deshonestas, y lo que era peor, se la veía a ella misma ligeramente vestida; alguien llegó a decir que la había visto desnuda; siempre está en la ventana las noches, dijo otro; sí, añadió un tercero, suele estar en la ventana hasta que llega un jinete, que habla con ella y entra a la casa; y cuando el hombre entra al cuarto, dijo una vieja santiguándose, se abrazan; y se besan, añadió otra, dando un suspiro y haciéndose una cruz en los labios: ¿quién será? ¿de dónde habrá venido? ¿cómo se llamará? ¡y no oye misa, señor cura, pues si alguna vez va a la iglesia, es por curiosidad y por tentar a la gente! Todos estos comentarios y murmuraciones despertaban la curiosidad del cura y le llenaban al mismo tiempo de sobresalto; pero desde esa mañana que la había visto, ya no era solamente curiosidad y temor lo que sentía, sino una sensación extraña, que no podía definir: era algo así como miedo y ganas de vencerlo; era la fascinación del peligro; era una gana inexplicable de volver a verla y de no verla más, de huir de ella y de tenerla cerquita... No cabía la menor duda: el demonio la tentaba, y era tan seductora la tentación, que el santo varón se deleitaba en ella. ¡San Antonio bendito, exclamaba, tú que supiste vencer al cerdo y otras bestias inmundas que te asediaban; tú que resististe a los halagos de las mujeres desnudas, dame fuerzas, librame de esta tentación!

El libro se le había caído de las manos; lo recogió y puso en el estante, pues no se sintió con ánimo de seguir leyendo.

¿Quién era esa mujer que tanta impresión había causado en el espíritu místico y sencillo de nuestro cura? Era la más inofensiva de las criaturas. La aureola de misterio de que estaba rodeada se debía únicamente a la imaginación de los vecinos de X, más dispuesta a juzgar mal que bien de las personas que no participaban de sus costumbres y modo de ser y de vivir. ¡Verdad es que era hermosa, y mucho! pero falso, falsísimo que fuera coqueta y provocativa; a ellos les provocaba tal vez, como provocaban al zorro de la fábula las uvas que no podía alcanzar, y por eso sin duda la odiaban; cierto que era alegre y amaba la música y el canto; cierto que en su casita, limpia y elegante, había mucha luz y algunos cuadros y estatuas, pero falso que estos fueran deshonestos; cierto que le gustaba ponerse a la ventana las noches para esperar a su marido, a quien amaba entrañablemente, y quizás fué también verdad que alguna vez, olvidando que la ventana estaba abierta, y creyendo que nadie la veía, le abrazó y le besó; pero era de todo punto calumnioso que se la hubiera visto desnuda. Los feligreses del doctor Próspero habían, pues, exagerado unas cosas e inventado otras. ¡Infelices! no sabían que haciéndolo así y pintando a la nueva vecina con esos colores que no tenía, exponían la salud eterna de su virtuoso pastor.

Vino la pecadora, como el cura la llamaba en sus adentros, a vivir en el pueblo simplemente porque quiso pasar unos días de campo, descansando de las obligaciones sociales. Su marido se había quedado en la ciudad para atender a sus negocios y no venía a

verla sino dos o tres veces por semana y siempre de noche. Cuando no venía, la pecadora se aburría soberanamente, y sólo encontraba alguna distracción en la música y el canto o en las gracias de un monito, su único compañero, un dije de animal, que sabía hacer, para que riera su ama... ¡qué había de hacer, sino mil monerías! Estaba tan bien domesticado que andaba suelto por la casa.

Una de las monerías que su ama le había enseñado era la siguiente: como el marido venía siempre a caballo y tenía que pasar por delante de la ventana para entrar a la casa, y como pasaba muy pegadito a las rejas porque la calle era angosta, el monito que siempre estaba con su ama (no sé cómo los feligreses del doctor Próspero no lo vieron, quizás porque nunca pasaron por esa calle) el monito, decimos, saltaba del regazo de la dama al anca del caballo y de otro salto se ponía en el cuello del jinete, como a darle, por anticipado, la bienvenida en nombre de su mujer. ¡Lo que reían los felices esposos con las inocentes monerías del mono!

Al día siguiente de aquel en que tan preocupado e inquieto vimos al doctor Próspero, tuvo éste que ir a la ciudad. Sus ocupaciones le detuvieron en ella hasta muy tarde, de suerte que cuando regresó al pueblo era ya de noche. Caballero en un mansísimo rocín, iba nuestro excelente amigo acercándose a la casa parroquial y pensando... fácil es adivinar en quién. El

recuerdo de la pecadora no se apartaba de su imaginación y la lucha entre la gana de verla y el deber de evitar su presencia era terrible en su pobre y flaco espíritu. Se acordaba de lo que sus feligreses le habían contado: torrentes de luz que salían por la ventana; adentro estatuas y cuadros y música y cantos extraños; y ella... ¿si estaría en este momento asomada a la reja? En esto pensaba justamente al llegar al punto del camino en que éste se bifurcaba: de un lado ancho y derecho el ramal que iba al pueblo; del otro la callejuela, y allá al fondo una claridad como de gloria; ¡no, no, era un resplandor de infierno! Ella estaría allí en medio de ese resplandor. Pero, vamos a ver, ¿por qué ha de ser malo verla? se dijo el cura y se puso este sofisma: desecha una mala tentación sin lucha, no tiene mérito ante el cielo; pero afrontarla, acercarse al peligro, y luego burlarse de él y vencerlo, ¡eso sí que sería meritorio!

Y no pudo resistir.

Tiró hacia la callejuela las riendas del caballo y penetró en ella. ¡Qué emoción! Desde lejos vió en la ventana como en medio de un nimbo de luz, una forma blanca; se acercó más; ¡era ella, era ella! vió una cabellera rubia, vió unos senos abultados que mal encubrían los pliegues de la bata blanca, vió unos ojos que parecían chispas de luz, y vió... ¡horror de los horrores! vió un mono que del regazo de la hermosa se desprendía y de un salto se le ponía en el cuello. ¡Vade retro, Satanás! exclamó y puso al escape su cabalgadura, pero tuvo aún tiempo de oír una sonora carcajada a sus espaldas.

Viendo el mono que el jinete no entraba a la casa y asustado con la velocidad con que se le llevaba, comenzó a dar espeluznantes chillidos y mientras más chillaba, más y mejor enroscaba su cola en el cuello de D. Próspero.

¡Vade retro, Satanás, vade retro!

Paró el caballo en el patio del presbiterio, saltó al suelo el mono y desapareció a toda carrera, y el doctor Próspero, pálido como un cadáver, cubierto de frío sudor y con las piernas flojas, entró a su cuarto y cayó de rodillas en un reclinatorio. Y desde entonces fué un santo.

J. TRAJANO MERA.

(Ecuatoriano.)

ARTES PLÁSTICAS

Gregorio Prieto.

En los vernaless días, risueños e irónicos, del año pasado, durante los cuales se desarrolla—cada año que transcurre con un sentido más panteista, justo es reconocerlo —, la católica farsa seudorreligiosa de la Semana Santa, se celebró en la Academia de San Fernando una Exposición que estuvo a pique de reconciliarnos con la vetusta y esterilizadora Escuela. (No quiere decir esto que sea únicamente la Academia de San Fernando la que nos parezca vetusta y esterilizadora a los hombres de hoy, ¡cá!; nos lo parecen todas las Academias de Bellas Artes, por cuanto pretenden invadir terreno vedado y extralimitarse de sus meras y simples funciones instructivas, olvidando que el arte ni se enseña ni se aprende, por ser labor individual e íntima. Maclair ha dicho, con acierto indudable, que los verdaderos maestros no dan lecciones: sólo sirven de ejemplos y que todo artista—hablando, naturalmente, de las entidades cotizables—vuelve a

hacer el arte según él propio, pues no aprende más que aquello que ya, por sí solo, tiene aprendido.) Estuvo a punto de reconciliarnos, porque en aquella Exposición los alumnos de la Academia de San Fernando hicieron gala de una independencia y una rebeldía frente a las trabas tradicionales, que hablaban muy alto en favor de sus profesores—o, por el contrario, demostraban que los alumnos tenían tal conciencia de los intereses ideales y tal fe en sí mismos—que ponían por encima de las normas escolásticas, con juvenil arrogancia, una personal y afirmativa razón de ser.

Por primera vez nos encontramos en aquella ocasión con la firma de Gregorio Prieto, que se destacaba con el grupo de los más notables expositores. Sus manchas de color, en las que se acertaba a ver una generosa influencia de Joaquín Mir, hicieron sospechar la existencia de un paisajista considerable.

Más tarde, en el mes de noviembre, en las autumnales opalescencias del atardecer, volvimos a ver nuevas obras de Prieto. Fué en aquella Exposición que los pensionados en el Paular celebraron en el local de la Sociedad Española de Amigos del Arte. Pasajes valientes y atrevidos, buscando la realidad a través de las orquestaciones del color, eran aquellos. Y la generosa influencia de Mir persistía, pero ya iniciaba el período en que se van debilitando las influencias para convertirse en personales atisbos y autóctonas maneras, lo cual demostraba que en el naciente pintor existía la fuente creadora: inquietud, afán.

Y vuelven otra vez las auras vernaless y Gregorio

Prieto se nos presenta de nuevo, no ya entre unos cuantos y con el título de alumno, sino en calidad de pintor, pidiendo que su labor se juzgue sin las piedades ni las consideraciones que se guarden a todo estudiante, pero con las rigideces y la severidad que se debe tener para todo el que trata de conquistar la admiración pública.

Este gesto del joven pintor lo vemos con simpatía; pero nos parece prematuro. No por correr mucho se llega antes. No hay nada tan anulador como la impaciencia, que hace abortar las buenas cualidades. Gregorio Prieto ha debido seguir estudiando, sin tener prisa por alcanzar el halago de las gentes, y cuando él se hubiese creído en auténtica sazón, conocedor de su temperamento y dueño de sus facultades, entonces era la ocasión para brindarnos los frutos de su sensibilidad, de su trabajo.

Porque, después de ver las obras que ha expuesto en el Ateneo, no podemos decirle otra cosa distinta de la que ya le hemos dicho en anteriores ocasiones; es decir, que es un muchacho de inteligencia, a quien le sonríe un bonito porvenir.

En cambio, se encuentra con algo desagradable. Y es que debemos decirle que los retratos que ha presentado son completamente infantiles: torpes de dibujo, pobres de color y vulgares de concepto.

Gabriel García Maroto.

El señor don Gabriel Garcia Maroto, escritor, al

parecer, y pintor, ha sufrido una indigestión de literatura, si hemos de juzgarle por las «Palabras iniciadoras» que prologan el catálogo de las obras que ha expuesto en el Ateneo y por las obras, además.

Con palabra sonora y gesto altanero se declara discípulo de Cezanne, afirma que hace pintura literaria—ni literaria ni sin literatizar; lo que hace es escribir literatura a propósito de la pintura o con el pretexto de la pintura—y que «un deseo de sincretización, luego de tantas modulaciones y matizaciones en torno a temas secundarios, sin ninguna pérdida esencial, sin ninguna viciosa predilección, hace derechas nuestras—las suyas—veredas».

Estos embusteros que quieren ser ingenuos y son complicadísimos, que tratan de ser simplicísimos y son compuestos, que tratan de ser creadores y no son más que negadores; es decir, que no son nada de lo que dicen ni realizan nada de lo que pregonan enfática y engoladamente, no merecen nuestra atención. Pasamos de largo. Lo único que nos ha detenido en la Exposición celebrada en el Ateneo por el señor don Gabriel García Maroto, escritor y pintor, es la lectura del catálogo, donde se recogen unas cuantas palabras de unos cuantos señores que no pueden definir jamás una teoría pictórica y otro señor intercala peregrinas elucubraciones.

Exposición Julio Antonio.

Los señores que se han erigido en vestales del

templo donde se adora la memoria del malogrado escultor Julio Antonio, han expuesto en el Teatro Real los bustos que dejó este concluidos, después de poner todos los obstáculos posibles e imaginables para lograr, como lo han logrado, que no se exponga ninguna de sus obras en París, de la misma forma que han expuesto otros artistas españoles tan dignos de consideración como el fallecido escultor. Para ellos, en su exaltación amical, Julio Antonio era el genio único de toda la escultura española. ¿Cómo, pues, iban a consentir que estuviese representado en París de la misma forma que los demás mediocres y vulgares escultores?

Y ya que hablo de esto, quiero dejar sentado algo que se me olvidó en el artículo que publiqué en esta misma revista, en el mes de febrero.

Entre mis papeles existe una fotografía, que debió publicarse en *La Esfera* durante la primavera o el verano de 1915, que lleva el siguiente pie: «*Mater Dolorosa*», grupo escultórico para un mausoleo. La Madre de Dios está arrodillada, sentada sobre los calcños, con la cabeza levantada al cielo en actitud dolorosa y suplicante. Sobre sus rodillas descansa la cabeza de su Hijo, el cual se extiende, muerto, ante ella. Tal es lo que representa dicha fotografía. ¿No es cierto que existe una analogía en el asunto y en su desarrollo con el grupo funerario que expuso Julio Antonio en el mes de febrero en el local de la Sociedad Española de Amigos del Arte? Luego ya, la originalidad que pudiera éste tener, queda bastante perjudicada, por cuanto, anteriormente, otro escultor—y no se

crea que es chino, ni eslovaco, ni escandinavo; es español—tuvo esa misma idea y la desarrolló. ¿Es una idea genial? Luego, además de Julio Antonio, hay otro genio. ¿No se trata de la idea, sino de la ejecución? Yo respondo de que, en cuanto a eso, Moisés de Huerta, autor del grupo cuya fotografía obra en mi poder, no tiene nada que envidiar al malogrado escultor. Y como temperamento de escultor, es mucho más varonil, más entero, más fibroso, el de Huerta. Julio Antonio era más florentino, más decorador, más artifice. Huerta se deriva de Miguel Angel.

Ahora, el curioso lector que repase la colección de *La Esfera*, podrá comprobar cuanto queda expuesto.

He de añadir, sin embargo, que en el grupo de Huerta hay dolor y sentimiento humanos; hay realidad, mientras que en el de Julio Antonio todo es falso, hierático, frío y teatral.

Y dicho esto, pasemos a dar cuenta de la Exposición de los bustos, celebrada en el regio coliseo.

La camarilla que rodeaba en vida al infortunado Julio Antonio, envolviéndole en vaharadas de incienso, y que sigue usufructuando el secreto de su arte, da como bustos de *La Raza* muchos que no lo son y que resultan inferiores al lado de los que son. Porque la obra grande, indiscutible, que Julio Antonio ha dejado realizada, es la integrada por los nueve bustos que legítimamente pueden llevar el título de *La Raza*: «Hombre de la Mancha», «Rosa María», «Minera de Puertollano», «Mujer de Castilla», «Minero de Almadén», «Ventero de Peñalsordo», «El novicio», «Cabrero de tierras de Zamora» y «Ávila de los Ca-

balleros». Los demás no son más que diversos intentos de diversas procedencias. Aquellos son su obra española. Estos otros donde se patentizan las diversas directrices seguidas por su afán de estudio y documentación.

Se exponen también dos retratos: los de los hermanos Cañedo. Tampoco hay en ellos la huella española que Julio Antonio dejó impresa en *La Raza*. Se advierte que estos retratos pertenecen a su época última, cuando su instinto decorador le llevaba a un virtuosismo italianizante de decadencia.

BALLESTEROS DE MARTOS.

MUSICA

DEL SENTIDO CRÍTICO

El crítico debe ser siempre afirmativo para poder, cuando lo crea necesario, negar con razón y discutir conscientemente.

Un camino cerrado conduce a la incomprensión. Hay que comprenderlo todo y hasta amarlo todo, como dice D'Annunzio. Después ¿viene el segundo grado de nuestra labor, que está en la diferenciación y en la selección que, naturalmente, excluye muchas cosas y condena gran número de obras; pero en esa labor está un grave peligro, que es el personalista. Sucede que nuestro instinto o nuestro carácter y a veces nuestro prejuicio piden creaciones que se conformen a nuestros puntos de vista y a nuestra predilección, y a la verdad no sé qué virtud tenemos los comentaristas para ese privilegio de dominio sobre la verdad. Al ver esto en su desnuda realidad, son muchos los que se refugian en la duda y discurren sin comprometerse con la obra ajena, pero compromete-

tiéndose con sus propios discursos, que carecen de base y de equilibrio y por eso han de agotarse por cansancio.

Todo artista se avaiora definiendo su personalidad, y parece que la perfección del crítico está en no tener ninguna. Sin embargo, el crítico que no sea artista no tiene derecho a entrar en el terreno divinizado por la belleza, y ya tenemos una contradicción. El crítico debe estar impresionado, influido por la obra de arte que comente, si no sus comentarios serán letra muerta, y los filisteos piden que no se apasione. Bien dice Oscar Wilde que hay dos maneras de aborrecer el arte: Una, aborreciéndole; otra, amándole razonablemente.

No importa llegar hasta la injusticia, si se revela algo del efecto receptivo de una idea inspirada. Pero la injusticia por exclusión es inadmisibile.

El crítico no debe renunciar más que a sí mismo; todo lo demás le pertenece. De esta renuncia brota la mayor exaltación de sus amores íntimos, que viven del sacrificio de la objetivación. Con ella desorientan, a veces, a sus confidentes amigos, y en ella va el mayor servicio al arte que es idea universal más allá de nuestro yo que se recrea en su escogida limitación.

Nuestros amigos representan la intensificación del sentimiento de fraternidad, pero la fraternidad abarca todos los hombres. Este es un sentimiento ideal, superior a nosotros mismos, aunque solamente lo participamos con nuestros afines, con nuestros amigos.

Asimismo, el arte, en su universalidad, no puede limitarse a una tendencia ni a un género determina-

do, y contando con eso, los críticos deben alejarse de sí mismos y prender su voluntad, según la libertad de su albedrío, en contra de lo más nuestro. Alejarse del yo es, en muchas ocasiones, encontrar la verdad en su mayor potencia. Y el retorno a lo nuestro tiene, una vez cumplida su misión, el encanto del propio solar.

Si el privilegio de selección nos encierra dentro de un cercado paraíso, debemos saltar la cerca y recorrer el mundo, de donde nace el arte que se da a todos, y hasta penetrar en el general sentimiento para procurar su depuración.

Nuestra personalidad se forma al contraste con las ajenas, pero no en el aislamiento.

Si todo esto es aplicable al arte en general, concretándolo al de la música, resulta casi evidente, porque es donde la forma necesita más de la técnica, y allí donde la sutileza creadora llega a la fusión de la idea con el procedimiento hasta darle apariencia de existencia esencial, no puede llegar nunca el profano, a no ser con un temperamento que calificaría de milagroso, y ni éstos ni los técnicos necesitan del crítico.

Aprendamos a renunciar, y así avaloraremos la exaltación de nuestro yo al entregarse a la comprensión de lo más ajeno.

CARLOS BOSCH.

EL TEATRO

Estreno de «A man de Santiña,
de Ramón Cabanillas.

Se ha estrenado con enorme éxito, en La Coruña, la primera obra teatral del gran poeta gallego Ramón Cabanillas.

Nosotros, que aspiramos a ser como una antena que recoja todas las conmociones espirituales de las regiones, reproducimos el siguiente comentario a *A man de Santiña*, a raíz de su estreno, publicado en la prensa gallega por el admirable escritor Antonio Villar Ponte, uno de los más altos e interesantes intelectuales de Galicia:

«*A man de Santiña*, marca una etapa nueva y una nueva orientación en el aún naciente teatro gallego. Es, por otra parte, la primera obra escénica de un poeta de renombre que ama a su tierra y al verbo natural de su tierra con amores de fanático. Todo esto, pues, debe tenerse en cuenta cuando llegue la hora del anhelado estreno.

Puede adelantarse, sin embargo, como dato satisfactorio y halagüeño, que Cabanillas, antes que otra cosa, en la *Farsada en dos pasos* que escribió y desarrolló—felizmente a nuestro ver—ha pretendido elevar el gallego desde la condición dialectal en que lo postraron con mejor buena fe que acierto otros escritores, a la de idioma rico, bello y flexible, tan propio para expresar lo grave como para matizar lo dulce. En este sentido, el ilustre autor de *Vento mareiro*, nos recuerda aquellos expertos músicos que puestos ante el teclado de un órgano admirable, saben utilizar oportunamente todos sus registros. El idioma de la tierra, fruto de una raza que lleva prendidos en el alma todos los elementos esenciales del lirismo que el maestro portugués Teixeira de Pascoaes supo utilizar como componentes de la novísima escuela literario-filosófica de un país en que la «saudade» es clave, adquiere en *A man de Santiña* el rancio prestigio aristocrático del oro viejo de nuestros *cancioneros*.

Se trata de una obra de transición, verdadero puente entre los tímidos y no siempre afortunados ensayos de teatro gallego habidos hasta aquí y los que sobrevendrán ahora. Más allá de lo rústico puede triunfar la lengua armoniosa—lengua de reyes sabios, de trovadores galantes y de fidalgos enamorados—que fué universal en la lírica, antaño, como lo fué hogaño la italiana. Así, al menos, intenta demostrarlo Ramón Cabanillas, y ya por esto juzgaréis de su propósito transcendente. Pero el público de La Coruña, este público de fina sensibilidad y de excelente buen gusto, tantas veces aquilatado, habrá de ser a la pos-

tre quien diga la última palabra, como la dirán más tarde otros públicos de la tierra.

* * *

A man de Santiña desarrollada en forma de comedia, tiene aquella condición especial que pedía Goethe a los dramaturgos: la de apoyarse con un pie en la realidad y con otro en la fantasía. Aunque escrita en prosa, en una prosa elegante y «trabajada», es obra de poeta y de altísimo poeta. Sobre el realismo de los personajes flota el nimbo áureo y azul de la poesía, continuamente. Y la comedia—«farsada» le llama el autor—se adentra por los campos del poema, del brazo invisible de la esfumación hermana del sueño, para volver a hacer hincapié en el realismo más neto, cuando las situaciones teatrales lo requieren. Todo, por lo demás, resulta claro, cristalino y diáfano en *A man de Santiña*. La acción, interesante de por sí, para que su interés se avalore, acierta a verse reflejada en las bellas palabras del diálogo, con la elegancia y la fidelidad de la flor en el estanque.

Ciertamente no es obra de cuyo fallo pueda responder la galería que ruge, se exalta y se pone en pie, con gesto energúmenista, movida por el latiguillo que despierta el sensiblerismo; tampoco es obra cuyo juicio tenga que esperar el refrendo de las élites ni de los «aristarcos». No; es la obra que pueden comprender todos y que puede deleitar y aun emocionar a todos los que no crean que la truculencia afectista resulta el *non plus ultra* de los valores teatrales. Una obra que, diciéndolo de una vez, es capaz de ser sa-

boreada por cuantas personas gusten de lo fino y exquisito.

En ella ni se ahorcan caciques, ni se habla de mujeres deshonradas ni de supersticiones y brujerías. En cambio, canta a las rosas de mayo—que en mayo y en en el campo gallego se desenvuelve la acción—; se canta al amor primero y a los viejos amores marchitos y guardados en el corazón, como en un gentil devocionario de recuerdos; se canta a la Tierra, divinizando la Patria; se exalta el paisaje; se idealiza el nuevo señorío aldeano que trocó, sin renegar del rancio abo-lengo hidalgo, los hierros herrumbrosos de la lanza por los hierros brillantes del arado; se censura el abandono de los lares latinos por los que creen en la cólquida americana, y se define con verdadera objetividad parnasiana la nueva política regional...

Una sombra de tragedia íntima, nubla por unos momentos la alegría del pazo de los señores de Río Sagro, donde estallan jubilosas las frescas carcajadas de las lindas muchachas que, ornadas con flores y ataviadas para la fiesta patronal, asisten a la consagración de un amor que padeció el mal de la «saudade», pero la sombra se disipa muy pronto, porque la *meiga* mano de *Santiña*, un encanto de niña casi mujer—así definió Valle-Inclán la bagatela—tiene la virtud del ingenio para traerlo todo a su ser. Y la obra, obra de patriotismo generoso y de belleza pura, viene a concluir en una evaporación de melancolías perfumada por las rosas de mayo y santificada por risas de juventud, por palabras de prestancia señorial, por ecos de fiesta campestre y por cuanto dentro del paréntesis

que forman la tradición y la democracia, es digno y merecedor de las loas del poeta que buceó, como pocos, en las entrañas de nuestra raza calumniada.

Ramón Cabanillas con *A man de Santiña*, ha hecho una deliciosa sinfonía, o, si queréis mejor, una sonata de primavera, en la que los motivos poéticos se acuerdan y se armonizan magistralmente. Un poema-sonata, pletórico de inspiración, del que, usando palabras de D'Annunzio, podría decirse que realiza la fiesta del sonido, del color y de la forma.»

REVISTA DE REVISTAS

Colombia.—Revista de propaganda hispano-colombiana, núm. 41.—Marzo de 1919. —Cádiz.

El brillante publicista colombiano, dignísimo Cónsul general de su país en Andalucía, con residencia en Cádiz, D. José M. Pérez Sarmiento, viene, desde hace tiempo, realizando una hermosa y entusiasta labor de propaganda y de acercamiento, no sólo hispano-colombiana, sino hispano-americana, valiéndose del medio más eficaz: la palabra escrita y la gráfica información. Desde hace seis años viene sosteniendo con éxito creciente en la urbe gaditana, la bella e importante Revista *Colombia*, cuyas páginas reflejan dignamente la cultura y los progresos de la legendaria y floreciente República con cuyo nombre se honra esa publicación. El número llegado últimamente a nuestra Redacción trae un interesante, ameno y variado texto, ilustrado con hermosas vistas de Bogotá y con retratos de varias personalidades: el Ministro de Colombia, Excmo. Sr. Urrutia; la señora Isabel Arjona de Obregón, ilustre dama bogotana; la Sra. Blanca Fernández de Balmes, señoritas Rosa

Vega y María Palou Rivas, flores del pensil colombiano; el virtuoso sacerdote D. Rudecindo López Lleras, D. Ignacio M. de Arredondo, Cónsul de Colombia en Bilbao; D. César E. Arroyo, Cónsul del Ecuador en Madrid; D. Carlos Lorenzana, publicista colombiano, y varios otros.

* * *

España Moderna, de México, hemos recibido los números correspondientes a enero y febrero, el primero de los cuales está dedicado a rendir un homenaje de respeto y admiración a S. M. el Rey de España.

BIBLIOGRAFIA

La tormenta sobre el jardín de Cándido.—Adriano Bertrand.—Editorial Prometeo, Valencia, 1919.

La colección titulada, con evidente redundancia, *La novela literaria*, que publica la casa editorial Prometeo, bajo la dirección expertísima del maestro Vicente Blasco Ibáñez, se ha enriquecido con la obra de Adriano Bertrand *La tormenta sobre el jardín de Cándido*.

Esta obra, integrada por cuatro novelas: (*La tormenta sobre el jardín de Cándido*, *La ilusión del prefecto Mucio*, *Un soldado de la primera República* y *Los animales bajo la tormenta*), viene a corroborar la gran pérdida que ha sufrido Francia con Adriano Bertrand, muerto recientemente a consecuencia de una herida que sufrió en los primeros episodios de la espantosa guerra que acaba de terminar, al parecer.

En Adriano Bertrand, además de un escritor de extensa cultura y aguda sensibilidad, había un pensador muy estimable, cualidades que se demostraron en su obra anterior, *La llamada del suelo*—título absurdo a todas luces—, publicada también en esta misma co-

lección, y que en *La tormenta sobre el jardín de Cándido* quedan confirmadas de un modo terminante.

Las cuatro novelescas narraciones tienen un sabor filosófico muy acentuado, y aunque inferiores a la novela anterior, *La llamada del suelo*, merecen un sincero elogio, porque nos dan a conocer facetas nuevas del temperamento del escritor, desaparecido en plena juventud.

El libro lleva el correspondiente prólogo de Blasco Ibáñez, el cual, con su pluma insigne, traza una magistral biografía de Adriano Bertrand.

* * *

El año artístico (1918).—José Francés.—Editorial Mundo Latino, Madrid, 1919.

José Francés, el atildado escritor, el novelista conmovedor y apasionado y el culto y admirable crítico de arte, continúa la importante obra que comenzó hace unos años, de historiar en un tomo los acontecimientos artísticos ocurridos en España durante el decurso anual.

El último tomo que acaba de aparecer, bellamente editado por la editorial Mundo Latino, corresponde al año 1918, y el curioso lector podrá encontrar en él no solamente las noticias de las Exposiciones celebradas, los actos llevados a efecto, los libros publicados y las conferencias dadas durante el último año—labor que por sí sola requiere una atención codstante—, sino, además, una especie de guía para saber el valor que debe otorgar a los artistas que hoy reflejan la ac-

tualidad artística, pues José Francés, con su clara percepción, su lúcido discernimiento y su exquisita sensibilidad, sabe alcanzar siempre un juicio respetable.

El año artístico (1918) contiene capítulos interesantísimos y de ellos merece especial mención el dedicado a comentar la Exposición francesa que se celebró en el Palacio del Retiro, en el cual habla de los principales artistas contemporáneos de la vecina República, demostrando su alta competencia y su extensa cultura.

Esta clase de libros, aunque, naturalmente, de un modo imperfecto, vienen a suplir la falta de historiografía crítica de arte que padecemos, y por ello sólo se hace José Francés acreedor al agradecimiento y al aplauso, no sólo de los profesionales, sino de cuantos sienten amor por el Arte.

El año artístico (1918) lleva profusión de grabados, lo cual le hace mucho más estimable.

* * *

El anillo de Amatista.—Anatole France.—Traducción de Ruiz Contreras, Madrid, 1919.

El anillo de Amatista es el tercer tomo de los cuatro que dedicó Anatole France a narrar la vida y los actos de su famoso personaje, el catedrático Bergeret

El genial ironista francés traza con el vigor suyo característico el cuadro de la Francia de finales de siglo, y con impiadosa mano expone los pormenores de los mundos social, político y religioso.

Nadie con más crudeza ni con mayor elegancia que el admirable novelista francés ha observado y pintado las costumbres sociales de un pueblo.

En *El anillo de Amatista* Anatole France cuenta, como sólo él sabe hacerlo, la forma peregrina en que se nombra a un obispo. ¡Qué amargura, qué hondo escepticismo se siente al acabar de leer este libro admirable!

B. DE M.

Por un milagro de amor.—Novela de Leopoldo López de Súa. — Editorial Mundo Latino. — Madrid, 1919.

El autor de *Los indios vuelven*, obra que marcó su huella perdurable en los anales de la novelesca castellana, acaba de publicar una nueva novela social, de sugestivo enmarcamiento levantino, titulada *Por un milagro de amor*.

Todas las loables cualidades que la crítica señaló en López de Súa a la publicación de sus anteriores obras, hallan en esta admirable novela una plenaria confirmación. El ponderado temperamento novelístico de este autor, halla su exacto cauce en la novela amplia de genuina raigambre y oriunda tradición estrictamente españolas. Dentro de esta órbita, y bajo la égida de los maestros novelistas de las postrimerías del siglo XIX, sitúa siempre López de Súa sus concepciones. La estructura total de ellas así nos lo evidencia. Un mesurado sentido contenidamente decla-

matorio del estilo enterizo, y el sosiego diáfano con que va delineando prolijamente los personajes y marcando los relieves del argumento, integran las características de estas obras y en especial de esta última.

No hay nada en él de esa trépida nerviosidad que salta y vibra curvolíticamente en el complejo arquitectural de las novelas—más próximas a nosotros—del ciclo crítico. No hay nada en él tampoco de esa grácil y sutilísima modernidad inconexa que difumina los episódicos matices. Todo, por el contrario, es, en López de Súa, cauto y preconcebidamente limitado. Todo, en sus novelas, se desliza por sendas prefijadas.

Así, en *Por un milagro de amor*. La intensidad general del argumento bravío que, en ciertos momentos, pudiera escalar cumbres de verdadero patetismo, desemboca siempre remansadamente... La extraña pasión gradualmente exacerbada del duque Mairena de Aljarafe por la minera Marga, el odio cruel del Chirri al duque, la escena de la salvación de Gorio, y el diálogo final de Valentina con César, son rasgos cardinales de la novela que, empero conseguir bajo la pluma de López de Súa un magnífico relieve, no graban un dramático momento imperecedero.

Sin embargo, ello no obsta para sostener el valor total de *Por un milagro de amor*, bellamente matizada de descriptivos paisajismos y ortodoxas virtudes estilistas. Vaya, por consiguiente, nuestra salutación de enhorabuena a López de Súa, con un gesto de acuciamiento para todos los buenos lectores curioseantes hacia esta su última producción, en la que han de hallar múltiples panoramas de encanto.

Henrik Ibsen: *Espectros*.—*Una casa de muñeca*.—Teatro completo. Tomo VII.—Editorial Mundo Latino.

De nuevo hemos vuelto a deleitarnos en la lectura de estas dos altísimas obras ibsenianas que constituyen piedra angular de la dramaturgia europea contemporánea. El cóncavo dramatismo psicológico de *Espectros* y los íntimos conflictos de *Una casa de muñeca*, harán ambas inolvidables e imperecederas; *Espectros*, principalmente—¡oh, las dolorosas torturas patológicas del protagonista Oswald, que encarnó prodigiosamente en Zacconi y en Tallaví!—posee un irrefragable valor de perennidad. La aparición de estas obras en los escenarios españoles, constituye un laso efugio respirativo por entre el vaho de necedad que comedias bufas o hueras acumulan en ellos. Pero mientras tanto podemos saciar nuestra pura sed de altas teatralidades en la traducción de estas soberanas obras ibsenianas que desde Brandés hasta Unamuno han suscitado hondas reflexiones intelectivas.

Porque el teatro de Ibsen arrostra íntegramente la lectura, aún lejos del complemento escenificador. Y en las admirabilísimas traducciones que el culto literato Pedro Pellicena va ofreciendo al público español, resaltan subyugadoramente todas las gemmadas bellezas de los dramas de Ibsen que, contenidos en una prosa límpida y en una habilísima escenificación, adquieren un valor intrínseco, sobreponiéndose a la nostalgia del escenario...

Edgardo A. Poe: *Cuentos de lo grotesco y de lo arabesco*.—Traducción y prólogo de R. Lasso de la Vega. Editorial-América. Biblioteca de Autores célebres.

La *Editorial América* es una de las nuevas empresas editoras que viene realizando tenazmente su benemérito empeño de difusión y compenetramiento espiritual hispano-americano. Subdividida en siete series, tienen todas ellas gran interés, especialmente las de «Andrés Bello», «Obras varias» y «Autores célebres». A esta última—en la que figuran interesantísimas traducciones de Kierkegaard, Carducci, Papini, etc.—va adscrito el volumen que hoy reseñamos.

Traducidas por el sutil lírico Rafael Lasso de la Vega, hemos saboreado las narraciones poeanas que integran este tomo. Todas inéditas en castellano, excepto las dos últimas. Poe es siempre actual. Y a medida que pasa el tiempo van descubriéndose nuevas facetas sugeridoras de su vida atormentada y su obra alucinante. Desde su difusión por Baudelaire y por Mallarmé en Francia, va siempre en progresión creciente su poder irradiante. Ultimamente, en España, este volumen, y los ya publicados por la *Editorial Mateu* de sus *Obras completas*, han completado su valor de difusión.

Cuentos de lo grotesco y de lo arabesco, lleva un amoroso prólogo del traductor Lasso de la Vega—forjado paralelamente al que Baudelaire inscribió al frente de *Histoires extraordinaires*—, en el que se analiza certamente toda la influencia y repercusión universal de la obra de Poe.

El Descubrimiento de sí mismo, por J. Torres-García.
—Barcelona.

He aquí un bello libro impoluto de fervorosos ensayos estéticos, proveniente del vibrante espíritu biédrico de J. Torres García, que también sabe espejar sus inquietudes evolucionistas en audaces lienzos picturales.

Llega a nosotros, propulsado por una plectral afectividad desde Barcelona, donde mora su autor, y donde convergen al momento, dentro de la zona estética, las más puras ansias innovadoras. En la perimetría cultural catalana, de una dilatadísima área espiritual, frutecen selectos núcleos de jóvenes artistas y literatos, rotundamente europeos, que viven en un magnífico dinamismo accional, penetrados de las últimas percusiones intelectuales y en constante intercambio literario con las audaciosas y crepitantes juventudes latinas de la vanguardia artística.

Torres-García—de nacionalidad uruguaya—resalta ya hace años con un fornido vigor, entre esas falanges catalanas. Su último libro *El Descubrimiento de sí mismo*, expone en su estructura, de un epistolario entre artistas, altos problemas intelectivos y profundas reflexiones estéticas. Vibran en sus páginas las agudas ansias que torturan el alma purificada de un artista que, al irse auscultando psíquicamente, va hallando las raigambres de su personalidad, hasta abocar en el hallazgo de su misma alma.

Torres-García—maduro temperamento pictórico—cristaliza sus anhelos en estos vértices: originalidad, sinceridad y evolucionismo. Y en torno a ellos, en-

guirnalda finas meditaciones, contenidas en el estilo simplificado de un pintor que anota sus sensaciones al modo de Eugène Carrière.

Y en broche armónico cierra el volumen una «Conferencia sobre Arte», en la que hay atisbos de las nuevas estructuraciones esquemáticas y afranjadas que advendrán...

G. DE T.

Fiesta de la Raza organizada por el Ateneo de La Laguna (Islas Canarias).—Hemos recibido un interesante folleto que contiene la reproducción de discursos y poesías que fueron leídos en el Ateneo de La Laguna en la fiesta que esta entidad celebró el día de la Fiesta de la Raza, del año último. Resaltan en este folleto patrióticos discursos de los Sres. Cabrera, Cruz, Jiménez, Santos Ecay, García Cames y Morales y M. de Escobar, al lado de inspiradísimas poesías leídas por los Sres. Rodríguez-Figueroa, Tabares, Bartlett, Hernández Amador, Orosa y Verdugo.

El Contador Argentino, por A. de la Helguera.—Editorial Araluce.—Barcelona.

El antedicho volumen es un utilísimo tratado elemental de contabilidad y teneduría de libros por partida doble con modelos de prácticas de contabilidad, cartas comerciales y documentos mercantiles. En la

Razón del libro explica el autor «cómo el ensanchamiento de las relaciones comerciales de unos países con otros, exige una educación comercial eminentemente práctica y especializada que lleve por guía la contabilidad». Va destinada esta obra a las escuelas argentinas. Inútil encomiar su enorme valor didáctico.

* * *

Formulario de Higiene, por Casals. Edc. Henrich.— Trata este volumen de la higiene, profilaxis y terapéutica del cuero cabelludo. Su objeto es procurar la conservación de la salud y, con ella, las energías corporales y la brillante apariencia que su ganancia proporciona. Va avalorado de instrucciones cosméticas y y de un formulario detalladísimo.

* * *

Elementos de Historia Natural, por Joaquín Plá Cargol. — Edición Dalmau. — Carles & C.^a—Girona, 1918.

Destinada a fines educativos, constituye esta Historia Natural un libro indispensable en todos los colegios de instrucción. Se expone en su texto la organización de los seres, limitando, a favor del alumno, la parte de clasificación que sólo tiene un relativo valor y es de difícil retención mnemotécnica. Siendo esta enseñanza de las necesarias es, sin ningún género de duda, eminentemente útil; este libro cumple per-

fectamente tal misión. Va perfectamente editado, con 600 grabados intercalados en el texto.

* * *

Historia general de la Edad Moderna, por Eugenio García Barbarín.—Edición Dalmau.—1918.

Constituye esta obra de fin pedagógico la más completa y recomendable historia de la Edad Moderna por la claridad y exactitud que preside en la exposición informativa de hechos históricos. Tiene, por lo tanto, el carácter de imprescindible en todos los centros de estudios.

* * *

España, mi patria, por José Dalmau Carles.—Edición Dalmau.

Como las anteriores, esta obra tiene una gran transcendencia pedagógica. En forma amena y concisa, hallanse en ellas contenidas múltiples referencias sobre todas las fuentes de actividad y de gloria hispánicas, y se reseñan diversos y ejemplares acontecimientos patrióticos.

* * *

Otras lecciones de cosas, por J. Plá Cargol.—Edición Dalmau.—Segunda edición.

Va aumentada esta edición del amenísimo y útil libro didáctico de este título, con varios nuevos capí-

tulos y adecuadas fotografías. Puede augurarse que será prontamente agotada como la edición anterior.

Actualidad Ibero-Americana.—*El conflicto entre Perú y Chile* (1879-1919), por José Gálvez. Editorial Baronesa.

Nuestro querido amigo y colaborador, el notable poeta y escritor peruano, D. José Gálvez, meritísimo Cónsul de su país en Barcelona, prosiguiendo una patriótica labor que se ha impuesto desde que, como reflejo de la terminación de la guerra europea, volvió a agitarse en Sur América la ya vieja diferencia entre Perú y Chile, por las provincias de Tacna y Arica que, perteneciendo al Perú tiene ocupadas Chile, ha publicado bajo el título que encabeza estas líneas un folleto en el que con gran conocimiento del asunto, limpio y elegante estilo, y sobre todo con una gran serenidad, hace la historia de ese pleito internacional, que puede equipararse al que hasta ayer mismo ha sostenido Francia contra Alemania por la Alsacia y la Lorena; pone de manifiesto la razón que asiste al Perú y confía en que «la solución habrá de venir y es de esperar que será justa y benéfica para toda América, y que en el Continente iberoamericano no volverán a repetirse los sucesos dolorosos que ensangrentaron su suelo, dividieron a quienes deben ser siempre hermanos y crearon la odiosa e inferior clasificación de vencedores y vencidos, de conquistadores y conquistados. De la Conferencia de la Paz y de

la Liga de las Naciones, debe surgir para el mundo una amplia doctrina de concordia y de justicia, a la que el Perú se acoge con el generoso calor con que siempre puso su espíritu en favor de las grandes causas de la Humanidad.»

Así termina este folleto, en el que palpita un espíritu lleno de nobles anhelos generosos y de una elevada serenidad de hombre de pensamiento, tan lejano de la gárrula patriotería.

Con esta publicación, Gálvez ha coronado una hermosa y asidua labor de propaganda patriótica sobre este asunto de la cuestión con Chile, que el brillante escritor ha llevado a feliz término en los principales órganos de la Prensa española. Nosotros también tuvimos el gusto de publicar en estas páginas un trabajo de Gálvez acerca de este palpitante tema, que es de esperar no agite ya por mucho tiempo a la conciencia Sudamericana; pues ha llegado el momento de terminar en el mundo, dándoles soluciones de suprema justicia, a todas las viejas diferencias entre los pueblos, para inaugurar la nueva era de paz y de solidaridad humanas.

C. E. A.

En esta sección daremos cuenta de todas las obras cuyos autores o editores nos envíen dos ejemplares.

NOTAS HISPANO AMERICANAS

Congreso de «Boy-scouts» y Juventudes hispano-americanas.

Oportunísima nos parece la idea de celebrar en la primavera del año próximo, en esta capital, un Congreso de Juventudes hispanoamericanas.

No hemos de hacer hoy comentario alguno a tan bella idea, limitándonos simplemente a dar cuenta de la reunión de personalidades que para cambiar impresiones acerca del proyecto se celebró hace pocos días en el local del Consejo Nacional de la Asociación de los Exploradores de España.

Por ausencia del duque de San Pedro de Galatino, presidente general de la Asociación, presidió el comisario general, duque de Luna.

El comandante Zárate expuso el proyecto, cuya realización ha de redundar en beneficio del hispanoamericanismo.

Se constituyeron tres Comisiones: una, encargada de planear todo lo referente a cultura y estudios, for-

mada por el marqués de Figueroa, conde del Cedillo y D. Rafael Altamira; la que ha de entender en cuestiones deportistas: conde de la Mortera, D. Francisco García Molinas y el Sr. Pando Raura, secretario de la Juventud Hispanoamericana; la Comisión económica: el duque de Luna, D. Hilario Crespo, conde de Castillo-Fiel; siguiendo la de propaganda y organización y la Comisión ejecutiva del Consejo Nacional de los Exploradores de España.

Además de los citados señores, asistieron el duque de la Vega, marqués de la Cenia, el Sr. Martín Fernández, en representación de la Asociación de la Prensa, y los comandantes Trucharte y Téllez de Sotomayor, adhiriéndose el duque de Veragua, marqués de Villabrágima y los señores Royo Villanova, Rodríguez San Pedro, Rodríguez Marín, D. Luis Palomo, D. Rufino Blanco y otras personalidades.

Reivindicación de España en Cuba.

La benemérita institución creada recientemente en en la Gran Antilla para ejercer una acción cultural reivindicadora de España y de su historia en la América española, mediante la creación de premios permanentes destinados a fomentarla, ha comenzado a funcionar bajo los mejores auspicios.

El mes anterior se reunió en la Habana el Comité ejecutivo, y se tomaron, entre otros acuerdos, los dos siguientes:

Pedir la cooperación de todos los españoles residen-

tes en la isla por medio de sus organismos para que corporativamente acudan a engrosar la suscripción.

Ver la manera de confeccionar el álbum que ha de elevarse al Rey de España con las firmas de todos los españoles residentes en Cuba que lo deseen, tributándole un homenaje por sus gestiones personales en favor de los prisioneros, de los huérfanos y desvalidos de la pasada guerra.

Dícese que la labor del Comité ejecutivo de la Acción reivindicadora de España se realiza rápidamente, y pronto se traducirá en iniciativas de grande y verdadera eficacia para el logro del fin noble y justiciero que se persigue con su fundación.

Una de esas iniciativas será, seguramente, el concurso de trabajos históricos anunciado recientemente por la Prensa diaria, y mediante el cual se premiarán las biografías de españoles eminentes de la época colonizadora cuya personalidad no esté debidamente estudiada.

AMÉRICUS

Editorial Mundo Latino

NOVEDADES DE ABRIL

Pesetas

JOSÉ FRANCÉS

El año artístico, 400 págs., 400 grabados, cubierta Gil Bujados..... 11,50

LOPEZ DE SAA

Por un milagro de amor (novela)..... 3,50

IBSEN

Espectro, Una cara de muñeca, t. VIII del Teatro completo.. 3,50

RUBÉN DARÍO

Todo al vuelo, España contemporánea, Prosa dispersa (inédita), *Lira póstuma* (id.), tomos XVIII, XIX, XX y XXI de sus obras completas.....

Todos estos libros, así como el fondo de Mundo Latino, se venden en todas las buenas librerías de América, en la Biblioteca de las Estaciones del ferrocarril de España y en todas las librerías.

La Casa Yagües,

Caballero de Gracia, 28, Madrid, sirve estos libros a España contra reembolso, y a América contra envío de fondos.

OBRAS COMPLETAS

DE RICARDO DE LEÓN

(de la Real Academia Española)

Pesetas.

Edición del Banco de España. Ocho volúmenes en 4.º, encuadernados en tela, con alegorías de Coullaut Valera y retrato del autor, por Vacqué.	50,00
A plazos (5 pesetas mensuales).....	60,00

DE FRANCISCO VILLAESPESA

I.—Intimidades.—Flores de Almendro.....	3,00
II.—Luchas.—Confidencias.....	3,00
III.—La copa del Rey de Thule.—La musa enferma.....	3,00
IV.—El alto de los Bohemios.—Rapsodias.....	3,00
V.—Las horas que pasan (Veladas de amor).....	3,00
VI.—Las joyas de Margarita: Breviario de amor.—La tela de Penélope.—El milagro del vaso de agua.....	3,00
VII.—Doña María de Padilla.—La cena de los cardenales.....	3,00
VIII.—El milagro de las rosas.—Resurrección.—Amigas viejas.....	3,00
IX.—Las granadas de rubíes.—Las pupilas de Almotadid.—Las garras de la pantera.—El úl imo Abderramán.....	3,00
X.—Tristitiae rerum.....	3,00
XI.—La leona de Castilla.—En el desierto.....	3,00
XII.—El rey Galaor.—El triunfo del amor.....	3,00

HENRIK IBSEN

TEATRO COMPLETO

I.—Catilina. La tumba del guerrero. La castellana de Ostrat.....	3,50
II.—La fiesta de Solhaug. Olaf Lilliekrans. Los guerreros en Helgeland.....	3,50
III.—Los pretendientes a la corona y la comedia del amor.....	3,50
IV.—Brand.....	3,50
V.—Peer Gynt.....	3,50
VI.—La unión de la juventud. Las columnas de la sociedad. La casa de una muñeca.....	3,50
VII.—Emperador y Galileo.....	3,50
VIII.—Espectros. Un enemigo del pueblo. El pato silvestre.....	3,50
IX.—La casa de Rosnier. La dama del mar. Hedda Gabler.....	3,50
X.—El constructor Soiness. El niño Eyoit. Al despertar de nuestra muerte.....	3,50
En preparación obras completas de José Turroll.	

JOSÉ FRANCÉS

El año artístico 1915.....	6,00
» » » tela.....	8,00
El año artístico 1916 (con 250 grabados).....	10,00
» » » » tela.....	12,00
El año artístico 1917 (con 250 grabados).....	11,50
» » » » tela.....	13,00
El año artístico 1918 (con 250 grabados).....	11,50
» » » » tela.....	13,00

COLECCIÓN DE AUTORES ESPAÑOLES

NOVELAS

<i>Edmundo González Blanco.</i> —Jesús de Nazareth.	3,00
<i>José Francés.</i> —La estatua de carne.....	3,00
— El alma viajera.....	3,50

<i>López de Súa.</i> —Los indianos vuelven.....	3,50
— Bruja de amor.....	3,50
— Por un milagro de amor.....	3,50
<i>W. Fernández Flórez.</i> —La procesión de los días.....	3,00
<i>Elias Cerdá.</i> —Don Quijote en la guerra.....	2,00
<i>V. Garcia Martí.</i> —Don Severo Carvallo.....	2,50
<i>María Luisa Latil.</i> —Según labremos.....	3,00
— Genoveva.....	2,50
<i>Eugenio Noel.</i> —El allegretto de la Sinfonía VII.....	3,00
<i>Rafael Cansinos-Asséns.</i> —Las cuatro gracias... ..	3,50
<i>Francisco Delicado.</i> —La lozana andaluza.....	3,00
<i>J. de Lucas Acevedo.</i> —La Caja de Pandora.....	3,00
<i>Martín de la Cámara.</i> —Vidas llameantes.....	3,00
<i>Mañara.</i> —Historia en camisa.....	3,00

ESTUDIOS Y CRÓNICAS

<i>Emiliano Ramírez Angel.</i> —Bombilla-Sol-Ventas.....	3,00
<i>J. M. Carretero.</i> - Lo que sé por mí (dos series).....	3,00
<i>J. Costa.</i> —Alemania contra España.....	3,00
<i>Pedro Pellicena.</i> —Los Cosacos.....	3,50
<i>Margarita de la Torre.</i> —Jardín de damas curiosas.....	3,50
<i>Fola Igurbide.</i> —El Actor.....	3,50
<i>Alberto Ghirardo.</i> —Los nuevos caminos.....	3,50
<i>Enciso.</i> —El soneto en España.....	3,00

POESÍAS

<i>José Montero.</i> —Yelmo florido (con ilustraciones).....	4,00
<i>Zurita.</i> —Pícaros y donosos.....	3,00
<i>Mauricio Bacarisse.</i> —El esfuerzo.....	3,00
<i>Eliodoro Puche.</i> —Libro de los elogios galantes y de los crepúsculos de otoño..	2,50
— Corazón de la noche.....	2,50
— Motivos líricos.....	2,50
<i>Emilio Carrère.</i> —El retablo de los poetas (Antología).....	3,50

TEATRO

<i>Muñoz Seca y López Núñez.</i> —El Rayo.....	3,00
<i>H. Ibsen</i> —Dramas líricos.....	2,00
— La castellana de Ostrat.....	2,00
— Espectros.....	2,00

LAS GRANDES FIGURAS DE LA GUERRA EUROPEA

Biografías de los generales: Alberto I de Bélgica. — Joffre. — Sir John French. — Lord Kitchener. Con preciosas fototipias, a.....	3,00
--	------

COLECCIÓN DE AUTORES EXTRANJEROS

Traducidas por *Felipe Trigo, Rafael Cansinos y
Pedro de Répide.*

<i>Victoriano de Saussay.</i> —La ciencia del beso....	3,50
<i>René Emery.</i> —Santa María Magdalena.....	3,50
<i>Maquiavelo.</i> —Obras festivas: La Mandrágora.— El P. Alberico.—La Celestina.— El archidiablo Belfegor.....	3,00
<i>Claudia Lemaître.</i> —Juegos de Damas.....	3,50

CELEBRIDADES ESPAÑOLAS

I.—Bécquer (encuadernados en tela) ...	3,50
II.—Zorrilla..... (ídem) ...	3,50
III.—Espronceda.. (ídem) ...	3,50

COLECCIÓN SELECTA

<i>Tomás de Quincey.</i> —Los últimos días de Kant..	1,00
<i>Kalidasa.</i> —El reconocimiento de Sakuntala.....	1,00
<i>Rousseau.</i> —Discurso sobre las artes y las ciencias.....	1,00
<i>Luciano de Samosata.</i> —La diosa de Siria.....	1,00
<i>L. Sterne.</i> —Viaje sentimental de un inglés a Francia.....	1,00
<i>F. Alvarado.</i> —El filósofo rancio. (Cartas).....	1,50

AP
60
C4
1919
enero-
abr.

Cervantes; revista hispano-
americana

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

